



Jenaro
Cardona

EL PRIMO

Colección Retorno


EDITORIAL
UCR

EL PRIMO

Jenaro Cardona

*Estudio introductorio de:
Álvaro Quesada Soto*



Colección Retorno

CR863.4

C268p Cardona, Jenaro, 1863-1930.

El primo / Jenaro Cardona; estudio introductorio de Álvaro Quesada Soto. – Primera edición digital. – San. José, Costa Rica: Editorial UCR, 2020.

1 recurso en línea (260 páginas): archivo de texto, PDF, 2.77 MB. – (Colección retorno)

ISBN 978-9968-46-868-8

1. NOVELA COSTARRICENSE. 2. LITERATURA COSTARRICENSE. I. Quesada Soto, Álvaro, 1945-2001, introductor. II. Título. III. Serie.

CIP/3531
CC.SIBDIUCR

Edición aprobada por la Comisión Editorial de la Universidad de Costa Rica

Primera edición impresa: 2001

Primera edición digital (PDF): 2020

Editorial UCR es miembro del Sistema Editorial Universitario Centroamericano (SEDUCA), perteneciente al Consejo Superior Universitario Centroamericano (CSUCA).

Diseño y diagramación: *Aida Elena Cascante S.* • Diseño de portada: *Juan Carlos Fallas Z.* • Control de calidad de la versión impresa: *Ana Isabel Sáenz T.* • Ilustración de portada: *Almacén La Magnolia, fotografía de N. Rudd.* • Realización del PDF: *Alonso Prendas V.* • Control de calidad de la versión digital: *Elisa Giacomini V.*

© Editorial de la Universidad de Costa Rica. Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción de la obra o parte de ella, bajo cualquier forma o medio, así como el almacenamiento en bases de datos, sistemas de recuperación y repositorios, sin la autorización escrita del editor.

Edición digital de la Editorial Universidad de Costa Rica. Fecha de creación: mayo, 2020
Universidad de Costa Rica. Ciudad Universitaria Rodrigo Facio. San José, Costa Rica.

Apdo. 11501-2060 • Tel.: 2511 5310 • Fax: 2511 5257 • administracion.siedin@ucr.ac.cr • www.editorial.ucr.ac.cr



CONTENIDO



<i>Introducción</i>	7
Bibliografía	37
 Advertencia que parece necesaria	 41
 I	 43
II	47
III	57
IV	65
V	71
VI	75
VII	81
VIII	89
IX	95
X	101
XI	107
XII	119
XIII	125
XIV	133
XV	143
XVI	155
XVII	169
XVIII	179
XIX	191

XX	197
XXI	209
XXII	219
XXIII	231
XXIV	239
XXV	251
Acerca del autor	261
Comente esta obra	263



INTRODUCCIÓN



El primo: variaciones sobre el tema de la modernidad en el San José finisecular

El escritor Jenaro Cardona nació en la ciudad de San José en 1863. En su juventud se trasladó junto con su familia a San Ramón, donde se despertó su vocación literaria bajo el patronazgo de Julián Volio, figura importante de la vida política y cultural costarricense de la segunda mitad del siglo XIX, quien mantenía en esa ciudad una biblioteca y fomentaba la lectura y el estudio de obras literarias. Cardona se inició en las letras como poeta y así figuró en *La lira costarricense* (1890), la primera recopilación de poesía costarricense; sus producciones líricas fueron posteriormente premiadas en varios certámenes nacionales. Más tarde se distinguió, sin embargo, como autor de dos de las principales novelas de su promoción literaria: *El primo* (1905), su primera novela, tuvo dos ediciones en España que, según Abelardo Bonilla, “le dieron renombre” a su autor (Bonilla, 1967: 143); *La esfinge del sendero*, su otra novela, obtuvo un segundo premio y provocó una polémica literaria en un concurso latinoamericano convocado por el Ateneo de Buenos Aires, donde se publicó la novela en 1916. En 1929, poco antes de su muerte, Cardona reunió en un volumen, publicado con el título *Del calor hogareño*, una heterogénea recopilación

de cuentos de muy variada orientación y temática, que había venido publicando en distintas revistas a lo largo de su vida. Cardona se distinguió también como periodista y, bajo su firma, o con el seudónimo *Caro de Aragón*, dejó múltiples publicaciones en los periódicos y revistas de su época. Además de sus labores literarias, Cardona desempeñó a lo largo de su vida variados oficios y ocupó importantes cargos políticos y diplomáticos. Murió en San José en 1930.

La actitud de la institución literaria costarricense hacia este autor ha sido algo ambivalente. *El primo*, a pesar de sus ediciones en España, debió esperar tres cuartos de siglo –hasta 1980– para merecer una segunda edición en Costa Rica¹. *La esfinge del sendero*, a pesar de su premio y su edición bonaerense de 1916, debió esperar más de medio siglo para merecer una primera edición costarricense en 1970². La actitud de la crítica ha sido también ambigua y reticente: si bien por una parte se han reconocido esporádicamente los méritos del autor y la importancia de sus novelas en el contexto literario nacional, por otra parte sus textos siguen siendo poco apreciados, conocidos y leídos. Según Abelardo Bonilla en su canónica *Historia de la literatura costarricense*, “Jenaro Cardona cierra el ciclo del primer realismo costarricense y es el novelista de mayores capacidades en el género”, aunque agrega a renglón seguido –sin explicar las razones que justifiquen esta opinión– que “no representa lo nacional con el sabor y la profundidad con que lo hacen García Monge y Magón” (Bonilla, 1967: 143). Igualmente ambigua es su apreciación de la novela *El primo*: “*El primo* es ya una novela de la ciudad. El San José de principios de siglo aparece en todos sus aspectos

1. Cardona, Jenaro. *El primo* (Prol. de Alfredo Cardona P.) San José: Ed. Costa Rica, 1980.

2. Cardona, Jenaro. *La esfinge del sendero*. San José: Ed. Costa Rica, 1970.

costumbristas y en los vicios de una sociedad que ha abandonado el patriarcalismo y se inicia en la nueva era burguesa, en que la fortuna es el factor esencial (...) No consigue profundizar en la psicología de los personajes, no nos sitúa tampoco en los ambientes, pero la descripción –especialmente la de los personajes– es tan objetiva y acertada, que reemplaza en superficie lo que le falta en profundidad” (Bonilla, 1967: 144). Más definida es la apreciación de un crítico extranjero en 1971: “Como novelista, Cardona es, sin duda, el escritor costarricense de más valer y solidez en el lapso que va desde 1900 a 1940 (...) Sus novelas son de lo mejor que haya producido el realismo naturalista en Hispanoamérica y representan una valiosa contribución al desarrollo del género en el continente” (Solera, 1971: 378 y 390).



Este trabajo procura retomar –ubicándolas en el contexto socio-cultural del cambio de siglo– las apreciaciones de Bonilla sobre *El primo* como novela urbana, que elabora la imagen de un San José finisecular con pujos crecientes de pequeña metrópolis burguesa, oscilante entre el localismo y el cosmopolitismo, entre la tradición y la modernidad. Con ese objeto se tratará primero de reconstruir, con base en algunas investigaciones recientes, el contexto dialógico, histórico, discursivo y cultural, que gesta esta novela.

Durante la última mitad del siglo XIX la oligarquía cafetalera costarricense había logrado consolidar su posición como clase dominante en el interior de la joven república, que se había declarado por fin independiente en 1848. En las últimas tres décadas del siglo procura consolidar también un Estado Nacional con sus correspondientes aparatos ideológicos, uniformados bajo el signo del liberalismo político y del positivis-

mo filosófico. A partir de 1870 el país pasa por un proceso de centralización del poder económico, político e ideológico alrededor de los intereses, necesidades y representaciones de ese grupo dominante, asentado mayoritariamente en la ciudad de San José. Ese esfuerzo hegemónico buscaba su legitimación mediante un proceso paralelo de unificación ideológica alrededor de un modelo de *nación* que permitiera asimilar los intereses oligárquicos a los intereses nacionales. Pero el dominio oligárquico, a su vez, era solo un reflejo del poder de las metrópolis industriales —Europa o Estados Unidos—: con respecto a ellas la oligarquía nacional era un grupo subordinado y la flamante nación un pequeño país agrícola, dependiente y periférico.

Así, el proyecto de asimilación ideológica de la incipiente ciudadanía costarricense a un discurso nacional, habría de generar múltiples resistencias y tensiones. Hay, en primer lugar, una tensión entre la tendencia centrípeta, que procura la unidad y la asimilación al paradigma hegemónico de grupos con discursos y prácticas sociales disímiles; enfrentada con la tendencia centrífuga, provocada por los choques y resistencias de los grupos marginados contra un modelo de “realidad nacional” que tendía a reprimir, mutilar o excluir su existencia. Hay, en segundo lugar, una tensión en el propio proyecto nacional oligárquico, que oscila entre la identificación y la asimilación con los modelos metropolitanos, y el esfuerzo por consolidar la autoimagen de una nación independiente y autónoma, con una identidad y una cultura propia e inalienable. De todo lo anterior se desprende una contradicción en los discursos y prácticas del liberalismo oligárquico, incapaz de conciliar su apego a la “tradición” heredada —que le garantiza la conservación de importantes privilegios— con las exigencias de modernidad y progreso capitalistas, que exigen el sacrificio de valores y costumbres tradicionales para insertarse con éxito en el

mercado internacional.

Las transformaciones provocadas por el proceso de consolidación del Estado nacional y el proceso de “invención de la nación” (Palmer, 1992) en las últimas décadas del siglo pasado abarcaron todos los ámbitos. Las leyes, los códigos, la educación, la vida cotidiana, el imaginario colectivo y hasta el aspecto físico de la ciudad capital, cambiaban radicalmente. En las dos últimas décadas del siglo XIX se consolida la producción de héroes y gestas, himnos patrióticos, monumentos e instituciones; de una historia, una mitología, una cultura y una literatura nacionales, encargados todos de cimentar el sentimiento de un origen, una identidad, un espíritu y un destino compartidos y comunes para todos los ciudadanos que habitan el territorio nacional (Palmer, 1992). En 1895 se erige el Monumento Nacional –importado de Francia– en el flamante Parque Nacional –antigua Plaza de la Estación– en San José; en 1891 se había erigido el monumento –igualmente importado de Francia– al héroe nacional Juan Santamaría en Alajuela (Fumero, 1995). Entre 1880 y 1900 se fundan también diversas instituciones encargadas de fomentar o conservar la cultura y el patrimonio nacionales: el Archivo Nacional (1881), el Museo Nacional (1887), la Biblioteca Nacional (1888), el Teatro Nacional (1897).

Paralelamente se desarrolla un acelerado proceso de urbanización que transformó en pocos años la ciudad de San José, eje transmisor del proceso de centralización y modernización del país. Un escritor estadounidense que visitó Costa Rica en los primeros años de este siglo describía a San José como “una metrópolis en miniatura” y señalaba cómo a pesar de su pequeñez mostraba “signos de progreso por todas partes”: alumbrado eléctrico, tranvía eléctrico, telégrafos, teléfonos, ferrocarriles, un gobierno “equipado con toda la maquinaria que tendría el de un país mucho más grande”, y un Teatro Nacional “tan

hermoso y tan bien provisto como cualquier teatro de Nueva York” (Casement, 1905: 26 y 51-52. Traducción nuestra). Sin embargo, las fronteras que demarcaban los límites entre la incipiente urbe y los cafetales y potreros aledaños eran difusas, las costumbres y paisajes urbanos no se distinguían netamente de las tradiciones y parajes rurales que los circundaban y complementaban; la mentalidad urbana y el discurso de la modernidad no habían roto por completo sus vínculos con la mentalidad rural y los valores tradicionales: si bien la ciudad se percibe como un campo de fuerzas e intercambios sociales distinto del mundo rural y campesino, lo que predomina en el imaginario cultural de los josefinos de principios de siglo, es más bien una compleja red de oposiciones e interrelaciones que enlaza y separa al mismo tiempo la incipiente metrópolis y su entorno rural, la tradición y el progreso. El tema de las relaciones entre el espacio rural y el espacio urbano, como campos de fuerzas sociales que se oponen y entrelazan en compleja urdimbre, es uno de los más frecuentes en la literatura costarricense de principios del siglo XX.

Por otra parte, junto a los signos ya reseñados de progreso y modernidad, en la incipiente urbe aparecieron también, en los linderos del cambio de siglo, otras señales de transformación igualmente significativas, pero que los escritores de la generación de Cardona no supieron o no quisieron registrar. Como producto de un lento, paulatino, pero implacable proceso de proletarización del antiguo campesino, surgía un nuevo conglomerado social, una “plebe” urbana formada por grupos de artesanos, obreros y empleados públicos, que iban configurando su propia cultura y conciencia social, en relación tensa y compleja con la cultura oligárquica. Con la aparición de esa plebe urbana se planteó también la “cuestión social” en Costa Rica: surgieron los primeros esfuerzos de afirmación cultural, de organización política alternativa y de lucha por el mejoramiento de la vida

popular, al mismo tiempo que aparecían los primeros indicios de descentramiento del discurso nacional oligárquico como un discurso monológico, discriminatorio y excluyente (Acuña, 1986; Oliva, 1985; Quesada, 1988; Morales, 1993).

La nueva metrópolis josefina traduce, en su mismo cuerpo, en espasmódica transformación espacial y arquitectónica, el abigarrado y desconcertante proceso de modernización: al mismo tiempo que muestra signos evidentes de crecimiento, civilización y progreso, muestra también síntomas de malestar cultural y tensión social. A fines del siglo XIX el viejo casco central urbano se desborda y la ciudad empieza a extenderse en distintas direcciones. Al noreste, en los alrededores de la nueva Estación al Atlántico y la vieja Fábrica de Licores, se consolida un nuevo complejo arquitectónico y recreativo que va a unir, mediante la llamada “Avenida de las Damas”, los nuevos parques Morazán y Nacional, la Plaza de la Fábrica (luego Parque España) y el flamante Edificio Metálico, que con su novedosa estructura metálica se consolidaba como el nuevo símbolo de la modernización urbana. En los alrededores de este nuevo conjunto arquitectónico edifican sus lujosas residencias e instalan sus clubes sociales las principales familias oligárquico-burguesas. Luego se extienden al norte y al este, bordeando la ribera sur del río Torres, hacia los nuevos barrios de Amón y Otoyá: las flamantes avenidas ven surgir lujosos “chalets”, rodeados de jardines, cuyos singulares y eclécticos utensilios domésticos, materiales y estilos arquitectónicos, eran una ostentosa muestra de la modernidad, la riqueza y el prestigio social de sus moradores. En los alrededores del Parque Morazán, en los interiores de la espaciosa casa “de fábrica moderna” de los Ayala, en el exclusivo espacio del Club Internacional o en el elegante y cosmopolita Teatro Nacional, ubica su enfoque de la vida nacional la novela *El primo*.

En contraparte, fuera del ángulo de observación de la nove-

la, hacia el noroeste, en las cercanías del nuevo Mercado y más allá, hacia el Paso de la Vaca y el Rincón de Cubillos (luego Barrio México), o bien hacia el sur y el suroeste en La Puebla y el Laberinto, se ubicaba en abigarrado hacinamiento la plebe urbana, en un complejo mundo donde convivían empleados, artesanos, obreros y “orilleros” lumpescos, confundiendo los límites entre el taller y la casa de habitación, lo privado y lo público, la “gente decente” y el mundillo del hampa y la prostitución (Salazar, 1986; Cerdas, 1994; Palmer, 1996; Quesada Avendaño, 1988)³. Este mundo, sin embargo, está ausente de la novela o el teatro de la generación de Jenaro Cardona, Carlos Gagini y Ricardo Fernández Guardia: tanto *El primo* como *El árbol enfermo*, *La sirena* o *Magdalena*, se desarrollan en las mansiones, parques y clubes reservados de la ciudad oligárquica o en las espaciosas casas de las haciendas cafetaleras; habrá que esperar el advenimiento de una nueva promoción literaria para que la plebe, su cultura, sus formas de vida y espacios urbanos, ingresen a la literatura nacional con las novelas y relatos de Joaquín García Monge y Carmen Lyra o el teatro de Daniel Ureña.

❧ II ❧

Es en el marco de las tensiones y transformaciones reseñadas anteriormente que se puede ubicar el texto de la novela *El primo* y los textos de la promoción de intelectuales y escritores a la que pertenece Jenaro Cardona. La elaboración y puesta en escena del modelo nacional oligárquico corre a cargo de una elite letrada de intelectuales, políticos, maestros, histo-

3. Una vívida rememoración de la vida en La Puebla de principios de siglo, se encuentra en la novela testimonial de Luisa González *A ras del suelo* (Ed. Costa Rica, 1970)

riadores y escritores que se acostumbra llamar *El Olimpo*. Mientras los políticos se encargan de montar el nuevo Estado liberal, con sus leyes, códigos e instituciones, los otros intelectuales se encargan de elaborar la nueva mitología oficial costarricense, con sus héroes, gestas y monumentos; con su historia, su cultura y su literatura nacionales. A este grupo pertenece la promoción de escritores costarricenses que la crítica acostumbra considerar los “clásicos” de la literatura nacional: son los primeros que discuten sobre las posibilidades o características de esa literatura; los primeros que publican libros y revistas literarias; los primeros que elaboran modelos sistemáticos de representación literaria de la realidad nacional. Esta promoción, conocida como la “generación del Olimpo”, constituye una serie de escritores, nacidos en las décadas de 1850 y 1860, entre los que figuran, además de Jenaro Cardona, Manuel de Jesús Jiménez (1854-1916), Manuel González Zeledón (*Magón*) (1864-1936), Carlos Gagini (1865-1925), Aquileo J. Echeverría (1866-1909), Ricardo Fernández Guardia (1867-1950).

Los autores de la “generación del Olimpo” ofrecen en sus textos la imagen de una sociedad en transición donde coexisten, sin asimilarse ni excluirse plenamente, dos discursos sociales opuestos: el discurso de la tradición y el discurso de la modernidad. Entre ambos se establecen complejas relaciones dialógicas que les confiere valoraciones ambivalentes, según se opongan o se entrelacen desde distintos puntos de vista.

El discurso tradicional aparece en estos textos asociado a la conservación de ciertas *tradiciones* y *costumbres* que tienen un carácter casi ritual, que permiten escasa movilidad social, que se basan en normas morales conservadoras y rígidas y exigen la subordinación de la conciencia individual a la autoridad de la costumbre. Las costumbres tradicionales aparecen, por una parte, como índice de estabilidad, identidad y armonía, su conser-

vacación garantiza y legitima el orden y el concierto sociales o la integridad moral; pero pueden aparecer también, vistas desde otro ángulo, como signo de inercia, caducidad y conservatismo, que lleva a la decadencia y a la incapacidad para adaptarse a un mundo moderno en rápido cambio y transformación.

El discurso de la modernidad, por otro lado, aparece asociado al individualismo, al crecimiento de las relaciones mercantiles, al poder del dinero y a la disolución de los vínculos tradicionales. La modernidad puede aparecer, por una parte, como signo de libertad, civilización y progreso; pero también, por otra parte, como índice de descomposición moral y social, de libertinaje o enajenación, como agente de ideas y costumbres exóticas que conducen a la pérdida de la identidad nacional.

En los textos del Olimpo, oligárquico y liberal, aristocrático y burgués, los dos discursos y puntos de vista opuestos no se excluyen mutuamente, ni el proceso de transformación social adquiere una valoración unívoca, sino que más bien aparecen sujetos a diversos grados de interrelación y ambivalencia. A pesar de que la mayoría de los escritores de esta promoción se autodenominan “liberales”, sus textos literarios expresan desconfianza hacia las consecuencias sociales y morales del individualismo burgués, el progreso capitalista, el crecimiento de las relaciones mercantiles y la disolución de la sociedad tradicional. Esos textos traslucen, en mayor o menor grado, un dejo de nostalgia por la “moralidad” o “el orden y el concierto” que se añora en las viejas tradiciones patriarcales; pero esos textos reconocen también, implícita o explícitamente, la caducidad de las añejas tradiciones y el *ancien régime* ante el asedio de la modernidad. La vida costarricense aparece entonces, en los textos del Olimpo, como un mundo social en trance, donde los antiguos valores y costumbres tradicionales se encuentran en proceso de descomposición, corroídos por las nuevas relaciones y valores de la modernidad capitalista. En un

relato titulado de manera significativa *Don Quijote se va*, Carlos Gagini puso en boca de un Don Quijote criollo una nostálgica evaluación del proceso que transformaba a “los caballeros de antaño” –la oligarquía semiaristocrática con sus valores patricios, señoriales y caballerescos– en “los mercaderes de hoy” –una nueva burguesía plutocrática que asumía el dinero y los valores de cambio como criterio definitivo de poder y *status social*–:

“Honradez, honor, equidad, patriotismo, compasión, abnegación y nobleza son palabras anticuadas o vacías de sentido en nuestra lengua... Los caballeros de antaño tenían un Dios, una patria y una dama; los mercaderes de hoy no tienen más dios que el dinero, más patria que el mostrador ni más dama que la bolsa... Mi reinado ya pasó, ahora comienza el de Sancho” (en Quesada, 1989: 97).

Las diversas posiciones y actitudes ante ese proceso generan, en los textos de los escritores del Olimpo, una serie de temas *tópicos* que se repiten o se entremezclan con distintas variaciones. Un primer tema, propio de los “cuadros de costumbres” y las “tradiciones” y “crónicas” históricas, está constituido por una reproducción sujeta a cierto grado de ambivalencia –entre la idealización nostálgica y el distanciamiento irónico o burlón– de ciertas anécdotas, tradiciones y costumbres, patriarcales o campesinas, que el texto ofrece como representación de una añorada “edad de oro”, el paraíso perdido o a punto de perderse, de los auténticos valores y tradiciones nacionales.

En forma paralela a esta evocación de la “edad de oro”, aparece una segunda temática complementaria, elaborada sobre todo en la novela, que procura ofrecer una representación “realista” –“la realidad” se confunde con la imagen oficial

de la nación elaborada por los intelectuales del Olimpo— de los problemas morales y sociales generados por la sustitución de las costumbres tradicionales frente a las nuevas prácticas de la modernidad. En términos generales, estos textos se organizan alrededor de otro eje temático: la degradación del núcleo familiar patriarcal y los valores que le dan cohesión y sentido, como símbolo de un proceso de descomposición social y moral del país (Quesada, 1989 y 1998; Ovares *et al.*, 1993).

Como norma general, en estos textos la circunscripción del sexo al matrimonio y la procreación; el matrimonio endogámico y la familia patriarcal; la sumisión femenina a su papel doméstico y a la autoridad masculina —fortalecida por el estereotipo de la mujer como ser “histérico” o “neurótico” incapaz de controlarse a sí misma—; las representaciones ideológicas que ligan el “honor” de la familia al control que deben ejercer los hombres sobre la virginidad y la sexualidad de las mujeres, aparecen como garantía de moralidad y de conservación de ciertas “tradiciones y costumbres” que el texto privilegia como *nacionales* (Ovares *et al.*, 1993; Quesada, 1998).

El papel de la mujer se asemeja, en los textos del Olimpo, al papel del campesino: ambos aparecen sujetos a una tipificación que los convierte en representantes de la identidad nacional, siempre que se mantengan fieles al papel ritual subordinado que les asignan las tradiciones y costumbres establecidas; pero se convierten en una amenaza a la identidad nacional y al orden social, cuando rompen —como en el caso de los “gamonales” e hijos de gamonales campesinos— con el papel que les asigna el rito y la costumbre, para actuar como sujetos emancipados y autónomos.

El orden del discurso identifica como tradiciones y costumbres nacionales aquellas que garantizan la permanencia del poder oligárquico: el matrimonio patriarcal endogámico, la subordinación del campesino a la oligarquía, de la cultura

popular a la cultura letrada, de la mujer al varón, de los hijos a los padres, del sexo al matrimonio, del dinero al orden estamentario, de la conciencia individual a la autoridad de la tradición y la costumbre. Pero es necesario tener en cuenta que en los textos del Olimpo se expresa, al mismo tiempo que el deseo por preservar las añejas tradiciones y costumbres, también su caducidad y disolución; al mismo tiempo que el esfuerzo por construir un modelo de realidad nacional acorde con los estereotipos oligárquicos, también las dificultades y resistencias de la compleja vida cultural costarricense para dejarse apresar en ese modelo.

El núcleo temático que homologa la familia patriarcal oligárquica a la nación, evidente en *El primo*, no es exclusivo de esta novela; igual se puede advertir en una larga lista de textos de otros autores del Olimpo como, por ejemplo: *Magdalena* de Fernández Guardia; *El árbol enfermo*, *La sirena* y *A París* de Gagini; *La propia* de Magón, así como también *La esfinge del sendero*, la otra novela de Jenaro Cardona. La temática de la descomposición social y la pérdida de la identidad nacional, asociada a la desintegración del núcleo familiar oligárquico-patriarcal, se combina en *El primo* –al igual que en los otros textos mencionados– con una serie de motivos que se procurará deslindar a continuación, aunque es necesario tener en cuenta que en los textos aparecen siempre imbricados, entremezclados e interrelacionados unos con otros.

Un motivo importante en estos textos es el del placer sexual y la relación erótica extramarital o heterogámica, como elementos que amenazan el orden social y la moralidad. En las obras de Cardona, como en las de Gagini o *Magón*, este motivo se manifiesta frecuentemente en forma de una escisión entre el apego a una vida virtuosa, feliz y apacible, garantizada por el respeto a las convenciones socio-morales establecidas, y la pulsión instintiva por el placer o el libertinaje, que incita a

romper con esas convenciones y afrontar los riesgos de una transgresión que en el texto conduce indefectiblemente a la ruina y el extravío.

En *El primo* –al igual que en *El árbol enfermo*, *La Sirena*, *A París* y *Los pretendientes* de Gagini, o en *Magdalena* de Fernández Guardia y *El problema* de Soto Hall– el motivo erótico se asocia con otro también frecuente: el de la seducción o la “absorción” ejercida sobre los miembros de la comunidad nacional, por ciertas ideas y prácticas “exóticas” –libertinas o mercantilistas– provenientes del extranjero. En novelas como *El problema*, *El árbol enfermo* o *La caída del águila* el motivo de la seducción erótica se utiliza como representación simbólica del proceso de “absorción” cultural, económica y política del país, por parte de los Estados Unidos. En la exposición de este motivo reaparece siempre la ya mencionada ambivalencia oligárquica entre la tradición y la modernidad o entre lo propio y lo ajeno. El extranjero es al mismo tiempo una voz aliada que introduce la modernidad, la civilización y el progreso, y una voz ajena y hostil que amenaza con la enajenación y la pérdida de la identidad nacional; el extranjero al mismo tiempo que conquista, seduce y atrae, también despoja, aliena y destruye (Quesada, 1998; Ovares *et al.*, 1993).

En *El primo*, el motivo erótico y el de la seducción del extranjero, se asocian –en la figura de Mario Astorga, alias *Trillito*– con otro motivo frecuente en la literatura del Olimpo: la amenaza que constituye para las tradiciones y costumbres oligárquico-nacionales, el poder económico del campesino enriquecido o “gamonal”. La conciencia del gamonal aparece en la literatura del Olimpo como un campo de fuerzas opuestas donde se enfrentan y se entrelazan el sumiso campesino tradicional (el mítico “labriego sencillo” del Himno Nacional o las *Concherías*) y el advenedizo nuevo rico pequeño-burgués. Los textos del Olimpo tienden a sugerir la incapacidad del gamo-

nal, por su deficiente formación cultural y su carencia de educación, para administrar adecuadamente su poder económico. En sus toscas manos, el poder del dinero y sus ambiciones de ascenso socio-político, se convierten en una amenaza a la integridad moral y el orden social, garantizados por el respeto a la tradición oligárquico-patriarcal, el matrimonio endogámico y la posición subordinada del campesino. Las pretensiones de los gamonales, que procuran utilizar su poder económico como instrumento de ascenso social y político –a menudo mediante proyectos matrimoniales con algún miembro de la oligarquía– se asocian siempre en estos textos con un proceso de degradación socio-moral y generan siempre un tratamiento irónico o satírico, cuando no abiertamente despectivo por parte del narrador. Además de *El primo*, el motivo del gamonal se desarrolla también en *La propia* de Magón, *Don Concepción* de Gagini, *El hijo de un gamonal* de Claudio González Rucavado o *La política* de Fernández Guardia.

El motivo erótico, aliado a los motivos del gamonal transgresor y la influencia sediciosa del extranjero, se asocian en *El primo* con otro motivo central en la literatura del Olimpo: el poder del dinero –sin el adecuado control ejercido por la educación y las “buenas costumbres”– como elemento corruptor y disociador de las leyes y tradiciones oligárquico-nacionales. La ausencia de represión sobre la potencia del sexo y del dinero, sobre las pulsiones libertinas y mercantilistas –ambas concebidas por los textos como costumbres “exóticas”, producto indeseado de la modernidad y del progreso– aparecen en la literatura del Olimpo como la principal amenaza a las leyes y tradiciones que legitiman el orden social y la identidad nacional. En *El primo*, como en casi todos los textos del Olimpo, el poder sedicente del dinero aparece ligado a la figura del gamonal y a los “nuevos ricos” o a la influencia del extranjero, figuras que introducen ideas o prácticas exóticas o plebeyas que ejercen un efec-

to deletéreo sobre los valores y costumbres tradicionales.

Finalmente, el motivo erótico, asociado con el motivo del gamonal transgresor y el del nuevo poder utilitario y sedicente del dinero, se asocian en esta novela con otro motivo habitual en la literatura del Olimpo: el de las relaciones entre el campo y la ciudad. El campo, la hacienda cafetalera o el “labriego sencillo”, se conciben en el texto como santuario de la familia y las costumbres tradicionales, baluarte de la identidad nacional, contrapuestos a la ciudad, los gamonales y los grupos urbanos extranjerizantes o emergentes, fermento de nuevas fuerzas e intercambios sociales pervertidos o licenciosos, donde se disuelven o se corrompen los valores y vínculos tradicionales (Quesada, 1998; Ovares *et al.*, 1993).

❧ III ❧

El primo de Cardona enlaza todos esos motivos: Beltrán, el extranjero corruptor, millonario y libertino, deshonra a Matilde, la joven veleidosa que rompe con las convenciones de la moral patriarcal, seducida por la atracción sexual y el dinero del primo extranjero y cosmopolita. Para que repare la deshonor de Matilde, Beltrán “compra” también a *Trillito*, el joven gamonal que abandona su familia, su pueblo y su “sencillez” campesina, dominado por las ambiciones licenciosas que engendran en este hijo de gamonal el dinero de su padre y la seductora modernidad urbana. El extranjero Beltrán, representante de la modernidad, civilizado y cosmopolita, conquista y al mismo tiempo destruye el viejo nido de hidalgos criollo, la familia Ayala, representante de unos valores tradicionales que si bien en el texto se siguen añorando como garantía de moralidad e identidad nacionales, se perciben también al mismo tiempo como ingenuos, decadentes y caducos, incapaces de

resistir la insoportable embestida de la modernidad. Véase ahora el texto de la novela más en detalle.

La novela *El primo* se estructura sobre dos tramas entrelazadas (Solera, 1971) que, en contrapunto, sugieren diversas reflexiones sobre los temas del enfrentamiento entre la tradición y la modernidad o el campo y la ciudad. Las dos tramas establecen un nexo entre un proceso de descomposición familiar de la oligarquía urbana y un proceso semejante que se opera en las familias de ricos “gamonales” campesinos. La desaparición de los valores tradicionales y la desintegración del núcleo familiar patriarcal simbolizan en el texto un proceso paralelo de descomposición social y pérdida de la identidad, producto de la seducción que ejercen sobre, los jóvenes, los nuevos valores de cambio burgueses.

La trama central presenta el proceso de decadencia de la vieja oligarquía señorial venida a menos —el “nido de hidalgos” criollo— encarnado en la familia Ayala, cuyos exiguos recursos económicos amenguan su posición social en un mundo donde el dinero sustituye al criterio tradicional del “honor” como nuevo signo de *status* social. El texto adscribe a los tres miembros de la familia distintas actitudes ante esta situación. Don Clemente Ayala, el padre débil, viudo y carente de autoridad, se construye en el texto como un típico representante del viejo liberalismo patricio: en él se mezclan la añoranza por el “orden y el concierto” tradicionales con la fe en el “progreso” liberal. Al mismo tiempo, el texto reconoce la incapacidad de las virtudes tradicionales de don Clemente, “todo ingenuidad y confianza”, para conservar su patrimonio en los nuevos tiempos “de lucha y de positivismo”, de “rapiña” y de “expoliación”.

(...) y es que sobre las cabezas venerables de estos viejos —niños, incapaces de suponer dobleces y traiciones en sus semejantes—, está siempre abierta la garra del engaño, y

levantado el alfanje del *beduino civilizado*, pronto a entrar a saco sobre un hogar feliz siempre que éste ofrezca incentivo a la rapiña y a la expoliación. (46)

Julián, su hijo, hereda de don Clemente el legado patriarcal de “honradez y lealtad”, equilibrado con “un juicio admirable y un criterio poco común”. Su “austeridad” y sencillez lo inmunizan, por un lado, contra las tentaciones mercantilistas –a las que es tan proclive su hermana Matilde–; pero, por otro lado, lo hacen fácilmente vulnerable –como su padre– a las intrigas y el pragmatismo moral de los “beduinos civilizados”; es decir, los nuevos ricos como don Eduardo Cartín o don Agapito Mendoza, que esconden bajo su “fama de hombre honrado” la “bellaquería” y la “expoliación” sobre las que han edificado su “fortunita” (157).

El tercer miembro de la familia Ayala y protagonista femenino de la novela, Matilde, constituye, en la apreciación del narrador, “el reverso de Julián” (46). Según el mismo narrador “don Clemente adoraba a su hija y la dejaba hacer su gusto; era la hija mimada que viene a resumir todas las afecciones del hogar donde falta la madre” (46). La ausencia de controles familiares y las contradicciones entre su posición social elevada y sus exiguos recursos económicos, convierten a Matilde –mujer al fin, incapaz de controlar sus sentimientos y pasiones– en presa vulnerable –a pesar de su formación en los valores tradicionales– de los nuevos valores de cambio burgueses.

La pobre criatura, en su desmedida afición al lujo y a las cosas grandes, no tenía en su cerebro de pájaro más idea que la de ostentar, la de deslumbrar, y no pensaba que cuando no hay oro que refleje su brillo sobre la persona, todo aquel lujo, todo aquel aparato no es otra cosa que un oropel que cubre las miserias más vergonzosas y exhibe

a las personas de la manera más ridícula. Pero Matilde no pensaba en esto; por brillar una noche en un baile, y verse nombrada por cualquier pelagatos de imprenta en una gacetilla cursi y trasnochada, obligaba a su padre a las mayores privaciones y sacrificios (49)

La segunda trama, que se subordina a la primera, recoge el motivo del “gamonal”, el campesino enriquecido al que su dinero le permite aspirar a competir en las lides sociales con la oligarquía urbana. Esta segunda trama —encarnada en la familia Astorga y la figura del joven Mario, alias *Trillito*— expresa el tema de la penetración de los nuevos valores burgueses en el modo de vida rural. *Trillito*, que se traslada a San José para competir por una posición social acorde con el flamante poder económico de sus padres, se debate entre sus debilitados escrúpulos tradicionales —ligados al campo y la vida familiar— y sus poderosas ambiciones sociales —ligadas a la moderna vida urbana—.

Astorga viene a ser así, simbólicamente, una especie de copia al revés de Matilde Ayala. El rasgo estructural que combina las dos tramas en el texto es la posición social inestable de los dos protagonistas: Matilde, con posición social, pero sin el dinero necesario para sostenerla; Mario Astorga, sin posición social, pero con el dinero necesario para pretender comprarla. De aquí el papel central del dinero en la novela: es el mediador simbólico entre los deseos de los protagonistas y la realidad; solo el dinero otorga la posibilidad de realizar las ambiciones potenciales de los personajes. De aquí que el dinero se convierta para los protagonistas —consciente o inconscientemente— en una necesidad indeclinable, y su poder en una tentación irresistible. La necesidad de dinero —mediador entre la ambición y el éxito en el nuevo mundo burgués— lleva a los personajes a convertir en valores de cambio —mercancías que pueden venderse para satisfacer sus aspiraciones de prestigio social, placer

o poder— su honor o su conciencia.

En este ambiente social urbano y aburguesado, propenso a la devaluación de los valores tradicionales, aparece cual moderno Mefistófeles, Beltrán Urdaneta, el primo extranjero de Matilde, cosmopolita, rico, egoísta y libertino:

Beltrán era un gran egoísta en el más alto sentido metafísico. Todas las ventajas, todos los atributos de que disponía, los empleaba única y exclusivamente en proporcionarse el placer a montones, para devorarlo luego con una avidez asombrosa...; y sabía cuánto pueden una buena figura, pocos años y muchos pesos. Era... un escéptico que no creía más que en el placer... seguía sus inclinaciones como las aguas del río su curso, pero guardando las apariencias con un convencionalismo metódico, ceremonioso... (95-96).

El fermento exótico que viene a desatar en *El primo* la descomposición de las costumbres y valores tradicionales es la conjunción en la figura de Beltrán Urdaneta del dinero y el libertinaje, unidos además a la fascinación de la oligarquía criolla por el brillo extranjero. El libertinaje y el pragmatismo moral se asocian en la novela a la penetración de la modernidad y los valores burgueses: se ven como producto del traslado, al campo de las relaciones humanas, de las leyes mercantiles, y de la sustitución de los valores tradicionales por valores de cambio: la virginidad, la honra, el amor o el matrimonio se tornan mercancías que se compran o se venden cuando la oferta es atrayente o la demanda apremiante.

Toda la estructura de la novela tiende a señalar, tanto en las costumbres sociales —v.gr. el veraneo o el estreno del Teatro Nacional— como en el comportamiento individual de los personajes, ese desgarramiento entre los valores tradicionales y los nuevos valores de cambio burgueses. Los personajes de don

Eduardo Cartín y la familia Mendoza –don Agapito y su esposa Valentina– aparecían ya desde los primeros capítulos, antes del arribo de Urdaneta, como el equivalente criollo de lo que con más refinamiento y sofisticación habrá de encarnar el primo Beltrán: el individualismo burgués, el utilitarismo y el libertinaje. Estos personajes se construyen en el texto como figuras para las cuales las relaciones humanas, el matrimonio o los negocios, se conciben como una empresa privada, cuyo valor se mide por la cantidad de dinero o la satisfacción individual que aportan. La presencia del extranjero cosmopolita, rico y libertino, no hace más que consolidar los desgarramientos y contradicciones de la incipiente sociedad burguesa josefina; la presencia del primo Beltrán actúa como catalizador que precipita un proceso cuyos elementos se advertían ya en los primeros capítulos de la novela, latentes y agazapados, pero presentes y activos en el ambiente social de San José.

De aquí que el poder seductor del primo –encarnación de los nuevos valores de la modernidad burguesa– sea el núcleo alrededor del cual giran y se definen los valores y posiciones de los demás personajes. Las actitudes de los personajes pueden resumirse entonces en el siguiente esquema:

Valores tradicionales	Oscilantes entre ambos	Valores burgueses
Diego	Matilde Ayala	Beltrán Urdaneta
Familia Ayala	Mario Astorga	Burgueses criollos:
Familia Astorga		Eduardo Cartín
		Agapito y
		Valentina de
		Mendoza

En el extremo opuesto a Urdaneta, Cartín y los Mendoza, representantes de los valores de la modernidad –el individualismo, el mercantilismo y el utilitarismo– se ubica Diego –per-

sonaje cercano a don Clemente y Julián— que se construye en el texto como el más cabal y auténtico representante de los valores tradicionales; los sueños de Diego coinciden plenamente con los estereotipos doméstico-patriarcales sobre el amor y el honor, el matrimonio y la familia, del liberalismo oligárquico:

Él necesitaba casarse, formar su hogar, procrear su familia; no pasar por el mundo como un sonámbulo ajeno a los goces del amor, que brilla en medio de un hogar honrado y feliz... Él quería tener el estímulo santo del trabajo que santifica la vida y compartir el fruto de sus fatigas con una familia suya, propia, que fuera carne de su carne... Y sobre tanta dicha, sobre tanta ventura, el escudo de un nombre honrado y la consideración social (223-224)

Como novio oficial de Matilde, Diego representa para esta la concepción tradicional-patriarcal del amor y el matrimonio, en oposición a las pulsiones libertinas y los esfuerzos seductores de los burgueses criollos, al principio, y del primo extranjero, después. La precaria posición familiar y socioeconómica de Matilde provoca, desde los capítulos iniciales del texto, ciertas dudas y oscilaciones, ciertos “sentimientos encontrados”, entre sus principios tradicionales —la relativa estabilidad que le ofrece para el cumplimiento de su *rol* de mujer, el matrimonio y el “amor” por Diego— y la oscura atracción de los placeres burgueses: la “secreta voluptuosidad de lo prohibido”, que lleva “al alma de Matilde una especie de *ateísmo* en su religión de mujer” (93). (Destacado del original).

Eduardo Cartín y Valentina, los representantes criollos de los valores burgueses, actúan en los capítulos iniciales como instigadores preliminares —antes de la aparición del primo— de los incipientes brotes libertino-mercantiles en el ánimo de Matilde, y cumplen en este sentido el papel de coadyuvantes a la posterior seducción del primo, y de opositores a los proyec-

tos matrimoniales de Diego. Don Eduardo Cartín había intentado infructuosamente, antes del arribo de Beltrán, “comprar” un matrimonio con Matilde, valiéndose de su ingente poder económico y de las penurias de los Ayala. Por otra parte, los consejos de Valentina a Matilde en el capítulo III tendrían también a debilitar el ya titubeante “amor” de Matilde y su compromiso con Diego; al mismo tiempo sembraban en el ánimo oscilante de Matilde las semillas de la modernidad transgresora que la presencia seductora del primo cosmopolita, millonario y libertino, harán germinar más tarde.

... ¡ah picarilla, conque tienes un primo millonario!... Créeme, estás de que te felicite... ¿Beltrán es soltero? Sí, pues está todo hecho; ¿qué les impide a ustedes que se gusten, se quieran y...

—¿Pero es que te haces la ignorante? ¿No sabés que tengo mi novio y que estoy comprometida?... El talento se abre camino siempre, y perseverando, con trabajo y economía se llega al fin deseado.

—Pues hija te equivocas medio a medio. ¿No has oído decir que el talento es un estorbo para hacer dinero? Ahí tenés a mi marido... ¡buen ejemplo! Además, casarte para trabajar, para economizar y para enflaquecer es sencillamente una estupidez. (61-62)

Matilde, sin embargo, había rechazado en este primer asalto las asechanzas y proposiciones de los burgueses criollos, para conservar su fidelidad, algo titubeante, al compromiso con Diego y a los principios y valores tradicionales:

—Nunca —contestó Matilde con voz firme y por hacer ostentación de un sentimiento que es dudoso que experimentara—: seré fiel a mi compromiso; para venderme ya lo habría hecho cuando el señor Cartín me mostró cierta inclinación que... tal vez aún me profese... y no puedes negarme que es rico... Soy de las que creen que el amor

verdadero, que sí existe, aunque lo niegues, es lo que más dignifica y levanta a la criatura y debe ser la única cadena capaz de unir dos seres...

—Al poste de la miseria —interrumpió Valentina. (63)

Pero los mercaderes criollos no tenían el poder de seducción que tiene el primo extranjero, cosmopolita y millonario. Beltrán inicia la seducción de Matilde con el regalo de un collar de brillantes y perlas:

Matilde quedó deslumbrada al ver la joya; tuvo un momento de arrobamiento cuando contempló el centelleo de los diamantes, entre el blanco mate de las perlas (...) No miró más ni se dio cuenta de nada; sintió que unas manos le ceñían al cuello aquella alhaja que parecía que la quemaba... Sintió sobre su boca la caricia del bigote de Beltrán, quien la besaba furiosamente, y que la ahogaba. Tuvo una especie de desmayo... Urdaneta la retenía entre sus brazos; mas de pronto, con la enorme fuerza de una mujer débil que se defiende, se desprendió de Beltrán, le miró espantada, casi loca, y con paso acelerado huyó de la sala... (140)

El cosmopolita Beltrán termina por seducir a la veleidosa Matilde —minada ya por los gérmenes del “ateísmo en su religión de mujer”— y su habilidad para ocultar tras un discurso convencional sus prácticas libertino-burguesas, termina por atraerse la simpatía de don Clemente y Julián, incapaces de detectar la deshonor y la catástrofe tras la figura seductora del extranjero. Tras seducir y embarazar a Matilde sin que lleguen a sospecharlo sus parientes, el primo abandona precipitadamente Costa Rica, pretextando una gravedad de su padre. Antes de partir envía a don Clemente una cariñosa misiva y una “pequeñez”: un cheque por valor de 3.600 pesos.

Cuando don Clemente terminó la lectura, corrían las lágrimas de sus ojos...
—¿Has visto un muchacho como este? ¡Ah!, Beltrán vale lo que pesa... ¡corazón de oro! Quiera Dios que encuentre vivo a don Esteban y que la dicha lo acompañe (230)

De manera paralela a las dudas y oscilaciones de Matilde, el narrador desarrolla la segunda trama. También *Trillito* —versión criolla del *parvenu* provinciano, tan caro a la novela decimonónica europea— se debate entre sus declinantes valores tradicionales, ligados a la vida familiar y a su formación campesina, y sus turbulentas ambiciones burguesas, ligadas a la vida y las tentaciones urbanas.

Al aparecer en escena en la novela, el narrador se encarga de informar al lector cómo la vida josefina ya ha borrado casi completamente del alma de Astorga los últimos valores tradicionales campesinos. Pero más tarde, cuando se le hace volver a su pueblo natal y al seno familiar (en los capítulos XVIII, XIX y XX), los recuerdos y el contacto renovado con su familia despiertan ciertos brotes de nostalgia y hacen renacer sus dormidos escrúpulos tradicionales. Finalmente, cuando en el capítulo XX su padre lo coloca entre la espada y la pared, entre el campo o la ciudad, la tradición patriarcal o el individualismo burgués, Mario no duda en escoger:

¿Qué haría? Renunciar a la vida de San José después de haber saboreado sus goces ¿y los amigos y los bailes, y sus grandes proyectos de hacerse periodista... y la diputación que ambicionaba, y la vida de esplendor con que soñaba? ¡Oh, no! ¿Quedarse allí, volverse un campesino, encerrar todos sus sueños y aspiraciones en el estrecho círculo de aquel pueblecillo? Jamás, de ninguna manera... (206-207)

El mismo poder de atracción, seducción y convencimiento que ejerce el millonario extranjero sobre Matilde y la familia Ayala, se aplica también en el texto a los ya raídos principios patriarcales de Mario Astorga. Para remediar la “deshonra” de la prima, Beltrán propone a *Trillito* una atractiva transacción erótico-mercantil: el matrimonio con Matilde. Astorga “regatea” en claros términos sociocomerciales las ventajas y dificultades del “contrato”:

... nuestra sociedad es complaciente, todo lo olvida, pero siempre que el asunto se rodee de cierto brillo... porque no me negará usted que algunas faltas llegan a cubrirse bajo las sedas y las joyas, mientras que otras estarán presentes, siempre vivas, si no tienen en su disculpa más que las lágrimas del arrepentimiento... ¡qué quiere usted, así es el mundo! (232-233)

Finalmente *Trillito* se vende, cuando Beltrán –quien reconoce que Astorga “ha hablado... como un filósofo” (233)– le ofrece una cantidad de dinero bastante atractiva.

En homología con las actitudes ante el amor y el matrimonio, también las prácticas que rigen los negocios plantean en el texto un enfrentamiento entre los valores tradicionales de Diego –fundados en el honor y la honradez, el altruismo y la nobleza– y el mercantilismo burgués de Cartín y los Mendoza, para los que el valor de los principios y los actos se determinan según la cantidad de dinero o la satisfacción individual que produzcan. El enfrentamiento entre ambas posiciones se hace evidente con el *affaire* de las huérfanas Montes, de las cuales Cartín –con la complicidad de Agapito Mendoza– es al mismo tiempo tutor y expoliador, y de las cuales Diego se convierte en defensor abnegado y altruista.

Al igual que Beltrán, también Cartín logra engañar fácilmente con su doble comportamiento –un discurso y una apa-

riencia acorde con las convenciones tradicionales que disimula y encubre prácticas burguesas— la honrada sencillez de los Ayala, algo predispuestos ya a aceptar el engaño por la “gratitud” que don Eduardo se ha ganado con sus oportunos “servicios” a la familia. Don Eduardo,

Inventó, tergiversó hechos, citó detalles desconocidos por completo para todos, y con tal arte y maestría, que logró llevar al ánimo de don Clemente y de Julián un sentimiento de repulsión hacia Diego. (160)

Los últimos capítulos de la novela reúnen los diversos motivos de las dos tramas, llevan a su desenlace los conflictos entre los personajes y extraen las consecuencias finales del conflicto entre los valores y las costumbres tradicionales y el moderno individualismo burgués, aliado a la “secreta voluptuosidad” del extranjero millonario y libertino.

El poder seductor del extranjero cosmopolita disuelve irremisiblemente los últimos escrúpulos patriarcales y provoca la degradación final de los protagonistas de las dos tramas: Matilde es seducida y deshonrada por el primo; *Trillito* es sobornado y comprado por Beltrán para que procure reparar la deshonra. Los otros miembros de la familia Ayala—el declinante nido de hidalgos criollos— son también inadvertidamente burlados y conquistados por la ambigüedad engañosa de los valores de cambio que manejan los nuevos mercaderes, Beltrán o Cartín. Don Clemente y Julián se muestran incapaces en el texto de reconocer o enfrentar las nuevas prácticas sediciosas y deletéreas que se encubren tras el respeto a los ritos, costumbres y tradiciones establecidos. Por otra parte, Diego al que el narrador presenta como el más lúcido y consecuente representante de los valores tradicionales, es también incapaz—con sus prácticas basadas en el honor, el altruismo y la lealtad— de

defender la honra de su futura mujer, Matilde, ante el asedio y la atracción del primo; y de defenderse a sí mismo contra las tergiversaciones insidiosas de Cartín, quien predispone en su contra a los Ayala, los mismos que, por sus principios y costumbres, debían constituirse más bien en sus aliados en la defensa de los valores tradicionales.

El final de la novela puede verse entonces como símbolo expreso de la impotencia de los valores tradicionales para enfrentar las prácticas sediciosas del moderno individualismo burgués. Don Eduardo Cartín confunde a Julián, haciendo aparecer a Diego –rival de don Eduardo en el amor y en los negocios– como autor de la deshonra de Matilde, y provoca así la muerte del honrado Diego a manos del ingenuo Julián. La novela terminaría entonces con una imagen simbólica de la autodestrucción de las figuras que encarnan los valores tradicionales, víctimas impotentes de la ambigua atracción del extranjero cosmopolita, de las prácticas engañosas de Cartín, y de sus propias contradicciones internas: todo esto provoca la destrucción física de Diego, ejecutada por el inadvertido Julián, y la deshonra y el desmoronamiento del decadente nido patriarcal de los Ayala.

La visión del mundo que se expresa en la novela *El primo* no deja de mostrar una cierta contradicción entre la lógica de los hechos narrados y el proyecto ideológico que sugiere la posición del narrador. Desde el punto de vista ideológico, el narrador, mediante sus juicios, opiniones y sugerencias expresas, tiende a identificarse con los valores y costumbres tradicionales que Diego y los Ayala encarnan y defienden en la novela⁴. Pero, por otra parte, el texto expresa tácitamente la caducidad histórica de esos valores, al demostrar la impotencia

4. Así lo interpretaron los primeros críticos contemporáneos de la novela: véase p. ej. Vargas 1905, Villegas, 1905, Castume 1906, Facio 1908.

de los personajes que los defienden para enfrentar con éxito los nuevos valores burgueses. Los valores mercantiles, de una u otra forma, terminan por seducir, contaminar o corromper a los miembros de la carcomida oligarquía semiaristocrática costarricense; la modernidad disuelve y destruye los valores y costumbres tradicionales.

Por otra parte, la novela reproduce también, mediante la censura que se percibe por lo que se olvida o se silencia, otro de los lineamientos represivos y excluyentes del proyecto nacional oligárquico: en esta novela como en las otras novelas y obras dramáticas del Olimpo —*El árbol enfermo*, *La caída del águila*, *La sirena*, *El problema*, *Magdalena*— no tienen voz ni participación los estratos populares: el problema de la búsqueda de una identidad nacional y el enfrentamiento entre lo propio y lo ajeno, la tradición y la modernidad, el campo y la ciudad, se enfoca desde la perspectiva elitista y excluyente de la oligarquía. Si bien en el texto de *El primo* se admite la presencia del gamonal campesino, el enfoque y la valoración que se hacen de él responden siempre al punto de vista oligárquico; la plebe urbana apenas si se adivina en el telón de fondo de algunas escenas costumbristas de la novela. El texto convierte así a la oligarquía en única voz nacional; su mundo, sus formas de vida, su ideología y sus valores se presentan en el texto como el equivalente metonímico de la realidad y los valores nacionales; el problema de la definición de una identidad nacional se convierte en un problema que se resuelve en el marco de la ideología, en el interior de la conciencia y en el seno de la familia oligárquica.

Hacia la época en que se publica *El primo* una nueva promoción literaria se iniciaba con los artículos y poemas de Roberto Brenes Mesén, José María Zeledón, Omar Dengo o las novelas, relatos y obras dramáticas de Joaquín García Monge, Carmen Lyra, Daniel Ureña. Los relatos de García Monge y Carmen Lyra sustituyeron la imagen estereotipada del *labriego sencillo* —el

campesino folclórico y pintoresco del Olimpo costumbrista— por una plebe de marginados humillados y ofendidos, enfrentados con un mundo ajeno y hostil. García Monge y Ureña hacen pasar al campesino del cuadro de costumbres o el “juguete cómico” a la novela o el drama, dotándolo de mayor relieve individual y convirtiéndolo, ya no en objeto de burla, sino en sujeto de tragedia. En sus textos por primera vez aparece la imagen de un mundo dual o escindido, cruzado por el enfrentamiento entre las clases, la injusticia social y la expropiación campesina, como elementos de un proceso que conduce al desarraigo y la desintegración social y moral. Los textos de todos estos últimos autores expresan una mayor identificación con personajes marginados (campesinos, mujeres, niños) que pasan a ocupar papeles protagónicos y a expresar un punto de vista disonante o distanciado del orden y el concierto tradicionales. El narrador del Olimpo que separaba rígidamente su punto de vista privilegiado y excluyente, su mundo y su lenguaje, del mundo y el lenguaje de sus personajes populares, es sustituido por un narrador que utiliza profusamente el discurso indirecto libre, cuya palabra dialógica refracta el malestar, deseos, sueños, ansias y temores de sus personajes. Con ellos comienza el descentramiento de la imagen de la realidad nacional ligada al imaginario oligárquico y la búsqueda de nuevas formas de imaginar y reconstruir la identidad nacional. Pero ese es un estudio que desborda los marcos de este trabajo⁵; aquí solo se menciona la aparición de esa nueva intelectualidad como una acotación final que viene a complementar el contexto histórico-literario en el que aparece publicado *El primo*.

Álvaro Quesada Soto
Escuela de Filología, Lingüística y Literatura
Universidad de Costa Rica

5. Sobre este punto véase: Quesada 1988 y 1998; Morales 1993; Ovares *et al.*, 1993; Rojas *et al.*, 1995

❁
BIBLIOGRAFÍA
❁

Acuña, Víctor Hugo. *Los orígenes de la clase obrera en Costa Rica: las huelgas de 1920 por la jornada de ocho horas*. San José: CENAP-CEPAS, 1986.

Bonilla, Abelardo. *Historia de la literatura costarricense*. (2ª ed.). Ed. Costa Rica, 1967.

Cardona, Jenaro. *El primo*. San José: Tipografía Nacional, 1905.

— *El primo* (2ª ed.). San José: Ed. Costa Rica, 1980.

— *La esfinge del sendero*. Buenos Aires: Tragont, 1916 (2ª ed. San José: Ed. Costa Rica, 1970).

— *Del calor hogareño*. San José: Sauter y Arias, 1929.

Casement, Gray. “A Central American Arcadia”. En: Fernández Guardia, Ricardo. *Cuentos Ticos. Short Stories of Costa Rica*. Cleveland: The Burrows Bros., 1905.

Castume, F. “El primo”. En *Páginas Ilustradas* 3 (78) 1906: 1241.

- Cerdas, José Manuel. "El marco sociourbano de los obreros manufactureros josefinos". En *Revista de Historia* (29) 1994:89-124.
- Cruz, Vladimir de la. *Las luchas sociales en Costa Rica*. San José: Ed. Costa Rica-Universidad de Costa Rica, 1980.
- Facio, Justo A. "*El primo* por Jenaro Cardona". En *Páginas Ilustradas* 5(192) 1908:3249-3250.
- Fumero, Patricia. "El Monumento Nacional y el desarrollo de una cultura urbana". Ponencia presentada en el seminario: "La ciudad y sus historias", Universidad de Costa Rica, julio 1996.
- González, Luisa. *A ras del suelo*. San José: Ed. Costa Rica, 1970.
- González Palavicini, Luis G. *Formación del espacio social de la ciudad de San José: proceso de apropiación del territorio urbano (1870-1930)*. Tesis de Maestría en Sociología. Universidad de Costa Rica, 1986.
- Morales, Gerardo. *Cultura oligárquica y nueva intelectualidad en Costa Rica: 1880-1914*. Heredia: EUNA, 1993.
- Oliva Medina, Mario. *Artisanos y obreros costarricenses*. San José: Ed. Costa Rica, 1985.
- Ovares, Flora *et al.* *La casa paterna. Escritura y nación en Costa Rica*. San José: Ed. Universidad de Costa Rica, 1993.

- Palmer, Steven. "Sociedad anónima, cultural oficial: inventando la nación en Costa Rica". En: Molina I. y Palmer S. (eds.). *Héroes al gusto y libros de moda*. San José: Porvenir-Plumsock, 1992: 169-205.
- "Prolegómenos a toda historia futura de San José, Costa Rica". En: *Mesoamérica* 17(31) 1996:181-213.
- Quesada Avendaño, Florencia. *La vida interior y exterior de Barrio Amón*. Tesis de Maestría en Historia. Universidad de Costa Rica, 1998.
- Quesada Soto, Álvaro. *La formación de la narrativa nacional costarricense (1890-1910)*. San José: Ed. de la Universidad de Costa Rica, 1986.
- *La voz desgarrada*. San José: Ed. de la Universidad de Costa Rica, 1988.
- *Antología del relato costarricense (1890-1930)*. San José: Ed. de la Universidad de Costa Rica, 1989.
- *Uno y los otros*. San José: Ed. de la Universidad de Costa Rica, 1998.
- Rojas, Margarita y Ovaes, Flora. *100 años de literatura costarricense*. San José: Farben-Norma, 1995.
- Rojas, Margarita et al. *En el tinglado de la eterna comedia. Teatro costarricense (1890-1930)*. San José: EUNA, 1995. Tomo I.

Solera, Rodrigo. "Jenaro Cardona, cumbre del realismo naturalista en la novela de Costa Rica". En *Revista de Estudios Hispánicos*. University of Alabama. 5 (3). 1971:377-390.

Vargas, Guillermo. "*El primo*. Novela costarricense de Jenaro Cardona". En *Páginas Ilustradas* 2(72) 1905:1141.

Villegas, Rafael. "*El primo*". En *Páginas Ilustradas* 2 (54). 1905:864.



ADVERTENCIA QUE PARECE NECESARIA



Esta obrilla, escrita en cuatro meses escasos por pura afición, y para matar los ocios de algunas noches, ve la luz pública sin pretensiones de ninguna clase, y a instancias de algunos amigos míos que tuvieron la abnegación de leerla; conste, pues, que les declaro cómplices en este desafuero que cometo contra las letras patrias, desafuero que no he querido agravar con la ostentación del consabido atrio, prólogo o lo que sea, de algún benévolo amigo que se prestara a adornar la cabeza de este libro –pobre hijo de mi fantasía– que así enclenque y canijo como lo engendré lo prefiero a verle por esos trigos de Dios con diadema de vistosa pedrería; bastantes penas tendrá que soportar el pobrecito para agregarle la mortificante del ridículo. Y como si todo ello no bastara, sale el infeliz cubierto con los mismos pingos con que le arropé; es decir, sin retoques, remiendos ni zurcidos que acaso sólo servirían para llamar la atención a la pobreza de su vestimenta.

Que la corra solito; y si logra romper un tanto la glacial indiferencia de sus coterráneos, más apasionados por las letras de cambio que por esas otras que llamamos bellas, o despertar algún sentimiento noble o siquiera distraer, me daré por satisfecho y aun probaré a dar a esta criatura algún hermanito que comparta su suerte.

En cuanto al fin moral, a la ética –que diría un erudito– de este ensayo, allá el lector, o mejor, la lectora, que lo busque... y ojalá le encuentre suficiente miga.

Ahora creo de mi deber, en descargo de mi conciencia, decir dos palabras acerca del lenguaje usado en ciertos diálogos por los personajes que aquí aparecen. Encontrará el lector que algunos de ellos hablan tanto en castellano como en costarricense, y válgame esta frase en gracia de lo gráfica.

Es muy frecuente oír entre nosotros, en conversaciones familiares, el uso de los pronombres personales vos y tú empleados para con la misma persona con quien se habla, y lo propio sucede con ciertos tiempos de la generalidad de los verbos. Así, pues, tampoco es extraño oír decir a cada triquitraque indistintamente, vení y ven; venite y vente; sentate y siéntate; querés y quieres, etc., etc.

No deja, pues, de ser gracioso el que cada hijo de vecino tenga aquí en uso una gramática suya especialísima, que si es tantico pintoresca, constituye, por otro lado, una verdadera inquisición para la hermosa habla castellana. Pero como no es mi propósito ir por los fueros de la lengua (que yo también suelo atormentar), sino escribir una obra netamente nacional, he querido que mis personajes hablen como habla la generalidad de mis paisanos.

Para concluir añadiré que los personajes que aquí juegan son todos creaciones de la fantasía, y que nunca fue mi ánimo aludir ni retratar a personalidades determinadas.

El Autor



I



Don Clemente Ayala y Aguirre era un excelentísimo sujeto que llevaba a cuestas sus sesenta y cinco primaveras con la misma desenvoltura y gracia que un muchacho las veinte, descontando, por supuesto, las trapisondas y calaveradas anejas a esta edad; es decir, que aquel cuerpecito enjuto y delicado se estaba tan campante que parecía burlarse del tiempo que apenas lograba, después de todo, blanquear aquella cabecita que encerraba un cerebro casi *infantil*: ¡qué adorables infancias suelen hallarse a los sesenta y cinco años!

Seguía don Clemente la vieja costumbre de rasurarse toda la barba, bigotes inclusive, lo que daba a aquel semblante un aspecto de bondad presbiteriana, animado siempre con una sonrisa que parecía esculpida en aquella boca toda franqueza y lealtad.

Las gentes que le trataban no podían menos de exclamar al separarse de don Clemente: “qué señor tan simpático” y hasta las pollitas medio casaderas, con las que don Clemente solía echar sus paliques cuando el caso llegaba, repetían invariablemente: ¡“qué viejito tan *corrongo*”!

En sus costumbres era don Clemente el tipo de aquellos hombres que hoy son *rara avis* y que nos recuerdan los tiempos patriarcales de Costa Rica. Admirador de los buenos tiempos, enfermedad, o mejor dicho, eterna monomanía de los ancianos que ven con dolor el camino ya andado, y que a cada

nuevo paisaje que les presenta la vida vuelven atrás la vista, recogen cariñosamente el pasado y rejuvenecen su alma con la dulcísima fruición de los recuerdos.

Pero todo ello no cegaba a don Clemente hasta el punto de desconocer las ventajas que a las comodidades de la vida moderna prestan los grandes adelantos que había visto realizarse en el país con el transcurso del tiempo.

Así, pues, era de cajón la frase aquella de “ah, en mi tiempo eso era de este y de este modo”, frase que parecía a veces una protesta contra aquel torrente de civilización que él había visto desbordarse en este país joven, que de tal modo ha venido a cambiar la vida antes tan quieta y pacífica, por la agitada y turbulenta que hoy llevamos –relativamente– se entiende.

Daba gusto oírle, por ejemplo, cuando se hablaba de los viajes a Puntarenas, de aquellos legendarios viajes que nosotros hemos oído más de una vez relatar a nuestros abuelos, viajes que formaban época en los anales de la familia.

Era Puntarenas el único puerto por donde se hacía en los buenos tiempos del señor Ayala el comercio del país, y tales excursiones que realizaban casi todos los años las familias pudientes del interior, se pensaban y maduraban cuatro meses antes, y constituían el regocijo de las tertulias caseras.

—¡Estos paseos eran bonitos, decía don Clemente con los ojillos encandilados, pues con todo se gozaba tanto! Se calculaban las carretas que era menester contratar para el transporte de las señoras que no podían cabalgar, y de la gente menuda; luego en la confección de los trajes y de los sombreros a propósito para resistir aquellos soles y aquellas polvaredas; luego en la cesta del bastimento surtida con las mejores golosinas de nuestra industria; allí del biscocho, de las *cajetas* de leche y de coco, lomos rellenos, pollos, huevos duros a granel, succulentos chorizos y la botella de *mistao* para las madrugadas. Después, salir de la ciudad con dos o tres carretas provistas de altos arcos y

cubiertas de vistosos toldos de zaraza, rodeadas por los jinetes que llevaban a la grupa sendas alforjas, camino de La Uruca; entrar después por la amplia carretera empedrada donde los ejes de los vehículos van golpeando en las bocinas de las ruedas, al compás de los cantos de los carreteros:

“Ya me voy a Puntarenas
te *trairé* dos guacalitos
y me alivio de mis penas
recordando tus ojitos”

Y en fin, ese concierto de ruidos y ese alboroto de alegría embriagadora que se apoderaba de los viajeros; los chistes, las bromas, los sucesos inesperados... y todo esto en una hermosa noche de luna, y bajo un cielo purísimo tachonado de estrellas.

Después, los *sesteos*, las dormidas en las posadas donde siempre había gente aunque rústica, amable, confiada y servidora: levantarse en la madrugada, ver uncir los bueyes y ensillar las cabalgaduras a la luz de los luceros y contemplar la salida del sol desde lo alto del monte del Aguacate. —¿Fiebre amarilla? Apenas de nombre, conocíamos esta enfermedad. ¿Pero ahora un viaje a Puntarenas?, bah, no vale la pena.

Y así por el estilo se expresaba don Clemente cuando llegaba el caso, con aquella locuacidad para probar que antes todo era mejor: las comidas más baratas y sanas: las telas más durables, y los hombres... más honrados.

No era raro tampoco verle en un baile sonado allá por un quince de setiembre o treinta y uno de diciembre, vestido de frac y enguantado como un pollo a la moda; reuníase con dos o tres amigos de su gusto, y allí se estaba charlando y fumando en algún rincón, hasta que su hija Matilde, guapa moza de veintitrés años quien le metía en estas danzas se acordara de él, lo que sucedía raras veces cuando empezaba a bailar, y resolviera dejar

su diversión favorita antes que las luces agonizaran con los primeros destellos del día, cosa aún más rara. Pero don Clemente adoraba a su hija y la dejaba hacer su gusto: era la hija mimada que viene a resumir todas las afecciones del hogar donde falta la madre, porque don Clemente, viudo hacía siete años, desde que sufrió la pérdida de su esposa a quien amó entrañablemente, había aumentado el cariño hacia sus dos hijos, Julián y Matilde; pero sobre todo ésta constituía el centro de todas sus afecciones. Hacia el primero sentía además una especie de respeto, casi de admiración por las condiciones morales que poseía; Julián tenía un carácter retraído, casi austero, verdaderamente raro en un joven de su edad; un juicio admirable y un criterio poco común, todo lo cual le había valido una posición envidiable en una casa de comercio donde trabajaba hacía algunos años con honradez y lealtad, siendo querido y estimado. Para Matilde era Julián un padre, y don Clemente un hermano, pero un hermano dispuesto a disculpar las locuras que ella solía cometer, con ese amor y debilidad rayanos a veces en verdadera complicidad. Don Clemente comprendía que era Matilde el reverso de Julián; dos caracteres completamente opuestos; lo blanco y lo negro, casi como lo habían sido el suyo y el de doña Isabel su esposa, quien fue el timón de ese hogar que acabó de hundirse poco tiempo después que ella dejara esta vida. Faltó el capitán y el barco zozobró por falta de dirección adecuada.

El carácter del señor Ayala todo bondad, todo ingenuidad y confianza, era de los menos aparentes para conservar en estos tiempos de lucha y positivismo el patrimonio de que disfrutaba; y es que sobre las cabezas venerables de estos viejos —niños, incapaces de suponer dobleces y traiciones en sus semejantes—, está siempre abierta la garra del engaño, y levantado el alfanje del *beduino civilizado* pronto a entrar a saco sobre un hogar feliz siempre que este ofrezca incentivo a la rapiña y a la expoliación.



II



Si la filosofía consiste en aceptar los acontecimientos de la vida tal y como se presentan en su lógico desencadenamiento, sin lanzar una protesta ni siquiera una queja contra esa fuerza ciega, omnipotente, que ordena los sucesos que caen sobre nosotros como una verdadera tromba y que destruye el mágico jardín de nuestros ensueños, don Clemente Ayala y Aguirre podía dar a todos los Zenones y Epictetos habidos y por haber, ciento y raya en achaques de filosofía estoica. Decimos esto, porque después de haber perdido la última moneda de su cuantioso caudal en especulaciones mineras; es decir, después que tiró el oro acuñado de su caja por buscar el que estaba a veinte metros bajo tierra, sin acuñar, y que no acuñó nunca, se quedó tan fresco como el carambolista que acaba de perder una partida. A lo sumo decía, cuando de ello se hacía reminiscencias, “¡ciertamente, cometí una rocinada, qué vamos a hacer!”

Cuatro meses después había aceptado lleno de gratitud un modesto empleo de Gobierno de ciento veinticinco pesos en el departamento de Agricultura, destino que ejerce don Clemente con toda pulcritud cuando lo presentamos a nuestros lectores. Lo único que le había escamado un si es no es (tan sutil es la ropilla que viste el amor propio), era lo que hubiesen dicho de él cuando salió publicado en “La Gaceta” el acuerdo que creaba el destino que se le concedía, a él, ¡que había poseído un capital de cien mil pesos! Pero, decía: ¿es vergonzoso trabajar

cuando hay de ello necesidad? ¿Acaso voy a vivir del aire? ¡Al diablo los majaderos!

El mes de octubre avanzaba, el día amaneció despejado y alegre; un día lleno de las sonrisas del cielo después de sus prolongados llantos. Don Clemente se levantó de buen humor, en chancletas, unas chancletas fabricadas por él de unos botines viejos que cortó cuidadosamente sobre las capelladas, y cuyos informes tacones había arrancado con el cuchillo de la cocina ¡un prodigio de chancletas! se acercó al cuarto de Julián, empujó la puerta y vio la cama ya desocupada; salió por el corredor y ya cerca de la cocina llamó a la criada.

—Señor, contestó una voz sonora.

—¿Se fue Julián?

—Sí, señor, ya se fue.

—¿Hace mucho rato?

—Sí señor, a las seis.

—Bueno, traeme el café.

Y don Clemente se sentó a la mesa resuelto a tomar su tacita de café pura y limpia; a la mano tenía hasta cinco panecillos que el panadero había dejado dentro de un saco amarrado a la perilla de la puerta y que Peregrina se apresuraba a recoger antes que algún madrugador les dejara a la luna de Valencia.

La criada entró con la taza de café humeante y la colocó en la mesa; serían apenas las siete y ya aparecía acicalada, si por tal puede entenderse estar peinada con gran esmero, y llevar en la cabeza media docena de peinetas, un lazo de cinta que fue color de rosa, y ostentar la faz embadurnada de polvos de arroz; imitación grotesca todo ello, de las toilettes que veía en Matilde.

Don Clemente no paró mientes en cosas tan pueriles, y empezó a tomar su desayuno; una rebanadita de pan que removía, con toda su calma, sin echar de menos la rica mantequilla y el exquisito café que gustaba antaño.

Una vez que hubo concluido, sacó de la petaca olorosa a tabaco arreglado con *cura* casera, un cigarrillo, y se puso a fumar tranquilamente pensando en los trabajos que le aguardaban en la oficina a la que había cobrado un cariño entrañable.

Matilde no se levantaba nunca antes de las nueve; la pobrecita no podía acostumbrarse después de haber probado por algún tiempo las dulzuras de la vida regalona, a la idea de que era pobre, de que la casa no contaba con más entradas que las de Julián, porque las de don Clemente, ella lo sabía bien, tenían más compromisos que nuestra renta de licores; sin embargo, el buen juicio de Julián, secundado raras veces, ¡y tan raras! por don Clemente, lograba sacar la casa de los atoladeros en que caía, que no eran pocos, gracias al carácter y modo de ser de Matilde que creía a pie juntillas que el dinero se encontraba siempre en la gaveta; ¡Era tan fácil gastar! ¿Por qué no hacer esto?; ¿por qué no comprar aquello?; ¡si es tan bonito, tan elegante! ¡Ah!, ¡papá es el hombre más bueno del mundo!

La pobre criatura en su desmedida afición al lujo, y a las cosas grandes, no tenía en su cerebro de pájaro más idea que la de ostentar, la de deslumbrar, y no pensaba que cuando no hay oro que refleje su brillo sobre la persona, todo aquel lujo, todo aquel aparato no es otra cosa que un oropel que cubre las miserias más vergonzosas y exhibe a las personas de la manera más ridícula. Pero Matilde no pensaba en esto; por brillar una noche en un baile, y verse nombrada por cualquier pelagatos de imprenta en una gacetilla cursi y trasnochada, obligaba a su padre a las mayores privaciones y sacrificios.

Y todo esto lo hacía Matilde sin darse cuenta, como ofuscada por no se sabe qué ideas. Vivía de fantasías, y no veía nunca el lado práctico de la vida.

Más de una vez a Diego, su novio, muchacho excelente, pasante de abogado y que estaba verdaderamente prendado de

Matilde, habían chocado ciertos proceder de ella en ese particular; pero pronto a disculpar con aquella ligereza con que siempre disculpamos las faltas de las personas que nos son queridas, se había dicho “bah, una loquilla que entrará en razón”. Diego, por otra parte, atribuía los proceder de Matilde a la educación quizá un poco descuidada que esta había recibido, educación que él pensaba corregir cuando se casara con ella y fuera dueño y señor de su corazón.

Las relaciones entre Diego y Matilde no eran nuevas; databan poco más o menos de la época en que Julián, hecho bachiller, se había decidido a entrar desde luego al campo donde se lucha por la vida, despreciando los consejos de Diego que deseaba inclinar a su amigo a seguir la carrera del derecho en la cual le auguraba grandes triunfos.

Aun cuando separados por aspiraciones diferentes, conservaban la misma amistad y se querían.

No se ocultaron a Julián las inclinaciones de Diego por su hermana, inclinaciones que no le disgustaban a pesar de ciertas aventurillas que había corrido éste, quien siempre había manifestado gran afición por las hijas de Eva, y de que estaba Julián en autos; se contentaba, pues, con mirar y dejar correr el tiempo.

Hacía poco rato que Matilde se había levantado y después de tomar su café, fuese a su cuarto y dedicó al espejo un largo rato. Estaba concluyendo de rizarse el cabello, y de colocar cuidadosamente los rizos en papelillos; luego ató a su cabeza un pañuelo en forma de venda y lanzando un bostezo se dejó caer fatigada por tanto trabajo sobre una mecedora.

En lo que aquella cabecita pensara, no sería fácil adivinar; probablemente continuaba despierta el sueño que había tenido en la noche, cosa en ella muy frecuente, cuando oyó con algún sobresalto que don Clemente entraba disparado por la casa llamándola con fuertes voces.

—¡Matilde, Matilde!

Salio apresurada de su cuarto y se encontró con su padre, quien tenía la faz como iluminada; los ojos le brillaban, y la voz era trémula por una emoción que aún no había estallado; traía un papel en la mano.

—¿Pero qué pasa, papá?

—¡Gran noticia, hija, gran noticia!... ¡cuánto me alegro! ¡qué caramba...! ¿pero no adivinas? y levantaba en alto el papel arqueando al propio tiempo las cejas.

—No es fácil... si no me explica...

—Pues ni más ni menos que Beltrán Urdaneta, mi sobrino, el hijo de mi querida hermana (que en paz descansa); es decir, el señor primo de ustedes está al llegar de un momento a otro a Costa Rica, dijo don Clemente sin respirar, dejándose caer en una silla, y lanzando a su hija una mirada de orgullo y de triunfo.

—¿Es posible? ¡Ay, cuánto me alegro! ¡Qué sorpresa, papá!

—Sí, ¡una verdadera sorpresa! Toma, lee. Matilde tomó el papel, una carta timbrada con un marbete en que se leía, entre varios rengloncillos, dirección de cables y códigos, lo siguiente: “Esteban Urdaneta Banquero,” y firmada con una horrible letra de hombre de negocios.

La carta que estaba fechada en Méjico a 28 de setiembre de 189... rezaba así:

“Querido Clemente:

Después de tanto tiempo de no escribirte, lo hago hoy con verdadero gusto y con el objeto de noticiarte la próxima salida para Costa Rica, de mi hijo Beltrán. Apenas hace dos meses que llegó de Europa, donde desempeña como sabes, el cargo de Agregado de la Legación Mejicana, con permiso que él alargaré cuanto quiera, por motivos de salud, y ya está haciendo las maletas de nuevo.

Desea vivamente conocer ese país del cual hay aquí muy

alta idea, y aun cuando ha resuelto su viaje para el quince, nada de extraño tiene que salga por este mismo vapor, y llegue con esta carta. Si así ocurre te ruego perdones ese atolondramiento, pues ya sabes, por lo que otras veces te he dicho, cómo es su carácter. Con mis recuerdos para toda la familia, quedo como siempre tu afmo. Esteban Urdaneta”.

—¿Qué te parece? ¿Tengo motivos para alegrarme? ¡Beltrán en Costa Rica! Me parece mentira... ¡qué diablura! Y pensándolo bien, es probable que se haya venido, y que le veamos entrar de un momento a otro por esa puerta.

El reloj de la sala dio las diez, y a poco se oyeron unos pasos en el zaguán.

Don Clemente y Matilde se precipitaron a la sala. Era Julián que entraba; dejó tranquilamente el sombrero en la percha, y fuese al encuentro de su padre a quien había oído hablar.

Presto fue enterado de la noticia que acogió con mucho gusto, pues le agradaba conocer a un primo de quien solo tenía algunas referencias por las cartas que muy de cuando en cuando se cruzaban entre su familia y don Esteban, porque es cosa muy sabida la política de reserva que se estila entre parientes cuando por una parte hay riqueza, y por la otra... pobreza y escasez; dos polos opuestos que no pueden juntarse sin perturbar profundamente las leyes de esta simetría social que el egoísmo ha establecido.

Don Esteban Urdaneta había venido muy joven a Costa Rica, en viaje de negocios, conoció a doña Susana hermana de don Clemente, a la sazón garrida moza, y después de un tiempo se casó con ella y regresó a Méjico, su país natal. Luego la correspondencia entre las familias fue languideciendo poco a poco, y llegó a ser muy rara después, pero nunca faltaba en año nuevo, ni cuando algún suceso de importancia ocurría en una u otra familia.

—Pues yo sigo en mis trece, decía don Clemente, en creer que Beltrán ha venido en el mismo vapor que esta carta.

—Creo que Ud. tiene razón, papá; ese párrafo así lo da a entender, y aun parece haber sido escrito con la intención de disculpar la precipitación de una visita que apenas hay tiempo de anunciar.

¡Ay!, agregó sacudiendo una mano como si se la habiese quemado. ¡Ardo en deseos de conocer a ese primo! Sólo siento el desencanto que va a tener cuando entre aquí... y paseó una mirada de disgusto por toda la sala. Los pobres muebles no se ruborizaron porque ya habían perdido el color hacía mucho tiempo.

—Todo esto son suposiciones que no tienen fundamento, dijo Julián, sin hacer caso de las últimas palabras de su hermana; pues ¿no escribe don Esteban que Beltrán tiene el viaje arreglado por vapor del quince? ¿Por qué había de adelantarlo quince días? ¡Bah!, no es creíble.

—Es cierto que así lo dice, repuso don Clemente, pero fíjate en ese párrafo “y aun cuando ha resuelto su viaje para el quince nada de extraño tiene que salga por este mismo vapor”, etc. Conque ya ven ustedes que tratándose de un muchacho como Beltrán, acostumbrado a viajar, es lógico suponer que en vez de quedarse aguardando la salida de un vapor para efectuar un viaje que para él será una broma, y que tiene ya resuelto, aproveche la primera oportunidad que se le presente; esto es redondo.

—Bueno, arguyó Julián, no discutamos un detalle; para el caso es lo mismo; lo que ahora debemos ver es la manera de arreglarnos... de arreglar a nuestro primo un alojamiento siquiera cómodo...

—Dices que... es decir... interrumpió don Clemente mirando con fijeza a su hijo; ¿que tú crees que él se quedará aquí con nosotros?

—Es lo más natural, contestó Julián, tratándose de un pariente que viene por primera vez a Costa Rica...

—¿Qué dices?, saltó Matilde, aun cuando yo también lo deseo, ¿cómo haremos? Estamos tan incómodos aquí y luego... la estrechez de nuestros recursos... nos exhibiría de una manera lastimosa... no, ¡qué dirá!

—Tú siempre con tus vanidades y tus escrúpulos repuso Julián; se da lo que uno tiene; el obsequio no se estima por lo que intrínsecamente vale, sino por la oportunidad con que se ofrece; además, Beltrán sabe perfectamente que somos pobres, pero no tanto que no podamos compartir con él nuestra casa y nuestra mesa.

—Tienes razón, dijo don Clemente, convencido al oír el tono reposado de Julián; tienes razón; ¿por qué ha de parecer feo a Beltrán el que le ofrezcamos lo poco que tenemos?

—Por Dios, insistió Matilde, ustedes olvidan que nuestra situación no es boyante... ¿dónde le instalamos? Empezando por el comedor está hecho una necesidad; al menos si se comprara un regular aparador, algunas sillas de buen estilo y un servicio de mesa un poco más decente... pase.

—Sí, eso es, replicó Julián algo malhumorado, ¿no ves que es ridículo aparentar un bienestar que no se tiene cuando la pobreza le ha cogido a uno del cuello? No me cansaré de repetírtelo. Lo que hacen muchos, lo que deseas hacer es exhibirte tristemente ante los ojos de la gente sensata. Gastar boato cuando no hay leña en casa es ridículo por no decir criminal. Cuando puedo satisfacerte un capricho, lo hago gustoso... pero comprar lo que no es menester, tan solo para no parecer pobres a nuestro primo, no es racional.

Don Clemente miraba a su hija con ojos compasivos y sonreía.

—Siempre con tus filosofías y tus exageraciones replicó Matilde, que no quería dejar sin protesta las palabras de su hermano; ¿qué quieres que haga? Bien sabes que la posición, las relaciones obligarán a ciertos sacrificios; y en cuanto a mí, a que te gustaría verme vestida de zaraza como una *concha*, con zapatos del Mercado, y peinada de trenzas.

—¡Tu caballo de batalla! La sociedad, las relaciones, las exigencias... Mira, yo quiero que me comprendas, y que a tu vez no exageres; bien sabes que me refiero a aquellos lujos impropios de una muchacha pobre; por más que esta merezca el tren y los diamantes de una princesa, debe resignarse a gastar solamente otra clase de *joyas*, que sí valen poco a los ojos de los necios, en cambio son justamente apreciadas por las personas sensatas... y yo creo que bien vale la pena de que se vaya lo uno por lo otro, ¿no te parece? —y viendo que Matilde se preparaba para replicar agregó: —¿de modo que ni por cumplimiento crees tú que debemos ofrecer a Beltrán nuestra casa?

—Pues claro es que sí, no faltaba más, saltó don Clemente para arrastrar la opinión de Matilde.

—¿Y si él rehúsa? interrogó esta, animada por una esperanza.

—Pues si rehúsa, asunto concluido; tan chocante sería no ofrecerle nuestra hospitalidad, como insistir en que la acepte; además, si Beltrán viaja por placer, no debemos obligarle a ganar indulgencias con privaciones.

En esto, Peregrina que no estaba en el ajo de lo que ocurría, extrañada de ver que no llegaban al comedor resolvió asomar su *vera efigies* por la puerta de la sala y espetó sin más preámbulo: “*Que sestinfriando el almuerzo*”.





III



Entraron al comedor: don Clemente y Julián continuaban hablando del mismo asunto, y Matilde ocupó su silla más por costumbre que porque tuviese deseos de tomar alguna cosa.

Picoteando esto, y probando aquello con su desgana habitual, aquel cerebro empezó a hacer vapor, a volar, y bien pronto estaba engolfada en las regiones de sus sueños; caía de nuevo en la realidad de las cosas, y mirando de cuando en cuando a su padre y a su hermano, comenzó a discurrir así para sus adentros:

“En buen aprieto nos viene a poner este nuestro primo. Mi curiosidad por conocerle es grande... ¡qué cosa tan rara! Si hace dos horas me hubiesen dicho que ese primo había muerto, me habría encogido de hombros... pero ahora, como sé que viene, que le conoceré, que le trataré, que quizá haremos una vida casi íntima, mi curiosidad crece de punto y siento que en el fondo de mi alma se despiertan ciertas vehemencias que yo misma no acierto a explicarme... ¿cómo será el? Joven, libre y rico, por fuerza ha de ser hermoso... ¿pero a mí qué me importa? ¿Será acaso mejor que Diego mi novio, a quien *creo* que quiero mucho? Sí, me parece que le quiero... ¿por qué no? ¿acaso no es mi novio oficial? ¿no estamos comprometidos?... es decir, no es precisamente porque estemos comprometidos, el motivo porque le quiero; cuántas hay que no quieren de veras a sus novios y se casan... y muchas esposas no quieren a

sus maridos y... se habla ya de mi matrimonio como de una cosa que llegará sin duda alguna y es claro, tiene que llegar; mire usted que después de unos años de jaleo vale la pena de llegar a algo *práctico*... porque vaya si cuesta hacer que los novios se resuelvan a doblar la *testa* que se figuran coronada con la más valiosa independencia... ¡y claro! no les gusta echar a rodar la corona en nuestros regazos... ¡engreídos! —¿No es Diego un partido así, como hay muchos? Cierto que es pobre, que pronto terminará su carrera y aunque *el artículo está abarrotado* ya muchas se tomaran un marido en perspectiva como el mío, que será un Licenciado en eso que llaman *derecho* sepa Dios por qué. Es un excelente muchacho, pundonoroso, de talento, y puede que andando el tiempo corone mis ideales... ganará mucho dinero... porque para seguir lo mismo —¡qué gran cosa sería casarse!

El almuerzo tocó a su fin; Julián se marchó y don Clemente entró al cuarto de aquel para disponer lo necesario en caso de que Urdaneta llegara de un momento a otro.

Todo será, pensaba don Clemente hablando consigo mismo y señalando los lugares con el dedo: correr aquella mesa hacia la esquina; puede servirle de escritorio, se le pondrá una carpeta, tintero, etcétera: aquí un catrecito con su alfombra al pie; allí mi lavatorio con espejo; yo me lavaré en la pila del patio... y así siguió distribuyendo el menaje del cuarto: cuando salió, estaba altamente satisfecho del arreglo y ya se preparaba a llamar a Matilde para enseñarle lo bien dispuesto que estaba *aquello*, cuando cayó en la cuenta de que el tal arreglo existía sólo en su cerebro.

Es lo principal, se dijo: ahora vamos a ver a quién le pedimos prestado ese catrecito; y salió tan tranquilo.

Poco más de la una sería cuando Matilde resolvió quitarse de la cabeza el pañuelo y los papelillos, y dar la última mano a

su tocado, operación que, dicho sea en su honor, hacía a las mil maravillas, cuando oyó unos golpecitos en la puerta de la calle: medio confusa, sin atinar quién pudiera ser, llegó hasta la sala.

—Adelante, dijo.

Pero ya la visitante entraba por el zaguán, y en el taconeo menudo, y en la onda de perfume que se esparció por todo el pasillo, Matilde conoció a su amiga Valentina que llegaba radiante, vestida con gran elegancia, enguantada y bastoneando con una preciosa sombrilla de puño de nácar y adornos de oro.

—¡Eh, Valentina! ¿eras vos?, dijo Matilde adelantándose sonriente, y cambiando con su amiga un beso que se oyó en la calle.

—Sí, *niña*, contestó Valentina arreglándose el gracioso velillo de un color tinto subido que llevaba sobre el rostro. —Voy a hacer una visita por aquí, y ya que pasaba tan cerca de tu casa quise entrar para verte, porque caramba, desde que estás en olor de matrimonio parece monja; hace días que no se te ve.

—Sí, el tiempo está tan feo, esa llovedera... Matilde se detuvo: desde que su amiga había entrado la devoraba con los ojos; nunca la había visto tan elegante. No pudo contener por más tiempo su admiración, y haciendo que Valentina se pusiese de pie sobre la alfombra del centro de la sala, donde habían entrado, para contemplar a su amiga más a su sabor:

—¿Qué lindo traje es éste? ¿quién te lo hizo?, exclamó palpando a Valentina por todos lados, y ponderando el gusto y la confección de los adornos; —¿Y ese sombrero? ¡una preciosidad! ¡es divino! ...Así deseaba yo comprar el mío, pero no encontré en las tiendas nada que me gustara; ¡me he vuelto tan exigente..! —Te aseguro que has tenido una magnífica elección.

—No he sido yo, *admirate*.

—¿Y entonces quién?

—Mi maridito, hija, mi maridito, contestó Valentina con

aire de satisfacción y sonriendo burlescamente: éste es uno de los cuatro trajes que me pidió a París con sus respectivos sombreros... ¿te gusta?

—Ya lo creo; es encantador... ¿y te pidió cuatro? Vaya que don Agapito es espléndido.

—¿Te parecen muchos? Bah, veo que eres muy conforme; ¿pero en qué quieres que mi querido *dueño* gaste tus realitos? A Dios gracias no tenemos hijos, ni maldita la falta que nos hacen; que cumplan otros con el consabido precepto, lo que es yo, tengo bastante que hacer con pasear y divertirme. Y soltó a reír con una risita contenida y maliciosa que le salía siempre al final de sus frases, con una sonoridad argentina.

Los criticones aseguraban que se reía para enseñar los dientes que tenía preciosos, a pesar de las calcitas que aparecían en dos de ellos. Aquel destellito de luz dorada, entre sus dientes blancos era una adorable golosina.

—Pero si todas pensarán lo mismo... repuso Matilde.

—Yo pienso lo mejor para mí, interrumpió Valentina, y que cada cual haga de su capa un sayo... o los chiquillos que quiera... te parece que tendría gracia estar continuamente cuidando al nene, a la *china*, a la de *adentro* a la de afuera, ¡al demonio con todo! y con este bendito servicio que tenemos aquí; tal vez más tarde... pueda ser; lo que es por ahora, ni en sueños. —Agapito es el mejor de los maridos: cierto que es un poco *mayor para mí*, algo gordo, y a veces con el reumatismo que le mortifica, ¿pero a mí que? Es muy rico, y tiene un ojo para los negocios... ¡terrible! —Sobre todo, hija, hay épocas en que una no puede escoger marido, y es preciso atraparle aunque tenga más canas que el Padre Eterno, sobre todo, si tiene más pesos que canas.

—Y las campanillas de su risa volvieron a sonar.

—Veo que eres la misma de siempre, dijo Matilde riendo por aquellas confidencias..., ¡qué bárbara!

—Qué quieres, estoy tan a gusto así en esta vidita que a pesar de todo vale la pena de disfrutarla.

—Sí, porque eres dichosa.

—¡Tonta! Ya lo creo que lo soy, quizá *demasiado*.

—Lo que es la felicidad nunca está de sobra... ¡Ah! pero qué cabeza la mía, agregé Matilde, se me olvidaba contarte una gran noticia...

—Habla por esa boquita.

—*Figurate* que viene Beltrán, tal vez llegue hoy mismo...

—¿Qué Beltrán?

—Pues Beltrán Urdaneta, mi primo, aquél de Méjico... si creo que has oído a papá hablar de él...

—¡Ah! ¿el hijo de don Esteban? Ya, ya... recuerdo efectivamente haber oído hablar aquí de ese joven... Ah sí; y a mi marido también pues creo que tienen relaciones comerciales; uno de los primeros capitalistas de Méjico, como que es millonario, dijo Valentina arqueando las cejas y mirando a Matilde con mezcla de estupor y admiración.

—Caramba, millonario, ¿tan rico está?

—Como lo oyes: ¡ah picarilla, con que tienes un primo millonario! ¡y yo que no me acordaba...!; es decir, tenía idea... ¿por qué no me lo habías dicho antes?

—¿Para qué? Desde la muerte de mi tía, don Esteban pareció olvidarse de nosotros, engolfado en sus negocios; Beltrán ha vivido muchos años en Europa, según parece, de suerte que casi llega uno a no acordarse de parientes a quienes conoce apenas de nombre, y con los cuales se cartea muy poco.

—Pues mejor para ti: créeme, estás de que te felicite, dijo Valentina con una intención marcadísima.

—De felicitarme, ¿y por qué?

—¡Inocentona!, ¿no te has mirado nunca al espejo?

—¡Vaya una pregunta!

—Digna de tu extrañeza; oye, eres joven, bonita... vamos, tienes gancho como dicen los hombres; *dejate* de remilgos, ya *sabés* que las mujeres somos jueces en la materia: pues bien,

¿Beltrán es soltero? Sí, pues está todo hecho; qué les impide a ustedes que se gusten, se quieran... y...

Las campanillas volvieron a sonar después de un malicioso guiño de ojos que Valentina hacía con mucha gracia y picardía.

—¿Pero es que te haces la ignorante? ¿No *sabés* que tengo mi novio y que estoy comprometida?

—¡Siempre te había tenido por una muchacha de talento! Vaya que eres graciosa, contestó Valentina mostrando un asombro que desconcertó a su amiga.

—No te comprendo.

—Pues me haré comprender. Dices que tienes novio, ¿cuándo te casas?

—¡Ah! no podrá ser antes de un año, tal vez...

—¡Un año! prorrogable por...

Y las argentinas campanillas sonaron esta vez recorriendo todo el pentagrama musical, y con tonos tan burlescos, que Matilde tuvo que hacer un esfuerzo para no soltar una patochada, a pesar de cierto respetillo que tenía por su amiga desde que era la esposa de don Agapito Mendoza.

—Pues qué te figuras, que un muchacho de talento como Diego, que pronto será abogado no puede...

—¿Descalabrarse? ¡Ya lo creo! Y casarse mañana mismo, y llevarte a un casuchón que alquilará por treinta pesos donde se irán engullendo los libros de leyes y los expedientes, si es que tiene algún pleito que embrollar... ¡y *tableau* te has lucido!

—Tú exageras, el talento se abre camino siempre y perseverando, con trabajo y economía se llega al fin deseado.

—Pues hija, te equivocas medio a medio. ¿No has oído decir que el talento es un estorbo para hacer dinero? ¡Ahí tienes a mi marido... buen ejemplo! Además, casarse para trabajar, para economizar y para enflaquecer es sencillamente una estupidez.

—¡Estás hoy terrible!, con teorías que nunca te había oído. Bien sabes que el amor hace un paraíso de la cabaña más humilde y que...

—No prosigas, cortó Valentina, eso está bueno para los dramas sentimentales y para las novelas; no para la vida real. Vamos, hazme caso y no te quejarás.

—Nunca, contestó Matilde con voz firme y por hacer ostentación de un sentimiento que es dudoso que experimentara: seré fiel a mi compromiso; para venderme ya lo habría hecho cuando el señor Cartín me mostró cierta inclinación que... tal vez aún me profese. Cierto que ahora lo disimula, no ha querido darse por chasqueado, y cuando nos visita, lo hace con las reservas de una amistad ceremoniosa, y no puedes negarme que es rico. Soy de las que creen que el amor verdadero que sí existe, aunque lo niegues, es lo que más dignifica y levanta a la criatura y debe ser la única cadena capaz de unir a dos seres...

—Al poste de la miseria; interrumpió Valentina sin hacer caso de aquello de la *venta* a que había aludido Matilde. —¡Miren la romántica!

Bien, déjame seguir los impulsos de mi alma; quiero a Diego y me casaré con él a menos que algún acontecimiento imprevisto lo impida.

Matilde, que había saboreado íntimamente su desahogo, y deseando después no desagradar a su amiga, quiso dar otro giro a la conversación y le dijo:

—¿No crees que es un compromiso para nosotros la venida de Beltrán?

—¿Por qué?

—*Figurate* que papá y Julián pretenden ofrecerle la casa... alojarlo aquí...

—Nada más natural, aunque tal vez él no acepte por la poca confianza... pero nada de particular tendría que se que-

dara aquí.

—Cierto, pero... es que... titubeó Matilde que deseaba hacer una confidencia a su amiga y abrigaba algún recelo en abordar el asunto: ¡era de carácter tan privado! Es que... voy a ser te franca, puesto que yo no tengo secretos para vos... ¡somos amigas tan viejas! En fin, siguió en un momento de resolución; *sabés* que la situación de nosotros no es desahogada... que hay escasez de ciertas cosillas que no deben faltar en una casa decente, y que no se han comprado tal vez... por desidia, y un huésped como Beltrán ya puedes figurarte la idea que se formaría de nosotros cuando vea nuestra estrechez.

—¡Hola! ¿conque ya estás preparando la manera de agradecer a tu primo? No, no te disculpes tienes sobrada razón. Si don Clemente no puede hacer ciertos gabillos indispensables, no te apures por ello... ¿qué necesitas? ¿Servicio de mesa, algunos manteles blancos y de color? ¡Vaya!, afortunadamente estoy bien provista; te mandaré acopio de todo, úsalo sin reservas que será nuevo y flamante.

—¡Oh!, cuánto te agradezco ese favor; no pases cuidado que será por poco tiempo y todo te lo cuidaré mucho, contestó Matilde llena de reconocimiento.



IV



Valentina se había levantado para despedirse de su amiga, admiradísima de lo presto que había transcurrido el tiempo, lo cual le proporcionó el placer de consultar su reloj dos o tres veces, una joya de exquisito gusto y de gran valor.

—¡Qué barbaridad!, exclamó procurando acongojarse, y yo que debía haber hecho esa visita hoy sin falta.

—Sí, ¿y aquí cuánto tiempo hace que no *venís*?

—No creas que he salido de casa... ¡yo no sé en qué se le va a uno el tiempo!

—*Podés* hacer la visita otro día y te *quedás* un ratito conmigo.

—Te dejo, hija, ahí vienen tu papá y Julián, dijo Valentina, que les había visto al través de las cortinas de la sala.

En efecto, un momento después entraban don Clemente y Julián; el primero venía diciendo:

—Creo que puede arreglarse todo perfectamente; ya he estado disponiendo y dando trazas... Se detuvo al ver a Valentina a quien saludó con gran amabilidad. En cuanto a Julián, después de haber contraído el entrecejo con un movimiento rápido, saludó también a Valentina con más ceremonia.

Hola, Julián, dijo ésta alargándole una mano con cierto airecito de abandono, mano que apenas estrechó Julián muy suavemente.

—¿Y don Agapito como está?, preguntó don Clemente con la misma sonrisa que no había abandonado desde que entró, y que no dejaría aun cuando la visita durara una semana.

—Está perfectamente, gracias; siempre entre sus librotes, cuentas y correspondencias, que no hay cómo sacarlo de allí... trabaja como un *burro*, contestó Valentina, que era un poco exagerada en sus metáforas.

Julián se sonrió al oír el símil de Valentina; en ese momento se figuró al señor Mendoza en cuatro patas enredado por la oficina y dando coces.

—¡Ah! el trabajo es el supremo bien del hombre, repuso don Clemente creyendo en sus adentros haber redondeado una gran idea.

—Y a propósito, dijo Valentina, que había vuelto a sentarse en el sofá al lado de su amiga, dirigiéndose a don Clemente. Ya sé la gran novedad; me estaba contando Matilde que viene su sobrino don Beltrán... crean que celebro mucho esa noticia y que tendré verdadero gusto en conocerle; ¿cuándo llegará?

—Pues el viaje nos lo avisa don Esteban para el quince de este mes, pero hay un párrafo en que da a entender que tal vez se le haya ocurrido a Beltrán salir en el mismo vapor que trajo esa carta, y podrá ser que llegara hoy o mañana.

—Ciertamente es muy probable que suceda así. Ya me había permitido, continuó Valentina en tono amistoso, ofrecer a Matilde algunas cosillas que ustedes pueden necesitar por el momento, porque en fin una visita así, sin estar uno preparado...

—¡Ah! señora, no vaya usted a molestar, de ninguna manera, eso sería abusar de su bondad.

—No, señor, nada de cumplidos; me resentiría mucho; entonces ¿para qué sirven los amigos? *No faltaba más.*

Julián estaba con un color que se le iba y otro que se le venía, y no había despegado los labios conformándose con son-

reír o asentir cuando era del caso, pero ahora que sentía mortificada su vanidad, aquella vanidad natural del jefe de familia que sabe llenar las necesidades de su casa, creyó del caso terciar, y dijo a Valentina.

—Yo, de mi parte, agradezco a usted sus atenciones, pero crea que ya está previsto todo: en ello he ocupado la mañana, y probablemente Matilde no lo sabe... conque así le ruego no vaya a tomarse ninguna molestia.

—Ahora es usted señor orgulloso, respondió Valentina haciendo un mohín lleno de gracia. Mire usted qué empeño en no hacerme el favor de dejar que les sirva de algo. Nada, lo dicho, dicho; ahora si ustedes no quieren usar lo que tengo el gusto de ofrecerles con mi mejor voluntad, no lo usen, arríncenlo por ahí y basta.

La conversación tomó otro giro, se habló de muchas cosas, y ya cerca de las dos y media de la tarde, Valentina se despidió después de haber consultado su reloj otra vez.

Matilde la acompañó hasta la puerta de la calle, aspirando con deleite el exquisito perfume que emergía de su amiga, y del cual quedó impregnada la sala. Ya en la puerta, Valentina dijo al oído de su amiga: conque ya lo sabes; afila bien tus armas y haz carrera; mira que la ocasión es calva, el *derecho* puede que sea bueno para estudiarlo, pero es mejor la *derechura*, créeme, y salió dejando oír su risa triunfadora. Vamos, pensaba; ya he arrojado la semilla; veremos si el terreno es bueno.

Cuando Matilde regresó a la sala, Julián, con las manos en los bolsillos se paseaba pensativo; al ver a su hermana se paró, y con tono amistoso como para no enojarla le dijo:

—Apostaría una cosa.

—¿Qué?

—El que has pedido a Valentina prestados algunos resplandores para deslumbrar a nuestro primo, y hacerle creer que en efecto brillamos; no lo niegues; pero ahora, como siempre

que sea necesario, te haré ver que no haces bien, que eso es ridículo; no creo que tengas en ello un interés determinado, sino un simple capricho de tu genio: la vanidad; ello es cierto que no constituye una falta, pero no sabes adonde puede conducirte ese modo de ser tuyo, que casi inconscientemente te lleva a cometer tonterías; no aceptes nada de lo que *esa señora* (y recalcó estas palabras) te mande. Además, y deseaba decírtelo, tampoco es conveniente que cultives sus relaciones con mucha intimidad.

Matilde, mostrando extrañeza por las palabras de su hermano, medio enojada contestó:

—Te has equivocado, sí salió de ella el ofrecimiento; además, lo ha hecho con tanta insistencia y amabilidad, que no he podido menos que aceptar. No veo en qué consisten las tonterías de que hablas... ya has visto que papá nada ha dicho...

—Sí, papá cree que vive entre ángeles, y que todo el mundo se desvela por hacerle feliz; pero créeme, tú no debes continuar en relaciones tan íntimas con Valentina. Estaba bien que cuando ella era una muchacha soltera, fuesen amigas, aunque sabes que nunca me gustaron sus maneras algo libres... pero hoy es diferente; ella es la esposa de un *pobre hombre* que es muy rico, y debe haber entre ustedes un poco más de reserva; por otra parte, una señora que nunca falta a fiesta alguna, y que mientras su marido fuma por los pasillos hablando de cambios y de sacos de café, coquetea hasta con los atriles de la orquesta, no es la amiga que más conviene a una señorita como tú... y luego se dicen tantas cosas...

—Sí, pero sabes que la maledicencia es aquí moneda corriente y que una mujer no puede demostrar ingenio o tener un poco de *chispa*, porque ya da qué hablar.

—Mira, en ciertas cosas la sociedad tiene un tino admirable, y cuando el río suena, piedras lleva. Sólo te pido un poco

de formalidad, de seriedad; una muchacha puede echar a perder su porvenir en un momento de improvisación; ¡es tan quebradizo el cristal de la honra! ¡Cuántas mujeres puras han recibido de rebote sobre su frente el puñado de lodo, por el solo hecho de cultivar ciertas amistades!

Te hablo así por tu bien, lejos de mí la idea de que Valentina sea una mujer perversa, en el sentido de la palabra, pero en fin, es preferible ser cuidadosa y escoger muy bien las relaciones.

Julián temió después haber sido demasiado duro, pero en cuestiones de esta índole, era excesivamente puntilloso y delicado.



V



La llegada de Beltrán ocurrió como lo suponía don Clemente, al siguiente día de haber recibido la carta que conocemos.

Por demás está decir que don Clemente y Julián se hallaban en la estación del ferrocarril un cuarto de hora antes de la llegada del tren; el viajero había tenido cuidado de avisarles su salida de Puntarenas, después de haber descansado unas cuantas horas en aquel puerto.

Don Clemente decía a Julián, mientras fumaba sus cigarritos olorosos a hojas de higo.

—Ya verás, ya verás como le reconozco en seguida; le vi tan pequeño cuando hice mi viaje a Méjico; sus facciones no se me despintan y ya se cómo debe ser; cejas pobladas, nariz recta, ojos vivos y muy negros, continente airoso, el continente de los Morelos que ha sacado por parte de su abuela paterna; ya verás como no me equivoco; ¡vaya, que debe de ser guapo mi sobrino!

El tren llegó esa tarde con gran retraso; don Clemente oyó la crepitación de la locomotora, luego el tan, tan de la campana y a lo lejos divisó el ojo luminoso como de un cíclope que avanzaba, avanzaba dando resoplidos de bestia cansada.

Después la agitación, el movimiento de mucha gente que sale con maletas, con líos bajo el brazo, abriéndose camino por entre los grupos de curiosos y de cocheros que ofrecen su vehículo, como quien tiene urgencia de llegar.

—Por aquí, por aquí, dijo don Clemente tirando a Julián de un brazo hacia el carro de primera de donde había visto bajar a un personaje, con un casco gris de alas tendidas, y vestido con un correcto traje de viaje.

—¡Beltrán, Beltrán!, llamó en voz alta don Clemente. — El aludido volvió la cabeza con curiosidad, y pronto comprendió que era su tío aquel viejito amable que le llamaba porque recordó en seguida un retrato que había visto en su casa hacía algunos años.

Se abrazaron con efusión, y después de la presentación de Julián, y de las primeras frases, ya afuera, Beltrán tomó un coche, y haciendo entrar a su tío y a su primo, díjole al cochero:

—Llévanos al Gran Hotel o a otro mejor si lo hay, me han dicho que ese es el mejor, ¿no es así?

—¿Cómo al hotel?, repuso don Clemente con gran extrañeza; no, de ninguna manera, en casa te hemos preparado alojamiento; no será un gran confort el que te ofrezco, pero al menos pasable...

—Y con la mejor voluntad, agregó Julián.

—¡Oh! doy a ustedes mis agradecimientos, pero les ruego acepten mis excusas; no puede ser: una sorpresa así siempre causa molestias, que estoy en la obligación de evitarles.

—Vamos, deja los cumplidos para con los extraños; te digo que en casa te hemos arreglado un cuartito cerca del de Julián y que ninguna molestia nos causará tu llegada... vaya, qué va a decir la gente cuando sepa que viniendo por primera vez a Costa Rica te has ido a hospedar a un hotel ni más ni menos que si no tuvieras aquí parientes... ¿serías capaz de desairarnos?

—No, mi querido tío, espero que no atribuyan ustedes mi insistencia a desaire; de ninguna manera, y crean que les agradezco de todo corazón la buena acogida que me dispensan y las atenciones de que soy objeto. Por otra parte, estoy tan acostum-

brado a esa vida de hotel, que no sabría ya vivir en familia... además, su casa será para mí como la mía propia, créanmelo ustedes, y me propongo aburrirles con mi compañía; conque ya ven que no hay tal desaire; la única diferencia consiste en que mi equipaje, en lugar de ir a casa de ustedes, se quedará en el cuarto del hotel.

Don Clemente iba a insistir todavía, pero Julián le opri-
mió una rodilla con gran disimulo, y aquel comprendió que
tenía que desistir.

Julián dijo algunas palabras de cumplimiento, y como
habían llegado, bajaron del carruaje y entraron al hotel prece-
didos por el camarero que les condujo al salón principal.

Cómodamente arrellanados en suaves sillones, pronto se
engolfaron en animada conversación. Don Clemente satisfizo su
curiosidad acerca de la vida de don Esteban, de la situación de
las famosas minas de oro y de cobre que éste explotaba con
grandes rendimientos, de sus fuertes exportaciones de café, etc.,
etc., y Julián daba a su primo cuantos detalles vinieron al caso
acerca de Costa Rica, detalles que Beltrán oía con sumo interés.

Luego, don Clemente hizo reminiscencias de su ruina, de
cómo había perdido su caudal, de la mala suerte que había teni-
do en todos sus negocios, etc., y sintió algo así como un resen-
timiento íntimo cuando oyó a Beltrán que con la mayor indife-
rencia, y como si encontrara muy natural el que estuviese
arruinado, le contestó:

—¡Oh! eso es lo más corriente. No se cómo no previó
usted su fracaso. Minas de esa naturaleza no pueden explotarse
sino por medio de sociedades cooperativas, que puedan apron-
tar un fuerte capital; así la lucha con la madre tierra, que a
veces defiende obstinadamente sus tesoros, es más larga, y
llega a decidirse en favor del más fuerte. Ella da sus tesoros,
ciertamente, pero a cambio de grandes y prolongados sacrifi-

cios; es como una plaza que se rinde, pero después de nutrido cañoneo.

Cerca de las diez y media dijo Julián dirigiéndose a su padre:

—Creo que es hora de dejar descansar a Beltrán; vámonos si le parece, que ya tendremos tiempo de sobra para charlar.

—¡Oh! no se irán todavía, soy trasnochador por costumbre, y hemos de tomar alguna cosa.

Después de vencer las negativas de sus parientes, llamó.

—Traiga un poco de champaña helado, dijo al camarero y luego dirigiéndose a Julián: eso entona, y no encharca el estómago.

Don Clemente tuvo tentaciones de advertir a Beltrán que eso aquí era muy caro, pero cayó en la cuenta de que iba a cometer una simpleza.

Se bebió y se habló un rato más; ya al despedirse, Beltrán dijo a don Clemente.

—Le ruego haga presente a Matilde los mejores recuerdos de papá, y de mi parte un afectuoso saludo que iré a renovar mañana a la hora del almuerzo, digo, si ustedes no toman a mal el que yo mismo me invite; y se rió de la manera más cordial.

¡Oh! y qué bien les pareció esto a don Clemente y a Julián y cuánto le agradecieron esta muestra de confianza.

Salieron encantados, y cuando llegaron a su casa, Matilde les esperaba presa de la mayor inquietud; al verles llegar solos, sintió algo así como una desilusión y entre alegre y distraída oyó la minuciosa relación que su padre le hizo a Beltrán. —No se puede negar, le dijo, es lo que se llama un guapo mozo: ya verás, ya verás si tengo razón... ¡qué diablura!



VI



Las personas que frecuentaban la casa de don Clemente, donde las tertulias que solían efectuarse habían tomado inusitada animación con motivo de la llegada de Beltrán, alma y vida de esas reuniones, eran: Valentina, la nota alegre y chispeante; don Eduardo Cartín, respetable personaje que coleaba los cuarenta y cinco, sujeto muy serio y circunspecto que hablaba con gran aplomo de las cosas más pueriles, como si estuviese en el Congreso ante un taquígrafo que va a grabar sus frases en bronce. Este señor, que por más señas gastaba gafas ahumadas, era agricultor y representante de unos menores cuya hacienda enflaquecía a ojos vistas entre tanto que la de él engordaba. —Había abrigado sus pretensiones respecto a Matilde, pero a las primeras escaramuzas libradas hubo de volver grupas y abandonar (en apariencia) la plaza que había deseado conquistar, quedándose en expectativa.

Nada simpático, inspiraba cierta aversión a poco de tratarle, sin que nadie acertara a explicarse el motivo. Pero don Clemente y Julián tenían de él muy alta idea y le estimaban sobremanera por su honradez acrisolada y sanas costumbres (palabras textuales de don Clemente), y más que todo, por ciertos servicios que tan *desinteresadamente* y con tanta oportunidad les había prestado: Diego, el novio de Matilde, muchacho agradable y conversador que gozaba de la confianza de la casa, y que lo mismo entraba a la sala que a la cocina, con el pretexto

de encender un cigarrillo en el hogar; algunas veces el Doctor Bermúdez, hombre entrado en años, jovial y alegre que aborreecía a los charlatanes que sólo hablaban en las visitas y en las tertulia, de *esporos*, *microbios*, *bacterias sueroterapias*, de *asepsia* y *antisepsia*, etc.: Julián, cuando estaba de humor, participaba de la conversación un rato, y luego se largaba a su cuarto; su mayor placer consistía en estar solo. Era el *papel secante* de la familia, que había absorbido la tinta del mal humor, quedando libres de ella don Clemente y Matilde; y Mario Astorga, el menos asiduo, muchacho que no tenía más méritos que sus informalidades, pero que en cambio poseía unas agallas de tiburón; merece párrafo aparte.

Oriundo de un pobre barrio de la villa de San Pablo de Güitite, había sido Mario enviado por su padre a San José con el objeto de que estudiara, aventura en que metieron al pobre viejo el Jefe Político de la villa y el Alcalde, asegurándole que un muchacho como Mario, quien se había distinguido como el primer alumno de la escuela, no podía menos que abrirse carrera y quién sabe a dónde llegaría. Ñor Astorga, hombre de posibles, y el primer capitalista del cantón, se alampaba porque el muchacho se hiciera cura; era su sueño dorado ver a un hijo suyo cantando misa y echando sermones y latinajos, pero el maldito de Mario no soltó prenda, y díjole a su tata que ya vería después cuando le entrara vocación.

El chico fue mandado a San José como interno del primer año del Liceo.

Durante los primeros tiempos todo marchó bien; Mario era un muchacho de mucho despejo y trastienda, y no tardó en desbastarse; se hizo otro; nadie habría reconocido después en aquel jovencito correctamente vestido, de cara delgada, ojos vivos, y de una dulce palidez de adolescente, al hijo de ñor Astorga de San Pablo del Güitite.

Sin perder uno sólo, ganó todos los años y fue uno de los bachilleres que salieron con mejores notas.

En el Liceo, había sido condiscípulo de Julián; ya éste se preparaba a dejar el plantel, y allí se conocieron y simpatizaron. Julián le llevó algunas veces a su casa, y el chico había *caído bien*, como suele decirse.

Dotado Mario de gran imaginación, y profundamente malicioso a sus pocos años, habría sido una excelente madera para algo provechoso. Pero sucede a veces que hay idiosincrasias de idénticas tendencias y condiciones, que elevan muy alto a determinados seres mientras que a otros les precipitan a la nada; fuerzas que en ciertos organismos son empuje y vida, en otros se convierten en inercia y muerte; y es que no hay, es que falta una clara percepción de las diferentes aptitudes e inclinaciones del espíritu, a fin de aprovechar aquellas fuerzas que en confuso montón lleva cada individuo en su yo psicológico y de encaminarlas hacia un fin armónico preconcebido y útil.

A la salida del Liceo y ya con su título de bachiller, Mario no se había resuelto a nada; su pobre padre había hecho grandes sacrificios para costearle su educación y creía que Mario estudiaba *pa abogao*, como una vez éste se lo había dicho, solamente para disculpar sus continuas demandas de dinero.

Había alquilado un cuarto que amuebló con suma elegancia y poco a poco, sin darse cuenta, fue tomando gran gusto por la disipación y la vida de gran señor que se daba en compañía de sus compinches y amigos que no eran pocos, algunos de ellos *hombres de letras* que le ayudaban a gastar alegremente sus reales, que bien pronto abandonó todo estudio viviendo a costa del dinero de su padre, de pagarés que hacía garantizar por amigos y personas que creían que era un ricachón a quien su padre no abandonaría jamás; y cuando la cosa apremiaba

mucho, allí estaban las casas de préstamos.

Tenía, eso sí, especialísimo cuidado en cumplir con esas obligaciones, no tanto por decoro ni por honor, que bien desmedrados andaban a la sazón estos atributos en don Mario, sino por puro cálculo, por fanfarronería y para darse tono.

Otra de sus grandes preocupaciones era la de vestir bien. Sabía por experiencia que a una persona mal trajeada, que lleva un cuello ajado y con flecos no hay quién le preste una peseta.

Así, pues, Mario vestía con elegancia, calzaba charol, y nunca se ponía dos días seguidos una misma corbata, adminículo que sabía escoger admirablemente. Tenía gran afición por los buenos perfumes, detalle que le había dado gran ascendiente entre las muchachas que trataba, algunas de las cuales le decían *Astorguita*, quizá porque creyeran que aquel mozo que iba siempre hecho un confite sería, andando el tiempo, un partido muy aceptable.

En la actualidad todo el mundo le llama *Trillito* debido a un suceso que vamos a referir.

Cerca del cuarto donde habitaba Mario, tenía su oficina un notario de mucha clientela, y de protocolos nutridos. Hubo de hacer una escritura y le rogó a aquel que sirviese de testigo en el *instrumento*.

El dicho notario conocía perfectamente a Mario y su familia; hecha la escritura, fue leída “ante el otorgante y testigos, don Mario Astorga Conitrillo...”

—Alto, había gritado Mario interrumpiendo al legista con gran asombro de los concurrentes, y con aquella franqueza y desparpajo que mostraba en cualquier situación. Me llamo Mario Astorga Ocón-y-Tri-llo (y marcó bien las sílabas) ¿qué es eso de Conitrillo?

—¿Ocón y Trillo? repitió el notario algo perplejo ¿no es lo mismo?

—No señor, no es lo mismo; parece usted olvidar que el verdadero apellido es Ocón y Trillo y que *Conitrillo* no es más que una corrupción de él... eso lo debería usted saber. Y no hubo caso; se enmendó el error. Mario en su afán de hacerse notable aparentaba creer que era descendiente directo del ceñudo y socaliñero gobernador español don Juan de Ocón y Trillo que allá por el año de 1604 estuvo en un tris que se comiera a Cartago con todo y sus piedras (que no son pocas).

La anécdota corrió bien pronto, y los amigos y conocidos de Mario le llamaron en adelante *Trillito*; él mismo se reía de eso y lo echaba a barato.

Lo malo del cuento fue que uno de los interesados en la escritura, vecino de San Pablo del Güitite allí presente, llegó todo escandalizado contando a ñor Gregorio Astorga y a su amadísima costilla ña Tomasa Conitrillo, que don Mario allá en la *suidá* se había quitao el apelativo de su *mama* porque era muy *corrompío*.

Negro se vio Mario para hacer comprender a sus padres la verdad de lo ocurrido; a ña Tomasa maldita la gracia que le hizo la explicación. Ella era tan Conitrillo como lo había sido su tata, su abuelo y de allí *parriba* todos los Conitrillos habidos y por haber; ¿*corrusión* en los Conitrillos? hasta *agora* Dios primero no *habío* un solo Conitrillo *corrompío*...



VII



Entre los amigos de *Trillito* había uno, verdadero tragaldabas, de esos que encuentran muy cómodo el aceptar de todo el mundo atenciones y convites, pero que en materia de *debol-ver*, muchas veces no devuelven ni los buenos días, y no porque anduviera escaso de *numerario*, que sin tener oficio ni beneficio conocido, llevaba siempre en la cartera algunos billetes bien dobladitos y convenientemente separados.

Alguien había asegurado que una pariente acomodada que tenía en Heredia le enviaba dinero; otros, que vivía del juego; estos no andaban descaminados, pues el tipo que nos ocupa era de los afortunados que ganan casi siempre y que suelen perder raras veces sobre todo en la *poka*, de la cual sacaba una renta para vivir muy sabrosamente, y no faltó también quien dijera que sabía darse cuatro ases cuando el *pot* estaba gordo.

Llamábase el tal, Marcos Gálvez; era más grueso que delgado, cara redonda, con unos ojos pardos sin expresión, salvo cuando daba las cartas que entonces sí tenían miradas de gato goloso que sabía atenuar con una sonrisa bonachona.

Le gustaba llevar la contraria, y conversaba y discutía a gritos, con grandes manotadas, como quien desea hacerse oír de los antípodas. Tenía la pésima costumbre de acercarse mucho para hablar, y de meterle a su interlocutor las narices en los ojos, de modo que este iba dando hacia atrás pasito tras pasito, y no era raro que si se encontraba con Gálvez en el Parque Central, fuera a concluir la conversación en el Nacional.

A *Trillito* que era un joven a la moda y no sufría ciertas faltas de cultura en algunos de sus amigos, le cargaban las de Gálvez, pero las disimulaba porque este ejercía sobre él cierta preponderancia, por los aires de matón que solía gastar con algunos de sus amigos, y por la franqueza con que en cualquier esquina emitía a gritos sus pareceres respecto de algunas personalidades: *verbi gratia*.

—¿Don Fulano? un sinvergüenza, un *quebrado impropio* que resultó después con muchos *enteros* y se pasea tan campante... ¡no es la primera zorra que pela! —¿Don Zutano? amasó una buena fortunita a fuerza de rapiñas y hoy es un respetabilísimo personaje que va regando hombría de bien por donde pasa. —¿Don Mengano? está continuamente pidiendo prestado y no paga sus deudas. —¿Doña Zutana? una coqueta que adora a todos los hombres menos a su marido, a quien ha coronado más de una vez con la diadema del *martirio*. —¿Doña Perenceja? una lenguaraz que tiene el inmenso placer de traer y llevar chismes callejeros... es el sarampión de los hogares... Y así por el estilo vociferaba de todo el mundo. Un jácara a quien temían los tímidos.

Era asiduo concurrente del Club Internacional, donde logró entrar merced a los excelentes padrinos que se agenció y a otras tretas que puso en práctica para poder pasar por el baloteo.

Meses después logró meter allí a *Trillito*, cosa no muy difícil si se atiende a que este era simpático, de buenos modales, y tenía fama de rico y calavera.

En ese centro de la buena sociedad josefina era Gálvez mal visto, y cuando corrió el rumor de sus probables marrullerías, se tomaron precauciones para observarle, sorprenderle infraganti, y expulsarle. Pero, fuera que Gálvez hubiese cambiado de táctica, fuera que los rumores carecieran de fundamento, es lo cierto que no se le pudieron coger las *cabullas*, y si las más de las noches salía ganancioso, era debido a su sis-

tema de juego; como le decía a *Trillito* cuando salían a la madrugada algo alumbrados debido a las copitas de cognac que apuraban; (*Trillito* las tragaba ya muy lindamente).

—Fíjate que siempre hay un rato en que uno está ganando; pues a las primeras que después se pierdan, ¡trás! ¡se zafa uno y abur!

—Eso es feo, contestaba *Trillito*; parece uno un peón que va a sacar el jornal.

—¡No seas tonto! ¿y qué es lo que hacen los otros? ¿aquel señor gordo que me zampó el *fulján* por *jotas* qué hace? en cuanto se *embuchaca*, le duele la panza y se larga tan fresco.

—Sí, pero yo no tengo ese carácter... hasta que no me ganen el último *cinco* no me voy... ¡ah! si yo pudiera levantarme cuando gano, otro gallo me cantara.

—Pues hazlo, no seas tonto; mira, yo con mi sistema, conformándome con ganar diez pesos cada noche, vivo muy holgadamente: trescientos pesillos al mes libres de polvo y paja.

Trillito había adquirido una pasión desenfadada por la *poka*; tuvo sus noches de auge, y noches de estar con un *tercer* infernal.

Cuando no tenía dinero suficiente para jugar, se ponía de un humor de mil diablos, y a fin de conseguirlo, aguzaba el ingenio y ensartaba cada mentira que temblaba el mundo. Él sabía dónde encontrar *monis* al módico interés de diez por ciento y siempre aseguraba que era por tres o cuatro días a más tardar, porque mi papá, —decía muy serio— debe enviarme el sábado cuando venga el *mandador*, unos trescientos sesenta pesos que le he girado; o bien aseguraba que se había olvidado de pasar por la Fábrica de licores por un *cheque* de dulce de cuatrocientos quince pesos que él tenía orden para retirar, y así por el estilo.

Con todos esos embustes le era fácil adquirir dinero que se le volvía en las manos sal en agua.

Perdió el gusto por el trabajo, (si alguna vez lo tuvo), y siempre creyó que él había venido al mundo para gozar y divertirse; que trabajen otros...

Su padre, con todo y ser de la mejor pasta del mundo se había cansado de enviarle dinero, que ya no soltaba ni a tiros; pero allí estaba *ña* Tomasa, que como todas las madres hallaba siempre manera de disculpar a su hijo y de abogar por él, a fin de que al pobrecito no le faltara nada. ¡En la *suidá* todo es tan caro...!

Esta era la vida de Mario hacía ya mucho tiempo.

Un suceso vino a darle fama de guapetón y valiente, suceso que fue comentado en los grupillos callejeros, y debidamente celebrado, porque la peor parte hasta allí había sido la de Gálvez, quien tenía nombre de osado y perdonavidas.

Cierto domingo en la noche jugaban *poka* como de costumbre, *Trillito* y Gálvez con cuatro de sus camaradas, buenos apuntes todos, y el naipe, como dicen los aficionados estaba *caliente*.

Trillito andaba enredado en una conquista amorosa, con una guapa costurera que le traía “con los cascos a la jineta” y después de haber estado muchas veces erre que erre con la muchacha, obtuvo al fin que esta le concediera una cita por la ventana, para conversar un ratito. La cita era para las once esa noche, y Mario no quería jugar temeroso de perderla; pero después de varios juegos, se sentó a jugar, y con tan buena suerte, que no había lance que no *ligara*.

Tenía un enorme montón de fichas y buena cantidad de billetes de Banco. Gálvez, quien había llegado esa noche un poco más tarde que de costumbre, estaba tan *torcido* que no hacía ni *pareja*, lo que le tenía de un humor negro.

A *Trillito* no le llegaba la camisa al cuerpo; miraba el reloj a cada momento, y a eso de las diez y tres cuartos, —venía un *pot*, — dijo con resolución.

—No juego más, tengo que irme.

Gálvez lanzó a su amigo una mirada oblicua, y luego otra de felino al montón de fichas y de billetes que *Trillito* tenía por

delante, y con mal reprimido despecho, le contestó:

—¡Es muy temprano...! ya porque estás de *leche*...

—Bien sabes, arguyó *Trillito*, algo amoscado, que jamás me levanto de los primeros, y siempre pierdo...

—Por lo mismo, repuso otro de los jugadores; aproveche su suerte... mire que no hay que despreciarla.

Trillito entró al *pot*, no sin protestar que sería el último que jugaba.

Se dieron las cartas, se abrió el *pot*, y se volvieron a dar; quedaron finalmente para disputarse el juego, *Trillito*, Gálvez, y otro señor que estaba muy callado y sin *llorar* sus pérdidas. Después de varios reenvidos que el primero pagaba, y que a su vez hacía, se vieron las cartas. *Trillito* había ganado con un *fulján* por reyes. Gálvez, que lo tenía por reinas, gruñó por lo bajo algo en que sonó la palabra *jarana*, y miraba fijamente al otro jugador, como queriendo decir: ¿qué le parece a usted?

—¿Extrañas que esté tan *derecho* esta noche?, le preguntó *Trillito* sin mirarle, mientras contaba las fichas que se proponía cambiar.

—Sí, lo extraño, contestó Gálvez; — casi no has perdido juego... siempre estás *llorándola*, y agregó a media voz dirigiéndose a otro de los jugadores en son de zumba; este *ñor* Conitrillo sí que sabe *hacerla*, en cuanto se ve *embuchado*, se levanta... y abur!

—Y eres tú quien dice eso, replicó *Trillito* ya con la mostaza en las narices, presintiendo el final de la escena, y molesto por el tono con que Gálvez había proferido aquellas palabras; tú, quien me aconseja que me levante en cuanto gane diez pesos...!

—¡Mientes!, gritó aquel poniéndose amarillo.

Trillito sintió aquel *mientes* como un latigazo que le cruzaba el rostro, y no fue dueño de sí; sin pensar en lo que hacía, con las manos crispadas, y lívido de rabia cogió a puñados las

fichas, y las arrojó a la cara de Gálvez como un verdadero metrallazo. Este avanzó sobre aquel con los puños cerrados.

—¡Canalla! *concho* metido a gente, ya verás como castigo esas osadías...

Pero *Trillito* que estaba preparado dio un paso atrás, y tomando la silla con suma ligereza, asestó a Gálvez un silleta-zo de vuelta y media que le hizo ver a Saturno con todos sus anillos, y caer de bruces.

Los jugadores se interpusieron y sujetaron a los combatientes. Los que estaban en la sala de los billares, y en la biblioteca, acudieron al estruendo, pero ya solo vieron a *Trillito* entre un grupo de personas, que envalentonado por su acción, lanzaba miradas de reto a todos lados, mientras que Gálvez, detenido en otro grupo, se arreglaba la corbata que tenía sobre la nuca, y se acariciaba un chirlo que parecía un higo que le habían madurado sobre la ceja izquierda; bufaba como un toro al que han clavado una banderilla de fuego.

—Ya me la pagarás... ¡*concho!*

—Cuando quieras, contestó *Trillito*, exasperado y resuelto a *jinetear la burra* en que se había encajado. —Tienes mucho gañote... pero yo tengo... muchos nervios... y atusándole el bigotillo como un general vencedor, salió de la sala y bajó las escaleras con aparente serenidad.

Llegó a la esquina noroeste del Mercado, y dobló hacia la derecha, por el “Paso de la Vaca” donde vivía su costurera, con el temor de no encontrarla ya.

¡Demonio!, decía para sus adentros; lo que es ese majadero de Gálvez, si me toca un pelo, le sopló un tiro como hay Dios; faltaba más que a título de que tiene aquel corpachón quisiera... pero bien, creo que he estado en carácter; no me arrepiento; hay que darse a respetar, no me he portado mal.

Anduvo un buen rato haciendo mil planes acerca de su *costurera*; por fin llegó a la ventana, y se paró desconsolado al ver que no había alma viviente.

—¡Qué *caray!*, se dijo; llamaré: “audaces fortunas etc.” y dio resueltamente sobre el vidrio tres golpecitos; esperó, y luego le pareció oír que alguien llegaba y abría con gran cautela... *Trillito* lanzó un suspiro de satisfacción al percibir en las sombras de la sala, el bulto de una mujer que se aproximaba.—¡Ingrata, tanto esperarte...! dijo *Trillito* alargando las manos hacia el interior, para atraer a su amada. Pero no pudo decir más; vio algo así como un chispero a causa de un golpe que le propinaron en el centro del frontal, con algo muy *contundente*, parecido a una *raja de leña*, y que no por venir de manos femeninas era menos *respetable*.

—Pillo, *zamarro*, *vagamundo!*, gritó una voz cascada: *arrimate pa* decirte cómo es que se persigue a una muchacha honrada... *arrimate pa* darte otro... *Trillito* reconoció a la tía de su *Dulcinea*, verdadero ángel con uñas y nariz de lechuza que guardaba la entrada de aquel paraíso, no con espada flamígera, sino con una nudosa tranca de café. Aturdido y mohíno recogió el sombrero y se largó más que de prisa pensando con dolor de *su cuerpo* en los ocultos designios de la providencia... Gálvez había sido vengado.

❁
VIII
❁

Había entrado diciembre con sus alegrías.

La cosecha de café era buena, y se notaba algo así como un júbilo general, después de algunos tiempos de escasez y de temores.

El comercio había hecho fuertes importaciones; los escaparates de las tiendas, ricamente surtidos, exhibían los sombreros, los encajes, las sederías y confecciones de última moda, que atraían las miradas de los transeúntes.

Se hablaba ya de que las fiestas cívicas serían espléndidas, y el baile en el Teatro Nacional un verdadero acontecimiento.

Diciembre, el mes de las alegrías para este pueblo que se pasa el año encorvado sobre el arado, fecundando con el sudor de la frente el suelo generoso que corresponde con creces los nobles esfuerzos de sus hijos.

Diciembre trae con sus frescas brisas y sus mañanitas frías un general contento, nos trae algo así como el perfume de nuestra infancia, como el recuerdo de una juventud dichosa que llena nuestra alma con esas suavidades y esas bellezas que sólo dejan las dulzuras idas, las dulzuras muertas.

En este mes, hasta el humilde jornalero lleva a su modesto albergue algunas ropas nuevas para su esposa y sus hijos; todos gastan como animados de la general alegría, y parece que el dinero en ese tiempo costara menos trabajo ganarlo cuando vemos la facilidad con que se gasta.

Es el mes de las alegrías para los niños, ya en plenas vacaciones, como quien dice *miel sobre hojuelas*; la perspectiva de la Noche Buena, la de las fiestas con sus mascaradas y demás espectáculos, y sobre todo, la inmensa dicha de estrenar un vestidito nuevo, y dejar los humildes guiñapos que han llevado todo el año a la escuela, cien veces remendados por la buena madrecita que también goza con la llegada de diciembre. Ella irá siempre con las mismas ropas viejas entre tanta alegría, pero ¿qué más quiere? Sus hijos serán felices unos cuantos días. Y ahora que hasta los niños más pobres –los tristes olvidados– tienen también su aguinaldo de Noche Buena, ¡los granujillas!... gracias a ese sentimiento de ternura infinita, casi maternal, que ha tomado forma, que se ha cristalizado en la bellísima y cristiana costumbre seguida por las Juntas de Educación de reunir en los templos donde aquellos reciben el pan de la instrucción, a los pobres desheredados para hacerles allí el presente del cariño y del amor, a ellos, los hombres, los soldados de mañana, a los futuros trabajadores que cantarán en los talleres y en nuestras montañas hoy vírgenes, al compás sonoro del hacha, el eterno himno de la fraternidad y solidaridad humanas.

¡Qué cosa más hermosa, la escuela convertida en un hogar! Ah, bendito mil veces el árbol de Noche Buena, que en medio de aquella, es un bellissimo símbolo de amor y caridad. Bendita nuestra querida patria donde jamás se pierde en el vacío de la indiferencia la nota tiernísima que busca el acorde de la unión cuando se trata de llevar pan al hambriento, consuelo al afligido, protección al huérfano.

La casa de don Clemente, sita en la avenida... es de fábrica moderna. Un zaguán de entrada; a la derecha, la sala; y a la izquierda un aposento que ocupaba Matilde. Detrás de estas piezas, había otras dos; la una, el escritorio de don Clemente,

y la otra, la de la izquierda, su dormitorio, donde Matilde había metido algunos chécheres que no quería colocar en su cuarto, para que no se viesen de la calle; no merecían ese honor los consabidos que eran: un roperillo de cedro deslustrado, tres cofres, una máquina de coser “Domestic”, no porque Matilde la utilizara, que ella no entendía de eso, sino para cuando fuese la costurera; y un sillón inválido. Independiente y en último término estaba el cuarto de Julián, después del comedor y con puerta a la calle.

El zaguán de entrada desembocaba en un corredor que seguía hacia la derecha, y luego tomaba haciendo un ángulo recto, al interior de la casa.

El corredor estaba profusamente adornado con cubos de madera colmados de tierra, y colocados en trípodes de hierro, pintados de verde y en los cuales crecían matones de pacayas y begonias de hojas anchas y aterciopeladas, y de arriba, de trecho en trecho, colgaban canastas hechas de reglitas de madera en que florecían algunas orquídeas. Por debajo de las canastas asomaban los *toritos*, esas flores caprichosas que con sus pintitas negras como lunarcitos, suelen parecernos a veces escarabajos que miran con ojillos atontados.

El patiecillo que quedaba en el centro de la fábrica, con pujos de jardín, ostentaba cuatro arriates descuidados donde florecían algunos rosales, azucenas, varitas de San José y claveles blancos. Por la pared de enfrente, de ladrillos ennegrecidos, trepaba verde y frondosa una mata de *luna*, cuyas flores tienen la propiedad de abrir sus pétalos grandes, blancos y delicados, todas las tardes a las cinco; es una verdadera palpitación de blancura y de perfume, todo un alumbramiento que se advierte a simple vista.

El lujo de la casa estaba circunscrito a la sala, que era por decirlo así el *cerebro* de aquel cuerpo.

Con todo y estar don Clemente en situación tantico preca-

ria, la sala tenía así de golpe buen ver, tal era el arte de Matilde para presentar las cosas de manera diferente de como eran. Un desgarrón de la tela del sofá, estaba habilidosamente cubierto con un antimacasar estilo persa. Una estatuita que había sobre el piano, instrumento que solía mortificar Matilde, y a la cual estatuita faltaba un brazo, estaba colocada de cierto modo *tan artístico*, que era imposible notar la avería; un florero desportillado en el borde, escondía su vergüenza bajo los pétalos de una rosa, generalmente la más grande del ramo y así por el estilo; Matilde aguzaba el ingenio para disimular el mal estado de su mobiliario. Véase en la sala profusión de mesitas hechas de palos de las escobas que *habían sido* preparados convenientemente y dorados que era una maravilla; algunas, de estilo chinesco, sustentaban sendas macetas de barro donde se erguían otras tantas pacayas que comunicaban a la sala cierto frescor, y presentaban un aspecto muy agradable.

Haciendo justicia a Matilde, debemos confesar que para el arreglo de la sala, peinarse y escoger las telas y colores de un traje era una artista consumada aun cuando no supiese confeccionar estos; aquí eran las grandes apreturas en que solía hallarse, pues no siempre la modista estaba en disposición de atenderla con la premura que Matilde deseaba, por muchos motivos que no son para dichos, pero que el lector comprenderá.

Y era una lástima todo ello, porque Matilde, libre de ciertos prejuicios, con un poco más de aritmética y otro poco menos de imaginación, habría sido una mujer casi perfecta. De buena estatura, blanca y de colores frescos; de rostro ovalado, de ojos pardos oscuros que siempre parecían húmedos y que cuando miraban con alguna fijeza, entornábanse a impulsos de una secreta idea que quizá acariciaba; la nariz recta con una ligera cinturita a la mitad, tenía un vuelo casi imperceptible hacia afuera, indicio de malicia o de agudeza, según dicen los que han estudiado *narizología*, pero nada era tan perfecto

como su boca, pequeña, de labios algo carnosos y de un rojo admirable; dos comisuritas se acentuaban a los lados del labio superior, hacia arriba, las que a veces, y fijando la atención en tan gracioso conjunto, comunicaban a aquel rostro una expresión que no se acertaba a definir si era de dureza, de sarcasmo o tal vez de simple orgullo.

¡Ah!, si a Matilde no hubiese faltado su madre, qué diferente educación habría tenido y qué modelo de mujer de su hogar.

Pero el tiempo que estuvo en un colegio, donde aprendió tantas cosas que no aparecían en los programas, aquellas cosas que en ciertos lugares se aprenden, a fuerza de verlas escritas en las paredes y aun ilustradas con dibujos groseros, que la natural curiosidad de una joven devora con la secreta voluptuosidad de lo prohibido; las amigas despreocupadas que emponzoñan una alma inocente, las debilidades de un padre amoroso y sin malicia, todo eso había contribuido a llevar al alma de Matilde una especie de *ateísmo* en su religión de mujer, ateísmo que pareció adormecerse y desaparecer con el transcurso del tiempo, cuando dejó el colegio, y se dedicó más al hogar y al cuidado de su padre, y frecuentó menos el trato de algunas de sus amigas. Aunque es cierto que la mujer es una planta sensible, pronta a asimilar los elementos que le proporciona el medio en que vive, también lo es que las primeras impresiones que recibe son más duraderas, y hieren profundamente su organismo psíquicamente más sensible y delicado que el del hombre.

No estaba Matilde enamorada verdaderamente de Diego, su novio. Le profesaba un cariño muy parecido al amor, diríase un amor que se deslizaba manso, sin las turbulencias de la pasión.

Comprendía que la mujer en Costa Rica no puede alimentar otra aspiración que la del matrimonio, siempre que en este paso haya probabilidades de que el elegido para marido reúna ciertas condiciones que le aseguren un éxito si no brillante, por lo menos aceptable.

Matilde, que como ya sabemos tenía más imaginación, más fantasía que cálculo, más romanticismo que positivismo, no era una mujer capaz de hacer un matrimonio de conveniencia en la verdadera acepción de la palabra; pero comprendía que debía casarse, y si bien Diego no era su ideal, sí le creía un muchacho de talento y lo suficientemente apasionado para hacer feliz a una mujer... hasta donde pueda serlo cuando se casa por... casarse.

Muchas veces creyó que le amaba, cuando sentada a su lado hablaban en voz baja y se miraban de lleno; entonces sentía que la mirada de Diego, como iluminada por el fuego interior de una pasión vehemente, la quemaba, le entraba hasta el corazón, y bajaba los ojos subyugada por la superioridad de aquella mirada franca y leal que parecía leer en el fondo de su alma.

En el momento que nos ocupa, Matilde experimentaba un sentimiento extraño hacia Diego, creía quererle menos pero al propio tiempo sentía por él una especie de conmiseración, de piedad, algo de lo que se siente cuando hemos ofendido a una persona que estimamos en alto grado, y le parecía oír allá en el fondo de su ser la voz de *otra* Matilde que le recriminaba amargamente; era que luchaba con sentimientos encontrados.



IX



Beltrán Urdaneta, el estimadísimo sobrino de don Clemente, era lo que podemos llamar el perfecto tipo del hombre de mundo. De educación exquisita, de maneras distinguidas, y de una conversación ora sencilla y llana, ora brillante y erudita, según con quien departiera, pero siempre atrayente y amena, tenía esas sinuosidades y vehemencias que presta a la palabra fácil y viva, un gran conocimiento del mundo y de los hombres, adquirido en sus constantes viajes.

Entiéndase que decimos los *hombres* en sentido genérico, pues aquí para *entre nos*, los mejores estudios de Urdaneta los habían merecido las mujeres, norte y fin de todas las aspiraciones de este eterno enamorado de la *forma plástica* de las Evas hermosas.

Se comprenderá que Beltrán era un gran egoísta, en el más alto sentido metafísico. Todas las ventajas, todos los atributos de que disponía, los empleaba única y exclusivamente en proporcionarse el placer a *montones*, para devorarlo luego con una avidez asombrosa. Pensaba como aquel que dijo: “Todo el tiempo que no se dedica al amor, es tiempo perdido”; y sabía cuánto pueden una buena figura, pocos años y muchos pesos.

Era despreocupado, mejor dicho, un escéptico que no creía más que en el placer, y estaba listo a disfrutarlo en cuanto lo tenía a su alcance, sin ver más allá, sin darse cuenta de otra cosa que del placer mismo; seguía sus inclinaciones como

las aguas del río su curso, pero guardando las apariencias con un convencionalismo metódico, ceremonioso; era difícil que abandonara una empresa en que su fino olfato de hombre de mundo adivinara buen éxito.

La primera vez que se presentó en casa de su tío, recibió una verdadera sorpresa cuando se encontró frente a Matilde, pero una sorpresa muy agradable por cierto. He aquí, se había dicho; de cómo tengo una prima adorable, y apenas si lo sospechaba.

Por la extensa conversación que ese día tuvo durante el almuerzo, supo que Matilde estaba comprometida con su novio, que éste era un muchacho pobre, pero que empezaba a abrirse camino debido a su laboriosidad y buen juicio, aunque no tenía, en materia de *tener*, más que los mejores propósitos de ganar mucho dinero (propósitos que dicho sea de paso, no faltan a ningún mortal, lo cual ya es algo), y de casarse para llevar una vida quieta y tranquila.

Hombre sagaz, Urdaneta comprendió enseguida el carácter de su prima y quedó convencido de que Matilde era de naturaleza romántica y soñadora, que vivía a mil leguas de la realidad del mundo, pero también notaba que en ella a veces esa resignación natural, sin jactancia, de la mujer que está resuelta a hacer la vida que hacen todas las que se casan sin amor con un hombre que las ama y que trabajará por ellas con fe en el porvenir.

Ella estuvo generalmente reservada, con esa natural altivez de una mujer que se encuentra frente a un hombre que considera superior, por ese vago temor que las asalta al pensar que ese hombre puede suponerlas fáciles y acomodaticias, sentimiento que ha sido no pocas veces, su escudo protector, porque entonces hacen prodigios para defenderse de las asechanzas. Y eso que la generalidad supone ser *virtud*, no es otra cosa que la manifestación del *orgullo* sublevado, que lucha en ellas por no verse rebajadas ante aquel hombre que las admira y subyuga... ¡pero qué estériles son a veces esas luchas!

Beltrán, que de todo ello se daba cuenta exacta, se comportaba muy discretamente; evitaba encontrarse a solas con Matilde, manifestando hacia ella una indiferencia que estaba bien lejos de sentir.

Para hacer algún obsequio a don Clemente, observaba Beltrán una delicadeza admirable, de suerte que jamás podía darse por lastimado ni el orgullo de Julián que en estos asuntos, como en todos, hilaba muy delgado.

Julián había cobrado un verdadero afecto por su primo, a quien juzgaba simplemente como un vividor alegre y jactancioso, que no se cuida del mañana, como quien tiene su alma en su armario, y estaba prendado de sus sentimientos que no se cansaba de elogiar.

En las conversaciones íntimas que había de sobremesa, (Beltrán almorzaba y comía las más de las veces en casa de don Clemente), aquel sacaba a colación con estudiada frecuencia, el proyectado matrimonio de Matilde y Diego, para decir que si él, Beltrán, permanecía aquí cuando se llevara a efecto, nadie le disputaría el honor de apadrinar esa boda. Matilde había aceptado gustosa el ofrecimiento, y aun parecía estar por ello muy agradecida.

Al mismo Diego había dicho Beltrán muchas veces aludiendo a la boda:

—Amigo, esas cosas se hacen en caliente; son como el café que hay que beberlo abrasando.

—Bah, no corre gran prisa, contestaba Diego.

Beltrán se reía y a veces se ponía a hacer planes de cómo se arreglaría la casa; tal tabique se quitaría; se entablaba el patio para el baile... porque tenía que haberlo y muy bueno; se pondría una bonita carpa, muchas luces de colores, mucha verdura, mucha flor, y buena música; una boda a la sevillana; ¡ya verían!

Matilde y Julián llevaban el corriente, mientras que don Clemente protestaba; eso sería un gasto enorme, decía; lo mejor será hacer la cosa sin ostentación... en fin ya se verá... faltaba aún mucho tiempo.

Beltrán se retiraba sonriente después de esas tertulias caseras que se prolongaban a veces hasta las once de la noche, y daba un paseo por los lugares que más le gustaban.

Empezaba a aburrirse y no sabía qué hacer de su tiempo; encontraba la vida de San José tan monótona y quieta, sin diversiones, ¡tan estéril en todo sentido! Él, que estaba acostumbrado a la alegre y bulliciosa de las grandes capitales europeas; él, que había sido asiduo concurrente al Casino y al Jardín de París, a “Olympia”, a “Les Ambassadeurs” y a “L’Horloge”, y que aún recordaba las coplas chispeantes y candentes de Yvette Gilbert y la famosa danza de la *bella chiquita*...

Con las manos en los bolsillos y el sombrero en la corona echaba a andar por la acera de la calle de la estación, paso a paso y fumando su cigarrillo, mientras venían a su mente los recuerdos.

Cuando se ha vivido en París, siquiera tres meses, con algunos *luisés* disponibles en el bolsillo, para tirar alegrementemente, no se olvida París jamás; sigue viviendo en la cabeza, es una verdadera obsesión que le acompaña a uno por toda la vida.

Urdaneta, al pasar frente al parque de Morazán, y ver las arboledas, los arriates llenos de rosas y los pequeños estanques, entornó los ojos y dejándose arrebatar por su imaginación, soñó en París.

Caminaba por los grandes bulevares llenos de gente, inundados de luz, de ómnibus, de carruajes, de vendedores de periódicos y de baratijas, grupos, parejas que beben y comen en las mesillas; los pintores callejeros que retratan al creyón en diez minutos y por medio franco, mientras que el *original* come un sándwich y bebe un bock, todo aquel ruido, aquel

oleaje llegaba a sus oídos, como una música... y él seguía; atravesando la plaza de la Ópera, llegaba frente a la Magdalena, tomaba por la rue Royale, desembocaba en la gran plaza de la Concordia... volvía a ver el famoso obelisco, las gigantescas fuentes, las estatuas representativas de las provincias francesas... la de Strasburgo de luto... y aquellas palabras grabadas en letras negras que parecen un llamamiento al recuerdo del gran desastre: “¿Quién vive? ¡La Francia”!

Y allá arriba, en la oscuridad del cielo, el reflector eléctrico de la Torre Eiffel, cuya luz cambia de color a cada momento, parecía un ojo enorme que le hacía guiños maliciosos... a la derecha, la ancha avenida de los Campos Elíseos... allá el Arco del Triunfo que visto de tan lejos parece un juguete sobre el cual puede pasarse una pierna... luego, el Bosque. Al otro lado del Sena, en el Barrio Latino, los bailes, las orgías con *cocottes* de diecisiete años que beben cerveza y bailan enseñando los pantalones rizados de encajes como los pétalos de un clavel blanco.

Luego venían a su mente los grandes bailes, los saraos a que era invitado por su carácter oficial, las comidas, las visitas y paseos donde se trataba con personajes linajudos y con sus colegas de Hispanoamérica... sus aventuras amorosas, todo pasó ante su imaginación como en un caleidoscopio.

Ahora se encontraba en Méjico, después de tres años de ausencia: había vuelto a ver sus antiguas relaciones, y frecuentado el Gran Teatro Nacional, que puede abrigar cómodamente tres mil espectadores; el de Iturbide, el Principal, y otros que había hallado mezquinos y vulgares. Recorría el hermoso paseo de la Reforma, el sitio de Chapultepec, el grandioso paseo de la Alameda, el más delicioso de la gran ciudad Azteca... los jardines de Bucarelli, el Tívoli, el pequeño Versalles, y sonreía como un sonámbulo al recordar los espléndidos de Versalles, residencia de los antiguos reyes de Francia.

Urdaneta volvió en sí como quien despierta de un sueño; estaba en el Parque Nacional y aspiraba con delicia el aire fresco y perfumado; allá abajo veía en confusa masa la ciudad, salpicada de focos luminosos que titilaban en la diafanidad de la noche; paseaba por las callecitas enarenadas, mirando con insistencia ciertos lugares donde la sombra protegía con sus alas el idilio de una pareja que se besaba y estrechaba; luego volvió a bajar, pensativo y cabizbajo; de pronto, en lo hondo de su cerebro cruzaba la imagen de una mujer que le miraba con sus grandes ojos pardos, húmedos, y le sonreía... una sonrisa contenida entre dos comisuritas de una boca adorable; esa mujer estaba admirablemente peinada, así como peinaba Matilde su hermoso matón de pelo.



X



La caridad (no decimos la caridad cristiana porque entendemos que toda caridad lo es), nos encanta y nos seduce; es una religión que profesamos llenos de fe, y no quisiéramos faltar ahora a sus bellísimos principios; pero la tarea que nos hemos impuesto es esta obrilla, de narrar los sucesos con toda imparcialidad, nos obliga a contar una de las más grandes rocinadas que cometió con Clemente a instancias de su hija, quien se salió con la suya. Ello, además, es preciso que se sepa para la mejor inteligencia del lector en los acontecimientos de esta *historia* que si no es verídica... puede que ande cerca de serlo.

Es el caso que nuestro lujoso Teatro Nacional iba a estrenarse; había hambre de esa diversión; desde que los temblores de fines de 1888 dejaron inútil el caserón que se llamó Teatro Municipal, que había servido luengos años y que hizo las delicias de la generación que pasó, y de la que está pasando, no habíamos tenido otra cosa que las representaciones que solían darse en el teatrillo Variedades levantado así, de prisa, mucho tiempo después, para llenar una necesidad apremiante.

Estábamos locos de entusiasmo. No se sabía a ciencia cierta cuánto costaba nuestro espléndido Coliseo; lo teníamos concluido y alhajado y ¿quién se para en pelillos para averiguar esas cosas? Aunque hubo criticones que dijeran que con el dinero invertido en ese camisón de once kilómetros en que

el país se había metido, pudo hacerse esto, y aquello y lo de más allá, de necesidad real y palpitante, nadie les hizo caso, y nuestro Coliseo se está allí tan campante como diciendo ¿quién me tose a mí?

Sí fue milagro que no bautizáramos nuestro barco “Braulio Carrillo”, *O terror dos mares e terras*.

El Teatro se estrenaba y con un lujo digno del segundo Imperio. Vino una gran Compañía de Ópera que casi casi nos deja en las latas, pues aun cuando el número de los aficionados a la buena música puede contarse aquí de corrido, sin tomar un respiro, los abonos se llenaron más que de prisa, y a precios jamás vistos ni soñados en esta bendita tierra del café.

Matilde, muy bien relacionada, no podía comprender cómo su papá que era tan bueno, no tomaba un abonito a un palco pequeño, aun cuando fuera en compañía de alguna familia.

Aquí de los trasudores y congojas de don Clemente; pero hubo súplicas y llantos, y mucho de aquello de... “caramba, todo el mundo va al teatro menos *uno*,” o bien, “don fulano que es más pobre que usted, y que gana menos, se ha abonado... solo *uno* ha de estar siempre metido en el rincón”... etc.

Don Clemente en uno de esos momentos que nos recuerdan la debilidad de nuestro padre Adán, ofreció... y pecho al agua qué demonio, no había de hacerse por ello más pobre.

Ah, si Julián hubiese estado en San José, es seguro que el tal abono se habría ido a los cuernos de la luna; pero quiso la desgracia que el severo hijo de don Clemente anduviera por el Guanacaste realizando las mercancías de un velero que había llegado a Puntarenas por cuenta de la casa en que él trabajaba, y que no regresara sino unos dos meses después.

Don Clemente salió a buscar un cirineo que le ayudara a pagar el consabido abono, y regresó rendido y sudoroso diciendo a su hija:

—No hay más que un palco disponible; todo está tomado;

y no he podido hallar un compañero para...

—Pues corra, contestó Matilde; vea que nos quedamos sin nada...

Don Clemente se abonó.

Matilde le aseguraba que bien podían venderse dos sillas del palco, y sacar algo para no sentir tanto el gasto; o bien convidar a algunas de sus amigas de las cuales otras veces ella había merecido invitaciones al Variedades, y así devolvería el cumplido.

Surgió luego la gran cuestión: la indumentaria.

La guardarropa de Matilde no andaba tan abundante que le permitiera asistir al teatro tres o cuatro veces por semana, y ella no era mujer capaz de presentarse con el mismo traje, en aquel lugar, tres veces seguidas. Además, don Clemente andaba escaso de lo mismo; su chaquecito, un noble chaqué que le acompañaba hacía mucho tiempo, empezaba a resentirse de tanto ajetreo, y palidecía y perdía el color y la salud, que era una ruina; de zapatos por ahí se iban, y *de lo interior* no digamos; como eso no se ve según aseguraba Matilde, bien habría, para no comprar sino lo *más preciso*, con tres pares de calcetines y tres vestidos interiores... los que existían en el arca de don Clemente, aunque estaban con unos zurcidos y unos parches en las partes nobles y en las rodilleras, todavía podían ir tirando unos días más.

Todas esas cuentas se hacían para formular el Presupuesto General de Gastos, y ver de conseguir el dinero; pero este no se deja atrapar así como se quiera; se defiende con un descaro de *buscona*, y no se entrega sino a cambio de una buena garantía.

El presupuesto, para un traje de don Clemente (sombrero de copa inclusive), era de rigor, zapatos, y algunos trajes para Matilde, y además accesorios (ya estaba aburrída de ir con abrigo y abanico prestados), y el importe del abono, jugaba alrededor de unos mil cincuenta y siete pesos.

—Mil cien, había dicho Matilde que para redondear

sumas se pintaba sola.

Ella había tratado con su padre tiempos atrás de otro gran asunto. Deseaba instalar en su casa la luz eléctrica y hacer una reforma al corredor, la cual consistía en cambiar los ladrillos rojos, por unos de mosaico que había visto en cierta casa y que le gustaron mucho. Concibió pues la luminosa idea de que ya que iba a buscar dinero para el Teatro, se arreglara el negocio por una suma mayor, a fin de atender a esos trabajos. Aprovechando la resolución de don Clemente, le indicó la idea. La tal instalación y el embalsado costaban, según presupuesto que se había hecho, por ahí de cuatrocientos pesos a todo tirar.

—Aprovechemos esta ocasión, había dicho Matilde; mil cien pesos... y cuatrocientos... son...

—¡Mil quinientos, mucho dinero! Contestó don Clemente distraído...

No hubo caso.

Suma tan respetable, tuvo que ser asegurada por don Clemente, con hipoteca sobre su casa al dos por ciento y con un año de plazo.

—¡Un año! había dicho Matilde batiendo palmas, ¡uh! de sobra se puede pagar; cada mes un poquito, ya verá... hay que resolverse.

Pero el año había vencido, y allá se estaba la hipoteca, muerta de risa y haciendo unas muecas al bueno de don Clemente, que no le dejaban dormir, y cuando lo hacía, veía en sueños *unos* enormes, como los postes de la luz eléctrica; *un cinco* como una horrible sierpe enroscada, erguida y pronta a saltarle el cuello, y unos ceros... ¡condenados ceros! ¡Qué diablura!

A veces en la vida, y en las situaciones más apuradas, suele hallarse algún acongojado mortal, el ángel de su guarda en la figura de un individuo que gasta zapatos de becerro, gafas ahumadas, y viste de pacotilla.

Y así ni más ni menos encontró don Clemente el suyo, en la persona del señor Cartín, don Eduardo, a quien nuestros lec-

tores ya conocen.

Viejo amigo de don Clemente, y pretendiente de Matilde en un tiempo, redimió la hipoteca, a cambio de un pagaré, con el uno por ciento, pero a condición, eso sí, de que cada mes se le abonara una sumita (siempre que decía *sumita* se frotaba las manos, como quien se las jabona).

Julián que vio el mal sin remedio, con la constancia y honradez que le caracterizaban, cumplía haciendo mil sacrificios con esa obligación, a la que se consideraba atado por la gratitud más grande, y ya ni siquiera quería acordarse del origen de esa deuda, para evitarse berrinchines y sinsabores; bastante había tronado cuando descubrió el pastel. No sabemos si don Eduardo Cartín había echado sus cuentas con respecto a Matilde, sabiendo, como lo sabe todo el mundo, que la gratitud es puerta por donde muchas veces entra el amor; pero es lo cierto que a pesar de haber obtenido de Matilde unas calabazas muy redondas que le tuvieron algo corrido por un tiempo, no quiso darse por chasqueado y siguió visitando la casa, aunque más de tarde en tarde, pensando en volver a la carga en primera oportunidad. Ahora estaba más rico, y creía que esta consideración haría variar los sentimientos de Matilde hacia él.



XI



Don Clemente estaba muy contento; supo ese día que su presunto yerno se había hecho cargo de un nuevo negocio; pero ignoraba en qué consistía el tal, ni cuál era su magnitud, pero estaba radiante de felicidad. El buen señor creía que no era más que pelear a papel sellado, y que los bolsillos se llenaban *incontinenti* de monedas y de billetes de Banco.

Cuando llegó a comer, comunicó a su hija y a Julián la noticia.

—Ya verían como Diego sería un gran abogado que subiría como la espuma... ¡qué diablura!

Matilde estaba distraída, y casi no tomó parte en la conversación; algo la preocupaba... pero no, no podía ser. Valentina, su buena, su íntima amiga, ¿qué interés podía abrigar hacia Beltrán? ¿por qué le hablaba continuamente de él?, ¿por qué al dar las once, las noches en que se reunían en casa de don Clemente, Valentina se levantaba y con gran aplomo, dirigiéndose a Beltrán le rogaba que la acompañara, y le miraba de una manera que... ¿pero a ella, a Matilde, qué le importaba?, ¿acaso tenía algo que ver con Beltrán? Si fuese con Diego la cosa... y bajaba los ojos avergonzada al pensar que si Diego fuese el objeto de las demostraciones de Valentina, quizá ella, Matilde, no sentiría lo que estaba sintiendo... ¿sería posible?

Por la noche, a eso de las ocho y media, llegó Beltrán; fue recibido por Matilde quien se asomaba a la ventana por la quinta vez.

—¡Tomada *infraganti!*, le dijo Beltrán en el pasillo, mirándola con sus ojos negros, incisivos y sonrientes mientras le estrechaba la mano con más calor que el acostumbrado.

Matilde, aunque comprendió la idea se hizo la sueca y contestó:

—¿Cómo *infraganti?* ¿Qué quiere decir?

—Ya lo sabrá muy pronto; ése es un término de derecho que Diego explicará en cuanto llegue; por lo demás tiene usted razón; ¡nada hay tan hermoso como esperar...! y contar los minutos... es gozar por anticipado, gozar dos veces, ¡qué egoísta es la humanidad!

—*Adió...* ¡qué ocurrencia!, replicó Matilde; ¿a quién supone usted que estaba esperando?

—Vamos, y usted piensa que por cuanto pintan a Cupido en figura de un niño es tan *niño* de veras que se pueda esconder entre los ojos.

—Vaya, que usted es malicioso; en lo que menos estoy pensando ...es que me han ofrecido un regalo que me gusta mucho y creía que ya llegaba.

—Y llegará *él* con el regalo, no lo dude.

—Pero ¿quién se figura usted que es?

—¿Quién ha de ser...?, ¿quiere que también le halague los oídos?

—Bueno, apostemos a que usted no adivina a quién espero.

—Apostado, contestó Urdaneta; apostemos el regalo.

—¿Y para qué quiere usted flores?

—¿Ah, conque flores?, ya lo creo; ¿cuántas veces es una flor un verso, y un ramo de flores un poema?, ¿no sabe usted que las flores hablan, que son estrofas que huelen?

—Sí, contestó Matilde, pero las que aguardo no tienen más perfume que el natural, y no ese que usted les supone.

—Eso ya es otra cosa, dijo Beltrán cambiando de tono y demostrando cierta indiferencia; ¿algún amigo?

—Sí.

—¿Quién es?

Trillito...ese joven Astorga que le presentamos aquí hace algunos días...

—Ah sí; por cierto que es un buen muchacho, le he encontrado en el Club en la mesa de *poka*... debe ser rico porque juega con un desparpajo que da gusto.

—El papá sí es rico; un viejito del campo que tiene muchas haciendas.

—¿De veras? Yo le creía de familia distinguida porque tiene modales de buen tono.

—Estudiaba en el Liceo y se iba a hacer abogado; pero parece que abandonó los estudios a *medio palo* y lleva una vida... pero es muy gracioso y muy servicial; esta tarde alquiló un caballo sólo para ir a traerme unos claveles blancos; él sabe que me gustan mucho y se empeñó en que había de conocer unos que se dan en un jardín por San Francisco, que parecen rosas centifolias por lo grandes.

—Vaya que es galante el chico, dijo Urdaneta celebrando esa acción, que él recordaba haber hecho muchas veces en su vida de galanteador.

Entraron a la sala.

Don Clemente fumaba arrellanado en un sillón *inamovible* a causa de su estado sospechoso, un cigarrillo amarillo; nunca pudo fumar esas picaduras que le sabían a nido de cucaracha según decía.

—¡Hola! Beltrán, adelante, exclamó don Clemente al ver a su sobrino.

—No se levante don Clemente, no se moleste, dijo Beltrán acudiendo a su tío con gran afabilidad. ¿Y cómo está?

—Perfectamente, ¿y tú qué te has hecho hoy, dónde has ido?

—¡Oh! he pasado una tarde admirable; tomé una volanta y le he dado dos vueltas a la Sabana ¡qué hermoso paseo! qué

aire se respira allí, ¡qué vistas! aquellas cordilleras azules ... todo es encantador. No me explico cómo no se van allí las gentes en una tarde como la de hoy, a correr, a respirar... uno que otro paseante y algunas vacas y bueyes; ¡qué lástima! cuánto se podría hacer allí; un bosque de *Bologne*, un Hyde Park...

—¿Qué quieres? contestó don Clemente; aquí nadie emprende... no hay capitales... las municipalidades se suceden unas a otras y no se preocupan más que por inventar impuestos y soplarlos, soplarlos hasta más no poder. En mi tiempo... ¡ah! ¡qué diferencia!

Dos personajes entraron a la sala.

Una risita argentina que ya conocemos se había dejado oír en el zaguán, y Valentina entró con su aire triunfador y alegre precedida por Diego a quien había encontrado en la puerta de la calle limpiándose el calzado en el felpudo.

Después de los saludos y de los besos de ordenanza cambiados entre Valentina y Matilde, todos de sentaron.

—Gran noticia, dijo la primera a su amiga, parece que es cosa resuelta que habrá baile en el teatro; Emilia me ha contado esta tarde que han ido algunos señores a rogarla para que acepte el cargo de recibidora... será una cosa regia, digna de nuestro coliseo... conqué ya lo sabes para que vayas preparándote con tiempo... y usted señor *pleitista*, agregó dirigiéndose a Diego, es bueno que deje un poco los expedientes y piense en divertirse, y en despedir el año con pitos y cajas porque ya en el que viene le aguardan otros asuntos *más serios*.

—Yo estoy siempre dispuesto a divertirme, contestó Diego llevando el corriente, pero... ya usted sabe que el papel que yo hago en los bailes no es muy airoso.

—¿Qué, no le gusta a usted esa diversión?, preguntó Beltrán con alguna extrañeza.

No es que no me guste, pero sucede que no soy de los primeros en solicitar el programa de las bailarinas, que no bien

han entrado cuando son verdaderamente asaltadas; ellas muchas veces conceden su carnet por un exceso de amabilidad, a personas a quienes apenas han visto, y aún a extranjeros que quizá desembarcaron el día anterior en Limón, a los cuales nadie conoce... pero como van vestidos de *gente* lo parecen, y a veces resultan ser veterinarios o mozos de carrocería, y lo mejor del cuento es que nadie sabe cómo están allí. Pero ellos van a bailar y bailan hasta reventar los pies de sus compañeras. Yo me conformo con dos o tres piecitas que se me concedan, sin disputar programas a sangre y fuego, y naturalmente, me quedo rezagado.

Urdaneta se rió de buena gana mientras Matilde le miraba también sonriente.

—Y así debe ser, dijo Valentina a Diego con malicia; pues las dos piecitas que usted baila con *alguien* deben satisfacerle tanto que sería imperdonable el que quisiera bailar más; ¿no es así, Matilde?

Esta se rió mirando a Diego y a Urdaneta simultáneamente.

—Es natural que así sea, dijo éste último.

Don Clemente quiso variar la conversación y dirigiéndose a Diego le preguntó con interés.

—¿Es cierto lo que me han dicho?, ¿parece que se ha encargado usted de un negocio importante? Caramba, crea que me alegro mucho... es bueno empezar temprano, eso da gloria y provecho; ¿es de valor el negocio?

—Sí señor, contestó Diego poniéndose colorado. Un negocio que tiene el mayor atractivo e interés para mí... unos menores que han estado en tutela... y que han sido expoliados miserablemente por el propio tutor que ahora resulta muy rico... uno de ellos, la hija, acaba de entrar a su mayoría, y está resuelta a pedir cuentas claras, y tiene razón... me ha hablado del asunto, no tiene dinero para pelear, pero yo haré lo posible en beneficio de esos huérfanos.

—Ha hecho usted muy bien, dijo Urdaneta, en amparar al débil. Así quisieran muchos empezar una carrera.

—Ya lo creo, repuso don Clemente; eso es noble.... ¿habráse visto pillería igual?, ¿quiénes son esos menores, de qué familia?

—Son de apellido Montes... de Cartago...

—¿Montes?, repitió don Clemente como tratando de recordar; no me es desconocido ese apellido...

La voz de Julián se oyó en la puerta de la calle, que decía:

—Pase adelante, son todos los amigos de confianza; luego se advirtió ruido de personas que se limpiaban el calzado en la acera, dos o tres carraspeos discretos, y la majestuosa figura de don Eduardo Cartín se destacó en el marco de la puerta. Venía enfardado en una *cosa* que para saco resultaba largo y para sobretodo corta, correctamente abotonado, con sus imprescindibles gafas ahumadas, y los zapatos lustrados.

Con voz solemne e inclinándose, dijo:

—Buenas noches señores; no incomodarse, no incomodarse; y extendió la mano para impedir cualquier movimiento.

—¡Oh! señor Cartín, cuánto gusto verle por aquí... ¿qué buen viento?, dijo don Clemente alborozado y con gran agasajo; por aquí, por aquí, no, no, aquí, aquí... qué caray hace sus días que usted no viene por San José.

El señor Cartín, que se creía con derecho para ser recibido siempre con mucho cariño en aquella casa, saludó muy ceremoniosamente uno por uno de los circunstantes, y ocupó su asiento como quien está delante del fotógrafo.

Diego devolvió el saludo al señor Cartín con alguna seriedad. Sentíase como entre un hormiguero cuando oyó a don Clemente que con aquella su ingenuidad volvía a empezar la interrumpida conversación, diciéndole:

—¿Conque Montes, de Cartago?, si cuando yo digo que ese apellido no me es desconocido... ¿cómo se llama el padre de esos menores?

—No recuerdo bien contestó Diego, quien deseaba en esos momentos encontrarse a dos leguas de distancia, si era don Feliciano o don Cayetano... y trataba de hacer a don Clemente una señal de inteligencia para que suspendiera aquel interrogatorio; el buen señor estaba bien lejos de figurarse que don Eduardo Cartín, allí presente, al cual profesaba un profundo afecto y reconocimiento, fuera el tutor de aquellos menores a quien había llamado *pillo* con todas sus letras. Desde que el apellido Montes había sonado, sentía Diego sobre sí la mirada *ahumada* del señor Cartín, quien por otra parte demostraba perfecta tranquilidad.

—Don Eduardo, que es vecino de esos lados, pues que por allí tiene algunos terrenos puede que sepa, prosiguió don Clemente.

—El qué, preguntó don Eduardo con voz segura.

—¡Ah! pero es que usted no está en autos; parece que Diego tiene entre manos un negocio de importancia... va a defender a unos menores de algunas rapiñas de que han sido objeto por parte de su propio tutor... ¿qué le parece? Unos Montes de Cartago...

—¡Oh! magnífico, eso es entrar con buen pie al templo de la justicia, interrumpió don Eduardo como si se tratara del Negús de Abisinia; mis felicitaciones amigo, y se inclinó con mucha ceremonia ante Diego.

Este se quedó admirado de la sangre fría y disimulo de aquella lechuza con gafas, y aprovechando el momento en que don Clemente ofrecía un cigarrito a don Eduardo, dijo a Urdaneta que se encontraba a su lado en voz baja, y rápidamente.

—Distráigame a don Clemente, urge.

Urdaneta que se pintaba solo para sacar de un atolladero a quien lo había menester, miró acto continuo hacia una consola que tenía frente a sí, y sobre la cual se apoyaba un espejo de cuerpo entero que colgaba de una escarpia fija en la cornisa del

techo. Sobre la consola había algunas figurillas y dos floreros con azucenas. Beltrán notó un pequeño bronce que allí había; representaba una especie de diosa sentada sobre un robusto toro que volvía hacia ella el testuz adornado con una guirnalda; se sonrió; y poniéndose de pie, dijo a don Clemente:

—Hola, ¿conque usted también es aficionado a la mitología?

—Por qué te ocurre esa pregunta, contestó don Clemente con extrañeza.

—Por esto, y Beltrán, que era un iconófilo consumado, se levantó sonriendo y tomó el pequeño bronce que había llamado su atención examinándolo con curiosidad y mostrándolo después a aquel.

—¿Y qué con eso?, preguntó Matilde que había estado hablando con su amiga a media voz de modas y de prendidos. Qué *quiere decir* esa muñequilla sentada en ese toro... lo más sin gracia!

—¿Le parece a usted? Pues se equivoca. Esto representa una leyenda hermosa, como todo aquello que se inspira en el amor.

—Ahora verán ustedes, dijo Valentina, como nos inventa una fábula de la muñequita esa.

—Fábula puede que sea, pero no inventada por mí... ah, las antiguas civilizaciones poseían en alto grado el sentimiento de la poesía, y lo han inmortalizado en mil cosas dejándonos las creaciones de su fantástica imaginación.

Don Clemente, ya interesado en el asunto, se había acercado a Beltrán que contemplaba el bronce en sus manos con gran atención, como si fuese una rica porcelana de Sévres.

—Es una buena imitación, decía.

—Bueno, por fin, qué *diantres* es esa muñeca, y qué significa, preguntó don Clemente.

—Significa ni más ni menos el rapto de Europa, contestó Beltrán con la mayor sencillez.

—¿Rapto de Europa?, repitió Valentina soltando a reír; como si fuese tan fácil robarse a Europa... solo que los yanquis... y el repiqueteo de su risa franca y atropellada resonó en la sala.

Que nos explique eso el señor mitológico, dijo Julián, que hablaba con don Eduardo, quien no había concedido su atención al asunto.

—¡Phits!, eso lo sabe todo el mundo; si ustedes tuviesen buena memoria... dijo Beltrán para disculpar la ignorancia de los circunstantes.

—A ver, a ver, repuso Matilde tomando el pequeño bronce y fijando en él su atención; bueno ¿qué *es la cosa*?

—Se empeñan ustedes en que yo les recuerde este asunto, bien.

Europa era hija del rey de Fenicia —empezó Beltrán. El señor Zeus, por otro nombre Júpiter, se enamoró de ella y se la robó de una manera ingeniosa. Tomó la forma de un toro, se reunió con el ganado que apacentaba la muchacha, Europa, a la orilla del mar, y empezó por hacerle mimos, lamerle las manos, los pies, y a mugir muy tiernamente, como los barítonos cuando enamoran a la *prima donna*, o como deben mugir los toros enamorados.

Europa no pudo menos que fijarse en todo eso; empieza a sentir cierta predilección por el torito, y un día se sienta sobre él, —así como aparece en el bronce— qué si quieres, dice para su bofes el muy ladino, y echa a andar, llega a la orilla del mar y sin encomendarse a Dios ni al diablo, ¡zás! se echa a nado entre las olas con su adorada carga encima y se la lleva a la isla de Creta donde según dicen fueron felices... y “colorín colorao”.

—Pues es bonito el cuento, dijo riendo Valentina; pero qué Júpiter ese más tonto... elegir la figura de un toro para eso...

—¡Oh! no crea, y en nuestros días hay muchos que también toman la figura de un toro, y hasta la de buey... salvo las cuatro patas y el rabo... contestó Beltrán que siguiendo su costumbre,

devolvía siempre ciertas frases un poco retorcidas y aún subidas de color.

Valentina rompió a reír con una risa tan franca, que hizo pensar a aquel: “esta mujercita es una delicia”.

Matilde bajó los ojos sonriendo, ruborizada por la general hilaridad, y el bronce volvió a su sitio.

—Caramba, no sabía el cuento, dijo don Clemente; y yo que tenía el chécherese ese por un pisa-papel.

—Pues es una bonita imitación de una famosa escultura de Benvenuto Cellini que yo conozco. Es ese un asunto que ha inspirado a algunos de los más grandes pintores, entre ellos a Pablo Veronés, al Tiziano, ¡qué se yo!

La charla siguió después sin rumbo fijo y Diego, temiendo que a don Clemente se le ocurriera otra vez lo de los Montes de Cartago, y el pleito, cosa que no convenía a sus propósitos allí en aquel momento, se levantó para despedirse pretextando una neuralgia que le mortificaba.

Don Eduardo Cartín, deliberadamente, se despidió al propio tiempo que Diego, de suerte que salieron juntos, y ya en la calle, don Eduardo dijo a este en tono amistoso.

—Vamos, le acompañaré un rato.

Y era que el muy zorro olfateaba algo que deseaba poner en claro, porque él era el tutor de los únicos Montes que en Cartago había.

Valentina, por su parte, al despedirse se acercó a Beltrán y le dijo amistosamente y con algún mimo:

—¿Me hace usted el favor? Ya le tendré aburrido...

—Nada de eso, señora, me proporciona usted un placer con permitirme que la acompañe, contestó Beltrán cortésmente poniéndose de pie y tomando el sombrero.

Salieron. La noche estaba hermosa, el cielo despejado y lleno de la luz de la luna, parecía más brillante debido sin duda a la humedad de la atmósfera.

Matilde salió hasta la puerta y pudo ver a su amiga y a Beltrán que doblaban la esquina; él, un poco inclinado hacia ella, y como hablándole de algo que a Valentina debía interesar según se volvía para oírle.

Matilde suspiró y se quedó meditabunda.

Valentina y Beltrán llegaron.

—¿No entra?, le dijo aquella, mirando a su acompañante frente a frente y sonriendo.

Beltrán miró aquella carita risueña y picaresca... aquellos dientes blanquísimos, y las calcitas de oro que a la luz que las hería despedían destellitos encantadores, fueron para él una tentación. Sufrió como un vértigo al aspirar con deleite el perfume que emergía de aquella mujercita adorable, y reponiéndose un tanto, dijo:

—Gracias, señora, es tarde y don Agapito estará durmiendo, contestó Beltrán como disponiéndose a marchar.

—No, si el pobre está en la finca, no vendrá hasta mañana; esta tarde se fue porque le avisaron no sé qué daño en una rueda que están montando en el *beneficio*.

Beltrán sintió un leve calofrío en todo su cuerpo, y en un acceso de arrebató y de audacia inauditos, que ya había desplegado otras veces con magnífico éxito, sin soltar la mano de Valentina que mantenía entre las suyas, la atrajo a sí, y con un movimiento rápido la tomó por el talle alzándola en vilo.

—¿Qué hace usted? ¡por Dios!... no sea loco, gritó Valentina asustada, y agarrándose a la cabeza de Beltrán para no caer.

—¡Vaya! dijo éste con humor delicioso; representamos la escena aquella... usted es Europa, y yo aunque conservo mi figura natural, soy Júpiter o Zeus, lo mismo da... vamos a la isla de Creta.



XII



Al día siguiente, más temprano que de costumbre, Valentina fue a casa de Matilde; experimentaba un vago deseo de ver a su amiga, tenía esa malignidad que ciertas mujeres poseen en alto grado, y de cuyos efectos gustan con fruición como de un licor sutil y embriagador que les trastorna el alma y los sentidos.

Después de haberse besado, se sentaron en dos mecedoritas de junco cuyos espaldares adornaba Matilde con lazos de cinta. Sobre una mesa que había cerca de su cama, se veían unos periódicos de modas, que ella solicitaba en calidad de préstamo de alguna vecina complaciente, cuando ideaba algún traje o prendido.

—¡Ajá!, dijo Valentina fijando su atención en los periódicos. ¿Te preparas ya para el baile? A ver, enséñame tu elección.

—No, contestó Matilde suspirando; no pienso ir al baile... estaba buscando una idea para hacer una *mañanita*.

—¿Cómo que no piensas ir al baile? Faltaba más; tienes que ir, qué idea se formará Beltrán al ver que su prima con todo y ser tan guapa se queda rezagada en casa, como una cualquiera. No; eso sería muy feo, tienes que ir.

—Que piense él lo que quiera... contestó Matilde displicente; tal vez papá no pueda... ya sabes que un baile de esos cuesta caro, y no siempre está una para tales fiestas por más que me gusten mucho; además, ya conoces mi genio, desearía ir muy bien puesta, y si no es eso posible, mejor no voy.

—Jesús, ¡y qué remilgos!, pareces una niña de escuela, replicó Valentina riendo alegremente; ¿acaso es preciso que vayas hecha un brazo de mar? No sabes que muchas veces el hábito no hace al monje, y que hay muchachas que vestidas de *lino* valen mucho más que otras que van de seda y llenas de brillantes que ni siquiera saben lucir, en cuanto a ti, ¿qué mejor adorno y atavío que tu gracia y hermosura?

—¡*Burlista!*, contestó Matilde, que allá en sus adentros creía merecer la lisonja de su amiga.

Valentina iba a contestar pero se quedaron suspensas al oír unos pasos como de persona que se retira discretamente.

Matilde salió a la puerta del pasillo y vio a Beltrán que se volvía sonriendo y excusándose.

—Usted perdonará, dijo saludando a aquella, pero no fue mi intención interrumpirlas; estaban en animada conversación, y creí prudente retirarme... el dormitorio de una señorita es lugar sagrado para un extraño.

—¡Ah! ¿y usted se considera extraño en esta casa?, repuso Matilde mirando a su primo con reconvención.

—Pues no diré tanto, pero qué quiere usted, casi así nos vemos... es decir, que así me trata usted.

—No tiene ninguna razón para decirlo, arguyó Matilde con aire serio, y mirándole de frente con sus grandes ojos húmedos. Beltrán se quedó bebiendo aquella mirada con la ingénita avaricia del hombre que no quiere perder ni el más leve destello de unos ojos hermosos.

Matilde no sufrió aquella mirada; sonrió y bajó la vista encendida la faz.

Valentina, que se había quedado en el cuarto de su amiga, después de mirarse al espejo, de pasarse ligeramente la borla de los polvos por la cara y de alisarse las cejas, dos graciosos arcos de terciopelo negro, salió al pasillo como quien se echa a nado después de palpar el agua fría...

Beltrán la saludó de la manera más natural del mundo y se fueron a la sala. Había oído algo de la conversación de las dos amigas; se sentó frente a ellas, que ocuparon el sofá. Valentina, que al principio había estado un tanto cohibida, empezó a conversar con su habitual buen humor riendo más que de costumbre.

—¿Qué le parece?, dijo dirigiéndose a Beltrán, la resolución de su prima.

—¿Veamos cuál es?, preguntó este mirando a Matilde.

—¿Qué *picoreta* estás hoy; por qué has de contar siempre lo que una conversa?

—Vamos, ¿y crees que tu primo lo ha de ignorar y que se va a conformar con tus caprichos?

—¿De qué se trata? veamos cuál es la cuestión y tendré el honor de decirles mi parecer si ustedes lo permiten.

Valentina expuso entonces ligeramente, y con su gracia habitual, los motivos en que su amiga fundaba sus excusas para no ir al baile.

Beltrán la oía sonriendo y miraba alternativamente a una y otra; Matilde, roja hasta el pelo, la interrumpía de cuando en cuando para contradecirla, y por último aseguró que no era eso, sino que no *tenía ganas* de ir.

—La cosa es sencillísima, replicó Beltrán sin hacer caso de la desgana que mostraba Matilde. Yo me encargo de conseguir el permiso de don Clemente, y hasta el de Diego si es necesario, para que usted no falte al baile; ahora, en cuanto al atavío de una señorita les diré, si me lo permiten, mi parecer con la franqueza que me caracteriza.

Pienso que la belleza es un don del cielo, y que por consiguiente es acreedora a todos aquellos refinamientos que pueda brindarle el arte para realzarla más. El diamante se guarda en estuches finísimos, primorosos; pero ello no quiere decir que no sea igualmente apreciado si está envuelto en un pedazo de papel. Con respecto a los adornos femeninos, lo que yo

siempre exijo, siempre he convenido en que deben guardar cierta correlación con la persona que los lleva; qué ridículo es por ejemplo, ver a esas mujeres que tienen el talle como una valija de viaje, hechas una ola de encajes, de cintas y pedrerías... en cambio solemos encontrar otras que piden un manto real para sus hombros, y una diadema; y como pienso que la púrpura se ha hecho también para esta clase de reinas, opino, insisto, en que usted debe ir al baile y llevar la púrpura que... francamente pocas veces habrá estado mejor empleada.

—Eso es decir las cosas con toda *ortografía*, dijo Valentina riendo y mirando a su amiga.

—Caramba, replicó Matilde; no se puede negar que usted ha aprendido mucho en su carrera... ¡exagerado!

—¿Lo cree usted así? Nada hay más espontáneo que la verdad; a qué pues callarla? Yo digo lo que siento sencillamente.

—Sí, sí, aprobó Valentina dejándose arrebatarse por la alegría y palmoteando; a bailar, ¡a gozar! que la vida es corta y hermosa; no es necesario arruinarse ni gastar un capital para pasar una noche alegre, sobre todo tú que tienes la gracia y el arte que muy pocas; eres capaz de triunfar una noche, con un traje de *coletilla*.

—Es claro que ha de ir, ¿verdad que sí?, dijo Beltrán dirigiéndose a su prima en tono de súplica; no puede negarse; quizá no se me presente otra oportunidad para conocer la buena sociedad josefina.

—Por supuesto, agregó Valentina; lo que quiere Matilde es que la rueguen... ¿verdad? mira, con un trajecito de gasa rosada, arreglándote como lo sabes hacer y con los pendientes aquellos de brillantes, o mejor, con los de perlas que tienes... estarás de dar golpe.

—¿Tiene usted pendientes de perlas? ¡Ah!, las perlas son bellísimas, me gustaría conocerlas; nada hay más encantador

ni de mejor gusto que una mujer adornada con esa clase de joyas; son lo que en el reino vegetal las violetas, humildes y modestas. A ver, prosiguió Beltrán; tenga la bondad de enseñarnos esas perlas que si guardan relación con su dueña, deben ser tan buenas como las del cofrecillo de Fausto.

—No lo crea, contestó Matilde; las perlas que tengo no son de gran valor; es decir, para mí valen mucho y las conservo con gran cariño porque eran de mamá.

—Bueno; traelas para que las vea Beltrán, y también los brillantitos aquellos que te conocí, pequeños ciertamente pero de primeras aguas, muy lindos.

Matilde recordó entonces con dolor que sus brillantitos que tanto quería se habían *muerto* hidrópicos de intereses en un monte pío del diez por ciento, y contestó.

—Ah, esos creo que los vendió papá hace algún tiempo... no recuerdo bien.

Matilde salió de la sala y fue a su cuarto por los pendientes.

Entre tanto buscaba las llaves de su armario, que nunca aparecían sino después de larga requisitoria por todos los cuartos, Beltrán y Valentina conversaban animadamente.

—Pues sí señor; temo que si Matilde se entera de las visitas que le merezco a usted, se ponga terriblemente celosa.

—¿Celosa? ¿Y por qué?, contestó Beltrán extrañado.

—¿Y usted qué se figura? replicó Valentina con viveza; ¿cree que yo vivo en Babia y que no he advertido nada? Usted ama a Matilde, y ella... creo que también ama a usted... las mujeres sabemos leer ciertos libros mejor que los hombres; a ustedes les ciega su propia vanidad, porque suponen que han de engañar siempre impunemente.

—Oh, puedo asegurarle que sufre una lamentable equivocación, contestó Beltrán, y crea que me sorprende mucho esa salida de usted... ¿Cómo ha podido tomar por amor simples cumplidos, y un cariño de familia? Además, usted y yo sabemos

que Matilde tiene su novio, que se casará, y esa broma puede ocasionar algún sinsabor si se le ocurre insistir en ella. De otro lado, continuó Urdaneta mirando a su interlocutora con ojos encendidos, fingiendo una pasión que estaba bien lejos de sentir, y bajando un tanto la voz; usted es la que menos debiera dirigirme esas frases porque sabe muy bien que en mi alma hay otro sentimiento... que... Valentina interrumpió a Beltrán con una carcajada tan expansiva que a ser otro, se habría desconcertado.

—¿Es decir, replicó Valentina, que usted piensa hacerme creer que *efectivamente* me ama? ¡Qué chistoso! Usted es capaz de amarme a mí, a su prima y a veinte más, siempre que crea encontrar combustible a su pasión, a su orgullo o simplemente a su costumbre. ¡Oh!, ayer no le conocía como hoy.

Beltrán iba a contestar con la vehemencia que solía gastar en esos floreteos, pero oyó que Matilde se acercaba y guardó silencio.

Traía un estuche abierto que tomó Beltrán con indiferencia, examinando los pendientes; dos bonitas perlas de forma de pera, no muy grandes, pero perfectas y de un oriente admirable.

—¡Ah! sí, dijo; muy semejantes a las de mi madre; ¡qué hermosas perlas! verdaderas *meleagrinas*... no son mejores las que según la mitología india, sacó del fondo del mar el dios Vichnú para adornar a su hija Paudaia.

—Qué bien irían con un collar de lo mismo, dijo Valentina mirando a Matilde.

—Verdad que sí, asintió Beltrán, —quien ya había pensado en ello, —y devolviendo el estuche a Matilde— guárdelas con cariño, son muy hermosas y van siendo escasas perlas así.

Algunos momentos después pretextó Beltrán una ocupación y se despidió no sin consultar antes la mirada de Valentina; ésta, aprovechando un momento en que Matilde guardaba el estuche, contestó a Beltrán por bajo.

—Gracias, me quedo un rato más.



XIII



No se puede negar que es precioso, pensaba Beltrán contemplando un estuche color rojo que tenía en la mano, bajo la araña de luz eléctrica de su cuarto del “Gran Hotel”, dos días después de las escena que antes narramos.

Era un collar compuesto de dieciséis brillantes no muy grandes, y de otras tantas perlas, graciosamente combinados; una verdadera obra de arte que honraba al orfebre quien tal hizo. Las perlas, esféricas, y casi todas de magnífico oriente, estaban habilidosamente engarzadas en unos cintillos de oro, de suerte que su perfección pudiera admirarse por todos lados.

Esa alhaja, venida más bien como reclamo, para ser mostrada a gentes acaudaladas, estaba en una de las mejores joyerías de San José, e iba a ser devuelta a su destino, una casa diamantista, judía, del *boulevard* Sebastopol en París, por la dificultad de encontrar aquí un comprador.

La buena suerte del joyero hizo que Urdaneta viese el collar y prendado de él lo compró después de varias visitas y de un detenido examen.

Heridos por la luz, los brillantes despedían destellos vivísimos; parecían gotitas de fuego y formaban bellísimo contraste con la apacible blancura ligeramente azulada de las perlas.

Es todo un símbolo, pensaba Urdaneta; el oro, el amor que encadena y aprisiona; los brillantes, el hombre; fuerza, dureza, valentía, reflejos del incendio de la pasión... del vicio...

las perlas, la mujer, la dulzura, la debilidad... reflejos suaves, blancos como los azahares de una desposada, como la frente de una niña pura... es un símbolo... y agitaba en sus manos el estuche, y los diamantes parecían reír como Mefistófeles, y las perlas sonreír como la dulce Margarita.

Guardólo después, pensando en lo que diría en casa de su tío para disculpar un obsequio de tanto valor.

Vaya, se dijo, sonriendo misteriosamente: será mi regalo de boda, por cierto que es digno de aprisionar aquella garganta blanca y bien torneada que dan tentaciones de comérsela a mordiscos.

Llegó el 30 de diciembre, primer día de las fiestas cívicas que se celebran con gran alegría.

Caía la tarde, una tarde fresca y despejada; el poniente se encendía con los arboles del sol presentando a la vista la ilusión de un inmenso mar de topacio fundido, en el cual advertíanse aquí y allá isletas, cabos y penínsulas de un color gris claro, ardiente; luego de un gran espacio, de rojo subido, de color de ascua, que iba desvaneciéndose hasta morir en un violeta tenue; toda una sinfonía de colores digna de la muerte del Soberano de nuestro cielo tropical.

En los picos de la alta cordillera del Suroeste, se desgarraban algunas nieblas blanquecinas, mientras que sobre el Irazú iba destrenzando la noche su negra cabellera.

La calle de la estación que llamamos "Avenida de las Damas" está llena de gente que va y viene, y que no piensa en otra cosa que divertirse.

Los largos poyos que cierran el parque de Morazán están llenos de personas de todas clases sociales que se han sentado allí para gozar del espectáculo que presenta la salida de la corrida de toros, como enfáticamente llamamos los tristes y descarnados simulacros de tales, que aquí tienen lugar durante las fiestas, en la plaza de la fábrica, que se habilita al efecto.

Sobre toda la calle hay multitud de arcos adornados con gallardetes y banderolas en que el viento juguetea; los carruajes y los ómnibus van y vienen por las calles adyacentes, entre un repiqueteo alegre de cascabeles, cubiertos de banderitas de todos los colores imaginables, y los jamelgos con los jaeces encintados.

Un vocerío cunde por todos los ámbitos; los organillos, los vendedores de confites, y de diversidad de golosinas, con sus cajas a la cintura asaltan a todo el mundo.

Los campesinos que han venido desde lejos a *los toros*, van desfilando *endominguados*, con la nuca rapada y sus sombreros de *pita* recién blanqueados.

Las mozas del campo, las criadas de la ciudad peinadas como andaluzas y estrenando vistosos chales de seda y rebozos a listas vivas, con el cabello cubierto de *confetti* que han recibido en las barreras y *tablados*, de la gente alegre; las señoritas de buena sociedad con sus sombreros parisienses y sus elegantes trajes de sedas, de gasas, los últimos figurines llegados; los amantes papás que van siguiendo a sus *chacalines* que llevan las caritas embadurnadas de confites, que han estado comiendo toda la tarde, admirados de la largueza con que se les dan, todos desfilan, van pasando en hileras, en grupos, y ocupan su lugar en los poyos, si es que logran encontrarlos desocupados.

El punto donde abre el círculo o plazoleta del monumento del General Fernández, está atestado de gente, casi toda de la buena sociedad.

En un grupo está Matilde, Valentina y dos amigas de estas en animada conversación, con Beltrán y Diego; más allá, como a veinticinco pasos de un grupo de muchachos alegres y guasones, con sus bastoncillos de cerezo, fuman, y dicen bromas a la gente que pasa, y que les mira sonriendo... ¡vivan las fiestas!

Todos están sentados excepto uno, *Trillito*, que permanece de pie frente a sus amigos, arrimándose al poyo para no ser

arrollado por el alud que baja, y enfrascados en animada conversación que no transcribimos por mil motivos.

Trillito, que desde su rifirrafe con Gálvez era tantico respetado, y gozaba de reputación de valiente, tenía su circulillo que le aplaudía y consideraba como a un Don Juan, pronto a jugarse la vida seis veces por semana aunque fuera *espalderamente*, y a doscientos pasos.

Había abrigado esperanzas de que Gálvez le desafiara, pero éste desde que fue expulsado del Club, se veía poco en San José, y era hombre que tenía respecto de los asuntos de honor, criterio muy diferente. Cuando algunos amigos le azuzaron para que desafiara a Mario, con la esperanza de verse nombrados padrinos y figurar aunque fuera así en alguna croniquilla sosa y cursi, de sensación, les había contestado: —“¿Batirme yo, así de juguete? ¡ni por chanza! Al que me falte le abro el cráneo de un *leñazo*; y al primer *padrino* que me venga con *duelos*, lo descostillo, y san se acabó. Al tal *ñor Astorga* y *Conitrillo* le he de encontrar por ahí y ya verán; le voy hacer escupir los dientes”.

Trillito, que sabía las bravatas de Gálvez, no perdía la ocasión de presentarse en público como diciendo: “Véanme a mí, que estoy bajo la espada de Damocles, y se me da un guineo de ello... tan campante como ando”.

La gente seguía discurriendo por las aceras de la avenida, las filas eran ya menos apiñadas, los grupos menos compactos.

De pronto *Trillito*, que estaba hablando con mucha animación, miró hacia arriba, y se puso encarnado como una grana; fijó más la vista y como lleno de gran inquietud, dio un paso atrás, pretextó algo, y se escurrió del grupo bajando un trecho, pero notó que iba a encontrarse con Matilde y demás personas que con ella había, y entonces atravesó la calle.

Llegado que hubo al otro lado, se arrimó al tronco de un arbolillo de *dama*, y desde ahí reconcentró su vista en lo que había llamado su atención.

¿Qué era?

Vergüenza nos da decirlo, pero ello es preciso: semejante infamia debe ser conocida para estigma de este fatuo encanallado.

Había visto a sus padres que bajaban por la misma acera en que él estaba, y en lugar de correr hacia ellos con los brazos abiertos, y de haber dicho a todo el mundo ahí reunido, “estos campesinos humildes y cargados de años, son mis excelentes padres; esta viejecita que va cubierta con un pobre rebozo de hilo negro, y con enaguas de zaraza azul es mi madre. “*Esta vieja horrible es la hermosa madre mía*”, como dijo el poeta Julio Flores, con una delicadeza que no superará nadie mientras haya madres en el mundo, en lugar de todo eso, decimos, huyó de las santas caricias maternas avergonzado ante la idea de que se conociera a sus padres allí”, en medio de aquel lujo y de aquella alegría de que él formara parte.

Trillito se quedó parado, con la vista fija en ellos que adelantaban trabajosamente por entre la abigarrada multitud.

Veía a su padre como buscándole ansiosamente por los grupos; con aquella horrible chaqueta *jerga*, su grueso bastón amarillo y su sombrero de fieltro alón un poco echado hacia atrás para poder cubrir un pañuelo a cuadros que *ñor* Gregorio llevaba siempre atado a la cabeza.

—Vaya qué ocurrencia la de haber venido ahora a San José— se dijo *Trillito*. Y el ingrato no recordaba que hacía cerca de dos años que no iba a ver a sus padres que se morían por abrazarle, y a quienes arruinaba con su derroche estúpido y criminal.

De pronto *Trillito* palideció; su madre, impelida por un hombre del pueblo que pasó a su lado, borracho, y que le dio un empujón, a tiempo que un chiquillo vendedor de confites se interponía entre ella y *ñor* Gregorio, dio un paso en falso y cayó de bruces en el caño. La gente se arremolinó, se oyeron risas groseras, y algunas voces que decían:

—Vaya una *tía* más contenta... ¡y peina canas!...

—¡Qué *soca* más triste!

—No, si es un ataque, agregó un tercero.

La pobre señora hacía esfuerzos para levantarse del arroyo; habíase dado un golpe, y de su frente manaba un hilillo de sangre.

Ñor Gregorio no podía sacar a su esposa del trance, y agachado, trabajaba inútilmente para levantarla. Se le había caído el sombrero, y su cabeza, envuelta en un pañuelo, dejaba ver en la parte superior un mechón de cabellos blancos.

De pronto un caballero vestido elegantemente, se abrió camino entre el grupo; alzó a la pobre señora, y sacando un finísimo pañuelo de batista, le limpió la cara y le dijo:

—No es nada señora; un ligero golpe que no vale la pena.

Ña Tomasa, repuesta un tanto del susto, y llena de vergüenza, creía que era su hijo quien le hablaba, y en vano volvía la vista en busca del ingrato, del infame que estaba mirándola desde el otro lado de la calle, con los ojos desencajados.

El caballero llamó un coche que pasaba por una de las calles laterales y dijo al cochero:

—Lleve usted a estos señores donde ellos le digan; y le dio algunas monedas.

El coche partió, y el caballero volvió a ocupar su sitio al lado de unas señoritas que elogiaban su acción con lágrimas en los ojos.

En algunos otros grupos que había un poco abajo del lugar del suceso, se oyó después un cuchicheo.

—¿Quién es ese? ¿Quién es ese?

—Ese es el primo de Matilde Ayala, contestó un joven. — Ese, que llegó hace poco...

—Dicen que es muy rico y que anda viajando, agregó otro.

—Lo que es Matilde estará orgullosa con el primito... es galán... y muy elegante; ella es tan pretenciosa... Estará deseando echarle el guante, insinuó la rubia graciosa.

—¡*Qué va!*, repuso otra; si a mí me han contado que ya

Matilde está comprometida con Diego hace tiempo.

—Nada quiere decir eso, arguyó un poyo; cuántas se comprometen mientras se encuentran un novio que les guste más... entonces cambian; un par de calabazas no está pegado del cielo.

—Pues yo que Matilde... por cierto que si agarraba al primo; rico y galán... ya se lo tomara!

Trillito tomó una resolución *heroica*. Sentía un remordimiento horrible, feroz, que le quemaba las entrañas como plomo derretido. Deseaba ahora reparar su acción, esa acción que no se atrevería a confiar ni al más íntimo de sus amigos. Se puede contar que uno ha deshonrado, que ha matado, que ha robado, que ha cometido, en fin, cualesquiera villanías... pero acción semejante no puede confiarse a conciencia alguna: si la propia la reprueba, ¿cuál ha de disculparla?

Pensó en ir a buscar a sus padres; él suponía donde podía encontrarlos, arrodillarse ante ellos y pedirles perdón... pero esto le pareció ridículo y de mal tono.

Sentía en su interior como una sierpe de fuego que le apretaba... y le ahogaba. Atravesó la calle pálido, y emocionado, se acercó al grupo donde aún permanecía Beltrán, y tendiéndole la mano, le dijo:

—Señor Urdaneta, vengo a dar a usted las gracias más expresivas por su generoso comportamiento; sabía que usted es un cumplido caballero, y ahora me convenzo de que, además, tiene un excelente corazón.

—Sepamos, amigo Astorga, a qué se refiere usted, contestó el aludido, para merecerle frases tan lisonjeras...

—¡Ah! lo que usted acaba de hacer por mi madre no se lo pagaré nunca, contestó *Trillito* poniéndose encendido; le doy las gracias de todo corazón.

—Cómo, ¿esa pobre señora que cayó allí al arroyo frente a nosotros, es su mamá? Pues crea que me felicito de haber podido prestarle ese pequeño servicio... espero que no será

nada; pobrecita! ¿y usted dónde estaba?

—Yo ni siquiera sabía que se encontraba aquí... un conocido mío me acaba de dar la noticia y he volado presuroso...

—¡Qué desgracia, no haber estado usted presente! La pobre miraba a todos lados... ¿y cree usted poder encontrarlos?

—Sí señor, tienen un amigo por ahí en donde se hospedan cuando vienen... que es muy rara vez, voy allá. Y se despidió.

Anduvo buen trecho y entró a una cantina; sentía frío, era tarde, y aunque había quedado convenido en comer con unos amigos, no quiso ir; no tenía ganas.

Pidió una copa de whiskey, y al ver la dedada que le ponían, tomó la botella y un vaso, sirviéndose una enorme cantidad de licor que apuró de seguida y sin respirar; bebió agua porque se ahogaba; encendió un cigarrillo y salió.

Un rato después pasaba frente a un restaurante donde se jugaba a los dados, y entró. Llevaba en su cartera algunos billetes, resto de una suma que su buena madre le había enviado a escondidas de ñor Gregorio, y se sentó a jugar ya medio borracho, en una mesa llena de gente, en la cual el *chinguero* le proporcionó un lugar con mucha amabilidad y agasajo.

Dos horas más tarde no tenía ni un céntimo, y estaba perfectamente borracho; dejó la mesa, y dando trapiés quiso salir, pero le faltó el equilibrio y rodó por el suelo.

Los jugadores que abandonaban la casa a altas horas de la madrugada, se reían y decían chistes de aquel *joven decente* que dormía tendido sobre un billar donde le habían colocado en el estado más lastimoso y ridículo.

Manos compasivas que nadie vio, aliviaron aquel cuerpo inerte del peso del reloj, del prendedor de la corbata, y hasta del sombrero y el bastón.

❁
XIV
❁

Matilde iba al baile; don Clemente no había podido negarse a ello en vista de las instancias de Beltrán, y más que todo, porque la fiesta no le costaba ni un centavo.

Con una diplomacia sutil, Beltrán había logrado convencer las suspicacias de don Clemente, si bien es cierto no tuvo para conseguir su objeto, que aguzar mucho el ingenio.

—Y bien, le había dicho; ¿no es Matilde mi prima? Qué tiene de particular que usted le ofrezca como cosa suya lo que necesita para ir al baile como ella lo merece? Además, si yo hiciese para ello algún sacrificio... pase; si lo tuviera que hacer usted, vaya; pero no veo el porqué de sus negativas, y crea que ello no deja de resentirme... no parece sino que yo fuera un extraño.

Por supuesto que las negativas de don Clemente, en tratándose de su hija, tenían una consistencia... que... pero se quedaba callado mostrando con aquella su eterna sonrisa que con un esfuerquito más todo estaba hecho.

La cosa había sido arreglada convenientemente, y a las seis de la tarde de aquel día 31 de diciembre, el traje de Matilde debía llegar que bailaba solo.

Esta había mostrado alguna extrañeza cuando oyó de boca de su padre que tenía que asistir al baile por esto, y lo de más allá, y que iba a tal tienda a *ordenar* que le enviaran cuatro o seis cortes para trajes a fin de que escogiera ella el que más le gusta-

se. Algo sospechó, pero las súplicas y las miradas de Beltrán por un lado, la aquiescencia de don Clemente por otro, y *por todos* los demás, aquellos cortes de muselina de seda que le habían enviado para elegir, y que eran *de trastornarse*, según su graficismo en estos casos, la hicieron resolverse. Estaba loca de alegría.

Esperó la noche con impaciencia para ver a Diego, con el objeto de solicitar de él ciertas elecciones y consejos respecto a colores, adornos, etc., y para decirle que *cuidado* él no iba al baile. A pesar de todo, quería aparecer a los ojos de su novio la misma fiel y cariñosa Matilde de otros tiempos, y pensaba cumplir así con ciertas consideraciones a que se creía obligada por su posición respecto a Diego.

Quería conservar el cariño de aquel buen muchacho, al que ella se había acostumbrado... ¡Hacía tanto tiempo que eran novios!

Diego llegó esa noche más temprano que de costumbre, porque el día anterior no había podido ir a visitarla, y porque hacía algunos que no tenía el gusto de hablar a solas con ella.

No era uno de esos enamorados ardientes, sensibles y derretidos que juran pegarse un tiro el día en que la novia no les quiera dar el huesecillo de una fruta que están comiendo, o la cáscara de la naranja que mondan.

Era de un temperamento calmoso, firme en sus resoluciones y que tomaba la vida con aquella tranquilidad de los hombre que piensan que se ha de llegar a alguna parte, siempre que se camine hacia ella; ¿a qué pues correr y desbaratarse? Él caminaba con paso firme y resuelto. Ese carácter estaba envuelto en un exterior bromista y franco.

Muchas veces había tenido con Matilde diálogos como éste:

—¿Vas al baile del quince?

—No, no voy... no me han convidado; la invitación la tenía en el bolsillo hacía ocho días; o bien contestaba: No tengo pantalones negros... me los comió la polilla *en salva*

sea la parte.

—¡Tan *higadoso*!

—¿Que quieres que haga? ya los sastres no quieren fiar...

—Yo tampoco voy: (poniéndose seria); caramba que sos pesado, así que estoy lista...

—Hay un remedio.

—¿Cuál?

—Que vayas tú y bailes por los dos; entre tanto yo roncaré y soñaré con Ahrens, Lastarria y demás zopencos...

—¡Qué pesado!

—Abur, que bailes y te diviertas.

Y se largaba dejando a Matilde medio enojada, quien *por venganza* se iba al baile de la noche siguiente, en la creencia de que Diego estaba durmiendo a esas horas; y a lo mejor se presentaba correctamente vestido, con un frac algo pasadito de moda, pero todavía flamante, y le ofrecía el brazo.

—¿Con quién vas a bailar esta pieza?

—Ni me acuerdo... creo que con un *machillo* que no sé ni cómo se llama, contestaba Matilde tratando de leer en su programa.

—¡Pues que se fastidie!

Halló a Matilde aquella noche sentada al piano tocando una mazurca muy en boga en esos días.

Entró sin hacer ruido, y ya en la sala aplaudió cuando aquella hubo terminado.

—¡Me has asustado!, había dicho Matilde volviéndose con viveza.

—Caramba que estás adelantada, ¿sabes que tienes ahora más sentimiento para tocar?, ¡qué bien lo has hecho!

—*Burlisto* siempre con tus cosas.

Matilde usaba para con Diego, y en confianza, de ciertas frases familiares que procuraba corregir en presencia de otras personas, aunque a veces, la costumbre de decirlas echaba a

perder sus propósitos.

A su primo nunca pudo tutearlo por más que este se lo había rogado con insistencia. No fueron pocas las veces que le había dicho *tusted* lo que le causó ataques de risa.

—Deseaba que llegaras, le había dicho Matilde; tenía que decirte que papá quiere que vaya al baile..... y me he resuelto...

—Es decir, es don Clemente quien desea que tú vayas, tú no tienes gana... ¿verdad?

—Pues no tenía muchas... pregúntaselo a él... por supuesto que tú vas, ¿verdad?

—Puede que sí, puede que no.

—Ya *empezás* con tus cosas; sí, vas porque vas.

—Ya hablaremos de eso. Si es por la primera pieza que quieres comprometer con alguien... no tengo inconveniente en cederla...

—¡Si no es eso! Es natural que si yo voy, vayas tú también... ¡qué dirá la gente!...

—Gracias por tu bondad, le había contestado Diego sonriendo, y mirándola con ojos amorosos.

Después de algunos minutos, Matilde había obtenido de Diego la promesa de que iría al baile, y este había aprobado la elección de Matilde en cuanto al color del traje, etc., diciéndole:

—Ya sabes que en esos casos eres muy entendida; posees en alto grado el arte por excelencia de la mujer, el arte de gustar. Ya se tratara de hacer un alegato de buena prueba, o de entablar una demanda, ya verías.

Había seguido después una de esas charlas comunes entre novios, que si no hablan de amor, se entretienen en conversaciones insustanciales y frívolas que no son otra cosa que *la cuerda* que se da a un instrumento cuyos sonidos oímos con gusto.

Matilde estaba empezando su tocado. Sobre el lecho veíase el traje que le habían llevado puntualmente, extendido como

una ola de rosas.

El brillo de la seda bajo los velillos del adorno, los lazos, las cintas y las flores, todo formaba un precioso conjunto: sobre un sofá veíanse las zapatillas, también rosadas, los guantes largos de blanquísima cabritilla, y el abanico de velillo blanco y varillas de marfil; sobre la silla la esclavina y un primoroso abrigo que parecía tejido de espumas blancas y pedazos de arco iris.

El cuarto estaba fuertemente impregnado de riquísimo perfume.

Frente al espejo, Matilde daba ya la última mano al peinado, mientras que su imaginación volaba por el salón del baile y se sentía llevada por un torbellino de músicas, de luces y de perfumes, entre dos brazos que la estrechaban.

En esas difíciles operaciones, las grandes obras de ciertas mujeres, que estudian un peinado con la misma pasión que un artista las líneas de la más perfecta belleza, sobre el bloque de mármol que va a animar con su inspiración, la ayudaba Peregrina con aquella su viveza de ardilla, con habilidad extraordinaria, contentísima de estar en aquel *sancta sanctorum*. ¡Qué gran doncella de señora rica habría sido! Lástima que no pudiera serlo... por el cariño que tenía a la casa que servía.

Poco antes de las nueve llegó Beltrán a pie, sin duda deliberadamente, porque entró a la sala procurando hacer el menor ruido posible, y se puso a dar cortos paseos; la alfombra del centro, y otras pequeñas que había en distintas direcciones, amortiguaban sus pasos. Latíale el corazón con violencia, como cuando se espera con incertidumbre el desenlace de una situación que uno va a provocar.

Iba correctamente vestido, de la más rigurosa etiqueta; su frac de un corte irreprochable, desconocido en San José, tallaba su busto lleno y bien desarrollado; acusaba a las claras una ilustre procedencia parisiense; la camisa era un primor de blancura y de

buen gusto, y el lazo de la corbata de finisísima batista revelaba al hombre del gran mundo que ha pasado la vida en fiestas y saraos de la más refinada elegancia. Nada de alhajas, ni siquiera la cadena del reloj, que había sido sustituida por una leopoldina de seda negra que se advertía bajo el corte delantero del frac.

Frisaba en los cuarenta años; estaba en la plenitud de la vida, cuando el hombre siente con mayor fuerza el ardor de las pasiones, y cuando ya se ha adquirido una suma de experiencia que le permite apreciar mejor la realidad de las cosas.

Era un tipo verdaderamente interesante; la frente no muy alta, cuadrada, y de una corrección perfecta; los ojos negros, bajo unas cejas también negras, tenían un brillo extraordinario; el poblado y sedoso bigote arrollado hacia arriba, daba a su fisonomía un aire de marcialidad y resolución, y llevaba la barba no muy larga, terminada en punta, esmeradamente cuidada. Nadie al verle podría calcularle más de treinta años.

Empezaba a impacientarse, a sus oídos llegaba de vez en cuando la voz de Matilde que pedía a su *doncella* algún alfiler que le hacía falta, con esa precipitación de las mujeres que tienen prisa de terminar una operación en que han puesto sus *diez sentidos*, y cuyo resultado esperan afanosas frente al espejo, — la pizarra de sus cálculos— para sonreír después con satisfacción al ver el resultado final.

Al cabo de un rato, Beltrán sintió unos pasitos suaves, y el crujir de un traje de seda. Matilde entró a la sala por la puerta interior.

Las ventanas estaban cerradas; una lamparilla eléctrica que daba frente al espejo alumbraba la estancia.

Dio un leve grito de sorpresa al ver a Beltrán que, sonriente y admirado, se adelantó para saludarla.

—¿No creía V. encontrarme aquí?, le dijo estrechándole la

mano.

—No, ciertamente... contestó Matilde devorando a su vez y con disimulo la apuesta figura de Beltrán.— Me pareció oír algún ruido y quise ver quién llegaba... aún no he concluido....

—Pues me parece que está V. perfectamente... repuso Beltrán inclinándose; no he visto jamás una *toilette* que iguale a la suya en *chic* y elegancia.

—Gracias por el cumplido... o por la burla...

—Con usted soy siempre justo, contestó Beltrán con cierta seriedad y emoción, que no pudo menos que llamar la atención de su prima, quien hizo un mohín graciosísimo, y contestó:

—Pues es una justicia muy *injusta*, o muy exagerada.

Beltrán la acariciaba, la devoraba con los ojos: Matilde, con su hermoso traje de muselina color rosa pálido, adornado con velillos del mismo color, estaba encantadora; los brazos desnudos, blancos y torneados eran perfectos y el escote admirable; un escote atrevido, pero hecho con tal arte, que la mirada más escudriñadora tenía que morir de ansias y de deseos, al querer descubrir algunos encantos más que los que buenamente se mostraban. El velillo con todo y ser tan sutil y transparente, constituía una barrera infranqueable, tal era la gracia y amabilidad desplegadas en la confección del escote.

Urdaneta miraba a su prima que parecía salir de una ola de espuma rosada... aquellos brazos, aquella garganta... aquel peinado lleno de gentileza, donde dormían como en un nido tibio y delicado, unas preciosas flores naturales...

Sintió vértigos; los ojos le brillaban como ascuas a causa de una excitación febril que le ahogaba; comprendía que atravesaba por una de esas crisis, manifestaciones de cierto estado morboso que era peculiar, e hizo esfuerzos para dominarse.

Era un hombre audaz, acostumbrado a triunfar con relativa facilidad, como ciertos generales que llevan sobre la frente,

por no se sabe qué predestinación, la estrella de la victoria.

Notando que Matilde tenía puestos los pendientes de perlas, sacó del bolsillo del frac el estuche que contenía el collar que había comprado, y con acento trémulo por la emoción dijo a Matilde mientras lo abría.

—Deseaba usted hacer el juego de perlas... aquí tiene un collar que irá perfectamente con esos pendientes... nada vale, pero le ruego lo acepte... como un presente de familia.

Matilde quedó deslumbrada al ver la joya, tuvo un momento de arrobamiento cuando contempló el centelleo de los diamantes, entre el blanco mate de las perlas, y contestó sin saber lo que decía.

—¡Oh! no;... muchas gracias! Yo no puedo aceptar esa alhaja... es demasiado buena para mí... y fijó los ojos en Beltrán de manera indescriptible.

—¿Sería usted capaz de desairarme? Le juro por mi honor que si tal hace, ahora mismo me pongo en marcha, aunque tenga que pedir un expreso, y arrojaré este estuche al fondo del mar... quizá allí encuentre un regazo más amable...

—Oh, no diga usted eso, ¡por Dios!, interrumpió Matilde suplicante.

—¡Y lo haré como lo ofrezco! Jamás he jurado nada a mujer alguna... calcule usted si cumpliré lo que ahora prometo...

Y así diciendo extrajo el collar del estuche.

Matilde no vio más ni se dio cuenta de nada; sintió que las manos le ceñían al cuello aquella alhaja que parecía que la quemaba... luego las ardientes caricias de unos besos en la nuca, que ella tenía llena de ricitos perfumados; quiso hablar, huir, pero unos brazos la sujetaron delicada y fuertemente; sintió sobre su boca la caricia del bigote de Beltrán, quien la besaba furiosamente, y que la ahogaba. Tuvo una especie de desmayo... Urdaneta la retenía entre sus brazos; más de pron-

to, con la enorme fuerza de una mujer débil que se defiende, se desprendió de Beltrán, le miró espantada, casi loca, y con paso acelerado huyó de la sala murmurando como un sollozo.

—¡Ingrato!

Beltrán se reportó, miróse al espejo sonriendo, se atusó el bigote, y arregló el lazo de su corbata que había perdido la simetría.

Un momento después oyó la voz de su tío que decía: “Matilde, no tardes... ¿estás lista?” Beltrán se apresuró a salir al encuentro de don Clemente a quien halló en el pasillo.

—Caramba ¡qué elegante va!, díjole aquel reparando a Beltrán; ¿y Diego, no ha llegado?

—Creo que no, contestó Urdaneta pensando con lástima en aquel muchacho, a quien traicionaba tan hipócritamente, y al cual había llamado *amigo*.

—Es raro que aún no haya venido, prosiguió don Clemente refiriéndose a Diego, tenemos que pasar por Valentina, y no me gustaría que llegáramos tarde, pues deseo que te encuentres en el baile desde el principio.

Don Clemente se fue al cuarto de su hija, y de pronto llegaron a los oídos de Beltrán algunas exclamaciones que aquel hacía. Cuando salió Matilde que venía un tanto avergonzada, don Clemente, dirigiéndose a Beltrán en tono de amistoso reproche, le dijo.

—Caramba, hombre, no me gusta que hagas esos despilfarros... ese collar vale una fortuna; ¿para qué has comprado una joya tan valiosa? ¡qué diablura! ¡No me gusta eso... a ese paso vas a arruinarte; *caray* que es hermoso el collar!

Beltrán excusó su regalo con palabras que le parecieron a don Clemente muy naturales.

Se oyó el ruido de un coche, y Diego entró a la sala donde se le aguardaba.

Admiró el traje y el gusto con que Matilde estaba arreglada, y le dijo algunos cumplidos; no pudo menos que advertir el riquísimo collar que aquella llevaba, y quedó profundamente admirado. ¿De dónde procedía aquella alhaja? Aquel magnífico traje digno de una rentista no podía haber sido costado por don Clemente, ni por Julián... todo ello se le atravesó; sintió en el fondo del alma como un amargo despecho, y en su corazón, de suyo tan tranquilo, cayó la burbuja de un fermento...

Para disimular el malestar que sentía, le dijo en tono indiferente:

—¿Y Julián, no va?

—Qué ha de ir, contestó Matilde; está el pobre con una jaqueca horrorosa; el doctor Bermúdez que pasó por aquí esta tarde con don Eduardo, enterado de ello, entró y le dejó unos papelillos que creo no le han aliviado nada. El Doctor se fue, pero el señor Cartín se quedó allí con él para hacerle un rato de compañía.

Notó Diego que cuando Matilde nombraba “al señor Cartín”, don Clemente le miraba a él con una severidad desusada... aquellos ojos que siempre le habían sonreído con bondad. Creyó adivinar la causa, y dijo con indiferencia.

—Bueno, ¿nos vamos? Creo que podemos acomodarnos los cuatro en el coche.

—Y yo que había encargado uno para las diez menos cuarto... dijo Beltrán.

Diego condujo a Matilde al coche, y Urdaneta, después de tomar el clac y el makfarlán, siguió a don Clemente que iba también de tiros largos, y con la mano izquierda enguantada.

Entraron los cuatro, y el coche partió.



XV



El Teatro Nacional presentaba un aspecto encantador: profusamente iluminado, resplandecían el mármol y el oro de sus adornos estilo Renacimiento.

El piso de la platea levantado a la altura del proscenio que agrandaba el salón del baile, estaba tapizado con una tela blanca donde se veían relucir puntitos luminosos. Allá en el fondo, en un estrado lleno de flores y de verdura, se encontraba la orquesta dirigida por un hábil profesor.

Los palcos atestados de espectadores: casadas que suspiraban recordando sus buenos tiempos, jamonas de *buen juicio* que no querían jugar el albur de *comer pavo*, pero que al propio tiempo, no podían resolverse a que el baile se efectuara sin ser ellas testigos presenciales; y pollitas que aún no se habían estrenado y que miraban a las que iban a bailar con mal reprimido despecho.

Por las ricas escaleras de mármol blanco y de balaustres y pasamanos de mármoles de colores, en los cuales se admiran los jaspes más delicados, subían y bajaban grupos de señoritas magníficamente ataviadas, arrastrando las colas o recogiendo-las con el continente de marquesas del siglo XVIII.

El foyer regiamente iluminado, estaba lleno de personas que paseaban acompasadamente, mirándose de cuando en cuando en los enormes espejos que decoran la gran sala; caballeros que esperan el momento oportuno para saludar a alguna

señorita o solicitar una pieza, van y vienen moviendo los fal-dones del frac con aire desenvuelto; pollos almidonados, viejos verdes, papás cariñosos y sonrientes, todos con el afán de ver y de ser vistos. En el centro del foyer, en la gran otomana están algunas bailarinas abanicándose con aire indolente y soñador, mientras cambian por bajo algunas palabras.

—*Mirá*, dice una a su compañera —*Mirá* a las Restrepos.

—¡Ay, qué horror! ¡qué espantos!...

—*Mirá, mirá*, dice otra; —aquella *macha* que pasa por allí... ¡Jesús, está de que *la maten*! Parece que viene en cami-sa de dormir...

—¡Eh! y las Golfín vienen con el mismo vestido con que estuvieron en el otro baile... ¡vaya un par *de conchas*! Todavía no aprenden... ¡qué talles! parecen unos barriles... y se oyó el acorde de unas risitas malignas.

Empezaron a levantarse y se preparaban a bajar.

En el vestíbulo fuman y charlan los caballeros; allí no se ve otra cosa que pecheras blancas, y una gran colección de fra-ques negros de todas las formas y edades imaginables.

Médicos, abogados, comerciantes, dependientes de comercio, empleados públicos, desocupados de profesión y pollos barbilampiños, todos muy tiesos, algunos entre enormes cuellos, con tufos de grandes señores, o de héroes de novelas, que miran a las niñas con aire de conquistadores, como don Juanes de frac y corbata blanca.

—¡Hola!, dijo una voz en un grupo. Allí viene Matilde Ayala... ¡guapa hembra!

—¡Ah! y el sempiterno primo, aquel Urdaneta... buen tipo, no se puede negar.

—¿Cuándo no lo fue don dinero? Dicen que es muy rico.

—¿Y Diego?... ¡que cara trae, parece que viene a oír un sermón... y con una novia tan guapa!

—Sí, ya te contaré a dónde se va Diego si el primito ese no se larga pronto...

—¡Bah!, ¿no sabes que Diego está comprometido con ella?

—¿Y eso qué importa? ¡Me río yo del compromiso de ciertas mujeres!

—Ah, y Valentina... ahí viene también... pobre señor Mendoza, don *haga... pitos*.

—Es guapa también... ¡brava hembra! Tiene una gracia y una sal... dice que el tal Urdaneta le merece mucha atención...

—¡Qué va! Esa mujer no quiere a nadie...

Callaron los conversadores: don Clemente, su hija y demás compañeros pasaron frente a ellos. El señor Mendoza algo rezagado; (su mujercita se había adelantado del brazo de Urdaneta); iba que reventaba, gordo y coloradote entre un chaleco blanco que debía tener unos botones a prueba de bomba según trabajaban; ostentaba en medio de su abdomen, partida hacia los lados, una gruesa cadena de oro macizo, que lo mismo podía servir para una grúa.

Una hora después hubo un movimiento general. La orquesta preludió la obertura; allá en el fondo del proscenio, se veía el zig-zag de la batuta, y se percibían las notas graves, fundamentales y sonoras de los contrabajos, que eran como un eje sobre el cual giraba la armonía.

Empezó el paseo, elegante y majestuoso, la gran exhibición de los trajes y de los tocados; cuchicheos, sonrisas, saludos; las *mironas* se hacían todas ojos, y hablaban entre sí comentando y criticando a su sabor.

Matilde iba del brazo de Diego; un amargo presentimiento le embargaba el alma: ahora que estaba al lado de aquel excelente muchacho sincero y leal, tenía remordimientos y se sentía avergonzada de la escena que había representado en su casa con Beltrán, sin darse cuenta, arrastrada, subyugada por la

fascinación que sobre ella ejercía aquel hombre. ¿Cómo fue aquello?, se decía; hice mal... debí haber evitado... no sé que pasó por mí.

Y marchaba airosa, emocionada, oyendo los acordes de aquella valiente y majestuosa sinfonía que llenaban la gran sala; aspirando con delicia las ráfagas tibias y perfumadas que la envolvían... sentía ganas de llorar, de reír, de algo que aliviara el malestar de aquel tósigo que había bebido en los besos de su primo.

Hubo un momento –Matilde solía experimentarlos lúcidos, que como leves espumitas flotaban en la superficie de su carácter, para desvanecerse después,– hubo un momento, decimos, cuando de reojo miró a Diego, tan serio y tan tranquilo al parecer, que estaba callado, que no la dirigía una palabra, y como sumido en graves meditaciones, en que pensó contárselo todo, buscar aquel refugio de su viejo cariño contra las asechanzas de una pasión traidora que la estaba enloqueciendo y envenenando el corazón.

Bien sabía ella que no amaba a Diego con verdadera pasión; pero el trato continuo con él, la costumbre de ciertas ideas, el compromiso que mediaba entre ellos, y la certeza de que se casarían en no lejano tiempo, habían hecho nacer en su alma un afecto, un cariño semejante al amor, y luchaba por defenderlo.

¿Tendría Matilde suficientes fuerzas para luchar? Desgraciadamente su educación era harto defectuosa; mucha imaginación, mucha pasión y una cabeza poco amiga del análisis sereno y reflexivo. Una estopa pronta a arder.

Diego miraba algunas veces al soslayo a Matilde; la veía preocupada. La luz que despedían los brillantes del collar que ella ostentaba, le quemaban el alma, se le figuraba reflejos diabólicos de un incendio que destruía su dicha.

Terminó la obertura, y la orquesta preludió unas cuadrillas: pronto se alinearon las parejas y las bailarinas empezaron a deslizarse al compás de la música con ese ritmo y esa gracia que nuestras bellas poseen en alto grado.

Es el baile por excelencia para lucir toda la sal, gentileza y elegancia que sobre ellas derramó el Creador a manos llenas.

Cuando terminaron las cuadrillas, preguntó Diego a Matilde:

—¿Dónde quieres sentarte?

Ella, extrañada por tal pregunta, hizo un gesto de indiferencia y contestó:

—Donde quieras; vamos si te parece a aquel palco, allí veo a papá y a Valentina.

Un rato después se les reunieron Urdaneta y el señor Mendoza.

Valentina estaba de vena: había paseado la obertura y bailado las cuadrillas con un inglés recién llegado al país, con el cual inglés había hecho ya el señor Mendoza algunas operaciones de banca, y eran amigos.

—Me he divertido de lo lindo, decía aquella, con *ese macho*; tiene unas *patas* como cajas de violín, y a cada momento, si me tocaba el traje con la rodilla, si pisaba una falda, en fin, si me miraba, decía: “dispéñseme”, pero tan rápidamente que yo no podía menos que cubrirme con el abanico para reír. Después, por no estar callado, repetía a cada instante: “oh, mucho señorita bonita, mucho elegante; —yo está teniendo esta noche mucho satisfacción”— y refa a más no poder.

El señor Mendoza quien tenía la costumbre de celebrar los chistes de su mujer, era el que más se refa. El buen humor llegaba en su rostro al rojo subido.

—Vamos a fumar, dijo dirigiéndose a Beltrán y a don Clemente; los tres salieron y Diego se quedó junto a Matilde.

Valentina había iniciado una animada conversación con una amiga suya, que estaba en el palco siguiente, y Matilde aprovechando aquel momento miró a Diego de frente, y le dijo en tono de resentimiento.

—¿Qué tienes esta noche?, ¿no estás contento?

—Siempre lo estoy, contestó Diego sonriendo con indiferencia, y agregó: ¿está bonito el baile verdad?

—¡Oh sí, hay mucha gente... lindos trajes! ¿te gusta Rosita Artieda?, ¡qué bien puesta! Está encantadora.

La nominada era una de las primeras bellezas josefinas.

—Sí, está muy bien, muy elegante...

—¿Y has visto a Ernestina, la señora de X?, qué descotada, ¡qué barbaridad! no sé cómo su marido le permite eso.

—Es que los hay tan orgullosos de las bellezas de sus mujeres, que quisieran que todo el mundo las conociera y les... envidiara, repuso Diego riendo.

—¡Jesús, que bárbaro...! No puede ser.

Hubo un momento de silencio y Matilde de pronto, y como quien desea salir de un mal paso agregó.

—Qué desentendido te has hecho conmigo... nada me has dicho del regalo que me hicieron hoy, mira, y llevó su mano al cuello mostrando el collar; —¿te gusta, verdad que es muy bonito?

—Ya lo había visto... ¿no son falsas esas piedras?, preguntó Diego mirando fijamente a Matilde.

—Creo que no, contestó esta ruborizándose; son demasiado buenas para mí... yo no quería aceptar este regalo, pero se me ha ofrecido con mucha insistencia, como un presente de familia...

—Ah, repuso Diego, fue Beltrán... ¿no es así?

—Sí, él fue; se empeñó en que tenía que hacer el juego con los aretes que conservo de mamá, y no hubo caso, pero si te disgusta...

—No digas eso; ¿por qué me iba a disgustar? Ya sé que tu primo puede hacer obsequios como ese sin que crea que regala una fortuna... lo malo es que una joya tan valiosa, en poder de una persona... pobre, desmerece porque no la creerán legítima.

—Sí, eso pensaba yo, y no creas que no me apena llevarla puesta... más tarde puede venderse y comprar alguna otra cosa de más utilidad...

Dijo esto con voz tan natural, y mirando a Diego tan tranquilamente, que este no dudó de la buena intención de Matilde.

Siguieron hablando al parecer muy animados, cuando un personaje entró al palco.

—Eh, Mario, ¿cómo está?, preguntó Matilde alargando su mano.

—Era *Trillito*; vestía con toda elegancia un frac flamante, y llevaba en la mano el clac plegado, con mucha arrogancia, y como quien ha pasado toda su vida con esos arreos.

Estaba muy pálido y con grandes ojeras.

Ya había asistido a algunos bailes de gran tono, y tenía sus amigas, a quienes festejaba con largueza cuando había que pagar el escote.

Sus trasudores y congojas le había costado poder asistir al baile; tuvo que hacer una serie de *transacciones* para dar su contribución, y comprarse un clac, guantes y zapatos bajos de charol.

A la propietaria de la casa donde comía, le había dado grandes esperanzas de pagarle los cuatro meses que le debía, en cuanto le mandaran de la *hacienda* unos trescientos veintiocho pesos que esperaba, y aun había conseguido sobre la *jariana* un préstamo de cuarenta.

Trillito se sentó al lado de Matilde, y le rogó que le concediera una pieza.

—Con mucho gusto, contestó ésta; lo malo es que solo tengo las tres últimas libres, y no sé si nos iremos temprano.

Mientras escribía su nombre en el programa, *Trillito* dijo sonriendo y mirando a Diego:

—Sabe usted, los monopolios deberían prohibirse porque es justo que lo bueno todos lo gustemos...

—Ciertamente que así debe ser, respondió Diego; pero si lo dices por mí, estás equivocado; solo tengo tres piezas, ¿no es mucho, verdad?

—*Qué va*, contestó *Trillito*; yo en lugar de usted ya vería dónde mandaba a esos moscones que vienen a los bailes como a *sacar tarea*; manada de tipos más presumidos... lo que quieren es exhibirse.

Matilde y Diego se rieron.

Trillito, que continuaba hablando con el programa de Matilde en la mano, se fijó en un nombre que estaba escrito ocupando la sexta pieza.

—¿Cómo, va usted a bailar con este tipo?, preguntó con acento de desprecio.

—¿A quién se refiere usted?, repuso Matilde algo contrariada.

—Este “M. Gálvez” que dice aquí ¿es Marcos, un fulano con la cara apolotada?

—Creo que sí, respondió Matilde; me lo presentó Diego antes de empezar la obertura.

—¿Y qué querías que hiciera?, contestó éste; se me pegó como una *garrapata* rogándome que lo hiciera, y lo mejor es que yo apenas le conozco un poco; hay personas tan exigentes y faltas de buena educación que no temen ponerse en ridículo en una reunión como ésta; se creen con derecho a solicitar una pieza de señoritas a quienes han visto una sola vez, y lo que es peor, sin mediar la formalidad de una presentación. Cierto es que aquí todos nos conocemos, pero eso no quita para que una persona tenga derecho a saber quién es el *fulano de tal*, y quién le apadrina en las relaciones que puedan nacer después de una pieza que se baila.

—Es claro, asintió *Trillito*, contento del mal efecto que causaba su ex-amigo Gálvez a quien aún no había visto esa noche. Se figuró que estaría por la cantina, y poniéndose de pie dijo a Diego:

—¿Vamos a tomar algo? hay que *hacer* alegría.

—Gracias, contestó éste, acompaña a Matilde y a Valentina.

—Agradable obligación por cierto, repuso *Trillito* guiñando un ojo; y salió moviendo las colillas del frac.

—Está que apesta a licor, dijo Matilde abanicándose con fuerza.

—Lástima de muchacho; es casi un perdido, agregó Diego.

Un rato después volvieron al palco don Clemente, el señor Mendoza, Diego, Beltrán y *Trillito*.

El penúltimo venía hablando muy animadamente.

—Jamás creí, decía, encontrar en San José una sociedad tan culta y distinguida: aquí no se echa nada de menos, hay un gusto exquisito y un refinamiento europeo. He gozado grandemente con esta sorpresa: el teatro es un verdadero estuche de mármol, puede figurar en cualquier parte del mundo; el foyer es un prodigio de buen gusto; el plafond una obra de arte que recuerda las pinturas de Salviati, de Curzon y de Lenepveu, de la gran ópera de París. Los costarricenses deben estar orgullosos de poseer un edificio como éste: ¡es bellissimo!

Así nos cuesta, amigo Urdaneta, repuso don Agapito que recordaba las buenas sumas que como exportador de café en grande escala había pagado por el impuesto para la construcción del teatro.

—Qué importa, arguyó Beltrán; ello era necesario, y ya tienen ustedes ganada una gran batalla en favor del arte.

A las doce, cuando el Himno Nacional dejó oír sus notas majestuosas y triunfantes, con que se saludaba el año nuevo, y después de los apretones de mano de costumbre entre amigos y conocidos, nuestros personajes invitados por Beltrán, pasaron a la cantina y tomaron una copa de champagne.

Beltrán, siguiendo su política llena de diplomacia, no había bailado con Matilde, y probablemente no bailarían si no ideaba una treta para burlar una pieza a alguno de los que la habían citado anticipadamente.

Los acordes del precioso valse *Mireille* hendieron aquella atmósfera tibia y perfumada, y un momento después la sala era un torbellino de sedas, gasas y flores que arrastraba los bailarines al compás de aquella bellísima música.

Beltrán valsaba con Valentina, verdaderamente arrebatado, y seguía como inadvertidamente a Matilde, quien bailaba con uno de sus conocidos. Muchas veces la sorprendió con los ojos fijos en él, y entonces ella dejaba ver una tímida sonrisa.

—Ya estoy perdonado, se decía Beltrán; francamente, un pecadillo como el que cometí, no es motivo para enojo. ¡Pecadillo tan dulce! y sin darse cuenta estrechaba a Valentina contra su pecho.

—Cuidado, le decía ésta sonriendo, parece que usted está propuesto a ahogarme.

—¿Qué hacer? Yo soy acero, usted es imán... fenómeno muy natural.

Natural y todo, pero... cuidado que Matilde nos mira y pone una cara tan seria...

—¿Y bien? Allá con su novio.

—¡Hipócrita!

Muy tarde, pudo Beltrán bailar una pieza con Matilde. Gálvez fue el pato de la fiesta; tuvo que ceder la pieza que le correspondía con ella, al oír las razones que alegaba, ayudada por Diego; hubo una equivocación; ese valse lo tenía comprometido desde hacía dos días con Beltrán, y ella no se había fijado cuando él, Gálvez, escribió su nombre en el programa, ¡era tan distraída!

Gálvez salió resoplando grueso, y como viera que iba a encontrarse con *Trillito* quien debía estar en el ajo de lo ocurrido, torció disimuladamente a la izquierda.

Serían cerca de las tres de la madrugada, cuando don Clemente buscaba a su hija para irse. Diego estaba en la cantina enfrascado en una conversación de derecho con dos colegas

suyos, y Valentina en un palco con su marido, y dos o tres personajes del alto comercio.

No encontrando don Clemente a Beltrán ni a Matilde, preguntó a *Trillito* con quien se vio en un pasillo, y éste le contestó que creía haberlos visto arriba.

El foyer estaba desierto; empezaban unas cuadrillas cuando don Clemente entró; miró allá en un ángulo de la gran sala, a su hija sentada al lado de Beltrán empeñados en grata conversación.

Ni reparó en lo encendido de los ojos de éste, ni en la actitud de su hija, triste y acongojada.

Les hizo una señal, y Beltrán ofreció con la mayor tranquilidad el brazo a su prima. Se buscó a Diego y salieron.

Aquella madrugada se recogió Matilde en su lecho precipitadamente, como quien tiene ansia de descansar, de estar sola. Luego empezó a sollozar y el llanto corrió abundante de sus ojos; por qué, se decía; ¿por qué le habré conocido?

❁
XVI
❁

Cuando don Clemente supo por Julián que el famoso pleito de que se había hecho cargo Diego, era entablado contra don Eduardo Cartín, tutor de los consabidos Montes, dio un respingo como si le hubiese mordido una *toboba*.

—¡Caramba, qué diablura!, había dicho; ¡y yo que hablé de rapiñas en sus barbas! ¡Qué atrocidad! ¿Qué habrá pensado don Eduardo de mí?... ¡Hay que reparar esa barrabasada! y ¿cómo es que Diego no me ha dicho nada cuando sabe que don Eduardo es mi mejor amigo, que le debo servicios que nunca le pagaré, que le profeso una gratitud inmensa?... ¡Oh!, Diego hace mal, muy mal en demandar a ese hombre que es oro en polvo, ¡incapaz de quitar a nadie un centavo!, ¡habráse visto tontera igual!... ¿Pero quién demonios mete a Diego en esas danzas? Un muchacho de su juicio no debería dejarse embaucar así.

—Pues yo sí me explico el asunto, había contestado Julián con sonrisa. —Parece que hay faldas de por medio. Aquí para entre nos, y que esto no se sepa, don Eduardo me ha contado la cosa.

La mayor de esos Montes, es una guapa morena que ha estado y creo que aún está en San José; es costurera y viene a pasar largas temporadas con una tía suya. Según parece, Diego, que ha sido hombre de conquistas de esa clase, cosa que me consta, pues fuimos íntimos amigos, dicen que ha requerido de amores a la morena ésa, y aun que la ha perseguido con tenacidad; así fue

como ella le conoció, y Diego para ganar su corazón le ha metido en ese pleito, ha pedido la rendición de cuentas, y la muchacha jura y rejure que le han robado una fortuna. El pleito avanza y Diego, según dicen, se ha dado tales mañas, que el asunto está verdaderamente embrollado con peritazgos, avalúos, certificaciones de guías del café que don Eduardo ha exportado, reclamación de alquileres de tres casas que no figuran en las cuentas... ¡qué se yo! aún hay más; *Trillito* estuvo cortejando a la muchacha ésa, y parece que consiguió algunas citas según él mismo me ha contado, y una noche que rondaba la casa por el Paso de la Vaca, dice que vio salir a Diego de allí a eso de las once y que iba muy satisfecho. Después, *Trillito* arrió velas, pues la muchacha le resultó dura de pelar.

—El asunto es grave, había replicado don Clemente: —primero, tenemos la desconsideración de Diego hacia nosotros, pues no ignora la estima que profesamos a don Eduardo, un hombre tan franco y tan honrado, y luego eso de que un muchacho que piensa en casarse, ande conquistando costureras; jamás creí a Diego capaz de esas cosas.

—Es que usted se figura que todo el mundo lleva el corazón en la mano...

Después de un silencio don Clemente había proseguido.

—¿Qué te parece que hagamos? Yo creo que lo primero es desagrar a don Eduardo; es decir, manifestarle que no aprobamos, que no podemos aprobar la conducta de Diego respecto de él, y después...

—Después, veremos qué partido se toma aquí... porque francamente, esos noviazgos largos son cargantes... y llegan a desprestigiar a una señorita; ya verá usted, pronto estaremos en enero, y Diego dirá siempre que se casa el *año entrante*. Y no es que yo tenga prisa ni deseo de que Matilde se case; bien está con nosotros, pero eso no me gusta.

Don Clemente y Julián convinieron en no decir nada a Diego sobre esos particulares, pero no le tratarían como antes, sino con algún desvío a fin de hablarle con franqueza si se mostraba extrañado de ello.

Don Eduardo Cartín estaba sobre ascuas; pocos días después de saber lo del compromiso entre Matilde y Diego, fue notificado de la demanda que éste le entablaba, como apoderado de sus representados Montes, poder otorgado por Lucía quien acababa de entrar a su mayoría; ésta pedía la rendición de cuentas a su tutor, durante los ocho años que había manejado los bienes, por no aceptar lo que Cartín le daba como bueno.

Después de mucho trabajar, Diego hizo alguna luz en el asunto, y pudo convencerse de que efectivamente sus representados habían sido expoliados con mucha maña por el señor Cartín.

Aparecían grandes cantidades de café vendidas por él, a especuladores en grande, entre ellos a don Agapito Mendoza, a precios risibles, desde luego que podían compararse con los de las revistas que venían del exterior.

A don Agapito no le llegaba la camisa al cuerpo, y era indudable que estaba en autos de las gatadas de Cartín, a quien tenía que favorecer en sus informes *porque sí*; ellos se entendían a las mil maravillas como se entienden dos tragamallas cuando quieren merendarse el pellejo de un infeliz.

Ya habían tenido sus conferencias en un cuartito de la oficina de negocios del señor Mendoza, y no debían haber sido muy favorables para los intereses de Cartín, según la cara con que éste salía de allí.

Cartín estaba que se moría de rabia desde que el pleito se había iniciado: le birlaban la novia, aquella muchacha tan guapa que había soñado hacer suya, y para la cual ambicionaba tener mucho dinero. La tutoría se le iba también, y con ella, si perdía el pleito, una buena parte de su fortunita y otra de su fama de hombre honrado. Era una de esas honradeces como

hay muchas, que no resisten la más ligera raspadura, sin que la bellaquería quede de manifiesto. Cuando pensó en todo ello, y en que tenía que devolver aquellos bienes que ya miraba como suyos, se sublevó y rugió como si se tratase de un despojo. ¡Tan grande es el atractivo que ofrecen ciertos cargos, que no se sueltan ni a tiros!

Todo el enojo, toda la ira de Cartín caía sobre Diego; contaba a cuantos querían oírle mil infamias acerca de éste; “había deshonrado a esa niña Montes, la mayor, para quien él, Cartín, fue siempre un padre cariñoso, y ya le habían visto también enamorando a la otra hermana de Lucía, graciosa morena de dieciséis años. Lo que Diego quería era adueñarse del afecto de aquellas pobres criaturas y derrochar los bienes valiéndose de engaños y socaliñas. Lo del desfalco en las cuentas, era una invención de aquel para sacarle dinero. —¡Ah, decía, tocándose la bolsa llena de papeles; tengo pruebas, a su tiempo se maduran las uvas! Ese imbécil que engaña a todo el mundo con su modo de mosquita muerta, y su apariencia de hombre de bien, es un verdadero hipócrita de corazón corrompido y depravado; y se atrevía a echarle lodo a él, que había llevado una vida limpia y de trabajo, metido siempre entre sus quehaceres como un campesino, y hasta olvidando a sus amigos de San José adonde no venía sino por necesidad; él, que había sido un verdadero padre con aquellos infelices huérfanos... Él podía hacer la historia de su capital, centavo a centavo; cada moneda ganada le costaba sudor y fatigas; todo el mundo le conocía y le apreciaba: si había vendido la *tira* aquella de la finca de los menores a un colindante, fue para mejorar la propia finca, pues ese pedazo era lo peor, pura tierra colorada donde los mismos prooes de las cercas languidecían y se secaban, y había con eso cuadrado la posesión. Un magnífico negocio para sus representados, hecho legalmente previa información de utilidad y necesidad

comprobada ante Juez competente, que no pudo menos que aprobar esa venta que mi *detractor* llama *oscura*.

¿El café vendido a precios ridículos? Ahí está el señor Mendoza para que declare si los precios que me pagó fueron los corrientes... “de esa finca yo no exporté un solo grano; es una mala calidad que no puede colocarse a precio regular ni en Nueva York y por esto, consultando el interés de mis representados, preferí siempre venderlo en fruta; todo el café que he exportado es de la finca de mi propiedad que no puede compararse con el otro.”

Así poco más o menos se expresaba don Eduardo respecto del pleito recién entablado contra él por Diego, como apoderado de Lucía Montes, una tarde de sobremesa en casa de don Clemente.

Había comido allí invitado por éste y Julián, con mucha insistencia; deseaban hacer más sólidas en el ánimo de Cartín las excusas que don Clemente ya le había presentado en desagravio y vindicación de aquella *barbaridad* cometida por él en su propia casa.

Matilde no había comido ese día con su familia; su amiga Valentina estaba preparando el viaje de verano a la finca, y contaba con llevársela como otras veces; ¡qué de planes hacían para la temporada durante la comida!

Cartín empezó a hablar de su asunto, en cuanto don Clemente soltó las primeras palabras para hacer ver que él no aceptaba que un muchacho como Diego se hubiese hecho cargo de ese negocio, y para censurar sus pretensiones con respecto a la tal Lucía.

Cuando don Eduardo vio que ni don Clemente ni Julián estaban del lado de Diego, y que antes bien, estos habían proferido ciertas palabras de desagrado acerca de él, comprendió que el terreno era propicio a sus deseos, y sembró a manos

llenas en aquellos dos pechos ingenuos la cizaña contra su afortunado rival.

Inventó, tergiversó hechos, citó detalles desconocidos por completo para todos, y con tal arte y maestría, que logró llevar al ánimo de don Clemente y de Julián un sentimiento de repulsión hacia Diego.

—Oh, ustedes no conocen a ese muchacho... yo siento verdaderamente lo que he dicho, porque sé que hay compromiso entre él y Matilde, y lo siento, porque les quiero a ustedes como a hermanos, ¡pero en fin, qué se va a hacer! Si Matilde le quiere, nadie podrá impedir esa boda... Así es que —terminó diciendo: deseo que ustedes me guarden esto que les cuento en el seno de la mayor confianza porque creo de mi deber prevenirles y no quiero ya más sinsabores.

Don Clemente hizo un movimiento para tranquilizar a Cartín a ese respecto, y repuso:

—¡Qué diablura! A lo hecho pecho, ya eso no tiene remedio; la desgracia tal vez ha hecho que Matilde se fijara en Diego y que haya llegado a quererle tanto... ¡y ver que ha despreciado partidos tan ventajosos! Así es el amor, caprichoso y ciego.

—Francamente, indicó Julián con acento agrio, no creí a Diego capaz de todo eso. Fuimos muy amigos, y hasta hubo un tiempo en que le cobré verdadera afección; después nos tratamos menos... aún recuerdo aquellas tardes en que solíamos recorrer medio San José por ciertas callejuelas, para enseñarme donde vivía fulanita o zutanita, alguna purera o costurera de orilla que le traía al retortero. Eso lo achacaba yo a su poca edad; y lo miraba más bien como un pasatiempo con el cual mataba las horas que le dejaban libres sus clases. Luego nos veíamos poco, aquí en casa, donde solía venir con frecuencia por épocas, después se eclipsaba y volvía aparecer siempre el mismo...

—Genio y figura... dijo Cartín sonriendo con malicia — genio y figura hasta la sepultura... no olvidarlo, y sobre todo,

acuérdense ustedes que la reputación de una señorita vale mucho... hay que cuidarla como un cristal.

—Sí señor, como un cristal, repitió don Clemente sonriendo, admirado de la penetración de su amigo.

—En cuanto a eso ya veremos, insinuó Julián procurando dominar cierta agitación que sentía. Soy de los que creen que en ciertos asuntos se debe obrar sin dar explicaciones; prefiero siempre el cauterio a los emolientes.

—Y cree usted muy bien, amigo, repuso Cartín; y al través de sus gafas ahumadas brilló un relámpago de alegría.

Cartín había aprovechado el tiempo; y como tenía que venir con frecuencia a San José obligado por el malhadado negocio que le había caído encima, se proponía apretar el cerco en la esperanza de provocar un rompimiento entre Diego y la familia de Matilde, y ver de estorbar el matrimonio, ya que disponía de medios tan propicios.

Delante de Matilde, observaba Cartín una conducta muy política, y evitaba hablar de Diego y del pleito, pues abrigaba la lejana esperanza de reducir aquel corazoncito rebelde, andando el tiempo.

La conversación se había prolongado hasta cerca de las siete, con gran alegría de Cartín, que empezaba a ver fructificar la semilla que había sembrado.

No hay nada que se acepte con más ligereza, ni nada que se acoja con más facilidad, que la calumnia; id a decir bellezas de una persona, y aun cuando sea la más buena del mundo, veréis la incredulidad guiñando el ojo, la malicia y la ironía plegando los labios con burla; pero id a decir iniquidades de esa misma persona, y se os oirá con gusto, muy atentamente y con faz risueña: es necesario que aquella persona sea un Vicente de Paúl, o un Juan Nepomuceno, para que se levante en su defensa una tímida voz de protesta. En ello se cumple una ley

natural; en las sociedades como en los individuos, la facultad que más se ejercita es la que llega a adquirir mayor grado de perfección, y por desgracia la humanidad practica de preferencia el mal: con razón se ha dicho que “*el hombre es un lobo para el hombre.*”

Poco después de las siete, Diego que iba a ver a Matilde, encontró a ésta en la puerta de su casa, de regreso de la de Valentina. Saludóla con buen humor, le ofreció la mano para subir la pequeña grada de la puerta, y entraron al zaguán hablando en voz alta. Al ruido, Julián salió del corredor y les miró; hizo un gesto de desagrado al notar que Diego tenía asida la mano de Matilde y que así entraron a la sala.

Julián no vino como otras veces al encuentro de su amigo; dio media vuelta y se volvió al comedor. Esto no fue notado por aquellos, pues no se creían obligados a esconder ciertas sencillas manifestaciones de cariño, que a veces se permitían cuando se creían solos.

Una vez en la sala, Matilde dijo a Diego:

—¿Sabes que ahí está el *viejo*?

—¿Qué viejo?

—La lechuza con gafas, como le llamas.

—¿Ah, Cartín?

—Sí.

—¿A qué ha venido?

—Papá y Julián se empeñaron en que se quedara a comer con ellos.

—¿De veras? repuso Diego; así me habrá puesto el viejo ese. Dicen por ahí que está conmigo furioso, y todo porque le he agarrado de la muñeca, con muy buenas maneras por supuesto, y le he dicho: “¡suelta *eso*, amigo!”

—¿Ah, lo del pleito?, preguntó Matilde riendo al ver el ademán con que Diego había acompañado aquella frase.

—Sí; ¿yo qué culpa tengo de sus rapiñas y enredos? Si él

hubiese sido lo que debiera, no andaría en esas danzas. ¿Cómo no ha de sublevársele a uno el alma al ver ciertas iniquidades? ¿Cómo dejar abandonadas a esas pobres criaturas a la voracidad de ese?... ¡Nunca!; por humanidad, por deber, me he hecho cargo de ese asunto y no retrocederé ante nada ni ante nadie. Yo no he ido a buscar ese negocio; por recomendaciones de un amigo mío se me ha hablado para que lo siga, y creo cumplir con mi conciencia al defender al débil y al desvalido. ¡En qué estado les devuelve aquello! La finca está perdida; no ha hecho más que explotarla de la manera más infame.

—¿Cómo se llama esa muchacha, la mayor de esas Montes?, preguntó Matilde algo distraída.

—Lucía; ¿por qué lo preguntas?

—Por nada... ¿es bonita, verdad?

—¿Y ese detalle qué tiene que ver? ¿Acaso trae alguna utilidad al pleito? repuso Diego en broma:

—No es por eso... es que tengo idea de habérselo oído decir a Julián...

—¿Y Julián la conoce?... Creo que no, repuso Diego con curiosidad.

—Julián no la conoce, me parece que fue *Trillito* quien le habló de eso.

¿Ah, *Trillito*?, preguntó Diego riendo de buena gana; ya recuerdo... él anduvo tras esa muchacha; yo le vi rondar la casa y aún parece que hablaban algunas veces por la ventana; por cierto que la última noche hubo un *quid* muy curioso y... Diego soltó a reír a todo trapo. Después de ese acceso de hilaridad, prosiguió: —ella, después de darle yo algunas bromas al respecto, me lo confesó muy apenada; pero entonces la enteré de quién era ese tragabirotos, y lo ha echado a paseo hace días... ¡qué divertido!

Se oyeron pasos en el zaguán, y pronto percibió Diego la voz de Cartín que venía hablando hacia la puerta de la calle.

Diego y Matilde callaron y aquel se despidió sin entrar a la sala.

Diego se hizo cargo del tono afectuoso y familiar que gastaban don Clemente y Julián con su amigo, y no pudo menos que chocarle tanta zalamería.

Como le llamara la atención a Matilde sobre eso, ésta le contestó:

—Ah, si le tienen adoración; para papá y Julián no hay un hombre más bueno ni más honrado.

Diego frunció ligeramente el ceño y suspirando repuso:

—¡Si le conocieran por dentro! Yo se lo enseñaré para que vean lo que es...

—Ni lo intentes, interrumpió Matilde; no te creerán.

Don Clemente y Julián, después de despedir a Cartín, en vez de entrar a la sala como era natural, se volvieron al interior de la casa.

El desaire para Diego no podía ser más claro; ni siquiera iban a saludarle; ¿qué era lo que pasaba?, ¿a qué obedecía esa inexplicable conducta? Muy resentido desahogó sus penas en Matilde; ésta trataba de atenuar el mal efecto que el desdén de su padre y de su hermano, le había causado.

—No tomes eso tan a pecho, le dijo. Ya se convencerán de que tú no tienes la culpa y les pasará ese resentimiento.

—Se convencerán, repitió Diego; y ¿cuándo?, ¿no dices que ni siquiera intente demostrarles la verdad del asunto?, ¿acaso pesan más en el ánimo de tu papá y de Julián las necedades que Cartín les haya dicho de mí, que las consideraciones que me deben? ¿Por qué no se me llama a explicaciones y se inquiera la verdad de las cosas si se desea conocerla? ¿Se me condena sin oírme? Está bien; no seré yo quien vaya a buscarles, continuó Diego encogiéndose de hombros, y sintiéndose poseído de altivez y de orgullo; no les he ofendido, nada les debo: seguiré visitándote si lo permites, y si ellos quieren cerrarme la puerta de tu

casa, que me echen cuando quieran, que me lo digan; entonces haré lo que debo. Ahora, deseo que con toda franqueza me digas tu parecer en este asunto, y me manifiestes si estás conmigo...

—¿Cómo puedes dudarlo?, interrumpió Matilde, —Ya conoces cómo es papá; a Julián no le hagas caso, conoces también su carácter retraído, adusto, a veces violento.

—Bien; agradezco tu conducta y puesto que estás de mi lado, lo demás me importa poco; dejemos rodar el mundo.

Diego se puso de pie para despedirse; deseaba salir, orrear su frente, disipar el disgusto que experimentaba a causa de su posición que juzgaba violenta con respecto a don Clemente y a Julián; se sentía herido en su orgullo, casi humillado.

—Adiós, dijo a Matilde apretando su mano.

—¿Tan temprano?... ¿vuelves mañana?

—Tal vez contestó Diego.

Salieron al zaguán: por la calle no pasaba alma viviente. Diego, por un sentimiento natural que se experimenta al lado de la mujer amada cuando creemos que algo amenaza ese amor, y sintiéndose más dueño de Matilde, quiso que ésta le diera una de esas manifestaciones de cariño que tanto satisfacen a un amante.

—Dame un beso, le dijo emocionado.

—Bah, déjate de esas cosas, contestó Matilde con una evasiva. Diego entonces pensó en que un beso, que es una explosión de amor y de ternura, que estalla en el alma y sale por los labios en busca de otros labios, no es un fenómeno que se prepara, ni entiende de convencionalismos; surge por su propia fuerza de expansión, se da, no se pide: así lo hizo; atrajo a Matilde y le dio un beso que resultó más sonoro de lo que habría querido, a causa de la rapidez de la acción, y balbuciente, borracho de placer, salió precipitadamente como quien huye con un tesoro; apenas pudo repetir “adiós”.

Matilde permaneció en la puerta un momento; al volver a

la sala se encontró con Julián que estaba observándola en el fondo del pasillo, con los brazos cruzados y los ojos centelleantes: avanzó hacia su hermana con aire amenazador.

—¡Qué vergüenza!, le dijo; ¡lo que tú haces es apenas digno de una mujerzuela! Besuquearse en la puerta de la calle... ¿y luego, estás creyendo por lo visto, que ese *muchacho* se casa pasado mañana?, ¿por qué no te le entregas de una vez si tanta confianza tienes en su caballerosidad? ¿No entiendes que esas manifestaciones rebajan a la mujer a los ojos de su prometido, aun cuando este sea un libertino, y que es hacerle un *adelanto* de honor y de dignidad? Entregarse de antemano a un hombre que bien puede faltar a su compromiso, ¿y entonces qué haces de tu cara? Porque esa, debe caérsete de vergüenza... ya que él no es lo suficientemente caballero para guardar las consideraciones que se deben a una señorita, tú debieras ser más digna; espero que esto no se repita, porque me pondrás en la obligación de cumplir con mi deber, de decirle a Diego: “se casa usted ya, o se larga con su música a otra parte.” ¡Estoy hasta la coronilla de noviazgo!

Dijo esto Julián arrebatado, montado en ira, y casi sin respirar. Cáncer severo y reconcentrado tenía enojos que eran verdaderas tempestades.

Matilde sufrió aquel alud que le cayó encima, con verdadero valor; a su vez se sintió cruelmente humillada y con toda la fiereza de que era capaz, y aprovechando uno de aquellos momentos lúcidos en que solía discurrir con cierta seriedad y alguna pasión, contestó:

—No parece sino que he cometido una grave falta contra la moral, contra mi pudor; ¿pues qué crees, que una no puede dejarse besar por su prometido, por su futuro esposo, quien además de tener ese derecho casi sancionado ante Dios y los hombres, y santificado por el cariño, es un hombre leal y hon-

rado en quien tengo toda mi confianza? Cierto es que no he provocado el incidente... salió de él, y esa caricia, de la manera como me ha sido hecha, no ha podido manchar mi frente. ¿Cuándo fue desvergüenza una manifestación de amor, de cariño de amistad? No sé con qué criterio aprecias y aquilatas sentimientos que nunca has experimentado; debieras ser más indulgente conmigo... bastantes penas he devorado... ¡para agregar esta humillación injusta que nunca creí merecerte! Y empezó a llorar presa de la mayor aflicción. Además, continuó entre sollozos; ¿no sé por qué ese cambio ahora tan desfavorable para con Diego; no me hablabas antes tan bien de él? ¿No decías que era un caballero cumplido y un muchacho de excelentes sentimientos? ¿No fuiste su amigo íntimo hasta hace poco tiempo? ¿O es que ese tal Cartín te ha llenado la cabeza de mentiras y de calumnias, despechado por mi compromiso con Diego y porque la tutoría que ha estado explotando se le va de las manos?

El enojo de Julián empezó a declinar cuando vio llorar a su hermana; comprendió que había sido duro con ella; tuvo un momento de extrañeza cuando Matilde empezó a defenderse; nunca la había oído expresarse así; en tono menos severo y acercándose a ella, repuso:

—Es cierto lo que dices respecto de Diego, pero también debes saber que el hombre no es siempre el mismo, y en muy poco tiempo el más honrado puede tornarse en un pícaro, en un libertino. En la vida todo está sujeto a mudanzas; todo evoluciona: a veces al bien, y por desgracia, más generalmente al mal. ¿Por qué había de sustraerse Diego a esta ley natural? Puede que no sea el mismo... además, tengo algunos indicios para creerlo así. No deseo afligirte; si le quieres te casarás con él, y asunto concluido; lo que te ruego es que te comportes de otro modo, mira que un rompimiento a estas horas sería funesto para ti. En cuanto a lo que has dicho referente a Cartín, es

injusto. Hemos visto papeles y pruebas y creemos que Diego muerde en hierro frío; la honradez de ese hombre no deja lugar a duda; creelo, todo se aclarará; ese asunto no nos atañe y no es bueno hacer juicios en ningún sentido. Cartín tiene sus amigos, y como todos, tiene también sus mal querientes. No olvides lo que te he dicho y déjate de lágrimas que a nada conducen.

Le hizo una ligera caricia y fuese a su cuarto donde generalmente se entregaba a la lectura que era en él pasión favorita.

❁
XVII
❁

Algunos días después del suceso que hemos narrado, estaba Matilde en su cuarto, sonriente, como si fuese la mujer más feliz del mundo.

Sentada en una mecedorcita de junco se balanceaba mientras recorría las líneas de un periódico que Valentina le había enviado esa mañana.

Al leer una gacetilla, sonrióse mirándose al espejo que tenía delante, y maquinalmente se llevó la mano a un lazo de cinta celeste que como las alas de una enorme mariposa, se abría hacia la nuca, lleno de donaire y gentileza.

La gacetilla que llamaba su atención decía poco más o menos:

“Pronto quedará San José convertido en un *desierto*: *nuestras bellas* se preparan a salir en *busca de los aires del campo* que tanto han menester para repararse de las fatigas de la vida de la capital; muchas se han ido ya, y más son las que se preparan a partir. Entre éstas se cuenta la *espiritual* y *culta* señora del acaudalado y filantrópico comerciante don Agapito Mendoza, a la cual acompañarán también, *la no menos espiritual* y *gentil* Matilde Ayala y otras dos *inteligentes* y *distinguidas* señoritas gala del jardín josefino. Que gocen mucho, y que traigan en su cabellera el *efluvio de las montañas*, y en sus mejillas el carmín de las rosas, etc.”

A Matilde le hacía muy buen efecto verse en letras de molde, y llamada *gentil* y *espiritual*.

—¡Caramba, decía; qué muchachos esos para escribir con garbo... no se puede negar que son inteligentes! “el efluviio de las montañas”... repetía: qué frase tan poética, me parece sentir de veras el olor de los cafetales llenos de flores, y de los azahares silvestres; ¿cuándo haremos viajes? y se quedaba como meditabunda, con la vista fija en un lugar.

Este año no tenía muchos deseos de salir al campo, casi casi desistiría de ellos; pero para Matilde, salir a veranear, aún cuando fuese a un kilómetro de la capital, era cuestión de amor propio. ¿Cómo no había ella, muchacha a la moda, de seguir esa costumbre tan arraigada en la buena sociedad? ¡Imposible! Todas salían y ella no quería quedarse rezagada en San José, mientras sus amigas y conocidas andaban por los campos luciendo sus sombreros alones y sus trajes de gasa; ¡qué dirían! Había que salir, costara lo que costara.

Por fortuna, nunca faltaba invitación de alguna persona rica que sacara a don Clemente del atolladero, invitación que Matilde aceptaba después de hacerse rogar.

Todavía recordaba don Clemente con horror, el último veraneo a que tuvo que atender por su cuenta: ¡aquello fue un suplicio! Había tenido que invitar a dos amigas de Matilde, y además de conseguir el correspondiente permiso de la oficina, el buen señor hubo de obtener otros *correspondientes* en billetes de banco, operación que le tuvo al borde de la quiebra, si es que un empleado público puede darse el lujo de *quebrar*... otra cosa que la paciencia de sus acreedores.

Las chicas aquellas resultaron unas tragonas con más apetito que hospicianas, y en cuanto llegaban visitas a la casa, disponían de las pocas vituallas que a mano había, y se daban unos banquetes que temblaba el mundo, pero no tanto como don Clemente que veía consumirse el presupuesto de un mes, en dos semanas escasas; y por más que tiraba de su modesto cheque, el maldito no se agrandaba de la cifra que decía el Presupuesto, impresa allí de manera indeleble: una esfinge de números.

Estaba escamado de los tales veraneos, y resuelto a no hacer otra calaverada por el estilo: ¡bastantes había hecho ya!

Julián había protestado siempre de esos veraneos obligados.

—Está bien, decía, que el hacendado que tiene que ir a ver el beneficio de su café, se vaya con su familia a la finca, a disfrutar de las comodidades que le proporcionaban sus haberes; allí no carece de nada, y el cambio no puede menos que aprovecharle. Que vayan también las familias ricas que pueden pagarse una buena casa, llevar excelente servicio, y proveer abundantemente la despensa; pero eso de que una familia pobre que vive mal en San José, se obligue a vivir peor en un tugurio destartalado y sucio, comiendo plátanos y bebiendo aguas de acequias inmundas, todo ello a la orilla de una carretera polvorienta, para regresar luego cargada de deudas y enflaquecida a causa de una pésima alimentación, por no quedarse sin salir a veranear, es verdaderamente cómico y ridículo.

Eso se ha hecho una moda como otras, y no quieren convencerse de que las modas caras no son para los pobres. ¿Pero aquí, quedarse sin salir al campo? ¡Qué horror! Qué dirá la gente; le mirarían a uno como animal raro. Hay que salir aun cuando sea a pasar trabajos, a comer de lo poco y malo que se encuentre y a dormir hacinados sobre bancas o en el suelo.

¡Y pensar que aquí en San José a un kilómetro del Parque Central se está entre potreros! No parece sino que ésta es una capital de cuatro millones de almas que viven apiñadas unas sobre otras, y que para ver una colina o un prado hay que andar tres horas en ferrocarril. ¡Si aquí estamos en eterno veraneo! Lo que nos hace falta es higiene; ahí está la Sabana, por ejemplo; ¿puede darse un lugar más pintoresco? Pues vaya usted allí y no verá tres parejas gozando de aquel espectáculo, y respirando aquel aire puro y fresco... y vamos a buscar salud a un villorio donde no hay ni agua para beber.

Julián sabía perfectamente que en la finca del señor Men-

doza, Matilde pasaba la gran vida. Don Agapito era muy fino y complaciente, a pesar de su fama de alcornoque enriquecido. Nunca se vio mejor demostrada la célebre sentencia de Montesquieu acerca del buen éxito que en ciertos negocios alcanzan las *mediocridades* (abramos aquí un paréntesis para salvar honrosas excepciones que como en todo existen).

No se había opuesto Julián al viaje de Matilde, antes bien pesaba en su ánimo un secreto motivo para ver con gusto la temporada que su hermana iba a hacer en el campo.

El señor Mendoza había sido envuelto en el malhadado pleito que seguía Diego contra Cartín, y comprendía que Matilde iba a respirar una atmósfera de hostilidad hacia Diego, y que éste, probablemente no iría a visitarla.

Había otra consideración.

La finca de Cartín quedaba muy cerca de la de don Agapito, y era indispensable para ir a la de éste, un trecho de carretera que daba precisamente frente a la casa de habitación de aquel: era pues, seguro, que Diego evitará un encuentro con Cartín para ahorrarse molestias.

Matilde estaba aún entretenida con el periódico, y había leído por la centésima vez la famosa gacetilla, cuando entró Valentina.

—Y como está la *espiritual* y *gentil* Matilde, dijo riendo alegremente y sentándose al lado de su amiga.

—Pues no tan bien como la *culta* y *bella* señora del acaudalado y *filantrópico* don Agapito...

—Conque filantrópico, eh, repitió Valentina soltando a reír muy graciosamente: —qué fácil es para algunos zoquetes ser filantrópico, espiritual, distinguido, inteligente, etc., etc.; basta con pagar la suscripción al periódico, y regalar a algún hospicio cuatro racimos de plátanos verdes, y una arroba de

broza... Y a propósito, ¿estás lista? Mañana es viaje.

—Sí, estoy lista; tengo mi baúl acomodado; ¿en qué tren nos vamos?

—A las ocho, en el tren de Limón; ¿irá Diego a acompañarte a la estación? Dile que no deje de visitarnos, agregó Valentina cortésmente.

—Se lo diré con mucho gusto... aunque dudo que acepte tan amable invitación.

—¿Por qué no?

—Phist, y Matilde alzó los hombros no hallando qué contestar.

—¿Y Julián irá a pasar con nosotros los domingos? Díselo así. En cuanto a Beltrán, me lo ha prometido; no quiere estar toda la temporada con nosotros porque dice que el campo le enferma; ¿has visto hombre más raro?

Matilde, por toda contestación, se sonrió y dijo para variar la conversación:

—¿Bueno, y al fin van con nosotras las Orantes? Me gustaría porque son tan alegres, y además, Chayito toca tan bien que no nos faltará música para bailar.

—Creo que sí; ayer estuve hablando con ellas en las tiendas y están *embulladas*; pero si no se van mañana se irán después; no podemos atrasar el viaje... ¡vamos a estar contentísimas! y ya que de divertirnos tratamos, es bueno que vayas poniendo esa cara más alegre... te estoy encontrando de ciertos días acá algo melancólica... no seas tonta, la vida hay que gozarla porque es corta, y la juventud se pasa sin darse cuenta de nada, mañana te encuentras vieja sin saber a qué horas.

Matilde dejó ver una sonrisa casi triste, y contestó:

—Hay tantos sinsabores, que siente una por momentos como un gran desaliento...

—Miren la romántica, ¿de cuándo acá?, interrumpió Valentina, repicando las campanillitas de su risa, siempre

sonoras y burlonas; y en son de mimo agregó: —¿Qué es lo que te hace sufrir, *corronga*? Dímelo, cuéntame tus penas, ya sabes que cuando estas se comunican, se alivian... ofrezco guardarte el secreto... seré una llave...

Estas frases hicieron mal efecto en Matilde; ¿qué pena se figura que sufro?, pensaba, y sonriendo miró fijamente a su amiga quien sostuvo aquella mirada en que se leía como un secreto y tímido reproche; al propio tiempo le contestó:

—¡Yo no tengo penas! ... ¿qué te figuras?... Muchas veces está una molesta, se siente algo de malestar, de disgusto, sin que pueda adivinarse la causa... ¿no te pasa eso con frecuencia?

—¿A mí? no, hija, yo no estoy enamorada... contestó Valentina brevemente.

Las dos amigas se miraron.

—¡Enamorada!, repitió con viveza Matilde en un tono de extraña negativa, como quien teme verse descubierta.

—Caramba, si una muchacha no está enamorada después de tres años de noviazgo, comprometida, y en vísperas de casarse, no sé quién pueda estarlo en el mundo...

—Bueno, arguyó Matilde ruborizándose; lo que quiero decir es que no es ese el motivo de ciertos sinsabores y disgustos que se sienten a veces, y cuyo origen una misma no se explica...

—Pues hija, el amor hace todo eso por más que lo niegues; es el gran efecto de muchas causas, concluyó Valentina orgullosa de tan socorrida frase.

Las dos amigas se despidieron después de haber charlado un largo rato, y quedaron en reunirse en casa de don Agapito, por la mañana, don Clemente, quien estaba loco de contento con sus quince días de permiso, y Matilde. Aquel, volvería a San José después de vencida su licencia, e iría los sábados a ver a su hija, para regresar el lunes temprano, en primer tren.

Valentina contaba con retener a su amiga toda la temporada que pensaba alargar lo más posible, accediendo a los deseos

de don Agapito quien no andaba muy bien de salud.

A eso de las siete, Diego, que después del desaire sufrido en casa de don Clemente solo había vuelto allí pocas veces, conversó con Matilde un rato en la puerta.

Por no parecer exigente y meticuloso, la había animado a hacer el viaje, mostrándose lleno de confianza; pensaba que no serían tan impolíticos para tratar en presencia de ella de ciertos asuntos. Cuando se despidió, le ofreció ir a verla alguna vez: lo haré a caballo, le dijo, para hacer el incógnito.

—Así *decís*, le contestó ella; pero ya verás como no lo *hacés*.

Veremos... te he de dar un susto cuando menos lo pienses.

Después recordó Diego ciertas cosas que creía haber olvidado... el famoso collar de Urdaneta... ciertas frases que un amigo le había dirigido, llenas de malicia, y sonriendo, en la cantina del teatro la noche del baile... “Diego, que te *desbancan*”; ...recordaba también que Beltrán tenía la puerta abierta en casa de don Agapito, donde era mimado y atendido, y se retiró meditabundo, casi triste a su cuarto de soltero.

Ahora sentía en lo íntimo de su ser que Matilde se fuera; iba a estar una temporada sujeta a influencias extrañas, y él conocía bien, al menos así lo creía, el carácter de ella; no dudaba de su cariño, ¡pero el corazón de una mujer es un misterio tan hondo!

Bah, se dijo: será una prueba a que va a sujetarse... veré si efectivamente me quiere.

Por ese orgullo del amante leal y honrado, no había mostrado ninguna suspicacia respecto del viaje de Matilde... pero aquella burbujita de fermento hacía su trabajo, ensanchaba su acción, y Diego trataba de engañarse a sí propio no queriendo sentir sus efectos.

¿No es mi prometida?, se decía: ¿a qué inventar quimeras para mortificarme?

Matilde no pudo conciliar el sueño esa noche, sino muy tarde; los últimos preparativos del viaje, y la visita de Beltrán que se prolongó hasta cerca de las once, fueron la causa de un desvelo pertinaz que la tuvo excitada, con los ojos abiertos en la obscuridad de su cuarto; por las rendijas de la ventana entraba la luz de la lámpara eléctrica de la esquina, y percibía claramente los objetos en aquella semioscuridad; veía el tocadorcito lleno de cachivaches, el ropero charolado, sus ropas amontonadas en una silla al lado de la cama. A veces tenía esa ilusión que nos hace oír ruidos formidables en medio del silencio más profundo, fenómeno muy frecuente cuando el pensamiento está como recogido en lo íntimo del ser, y percibe el latir de las arterias y el golpeteo de las ideas en el cerebro... Matilde estaba cavilosa. Su amiga Valentina le ocultaba algo... Había notado con esa doble vista de la mujer, ciertas intimididades entre ella y Beltrán, y... preciso es confesarlo, se sentía celosa... A veces, suponía en Valentina deslealtad, la creía traidora, ¿pero por qué? ¿Acaso ella, Matilde, tenía algún derecho adquirido sobre Beltrán? ¿No estaba comprometida con Diego? ¿Qué le importaba su primo, por qué sufría? ¿De dónde procedía aquel vago deseo de disputarle a Valentina el cariño de Beltrán, deseo que amenazaba tornarse en decidido empeño? Ah, sí lo haría, deseaba ardientemente vencer a su amiga, hacer que este solo la amase a ella.

En medio de tantas ideas locas que se retorcían en su cerebro como un manojo de sierpes, aparecía de pronto la figura tranquila de Diego, sonriente y confiado que le decía bromas con aquella ingenuidad del hombre a quien no le gusta aparentar más de lo que vale, y que tiene orgullo en mostrarse tal y como es.

Matilde se durmió después de un largo insomnio, cuando allá a lo lejos un pianillo callejero dejaba oír los desmayados acordes de unos aires de "La Mascota" y empezó a soñar...

Se casaba esa noche; el patio de su casa que había sido entablado y cubierto con una carpa de alegres colores, parecía un paraíso... se andaba sobre claveles blancos y sobre perlas; una gran orquesta dejaba oír vales que enloquecían; la casa estaba llena de gentes de lo más distinguido de San José, todos vestidos de gran etiqueta y resplandecientes de joyas; ella llevaba puesto un gran collar de diamantes que pesaba mucho, mucho, y que la obligaba a andar inclinada, era un suplicio; muchas veces rogó a Valentina y a otras mujeres que le quitaran aquello que no la dejaba caminar, pero por más esfuerzos que hicieron no pudieron conseguirlo.

De pronto había oído las voces “ahí viene el novio, ahí viene Diego”, y ella corrió enamorada a recibirle, sonriente y anhelosa; Diego entró resplandeciente de felicidad, y elegante como nunca; y ella no pudo menos que admirar su apostura y su traje... un frac de corte exótico... eh, y qué raro, pensaba; Diego que siempre ha llevado solo bigote, viene ahora barbado: ...una barba negra, como terciopelo, cortada en punta... y los ojos negros y muy brillantes, como las cejas... aquella frente y aquel cabello largo, aquel peinado artístico de un estudiado desarreglo... ¡Qué guapo estaba, Diego! y ella, ¡qué feliz! Le hizo una señal y se fueron a una gran sala donde había regalos en montones, que llegaban al techo, que hacían horizonte; de los lazos de cinta blanca pendían tarjetas que se movían con el viento que entraba por las ventanas del salón, como bandadas de mariposas blancas; ella leyó una... y otra, y cien y mil... ¡cosa rara! Todas tenían el mismo nombre escrito: “Beltrán Urdaneta”. Ella se volvió a Diego y le dijo suplicante, casi llorosa: “quítame este collar que me está sofocando... pesa mucho, mucho, y ya ves, no puedo andar, tengo que ir agachada... ¡qué dirá la gente!

Diego le contestó –bah, es una lástima, no hagas caso, es una linda joya que te luce mucho... para eso te la regalé aquella

noche... ¿recuerdas? frente al espejo... qué besos más dulces... todo el cielo en la boca... en el alma que se incendia con luces como esas...

Ella dio un grito y se quedó mirando a Diego fijamente, porque *aquel* Diego que le hablaba era Beltrán, y Beltrán era Diego... ¿cómo es esto?, ¿quién era por fin aquel hombre?... pero sí, era Beltrán, ahora se fijaba bien, aquel modo de mirarla, aquellos ojos eran los de él, pero de un Beltrán hermoso, resplandeciente y tentador como el ángel del pecado. Sintió un miedo horrible y quiso huir, mas el collar le pesaba tanto, que cayó de bruces sobre un gran juego de cristalería de Bohemia que se hizo añicos, y cuyos pedazos se clavaron en sus manos, en la cara, en todo el cuerpo, y la sangre empezó a salir, a correr, formó un arroyo que se precipitó en la sala de baile; la gente huyó despavorida de aquella horrible inundación, dando gritos: pudo aún arrastrarse hasta allí, ¡y qué capricho!, las únicas personas que permanecían sentadas bajo un gran matón de pacayas del que pendían farolitos de colores, eran, Diego, pero el verdadero Diego su novio, que conversaba tranquilamente de un pleito que había ganado, con una muchacha morena de ojos muy vivos y negros que le habían dicho que se llamaba Lucía Montes. Quiso hablarles, y no pudo articular palabra; dio un gran grito, un grito desesperado... Diego no la miró siquiera, y siguió conversando.

Matilde despertó; el corazón se le quería salir del pecho, se sentía angustiada, sudorosa, lanzó un gran suspiro y se incorporó; sentía un miedo atroz; tomó un vaso de agua de la botella que Peregrina dejaba en la mesa al lado de la cama, y se tranquilizó un poco, mirando la luz que reía en las rendijas de la ventana.

—¡Ay! que pesadilla tan horrible, murmuró.

Se levantó a las siete pálida y ojerosa, y a las ocho estaba ya instalada con su padre y demás compañeros de viaje, en un carro del ferrocarril conversando animadamente con Valentina y el señor Mendoza, quienes le daban bromas porque Diego no había aparecido por allí. ¡Vaya un novio dormilón!

El tren partió, y un rato después los viajeros llegaban a “Monte Azul”, hermosa finca de don Agapito Mendoza.

❁
XVIII
❁

El señor *de* Ocón y Trillo, don Mario Astorga, o sea *Trillito*, empezaba a fastidiarse de lo lindo; ¡la vida en San José era tan triste! Las diversiones habían quedado reducidas a los recreos y a las retretas en el Parque de Morazán, y allí no se olía otra cosa que café tostado y manteca rancia; las *bellas*, (y hasta las feas), habían partido al campo, y las que no pudieron salir de veraneo, se estaban en sus casas poco menos que encerradas devorando la pena de haberse quedado rezagadas. ¿Habrás visto tontería igual? Pero *Trillito* se fastidiaba no tanto por eso, sino por otra causa, la gran causa que fastidia a todo bicho humano; la falta de *numerario*, y *Trillito* andaba mal, muy mal; empezaban a cerrársele los caminos con motivo de algunos vencimientos a que no pudo hacer frente, para excusar lo cual enseñaba cuentas que a él debían y que no le pagaban, y cartas y ofrecimientos que le había hecho su papá de mandar *monis*... se reía de esos piquillos; de un momento a otro recibiría lo menos mil pesos y los cancelaría; pero los mil consabidos no llegaban, y allá se estaban muertos de risa en las faltriqueras de ñor Gregorio. Con todo y su labia pasaba las del hilo azul, y llegó a verse en grandes aprietos; en uno de esos días desesperados concibió un gran proyecto; el de acreditarse él mismo Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario ante su querido papá, gamonal de San Pablo del Güitite, y gestionar allí un empréstito con que salir de la deuda interior; porque a Dios gracias no la tenía exterior.

Y como lo pensó, lo hizo; llegóse a la oficina telegráfica y endilgó el siguiente despacho:

“Queridísimo papá: ardo en deseos de verlos; mande Quinito con caballo estación: salgo mañana tren de las tres. Lo abraza Mario.”

¡Abrasado tenía al pobre viejo hacía tiempo!

Pagó el telegrama que le desbarató un *cuatro* que conservaba en el bolsillo, y salió meditabundo; eran las doce y media y aún no había almorzado.

—Maldición, exclamó; ¿y ahora qué voy a almorzar? Con qué dolor recordó cierta hostería vecina del Mercado, donde le servían un copioso y succulento almuerzo por cincuenta centavos. Allí solía refocilarse cuando andaba escaso, si no había gente decente que le viera entrar, y escondido en un rincón sacaba la tripa de mal año; aparentaba siempre cierto aspecto de decencia; era la fatuidad que no le abandonaba ni en la miseria.

Empezó a andar a la ventura, y sin darse cuenta llegó a una de las puertas del Mercado que presentaba un aspecto de animación con aquel sordo hervir de una gran colmena. Era viernes, y por todos lados entraban campesinos con enormes sacos a la espalda, con cestos llenos de zapallos, de coles, de chayotes, de frutas, de esos mil artículos con que se surte aquel establecimiento para hacer frente a las necesidades de la capital.

Hacia el lado sur, en la Avenida Central, había una porción de carretas enfiladas de las cuales sacaban la panela envuelta en hojas de caña; cerca de una de aquellas carretas había una chiquilla bonita, paliducha, cubierta con un pañoloncillo de lana a cuadros, y con un sombrero de pita sucio, que miraba a los transeúntes con ojos atontados, y cuidaba de los bueyes con el chuzo en la mano.

Trillito pasó cerca de ella; por costumbre le hizo un guiño malicioso, y le dijo un chicoleo. La chiquilla le volvió la espalda, y le contestó como un mordisco.

—¡*Atravío* más tonto!

Él se rio, entró al Mercado y empezó a dar vueltas mirando por el suelo entre la basura; recordaba que muchos campesinos pierden allí con frecuencia sumas de dinero, ¡y quién sabe! podía hallar algo... hasta siguió a uno que habiendo comprado una barra de jabón en una pulpería, envolvía en la punta de un pañuelo sucio, unos billetes; el pañuelo le asomaba por la bolsa de la chaqueta, y era fácil extraerlo con alguna habilidad... pero bien pronto desistió por temor de que alguien lo viese.

Dio algunas vueltas más, se sentía ya cansado como un perro, y desfallecido; era tarde para ir de visita a alguna casa conocida a fin de hacerse invitar a almorzar, treta que ya otras veces había puesto en práctica con excelentes resultados, y además, casi todas las familias que él conocía y donde había logrado inspirar confianza con sus zalamerías y agasajos, estaban ausentes.

Se había parado mirando unos hermosos rábanos que debían estar ricos, con su picantillo excitante.

—Qué demonios, pensó: compraré un rollito y con un bollo de pan almorzaré; estaba por decidirse porque la cosa urgía, cuando vio pasar a su vera a un individuo, un campesino que él conocía; era un acomodado vecino de San Pablo del Güitite, que iba descalzo, con su chaqueta al brazo, limpiándose la frente y la nuca con un gran pañuelo de color. *Trillito* le siguió. El campesino llegó a las ventas del dulce, y se paró a hablar con un comerciante de ese artículo que tenía por delante de sí sobre un cajón, una trinchera de *tapas* muy bien estivadas; se le acercó y como de paso le tocó en un hombro; volvióse el campesino, y al verle, se quitó el sombrero y le dijo alargando una mano pegajosa y sucia, que *Trillito* se apresuró a estrechar no sin gran repugnancia.

—¿Eh don Mario y *co* le va?

—Bien, amigo, ¿y usted qué anda haciendo? Siempre en

negocios, contestó *Trillito* palmoteándole el hombro.

—*Adió* don Mario, no crea... es que le *dicía* yo al amigo que estaba *enquivocao* en una cuentecita de *duce* que le *vendió*... a ver; sáqueme *usté* la cuenta don Mario, y verá *qués* como yo digo... vea; son quinientos *ataos*; *pa* que me los mercara en *punta* se los di, *mitá* quince y *mitá* veinte... ¿cuánto es? yo saco...

—Es muy fácil, aguárdese un momento; en un periquete *Trillito* se armó de su lápiz, y arrancando una hojilla de la cartera, se puso a multiplicar.

—Los doscientos cincuenta atados de a quince valen... treinta y siete pesos y medio, y los doscientos cincuenta de a veinte, valen... cincuenta pesos redondos; es decir, que toda la partida suma ochenta y siete pesos y medio.

—Ya ve, dijo el campesino dirigiéndose al comerciante, ¿*qués* como le *dicía*?, yo saco mis cuentas y no hay caso; no me *enquivoco* así tan *enainas*.

—¿Y el señor cuánto decía que era? preguntó *Trillito* deseando terminar el asunto.

—Pues yo... dijo el comerciante que no debía ser lerdo; yo creía que...

—Él *dicía* *queran* setentisiete pesos con seis *riales*, interrumpió el campesino.

—Faltan nueve pesos con seis reales, sentenció *Trillito* dirigiéndose al comerciante.

El muy ladino se rascó el cogote y pagó refunfuñando.

—¿Gusta de tomar un trago? vamos si tiene gusto... dijo el campesino a *Trillito*.

—Bueno, vamos.

Echaron a andar y Mario lo fue llevando con dirección a la hostería de que guardaba tan gratos recuerdos.

—Vamos aquí, le dijo, esta es una buena parte y hay cantina también.

Entraron, y el campesino pidió un *guaro* grande para él y

un *coñá pa* don Mario.

Mientras servían, *Trillito* obtuvo noticias de su familia, estaba buena; *ñor* Gregorio era el *mesmo* de siempre, con una *salú* de garrobo; aunque el campesino vivía un poco lejos de la población él *vía* a *ñor* Gregorio todos los domingos en misa, y aun solían platicar alguna vez, ¡era tan *noble*!

—Ahora que ya bebimos, vamos a almorzar, amigo, dijo *Trillito*; yo lo convido.

—No, no, no se moleste tanto por *yo*, contestó el campesino resistido: allí en la carreta tengo un almuercillo que la *mujer* me puso y no hay *pa qué* vaya *usté a molestase*.

—Faltaba más, arguyó *Trillito* poniéndose serio; no señor, somos del mismo pueblo, y es justo ya que por casualidad le he encontrado, que almuerce conmigo.

—No, don Mario, mejor me voy, repetía el *concho* verdaderamente apurado y tratando de salir.

Trillito le sentó casi a la fuerza, y pidió otras dos copas que se embaularon bonitamente, y mientras empezaban a servir el almuerzo, apareció sobre la mesa una botella de vino tinto, del cual el campesino se tragó un vaso, para *quitarse* el mal efecto que ya empezaba a sentir en la cabeza, a causa de dos *guaros dobles*.

Cuando el almuerzo concluyó, el *concho* estaba más *socado* que una tuerca herrumbrada. *Trillito* con solo dos *coñaquitos*, y un vaso de vino, apenas se sentía *entonado*.

Al campesino le dio entonces por querer beber más, e insistía con don Mario en que tenía que beber cerveza. A cada momento sacaba de la chaqueta el pañuelo donde estaba anudado el producto de la panela vendida.

—Ajá, decía, con la cabeza caída sobre el pecho y todo desmadejado; aquel pensaba *engañame* pero se *fregó*... a mí *naide mengaña*; y golpeaba la mesa con la mano en que tenía el dinero.

—A ver, dijo *Trillito* después de pasear una mirada recelosa a su alrededor, es bueno revisar la plata, porque aquí en

San José hay mucho pillo, y es preciso andar listo.

—Bueno, gruñó el campesino, cuéntela *usté* y verá... ya sabe que lo *apreseo* mucho a *usté* y a su tata; y tiró los billetes sobre la mesa.

—*Trillito* se puso muy serio a contar el dinero, y con un movimiento de prestidigitador hábil, dejó caer tres billetes de diez pesos sobre sus piernas.

—Está bien, dijo; ahora envuélvalo y amárrelo no vaya a perderlo, así... hizo veinte nudos al pañuelo y lo devolvió al concho.

Este se inclinó para tomar la chaqueta que había dejado a su lado en el suelo, y con esa pesadez del beodo se esforzaba en encontrar la bolsa para guardar el lío: después de buscar y rebuscar, pudo meterlo en un bolsillo, y cuando alzó la cabeza para decir algo a *don* Mario, ya éste había desaparecido.

Miró por todos lados con aire estúpido; se frotaba los ojos y trató de ponerse en pie, lo que consiguió con gran dificultad, y con paso vacilante se dirigió a la puerta de la calle.

—Eh amigo, le dijo alguien a tiempo que una mano le detuvo por un brazo. ¡Hay que pagar para salir!

—¡Cómo pagar! Yo no le debo a *usté* *niún* cinco...

¿Y el almuerzo que se han comido, y el vino, y los tragos? preguntó el fondista que era hombre de malas pulgas, —¿quién los paga?

—Yo que sé... a mí *menvitaron* almorzar... cóbrele a don Mario *qués* rico... su tata, *mano* Gregorio es lo que hay *honrao*.

—¡Aquí no hay don Mario ni *mano* Gregorio que valgan! gritó el otro; o paga usted o va a la cárcel.

—¿Yo a la cárcel? No *sía* tonto, vea *usté* cómo habla y *dejemime*.

Se armó el consiguiente molote; un policía intervino, y el pobre *concho* tuvo que aflojar la mosca echando diez ternos por cada centavo. Ya en la acera gritó en son de reto alzando

los puños.

—A *yo naide* me avasalla por plata... chancludos del... y salió haciendo unas eses que eran un prodigio de equilibrio.

Al atardecer del siguiente día, *Trillito*, caballero sobre un rocín de las cuadras de *ñor* Gregorio, empezó a ver las primeras casitas de San Pablo, su pueblo natal.

Joaquín su hermano, a quien llamaban Quinito, y que hacía de espolique, iba distraído mirando hacia adelante; de cuando en cuando se volvía para llamar la atención de Mario respecto de infinidad de detalles y de noticias que maldito lo que a este interesaban.

El sol les daba de frente y les envolvía en una nube dorada, que tal parecía la escasa polvareda que se levantaba en el camino reseco y mal empedrado.

El caballejo trotaba aperezado, como si participase de la laxitud que se había apoderado del jinete.

Trillito estaba sumido en una especie de estupor melancólico, y con los ojos entornados, apenas si se daba cuenta de ciertos parajes que iba reconociendo.

La tarde estaba hermosa, en los bardales del camino saltaban los *tijo-tijos* y de cuando en cuando el grito destemplado de alguna *piapia* le sacaba de sus meditaciones.

De pronto Quinito se volvió, y extendiendo un brazo, llamó la atención de su hermano.

—Mire *liglesia*, le dijo.

Mario alzó la vista; allá, a lo lejos, al frente, un poco hacia la derecha, y sobre el fondo verde oscuro del paisaje, vio blanquear el campanario de la iglesia.

Sintió caer sobre su corazón una especie de frescura, de piedad, al pensar en sus padres y en las iniquidades con ellos cometidas; al contemplar aquellos lugares de los dulcísimos

recuerdos de su infancia; de cuando andaba descalzo sobre aquel camino, de los nidos que perseguía a la salida de la escuela con sus camaradas, de las escapatorias al remanso del río donde se bañaba y pescaba *barbudos*, de los exámenes públicos, a los cuales asistía el cura, risueño y campechano, y el Jefe Político muy estirado y serio en compañía de otros señores que llegaban al barrio metiendo más bulla que embajadores; de las semanas santas que allí había pasado, del pantaloncito nuevo de dril que había estrenado el Domingo de Ramos, hecho por un sastre chapucero pero que a él se le antojaba un Valenzuela o un Chente Montero; del sabroso biscocho que su buena madrecita horneaba todos los sábados... hasta de unos mojicones cambiados con un chiquillo que era el Cid Campeador de la escuela... y era allí, sí, Mario recordaba el paraje; bajo aquel frondoso higuierón se había verificado el famoso encuentro en que sus narices soportaron el furioso cañoneo de su contrario... y aquel higuierón, testigo de su derrota, permanecía allí, como el enorme león de Waterloo señala el lugar de la caída del capitán más grande del siglo pasado. Todo el panorama de su vida discurrió en un minuto por la mente de *Trillito*; todo lo recordó con una riqueza de detalles y de colorido, que le hicieron asomar las lágrimas a los ojos. Paró un momento la cabalgadura, y se quedó contemplando aquel árbol que tantos recuerdos le traía, frescos y brillantes cual si hubiesen sido conservados en el verdor de sus hojas.

—¿Qué está viendo, preguntó Quinito: algún *mosotillo*?

—No... me estaba acordando de las tonterías de uno cuando está chiquillo.

Quinito se rió, y Mario un poco más animado espoleó el caballo; las casas iban apareciendo con más frecuencia; recordó en seguida la romanza de una vieja zarzuela, y cantó a media voz:

“Sitios de mi alegría
Lugares de mi niñez
Dichosos los ojos
Que os vuelven a ver.”

—Qué bonita esa cantada, dijo Quinito admirado de que su hermano cantara; ¿*onde* la oyó?

—Es de una zarzuela, contestó Mario sin recordar que su hermanito ignoraba lo que eso era.

—¿De una qué?...

—De unas *cosas* que representan en el teatro, repuso Mario para salir del paso.

—¿Ah, sí, a *modo* de títeres?

—Sí, pero en vez de salir muñecos, salen personas que hablan y cantan al compás de la música.

—¡Ah, como en las *pantominas* de las *maromas*! ¡qué lindo!... yo por eso quiero apurarme mucho en *lescuela*, para ir a San José y estudiar... así como *usté*... Mario sintió una gran vergüenza al recordar tantos años consumidos en la crápula y en el vicio, a que le habían arrastrado unos cuantos bribones que le ayudaron a despilfarrar el dinero, aquel dinero ganado por su padre en el trabajo y el ahorro.

Miró a Quinito con cariño; aquel chiquillo, a los doce años, hecho un hombrecito en las faenas del campo, comprendía la necesidad del estudio; en sus ojitos vivos y en su carita risueña, se reflejaban la viveza y la precocidad... ¿qué sería de su hermano? Probablemente un agricultor que no saldría nunca de allí... ¡ah, cuánto le envidiaba!

—¿Y estás muy adelantado en la escuela?, le preguntó después de una pausa.

—¡Sí señor!, respondió el chiquillo poniéndose colorado. El maestro dice que en *arismética*, en gramática, y en escritura,

soy el primero... siempre me hace una seña en las clases para que yo corrija a los muchachos cuando dicen *mestro*, *muncho*, *Rafel*, *Grabiel*, *mesmo* y así...

—¡Qué bueno! Me alegro mucho de que seas aplicado... así cuando papá nos falte, —ya está viejo, —seguirás manejando las fincas y serás un hombre rico, porque aprenderás muchas cosas que te servirán... es la mejor vida. Quinito; labrar la tierra, vivir del trabajo honrado que da salud y bienestar tranquilamente, sin apuros ni congojas... creelo, Quinito; es mejor ser un buen agricultor, un hombre práctico... mira, aquí en las alforjas te traigo un regalito que te gustará mucho; lo compré esta mañana... es un libro que habla de todo eso, ya verás que bonito... ¿y dime, papá está contento porque yo vengo a verlos?

—Mamá está muy contenta... hasta que llora... hace tanto tiempo que usted no viene... ya yo ni me acordaba como era *usté*...

—¡Es verdad!, exclamó Mario con amarga expresión; ¿y papá no está contento...?

Pues sí, sí está contento, respondió Quinito ruborizándose; y espoleó el caballo.

Pasaron por la población en la cual Mario notó algunas nuevas construcciones; la placita cubierta de césped, sombreada por algunos mangos e higuerones corpulentos, y la casa de escuela refeccionada y pintada para honor de la Junta de Educación.

Pronto llegaron: Mario vio su casa, una de esas casas de campo, grandes, con ancho corredor, frente a un patio al que se entraba por una *tranquera* cuyas varas estaban descorridas. Detrás se extendía un potrero donde se veían pacer algunas reses.

Los padres de Mario, de pie, en el corredor, tenían fijos los ojos en él con expresión indescriptible y profundamente conmovidos; cuando aquel saltó del caballo, cuatro brazos amoro-

sos le estrecharon, como cuatro alas, cual si quisieran purificar con su santo calor, y bajo aquella blancura celestial, la infamia y la ruindad de aquel hijo que les tenía casi olvidados, que les había despreciado, y al cual tanto querían.

—“¡Hijo de mi alma!” y no se oyó más que el rumor de los sollozos, bajo la tranquila serenidad de aquella tarde que se desvanecía.

Quinito, mudo testigo de aquella escena, fuese detrás de la casa dando hipidos, y allí estuvo hasta que su hermanita vino a llamarle para comer.

❁
XIX
❁

La comida fue apacible; Mario y Quinito comieron con gana; el viaje les abrió el apetito. Ñor Gregorio y ña Tomasa no se hartaban de ver a su hijo, en el cual admiraban un aire de *gran señor*; solo que les parecía un poco delgado y enflaquecido.

El viejo había estado cariñoso con Mario, y pasados los primeros momentos de expansión se había encerrado en cierta prudente reserva. Este notó que no le preguntaba qué hacía en San José, si estudiaba, si trabajaba, ni cómo se las componía pues ñor Gregorio casi le había cerrado su bolsa, desde que tuvo informes fehacientes de que su hijo no era más que un tronera y botarate.

Mario concluyó de comer, y cuando ya estaba que no cabía en los pantalones, ña Tomasa que conversaba con él, y que no se hartaba de mirarle, se levantó y trajo de un estante un gran vaso de *postrera*.

—*Tomá* hijito, le dijo: desde esta mañana la tengo *asentando pa vos*; y como Mario se excusara pretextando que ya no podía más, ella insistió riendo con aquella su risa franca y jovial que le movía el estómago como una convulsión.

—*Adió* hijito, *bebete* ese poquillo... mirá que estás muy flaco... cuánto tiempo hará que no *bebés postrera*...

Mario no pudo resistir más, y bebió.

Salieron después al corredor de la parte trasera de la casa, que daba al gran potrero que tendía su inmensa alfombra de

grama, con un ligero declive que subía hacia el fondo, hasta el pie de una colina cubierta de espesos jarales, donde Mario en su infancia perseguía conejos y codornices; cerca del corredor estaba el gallinero, hecho de cañas *bravas*, con la parte inferior de los horcones protegida con pedazos de lata; algunas gallinas *trasnochadoras* subían a sus aposentos por una vara inclinada, en la cual había pedacitos de madera clavados transversalmente: una curiosidad que había llenado de orgullo a su autor, el gran Quinito.

Un riachuelo arrastraba sus linfas allí cerca, y hacía gorgoritos entre los guijarros.

Mario sintió que el alma se le ensanchaba al aspirar aquel aire puro, al bañarse en aquella gran calma de la tarde que moría llena de infinita dulzura. Reconoció todos los lugares; el arroyo donde se bañaban los patos, el *pilón* de madera donde él había visto tantas veces a su padre descascarando café, con la pesada maza lustrosa por el uso, los yugos colgando de barzones de cuero, varios arados arrimados a la pared, coyundas, rollos de *mecate*, palas, todo ocupaba los mismos lugares que cuando estuvo la última vez.

Se sentaron en una banca; Mario colocó sobre sus rodillas a su hermanita Angelina, menor que Quinito dos años, y la acarició con verdadero cariño.

La chiquilla estaba algo cohibida; se le hacía difícil creer que *aquel señor* fuera su hermano.

La conversación había sido superficial y varia; de las cosechas de café, de la caña, del maíz y de los frijoles; de los nuevos desmontes hechos, del ganado, de algunas compras de terreno recién efectuadas, etc.

De pronto ñor Gregorio cambiando de tono, y mirando fijamente a Mario, le dijo:

—Hace rato, desde que llegaste, *h'estao* por hacerte una pregunta: —¿*Onde* estabas cuando las fiestas de San José? ¿No

supistes que fuimos yo y tu mama?... ¡por cierto que nos pasó un chasco!... Yo creo que vos no lo supistes porque nos hubieras *buscao*, porque *sabés ondés* que nos *apiamos*... allá, por la calle la *pólvora*, onde el compadre Manuel.

Mario temió que su padre, a pesar de la semioscuridad que les envolvía, notara que se ponía rojo hasta el pelo; pero con gran aplomo, y fingiendo un gran interés, contestó.

—Ah, sí, lo supe, y fui a buscarles pero con tan mala suerte... ¿y por qué no me avisaron ese viaje? Crea que me dio un resentimiento...

—Tu mama no quiso, decía *quera pa cojete descuidao* y que así lucía más la *cosa*... hace tanto tiempo que no *venís*... ¿y cómo lo *supistes*?

—Ahora verá, contestó Mario procurando recordar el cuento que ya había estudiado para el caso, a fin de presentar una excusa de su infame comportamiento. —Ese día había sido invitado por una familia para ir a ver los toros en un tablado, de donde nos vinimos algo tarde, pues una señorita de la familia tuvo una descomposición, probablemente a causa del corsé que llevaba muy apretado; hubimos de tomar un coche para llevar la niña a su casa; por la noche en la retreta, alguien que le conoce a usted, no recuerdo quién fue —hay tanta gente que le habla a uno en esos lugares, —me dijo: “Mario, yo creo que su papá anda por aquí en San José con su mamá; ¿por qué? le pregunté: “porque he visto a un señor que se le parece mucho,” y me dio todas las señas de usted. Inmediatamente corrí donde don Manuel a buscarles, pero encontré cerrado, además, yo no recordaba bien cuál era la casa, y temí llamar a otra puerta. Me acosté tarde esa noche, y al siguiente día, en cuanto me levanté, volví; el corazón me decía que ustedes estaban allí, que les iba a ver, pero ya se habían ido para Cartago... ¿Qué fueron a hacer?

—Una promesa hijito, que habíamos ofrecido a la virgen de los Ángeles, contestó *ña* Tomasa suspirando.

Mario se sonrió, y haciéndose de las nuevas preguntó:

—¿Y cuál fue el chasco que les pasó, que me decía papá hace un momento?

—Ay, hijito, ni me lo *acordés*, exclamó ña Tomasa moviendo la cabeza pesarosa; ¡Jesús! que *temeridá*. Entonces ñor Gregorio contó a Mario el suceso de la caída de su pobre mujer en el caño de la calle de la estación, el primer día de las fiestas.

—¡Caramba pero qué barbaridad! ¿y cómo fue eso? ¡Qué atrocidad! ¡Cuánto siento no haber podido encontrarlos, no haber estado con ustedes en ese momento!, exclamó Mario con un tono tal de pesadumbre, que conmovió a su madre.

—¡Ah, hijito, y nosotros! ya *podés* figurate la vergüenza que pasé; si vieras lo que me dolía venime de la *siudá*, sabiendo que estabas allí y no poder verte... yo le *dicía* a Goyo, *busquémolo*, a cualquiera que le preguntemos nos dará razón; pero él no quería y me dijo: “¿qué vamos a buscar a Mario en medio de tanta parranda y bulla, cuando ni siquiera nos ha dicho *ondés* que vive? *vamonós* mejor; si él quiere vernos que vaya a San Pablo.”

—Como ya *vos* ni te acordabas que tenías *tatas*... exclamó ñor Gregorio con voz un tanto balbuciente.

—Tiene usted razón, papá, dijo Mario avergonzado. No sé qué es lo que le pasa a uno... los amigos, las relaciones, los entretenimientos, todo contribuye a que se olviden a veces ciertas obligaciones...

—Un hijo no debe descuidar nunca ciertos deberes, interrumpió ñor Gregorio, quien aún no se había atrevido a hacer a Mario reproche alguno.

Este bajó avergonzado la cabeza; comprendió lo malvado que era, se vio tan bajo, tan ruín ante la santidad de aquel cariño de que era objeto por parte de sus buenos padres, que tuvo un momento en que creyó que iba a arrodillarse ante ellos, a pedirles perdón, a confesar sus faltas, y a lavar con sus caricias

las afrentas que les había inferido. Trató de parecerles cariñoso, de deshacer la mala impresión que su comportamiento había causado en sus padres, confesando algunas de sus flaquezas menos gordas.

Su buena madre le oía embelesada; juzgaba a su hijo un muchacho de excelente corazón a pesar de todo, y experimentaba hacia él un sentimiento de admiración, casi de respeto; y es que la buena señora no veía otra cosa que el exterior de Mario, y pensaba con su pobre criterio de campesina, que ella no merecía aquellas razones de su hijo, humildes y tan bien dichas.

Ñor Gregorio continuaba encerrado en su reserva, y había dejado hablar a Mario sin decirle siquiera una de esas frases que la benevolencia lleva a veces a los labios más severos. Poniéndose en pie, ayudado de su grueso bastón, y después de una larga pausa, dijo mirando las estrellas que resplandecían en el fondo del cielo.

—Ya deben ser las nueve, vamos a dormir.

Se dirigieron al cuarto destinado a Mario al lado de la gran sala, decorada con infinidad de cromos y estampas pegadas a los tabiques en engrudo.

Mario halló su cama bien acondicionada, tendida con una colcha blanquísima; la almohada era alta y gorda con gran funda llena de bordados; al lado, una mesilla y un taburete de cuero, y a los pies de la cama un gran baúl de cedro al frente de cuya tapa brillaba una perillita de cristal verde; en los tabiques infinidad de estampas místicas desteñidas, y un retrato en marco dorado, del señor Obispo Thiel.

Aquel ajuar modesto, pero muy limpio, le recordó el último viaje que había hecho a su casa, y muchos episodios de la infancia.

Dio las buenas noches a sus padres, y atrancó la puerta.

Cuando se vio solo, mil ideas asaltaron su mente, no tenía sueño... Se hallaba frente a una perspectiva nada halagadora.

Abrió una ventanilla que daba al corral donde se ordeñaban las vacas, y contempló el panorama que se extendía ante su vista: cerca, en el potrero, algunos árboles altísimos parecían dormitar bajo aquel gran silencio; allá a lo lejos el perfil de la montaña se recortaba confusamente sobre el cielo que empezaba a iluminarse con las primeras sonrisas de la luna; de cuando en cuando llegaban a sus oídos los bramidos de las vacas, y los balidos de los terneros encerrados en el aprisco.

Los *cuyeos* con su grito continuo, y su vuelo oblicuo, a flor de tierra, divirtieron a Mario un rato. Después quedó sumido en profundas meditaciones.

Ya tarde, cuando se metió en la cama, no pudo menos que hacer un gesto de disgusto, al notar la diferencia que había entre su mullido colchón, y aquel esterón de paja.

—Mañana hablaré a papá, se dijo: esto no puede continuar así... necesito saber a qué atenerme... trabajaré, cambiaré de vida, pero es preciso que se me ayude... estoy atascado hasta *el gollete*. Encendió un cigarrillo, y mientras fumaba, hacía mil planes; pero a lo mejor, cuando acariciaba los más sanos propósitos de enmienda, y trazaba la ruta que pensaba seguir para su mejoramiento moral, para su rehabilitación, se quedó profundamente dormido. Así le ocurría siempre.



XX



Y no abrió los ojos hasta las seis de la mañana cuando el sol hería con sus flechas de oro las altas copas de los árboles, que parecían despertar de su profundo sueño, y desperezarse al sentir entre sus frondas, las caricias y las cópulas de los pájaros que tenían allí sus alcobitas calientes y perfumadas.

Mario acababa de abrir el ventanucho corredizo que daba al corral; su padre se ocupaba en ordeñar una hermosa vaca, faena en que le ayudaban un mozo y Quinito, cuando ña Tomasa entró al cuarto con un gran pocillo lleno hasta los bordes de espumante leche, cuyas burbujitas se iban deshaciendo.

—¿Qué tal noche pasaste, hijito?, le preguntó llena de solicitud.

—Muy buena, mamá, he dormido como un bendito toda la noche... ¿y usted?

—Yo estuve algo *recordada*, me costó alquillo *dormime*, y hasta Goyo estuvo *recordao*...

Mario bebía a sorbitos, mientras su madre se había sentado al borde de la cama, feliz y complacida de ver allí a su hijo bajo su techo, apurar aquella leche con tanta sabrosura.

—*Mirá* prosiguió ña Tomasa en tono confidencial y haciendo que Mario se sentara a su lado. —No le *hagás* caso a tu tata, ya *sabés* que está viejo, y que todo le disgusta... se ha vuelto tan... pues nunca ha *sio agarradillo*, pero ya últimamente estaba muy bravo con vos; decía que no te gustaba trabajar,

que no hacías más *quespifarrar* la plata, que ya te había *dao* no sé cuánto, y que si así seguías nos ibas a dejar en la calle... jue después de que tuvo que pagar aquel *documento* en que *lo pusistes* de fiador... pero ve, *portate* bien, seguí estudiando, yo tal vez puedo *mandate* algo de cuando en vez *unque* sea escondidas...

—¿De modo, interrumpió Mario, que V. cree que es perdido hablarle a papá?... Necesito una sumilla para pagar unos picos atrasados, y tenía esperanza de que papá me la diera... o me la prestara... ya será poco lo que le pediré, pues pienso en un negocio que me dará lo suficiente para vivir y hasta para llevarme a Quinito a estudiar.

—¡Ay hijito! repuso *ña* Tomasa moviendo lentamente la cabeza de izquierda a derecha; quién sabe... está tan *disgustao*... es que parece que ha *recibió* cartas de la *suidá* en que le contaban todo lo que *vos* hacías, que jugabas, que te habían visto *almadiao* y... ¡qué sé yo qué más!...

Mario se sobresaltó, sintió cólicos y con mucha serenidad replicó.

—Esos son chismes y calumnias de algún envidioso... como yo estoy bien relacionado en San José, asisto a reuniones de la primera sociedad, y me trato con las personas que más valen, se ha propuesto algún pillo a desacreditarme... yo le probaré a papá que todo eso es falso.

—Así *mesmo* se lo *dicía* yo a Goyo; ¿ves qué gente más falta de *caridá*? Y la buena señora se quedó lela mirando a su hijo, de quien tenía la más alta idea.

Hablaron un rato más; el eco llevó hasta allí un alegre repique de campanas.

—¡Hijo de Dios! exclamó *ña* Tomasa poniéndose de pie; ya dan *primero pa* misa y yo aquí tan sentada... *orita* vuelvo; y salió disparada hacia la cocina moviendo sus anchas caderas con andar diligente.

Serían cerca de las nueve cuando ñor Gregorio y familia se pusieron en marcha hacia la iglesia para asistir a la misa; todos iban endomingados, con sus mejores trapitos. La casa quedó al cuidado de una vieja sorda que allí vivía hacía algún tiempo, y que hacía entre todos los oficios imaginables, el de cocinera.

Mario no pudo excusarse de asistir a la iglesia. Su madre iba que no cabía de gusto a su lado, orgullosa y ufana de presentarse con su hijo, de que la vieran con aquel joven tan simpático que tenía todo el porte de un señor de la *suidá*.

El trecho que tenían que caminar era largo, pero Mario no se aburría; hablaba con su madre de todos esos detalles que forman las crónicas de esos lugarejos: fue impuesto de que Fulano se había casado y de que tenía dos hijos: Zutano se había muerto; la hija de Mengano había salido con una *pata de banco*, y criaba un muchachito que decían que era del... pero no, es malo murmurar; Perencejo se había sacado un premio gordo de la lotería el año pasado, y alquilaba plata a peso *l'onza por semana*, pero también se le habían muerto la mujer y siete vacas, y además le habían desrabado tres caballos que eran las niñas de sus ojos; y por último, Menganejo estaba en San Lucas descontando una pena por unos filazos que le había dado a un individuo cierto domingo a la salida de misa, a causa de una *soca* que se puso.

Cuando entraron a la iglesia, la misa empezaba; la nave del medio estaba llena de mujeres que lucían pañolones de todos los colores imaginables, y a los lados, los campesinos, casi todos descalzos, los más en camisa, con gruesas fajas de seda a la cintura, y sendos y vistosos pañuelos al cuello.

A la mitad de la misa el cura se despojó de la casulla blanca y oro, encasquetóse el bonete, y se dirigió al púlpito con las manos juntas sobre el pecho y en actitud compungida.

Ya arriba se descubrió, sacó un gran pañuelo, limpióse el sudor, y después de soltar media docena de latinajos, enjaretó con voz campanuda y teatral una de esas pláticas sosas y ramplonas, comidilla que ciertos curas de *misa* y *olla* sirven general e invariablemente, a sus *amados* feligreses, pláticas en que la sindéresis, la lógica y hasta el sentido común andan a la greña allá por los cerros de Dota (que no siempre han de ser los de Ubeda), gritadas a borbotones, como una verdadera descarga de palabras que ni enseñan ni moralizan, y que se pierden en los ámbitos de la iglesia como golpes de bombo.

Allí se le habla al pueblo del santo tal o cual, de los milagros que hizo, del desprendimiento de los bienes terrenales, de las cosechas, de los *humildes* siervos de Dios que deben *vivir del altar*, y por último del turno que ha de celebrarse tal día para allegar recursos con qué comprar una imagen del Santo Patrono dispensador de tantas gracias, una campana más grande, “la lengua de la casa a Dios”, para que se oiga en todo el pueblo, y algunos vasos sagrados etc., etc.

Y los turnos se suceden, y el dinero se emplea en llenar esas necesidades de la iglesia, entretanto que la casa de escuela carece de asientos, de libros, de todo lo más necesario, y a la cual muchos niños no concurren por no tener con qué comprar una obra de texto, si es que al fin la Junta de Educación no logra obtener del Estado el auxilio que se ve obligada a pedir para atender a tal penuria. ¡Es tan pobre el distrito!

Mario oyó la plática bostezando algunas veces, y mirando a los cuadros del viacrucis que tenía cerca; todo aquello lo había oído allí mismo cuando era chiquillo y se sentaba al lado de su madre, entretenido en observar algún perrillo que se paseaba olfateando entre la gente, o bien mirando cómo iba el sacristán, a quien envidiaba con toda su alma, con un platillito de cristal verde recogiendo dieces y cincos que sonaban tilín tin...

No pudo menos que sonreír al recuerdo de todas esas

ideas que volvían a su cerebro frescas, y llenas del perfume de su infancia que se había deslizado allí en aquel pueblo humilde y tranquilo.

Terminada la misa, Mario salió de la iglesia y aguardó a sus padres; tuvo la oportunidad de saludar a algunos conocidos y de charlar alegremente dándose la importancia de una persona que viene de la capital, que no tiene inconveniente en fraternizar con sus coterráneos así sean pobres y rudos campesinos.

El almuerzo estuvo animado. En la gran cocina de paredes recién enjalbegadas, estaba la mesa cubierta con blanquísimo mantel de flecos y bien abastecida: ña Tomasa había dado sus órdenes, y un tierno lechoncillo aparecía en una gran cazuela durmiendo el sueño eterno en un lecho de salsa, purgando con su muerte el delito de tener una carne blanda y sabrosa.

En frente, sobre el fogón, la sorda no se daba punto de reposo. En un ángulo se alzaba un horno alto y panzudo, y frente al *molendero* un gran escaparate ostentaba diversidad de pocillos de loza a grandes flores azules colmados de leche; sendos platos de natilla, y hojaldres de pan dorado, quesos, rosquetes, y bizcochos.

Mario conversaba con su padre de mil cosas, y empezaba con mucha habilidad a tender sus redes, pero el viejo a veces le miraba fijamente, con la cabeza un poco baja, por entre sus cejas pobladas y grises, de tal modo, que a lo mejor se callaba desconcertado.

—Pero Goyo, saltó de pronto ña Tomasa: no le *habís conta* a Mario el cuento aquel de la plata... tal vez él puede hacer algo allá en la *suidá pa* ver si nos pagan *eso* de algún modo...

Ñor Gregorio miró a su mujer con aire muy serio y la interrumpió.

—¿*Vos sos* tonta, pensás que puede sacarse algo con eso? ya yo he *consulta*o el caso... eso es *perdí*o.

—¡*Siá* por Dios! exclamó ña Tomasa lanzando un gran

suspiro.

—¿De qué se trata? preguntó Mario que tuvo curiosidad de saber a qué se referían sus padres.

—Una tontera de tu mama, contestó ñor Gregorio dirigiendo a su mujer una mirada de reproche; —no quisiera ni *acordame deso... figureate* que *jue* y quemó en el horno noventa y siete pesos: ¡ah, caramba! Si cuando *miacuerdo...*

—Vos tuviste la culpa, arguyó ña Tomasa; ¿quién dispone guardar plata en el horno y no *avisame...*? ¡qué cabeza! sia por Dios, qué grosería.

—¿Pero cómo estuvo eso?, preguntó Mario; ¿qué barbaridad!...

—*Pus figureate* que salía yo con el vaquero ayer hizo veintidós días, a ver un *alimal* que se estaba muriendo *opilao*, cuando venía Aniceto de vender unos chanchos que había *mandao* a la *suidá*.

Me dio los noventa y siete pesos en el corredor, yo los conté, me los *trujo* en papeles... y por no *perdelos* no quise *echámelos* en la bolsa... ésta (refiriéndose a su mujer) andaba en un rosario esa tarde, y se entretuvo, *muncho*. Por no *demorame por quiba precisao*, en buscar las llaves del cofre *pa* guardar esa plata, entré a la cocina y los escondí entre el horno, arriba en un *güeco*, y me *jui*: no me volví acordar *deso* con el susto de la vaca y los remedios que le estuvimos haciendo; me levanté aclarando, y me *jui* al cañal; como a las nueve *miacordé* de la plata y me vine *esmanchao* a la carrera, y ya tu mama había *prendío* el horno *pal* amasijo y estaba que.. ni el demonio, hecho brasas... y los papelillos esos adentro; ¡maldita sea! Cuando uno está *torció...* *habís* visto qué tontera prender el horno...

—De seguro, repuso Mario muy dolorido; que si mamá hubiese sabido que dentro del horno estaba ese dinero, lo

habría sacado antes... ¡qué lástima! de veras que fue una barbaridad... noventa y siete pesos en humo...

—¿Es decir, arguyó ñor Gregorio, que solo yo tengo la culpa...?

—*Peruijo*, exclamó ña Tomasa en tono conciliador... ¡yo no soy sabia...! y dirigiéndose a su hijo: No *pensás* que pueda *lograse* que nos paguen algo *deso* hablando en San José con algún *menistro*, vos que *tenés* relaciones con ellos.

Mario se rió al oír aquella candorosidad.

—No, mamá, eso está perdido; si V. pudiera probar al Banco que los billetes de tal valor, números tales y cuales se le quemaron... pero ni aun así; eso entra en las ganancias de los Bancos.

—Ah, suspiró ña Tomasa aparentando entender aquello que era para ella purísimo *chino*; sí, *tenés* razón.

A pesar de esta nota triste, el almuerzo terminó un poco alegre, y todos se levantaron de la mesa satisfechos, y resoplando porque el calor apretaba de lo lindo:

Los continuos ruegos de su madre detuvieron a Mario en su casa cerca de un mes; a los quince días estaba horrorosamente aburrido; se habría largado de allí, si antes hubiese encontrado lo que de tan buena gana fue a buscar; pero no había adelantado gran cosa. —Cierto que su padre parecía ahora más cariñoso y menos arisco, pero observaba siempre aquella reserva indiferente que tanto le mortificaba, y ni siquiera había dicho nada para detenerle allí.

Un día después del almuerzo, Mario habló de su regreso a San José, y rogó a Quinito que muy temprano del siguiente le tuviese listo el caballo, y le acompañara.

En vano le suplicó ña Tomasa que no se fuera tan pronto; pero Mario le ofreció volver con más frecuencia a San Pablo, y la consoló con reiteradas promesas de escribirles muy a menudo.

Preparó pues el viaje observando a hurtadillas cómo su buena madre se ocultaba para dar rienda suelta a sus lágrimas, y calmar la aflicción que le ahogaba, para aparecer después tranquila y sonriente.

Después de la comida que fue silenciosa, y en la cual *ña* Tomasa no probó bocado entristecida por la próxima partida de su hijo, Mario, mirando a su padre fijamente como quien está resuelto a no malograr un momento de decisión, se atrevió a abordar el gran asunto.

—Papá, le dijo trémulo de emoción: yo quisiera hablar con V. un ratito... aquí aparte... un momento nada más; ¿quiere venir al corredor?

—Vamos, contestó *ñor* Gregorio tranquilamente. Salieron y se sentaron.

La tarde estaba plácida y serena; el gran potrero lleno de sol, presentaba aquí y allá grandes manchones amarillentos, entre el verde esmeralda, que iba subiendo en suave declive hacia los montes del fondo, en los cuales se destacaban altos árboles secos, desnudos de ramajes, como enormes esqueletos que dormían acariciados por aquel tibio sol que iba camino de su lecho. Algunas *piapias* gritaban en la arboleda vecina, y los *tijo-tijos* revoloteaban sobre las reses que parecían agradecidas por las útiles caricias que esas aves les prodigaban, al arrancarles del pescuezo y de las ancas las garrapatas, con una presteza y habilidad admirables. ¡Qué buenos amigos del ganado son esos señores, *zopilotillos*! ¡Cómo le abanicán con sus alitas negras y le limpian!...

Mario de una ojeada se hizo cargo del panorama que tenía ante su vista, y después de un exordio no mal pensado habló a su padre largamente pintando la vida llena de exigencias que se veía obligado a hacer, en atención a las valiosas y muchas relaciones que cultivaba en San José, relaciones que él pensaba en aprovechar para surgir. Hasta le habían insinuado la idea de

que podía salir diputado y representar su provincia en no lejano tiempo; con ese fin estudiaba siempre; las matrículas eran caras, caros los libros, y como se veía obligado a corresponder ciertos convites, de ahí provenían sus gastos que parecían crecidos pero que en realidad no lo eran para un joven de la posición que él había conquistado en la capital. No quería que le llamaran miserable ni que le señalasen con el dedo como a un ente ridículo, y deseaba hacer valer a su familia.

—Para atender a todo eso, terminó Mario, como ya usted me había negado su ayuda y lo que últimamente me enviaba era tan limitado, me he visto obligado a buscar dinero, y no he podido hacer frente a los vencimientos. Ahora, para los nuevos cursos, necesito otra suma, y yo no sé qué voy a hacer si la bondad de usted no viene en mi auxilio.

Hubo una pausa: ñor Gregorio, después de sacar con toda calma su eslabón, y de encender en la mecha una rabiosa tagarina de *chircagre* que apestaba, le habló a su hijo de esta guisa:

—*Pus ve* hijo: empiezo por *decite* que me tenés muy *disgustao*; vos no te *acordás* que *tenés* padre sino pa que te mande plata: yo he *sabío* que hace mucho tiempo que no *estudiás*, y que no *hacés* otra cosa *quespifarrar* todo lo que yo te mandaba; yo sé todo lo que *hacés* allá en la *suidá*... sé que *jugás* continuamente en un *clú*; que *tomás* tus tragos y que te *almaidás*... yo sé *quese* vicio maldito lo tienen en San José *un puño* de señores y *qués* muy general... ¿*vos sabés* lo que has *gastao* por ejemplo el año *pasao*? ¡Un dineral! y eso que ya te mandaba poco... a ese paso me *dejás* en la calle a mí y a toda la familia... ¡el tiempo está muy malo! No *sabés* las *crugías* que yo paso pa' juntar doscientos pesos; tiene uno que malbaratar una *yunt'e* bueyes o cuatro vacas... no no; no es posible que yo cargue mi *consensia* siendo *cómpelis* de mi ruina y de tu perdición.

—Mario había querido meter baza varias veces interrumpi-

piendo a su padre para defenderse, pero un severo gesto de ñor Gregorio le había dejado tieso.

Este continuó enardeciéndose más y más a medida que hablaba, con acento lastimoso y voz temblona.

Mario miraba hacia el potrero; no se atrevía a alzar los ojos a su padre, sino muy de cuando en cuando; veía el rostro enjuto del viejo, con aquellas cejas erizas y pobladas como unos arcos de crin, bajo los cuales se asomaban unos ojos que brillaban de severidad e indignación, y en un ángulo de la boca descolorida y desdentada, el purillo apagado que rumiaba como una golosina, y que bailaba con el movimiento de las mandíbulas.

—Es muy triste, prosiguió ñor Gregorio, criar un hijo, hacer mil sacrificios por su educación por *crialo* en el temor de Dios, tener esperanzas de que será un hombre *honrao* que le ayudará a su padre a trabajar, a ver la familia, y que después ese hijo lo engañe y no quiera más *quespifarrar* dinero en vicios y en lujos, cuando uno está aquí echando el alma por trabajar y conservar lo poquillo que Dios le dio; no y no; no *pensés* que vas a seguir esa vida, de libertinaje con el dinero que tanto me cuesta... ¿*querés* trabajar? *pos quedate*; aquí *tenés* todo lo que *necesitás*; ¿qué vas hacer a San José? ¿a seguir la *mesma* vida? *podés íte*, pero ya *sabés* que no *tenés* que contar conmigo pa nada; ¿*querías engañame?* *pos* estás *equivocao*... como antes te dije, sé tu vida y milagros... ¡aquí *tendrés* todo, en la *suidá nada!*

Púsose de pie verdaderamente exaltado. Mario no se atrevió a contestar; siguióle cabizbajo y pensativo, y le vio entrar a su cuarto golpeando el pedernal con su eslabón. Vaya, que su padre era un viejo ridículo; ¿pensaría llevarse las fincas cuando se muriera?

Esa noche sí que estuvo Mario desvelado; su situación era desesperante. ¿Qué haría? Renunciar a la vida de San José después de haber saboreado sus goces ¿y los amigos, y los bailes,

y sus grandes proyectos de hacerse periodista, proyecto que ya había acariciado otras veces, y la diputación que ambicionaba, y la vida de esplendor con que soñaba? ¡Oh, no! ¿Quedarse allí, volverse un campesino, encerrar todos sus sueños y aspiraciones en el estrecho círculo de aquel pueblecillo? Jamás, de ninguna manera: se haría procurador o periodista mientras tanto encontraba cosa más sustanciosa; iría tirando de la vida como pudiese; ¡qué demonio! ¿Y los pagarés vencidos?... Bah, para eso había fiadores abonados.

A las cinco de la tarde del siguiente día, *Trillito* en el fondo de un coche bajaba por la avenida de las Damas con dirección a su cuarto: ¡con qué placer volvió a echar la vista al Parque Nacional, a la cúpula del teatro que desde la estación divisaba. Respiró con la satisfacción de quien vuelve a ver lugares que temió perder para siempre, y sonriendo palpaba en el bolsillo del chaleco diez hermosas monedas de diez pesos, de esas que son ya tan raras, y que su buena madre le había puesto allí haciéndole señales de que callase, feliz y contenta de reiterar a su hijo una vez más los quilates de su cariño infinitamente superiores a los del oro de aquellas monedas.

❁
XXI
❁

La finca de don Agapito Mendoza estuvo ese año muy visitada durante la estación veraniega que se prolongó más que otros años, a causa de los fuertes calores y de la duración del buen tiempo.

Casi todos los domingos aflúan a la finca paseantes de ambos sexos, que permanecían allí el día y regresaban por la tarde a San José, felices y contentos de haber aprovechado el tiempo, y haciéndose lenguas de la amabilidad de don Agapito y señora.

Don Clemente y Julián iban todos los domingos, y regresaban el lunes en primer tren, en busca de sus respectivos quehaceres.

Febrero llegaba a su fin, y Julián ya solo podría volver muy pocas veces, porque el inventario del almacén donde trabajaba se venía encima, y esperaba excelentes resultados. Estaba contento y satisfecho porque iba a percibir la retribución de sus servicios, que además de permitirle atender a ciertas necesidades de la casa, le proporcionaba el gusto de hacer a su bueno y paternal amigo Cartín un abono a cuenta de lo que le debía, y de renovarle una vez más su gratitud por el valioso servicio que con tanta generosidad le había prestado.

Urdaneta no había hablado de marcharse de Costa Rica, a pesar de lo mucho que se aburría un carácter como el suyo,

acostumbrado a las turbulencias y aventuras de las grandes capitales: hacía ya cuatro meses que estaba en el país, y cuando paraba mientes en ello, le parecía extraño; “¿cómo pasa tiempo...!” Sin embargo, solía abrir en la monotomía de su vida de desocupado, agradables paréntesis; a veces alquilaba una volanta y se iba al campo, a la finca de don Agapito, y regresaba al día siguiente; otras se iba a caballo, o en el tren, y permanecía allá una o dos semanas; cazaba por los alrededores ardillas, palomas y *yigüirros*; buscaba cuantas cabalgaduras hubiera a la mano, e inventaba paseos a las montañitas más próximas, almuerzos a la orilla de algún río, y siempre sorprendía a don Agapito conduciendo a la comitiva a sitios y parajes pintorescos que nadie conocía, y que él había descubierto en sus cacerías. Mantenía pues, en ebullición a toda aquella gente.

“Monte Azul” era una magnífica posesión con excelentes patios de beneficio, y máquinas de las más modernas que trabajaban a la perfección, como si dentro de ellas hubiese una conciencia que dirigiera todos los movimientos con precisión admirable.

La casa de habitación presentaba el lado izquierdo a la carretera, y se entraba por un gran portón de hierro, desde el cual se dominaba casi en toda su longitud una hermosa avenida sombreada por doble hilera de mangos, aguacates y zapotes corpulentos y de gigantescos bambúes. La entrada a las habitaciones quedaba frente a esta avenida. Al amplio corredor situado frente a la sala, grande y clara, daba acceso una pequeña escalinata de madera, cubierta por una tela ahulada a grandes flores rojas, y era un lugar delicioso para las tertulias de la tarde. En la baranda de este corredor enredaban campánulas y *lunas* y estaba adornado con grandes matones de pacayas y de begonias de diferentes colores, de anchas y aterciopeladas hojas. Al frente y a la derecha, extendíase el cafetal sombreado por infinidad de árboles de *guaba* y de madera negra.

La última pieza de la fábrica, hacia la izquierda, era el cuartito ocupado por Matilde; siempre se lo reservaba Valentina, porque tenía dos ventanas, una que caía a la calle y la otra que daba al jardín por el lado interior de la cerca, formada de cinco hilos de alambre clavados sobre postes de madera.

A Matilde le gustaba mucho esta habitación, porque de un lado dominaba la carretera, y por el de adentro todo el jardín, que le enviaba por las noches como una caricia voluptuosa, los perfumes de las azucenas, claveles y jazmines que crecían allí en abundancia.

Cuando Valentina invitaba a su amiga para ir los veranos a la finca, Matilde contestaba:

—Pero ya *sabés* que el cuartito de la esquina es el mío.

—Es claro, le contestaba Valentina; ya puedes sacar título supletorio si quieres: te prometo no oponerme.

Matilde sentía verdadera pasión por las flores de perfumes fuertes y penetrantes, que la embriagaran. Comprendía el suicidio por afixia, sepultada como la Albina de “La caída del Padre Mouret”, bajo un montón de flores que mataran con sus besos.

Su alma tenía en todo la misma simetría. Cuando soñaba amores, los deseaba ardientes, apasionados; cuando deseaba amistad, debía ser firme, leal y sin condiciones. Siempre comprendió que Diego, con su carácter tranquilo y su amor exento de esos arranques pasionales de que tanto gustan ciertas mujeres, no era el ideal por ella suspirado. Necesitaba una pasión quemante, avasalladora, semejante a la que era capaz de dar, para que el acorde del amor fuera perfecto.

La profunda impresión que en su alma había hecho Urdeneta, lejos de borrarse, habíase acentuado. Experimentaba en su ausencia cierto desasosiego, cierta impaciencia que llegaba a alarmla; en cambio, cuando aquel llegaba a la finca, estaba contenta, ocurrente, se sentía placentera y gastaba un buen humor que hacía sonreír a Valentina.

La conducta de Urdaneta para con ambas, cuando estaban presentes, era ceremoniosa y hasta cierto punto indiferente, y lograba mantener siempre su balanza en el fiel más exacto.

Matilde observaba la conducta de Urdaneta para con Valentina, y no encontraba nada que le pareciera impropio, pues esta guardaba a las mil maravillas las apariencias que su posición y estado le imponían.

Con respecto a Diego, Matilde creía cumplir para tenerle contento, con un billetito que le dirigía dos o tres veces por semana, cuando algún mozo de la finca tenía que venir a San José, a cumplir ciertas recomendaciones.

Entonces Matilde escribía dos letras a su padre, y por separado enviaba su billetito a Diego: este le contestaba por el mismo conducto “que se alegraba mucho de que estuviese contenta y que se divirtiera...” Una vez recibió Diego una esquila cariñosa que concluía: “¿por qué no vienes un domingo? Don Agapito y Valentina extrañan que no hayas venido ni una sola vez; si no vienes pronto, me iré de un momento a otro... ¡Indiferente!”

Pero Diego estaba emperrado en no ir, y Matilde no se venía... un sentimiento que ella misma no se explicaba la retenía allá; deseaba estar cerca de Valentina, y por otro lado, gozaba tanto con aquella libertad de que disponía en los paseos a caballo y en las tertulias en el corredor, que se prolongaban hasta muy tarde, paseos y tertulias en que casi siempre estaba al lado de Beltrán, quien se ingeniaba para encontrar una silla desocupada a su lado.

Gozaba con la voluptuosidad del peligro, como cuando se está al lado de un precipicio cuyas simas escudriñamos, seguros de no caer en él, y sin darnos cuenta de la fascinación que poco a poco se apodera de nuestra alma, y la lleva hasta el vértigo...

Hay mujeres que no pueden ocultar el estado de su ánimo cuando atraviesan por ciertas circunstancias, y se comprenderá desde luego que Matilde era una de esas.

Cuando escribía a Diego, si estaba contenta y feliz, sus frases eran cariñosas, casi apasionadas; había dulzura, esa dulzura que se expande del alma y que se manifiesta en todas nuestras acciones cuando nos creemos dichosos: por el contrario, si estaba triste, si suspiraba por un deseo no satisfecho, si sufría alguna pena, la carta era un reflejo de su alma, pero un tanto amortiguado por las conveniencias, y resultaba fría, incolora, a pesar de sus esfuerzos para hallar una frase cariñosa, ya que no apasionada... la carta que no dice nada al corazón.

Por otro lado, preciso es confesar que Matilde escribía a Diego, no por satisfacer una necesidad hondamente sentida, sino por el deber que le imponía su posición con respecto a su prometido, a quien deseaba no desagradar, porque veía en él un sostén y un amparo que invocaba en ciertas horas de desfallecimiento.

Diego, hombre de análisis frío y sereno, no pudo menos que fijar su atención en ese fenómeno; comparando un día en su escritorio varias cartas de Matilde, se dijo una vez: "No parecen dictadas por el mismo corazón." Hizo un estudio detenido de todas las misivas y fue anotando las fechas. Él sabía muy bien cuando Beltrán estaba allá en la finca; siempre le preguntaba al mozo que llevaba la esquelita, a veces con algunas frutas, y generalmente con un ramito de claveles blancos cuidadosamente colocados en un cucurucho de hoja de plátano.

Meditó largamente, y no pudo menos que sacar la consecuencia del caso, muy triste y desconsoladora por cierto; lanzó un suspiro y se dijo frunciendo el ceño: "No hay duda: el mejicano ese está maleando a Matilde... no puede ser de otro modo; es preciso que yo averigüe el porqué de esos cambios tan bruscos... parece que me escribieran *dos* Matildes: una fría, indiferente... y otra que *se parece* a mi novia."

Un día, a principios de marzo, Diego estuvo caviloso y pensativo; íntimamente no estaba satisfecho de la conducta de su prometida, pues creía que mientras esta permaneciera en la

finca, sería inaccesible para él. ¿Por qué, pues, ese alejamiento de que Matilde aparentaba no darse cuenta? ¿Por qué una temporada tan larga allí, en aquella atmósfera tan contraria al buen acuerdo que entre ambos debiera existir?

Bien es cierto que ella lo explicaba a su manera: don Agapito no quería volver tan pronto a San José; ¡se encontraba tan bien en su finca! Valentina era retenida por su marido, y Matilde a su vez lo era por ésta... allí decían que en el campo se debe estar mientras el aburrimiento no empiece a invadir el espíritu, y el aburrimiento andaba tan lejos...

Estaba bien que los que veraneaban en malos lugares, en casas incómodas pasando mil trabajos regresaran a la capital muy orondos de haber cumplido con la fórmula del buen gusto y la exigencia social, después de haber ganado la nota de gentes principales y a la moda. Pero ellos, que estaban allí mejor que en San José, respirando aquel aire, y ganando salud por arrobos ¡qué tontería!

Diego empezó a analizar las cosas y después de maduro examen, llegó a la conclusión de que había sido un bestia en haberse emperrado en no ir a “Monte Azul” a ver a Matilde.

—¡Qué diablo! —se dijo— los negocios son una cosa y la amistad otra... haré una visita corta, después de comer, para no aceptarles la invitación caso que me la hagan.”

Diego recordó entonces que, desde el pleito tenía a don Eduardo acorralado y hecho un puerco-espín, el señor Mendoza le saludaba con mucha amabilidad cuando solían encontrarse en la calle de la estación o en la de la Sabana, lugares que ambos frecuentaban. Julián no iba nunca a la finca de don Agapito entre la semana, y aun cuando Cartín vivía por allí cerca, nada le importaba encontrarse con él. Se resolvió, pues; iría a “Monte Azul” esa tarde, y se volvería a las diez u once, con la luna; quedó encantado de su resolución y se admiró de cómo no se le había ocurrido antes hacer ese paseo.

Comió más temprano que de costumbre, y a las cinco de la tarde iba caballero en un jameigo que según el mozo que se lo alquiló, era el mejor cuadrúpedo que comía zacate en San José. Pronto se encontró en la carretera, abstraído en sus meditaciones, y oyendo con los ojos entornados, el golpe de los casquillos de su cabalgadura sobre el empedrado del camino.

El día había sido caluroso; el crepúsculo empezaba a refrescar el ambiente: en las cercas del camino se oían algunos *comemaíces* que cantaban buscando el nido, y en la bóveda azul empezaron luego a brillar mil ojitos de luz que parpadeaban llenos de tristeza sobre las miserias del mundo.

Cuando llegó al pueblecito, distante apenas un kilómetro de la finca, sintió que su entusiasmo plegaba las alas; empezó a recordar ciertos detalles y cambió de resolución; no, no iría allá de visita... sería preferible dejar el caballo e irse a pie un poco tarde, haciendo el incógnito... sí, sería lo mejor: él sabía cuál era el cuarto que ocupaba Matilde; la vería a solas, hablaría un rato con ella, y de este modo evitaba las molestias de una visita.

Se resolvió a hacerlo así. Dejó el caballo en el patio de una casita, al cuidado de un mozo a quien dio una propina, diciéndole que volvería a las once, y que iba a hacer una visita por allí cerca.

Dio algunas vueltas por la placita cubierta de césped; frente a la iglesia había una ramadilla hecha de gruesas cañas de bambú, y cubierta de hojas de palma ya secas. Dentro, sobre unas burras de madera, una larga tabla a guisa de mostrador, donde se celebraban los turnos.

Se recostó allí y se puso a mirar; allá, al frente, en un establecimiento mal iluminado, bebían algunos campesinos, y en la pieza siguiente, jugaban billar otros; se oían los tacazos, el *pas pas* de las bolas y las risotadas de los jugadores, único rui-

do que interrumpía aquel silencio.

Al otro lado la casa rural, bien pintada y sombreada por dos copudos higueros; en la esquina, la casa de escuela con algunos repellos caídos y los vidrios rotos, y en otras direcciones, algunas casitas en las cuales se advertía luz; todas las puertas cerradas: un chiquillo pasó cerca de la ramada donde estaba Diego, con paso apresurado y receloso, mirando aquel bulto que allí estaba echado, y éste, siempre de vena cuando se trataba de dar una broma, le lanzó un maullido feroz, como de tigre en celo, un ¡*mi...a...a...u!* tan largo y estentóreo, que el chiquillo dio un grito y apretó a correr, como alma que huye del diablo: juró que allí lo había *asustao el cadejos*.

Estuvo Diego largo rato tendido a la bartola, mirando la luna que empezaba a brillar, y que a intervalos se ocultaba, como muchacha tímida que se recata con el rebozo.

Consultó el reloj, apenas eran las diez y cuarto ¡qué fastidio! se puso en pie y empezó a andar despacio: era probable que con tan bonita noche la tertulia en casa de don Agapito se prolongara algo, y tendría que esperar entre tanto el momento en que cada cual se retirara a su cuarto.

Caminaba distraído, parándose de vez en cuando para admirar alguna perspectiva, o recoger un guijarro con qué ahuyentar los perros que le salían ladrando con infernal algazara; ¡demonio de *lambusos!* exclamaba riendo; ¡ya me hicieran Agente de Policía aquí, siquiera por dos horas!

Llegó por fin a dar vista a la casa de don Agapito. La ventana que daba al jardín estaba iluminada; el corazón le latía con violencia, y se paró mirando a todos lados: no había nadie; indudablemente estaban por allá adentro; de pronto llegaron a sus oídos los acordes de un furioso valse; reconoció a la pianista, —es Chayito Orantes— se dijo.

Avanzó más acercándose a la orilla opuesta, y se colocó frente a la ventana que daba al lado de la carretera; parado sobre

un montículo, vio el cuarto de Matilde. Un catrecito tendido de blanco en el fondo; una mesa con sendos ramos de flores, una cómoda y varias sillas. La puerta que comunicaba al interior de las habitaciones, estaba abierta; con el temor de ser visto si permanecía allí y sin darse cuenta del papel poco airoso que desempeñaba, debido a las circunstancias, pero deseando ocultarse a todo trance, bajó al zanjón, al lado de la cerca, y se agazapó detrás de un espeso matón de *escobilla*.

❁
XXII
❁

En casa de don Agapito se divertían esa noche; además de Valentina, Matilde, y las dos niñas Orantes, que eran un par de avispas que nunca faltaban donde se quemaba un triquitraque o sonaba un pito, había otra niña, alta, delgada, blanca, que hacía pensar en esas muñequillas de alabastro, tal era la palidez de aquellas facciones no feas del todo, donde lucían unos ojos aperezados y soñolientos. Esta niña, que respondía al nombre de Teresa, había llegado esa tarde con su hermano, Rodrigo, poeta *de oído* y por temperamento, que gastaba una melena *soñadora* partida en dos por una raya pulera y delicada, que recorría aquella cabeza huera donde dormía un semi-llero de sonetos y de odas.

Dicho poeta, que cultivaba relaciones con *Trillito*, había llevado a este al paseo, y allí se hallaban ambos muy contentos bailando desde las ocho de la noche como gente que no tiene que hacer en la vida otra cosa que divertirse. Había, pues, tres parejas; Beltrán que bailaba con Matilde, *Trillito* con Teresa, y el poeta melenudo con su musa inspiradora, la *sin par* Emelina Orantes, víctima propiciatoria escogida por Rodrigo como blanco, fin y remate de sus rengloncillos cortos que le disparaba a mansalva y sobre seguro, desde las columnas de un diario de la capital, del cual era colaborador *aplaudidísimo*.

Valentina echaba también sus piecitas, y estaba como siempre fina y obsequiosa.

Don Agapito charlaba de negocios con Cartín en el corredor, arrellanados ambos en sillones de mimbre, y de cuando en cuando entraban a la sala para animar a las parejas.

Para que el lector sepa algo acerca de estas niñas Orantes, diremos que eran dos talentos financieros de primera fuerza; a pesar de ser hijas de un modesto empleado, vestían como parisenses, gastaban sombreros costosos, y perfumaban una calle con solo asomar en ella sus personitas acicaladas, llenas de ringorrangos. Solían hacer regalos a ciertas de sus amigas cuando éstas cumplían años, que dejaban boquiabiertas a las obsequiadas, quienes no podían menos que asustarse al pensar en la reciprocidad. ¡Vaya usted a averiguar esos misterios!

Bailaban un valse que Chayito arrancaba al piano con verdadera furia. Beltrán valsaba con Matilde e iban al parecer encantados en grata conversación: él, hablándole muy quedo cerca del oído; ella abandonada en el hombro de Beltrán, sonriente, agitada por el ejercicio y llena de emoción. Urdaneta abrazaba aquel talle erguido, macizo y escultural, con todo su brazo, como quien no quiere dejar libre de la presión el más pequeño espacio.

De pronto Matilde se paró con el objeto de buscar algo que necesitaba.

—¡Qué cabeza!, he dejado el pañuelo en mi cuarto... con permiso, dijo a Beltrán; vuelvo al momento.

—Vamos por él, respondió éste, la acompañaré si me lo permite.

Salieron de la sala, y atravesaron un largo pasillo; Beltrán la tomó una mano, y así entraron al cuarto de Matilde.

Sobre la cómoda ardía una lámpara que alumbraba suavemente la estancia, saturada de los perfumes del jardín que entraban por la ventana.

En aquella atmósfera, y al ver aquel lecho blanco y suave como un nido, Beltrán sintió hervir la sangre. Mientras Matilde

buscaba y revolvía en una gaveta, se acercó y rodeándole el talle con su brazo, metió la cara en la nuca de ella y aspiró aquel perfume de cuerpo joven y robusto, besándola después repetidas veces.

Matilde dio un leve grito de susto, y entre enojada y risueña, con los ojos brillantes, fijos en su primo, exclamó:

—¡Oh, no, por Dios!

—¿Sabe usted, dijo Beltrán, que en este cuartito pasaría toda mi vida? Me parece que está impregnado del aliento de usted.

—Vámonos, dijo Matilde asustada y cerrando de golpe la gaveta.

—Sí, pero antes me ha de dar uno de esos claveles, contestó Beltrán señalando un ramito que estaba en una copa de cristal sobre la mesa de noche. Matilde tomó el clavel y lo alargó a su primo sonriendo.

—Así no lo quiero, dijo éste; es necesario que usted le dé vida a esa flor para que su perfume sea eterno... bésela, conságrele con su cariño y la conservaré toda mi vida.

—Matilde deseosa de poner fin a aquella escena, se llevó la flor a los labios y la alargó después a Beltrán: éste la colocó en el ojal de su saco, y salieron del cuarto cogidos de la mano, radiantes de felicidad.

Si la emoción no hubiese dominado por completo sus facultades, habrían oído allá fuera en medio del camino, un grito un especie de rugido lleno de amargura y de rabia.

Diego, desde el escondite en que estaba, lo había visto todo: al entrar en el cuarto Matilde y Beltrán, cogidos de la mano, se había erguido; su sombrero rozó con una rama del matón donde estaba, y rodó a la zanja; no se dio cuenta de ello, avanzó hacia el centro de la carretera, lívido, descompuesto, con los puños cerrados, y vio todo lo demás.

Había cesado la música hacía un rato, y Diego aún perma-

necía allí clavado en medio de la calle, como un loco, con los ojos fijos en aquella ventana que le parecía la entrada al infierno donde acababa de caer.

Sacóle de ese estado una carreta que venía rodando pesadamente, y cuyos bueyes se pararon ante aquel estorbo que no se movía; al oír los gritos del carretero que despertaba del sueño a que venía entregado, se hizo a un lado como un autómatas y echó a andar en dirección al pueblecito, sin darse cuenta de lo que hacía, sin acordarse siquiera de recoger el sombrero que quedaba en la zanja. Anduvo un largo trecho, y se paró mirando hacia la ventana del cuarto de Matilde que daba al jardín, y que permanecía abierta e iluminada. Alzó los puños, y trastornado, en un acceso de ira, exclamó:

—“Gran...” (dijo un nombre vulgar con que se designa a las mujerzuelas).

Permaneció un largo rato allí; vio una silueta que a él le pareció de un hombre, recortarse un momento en el fondo luminoso de la ventana, y luego cerrarse ésta. Diego lanzó un resoplido como de bestia acosada, y se dejó caer sobre una piedra con la cabeza entre las manos.

Perdió la noción del tiempo que así pasó; y no recordó tampoco en qué había pensado: solamente al alzar la cabeza donde sintió el fresco de la madrugada, miró la luna que vagaba por el cielo, y el paraje que tenía ante sus ojos, y dijo hablando en alta voz:

—¿Qué tiene esa luna tan lívida? Parece la cara de una bruja muerta... ¡Qué cielo tan negro...! ¡Qué horrible es la vida...!

Empezó a serenarse, y sollozando desanduvo el camino; quería ver otra vez aquella ventana maldita por donde había asomado la desesperación; recordó que estaba sin sombrero y lo recogió; miró a la casa, todo dormía; se acercó a la ventana del cuarto y aplicó el oído... silencio completo; sin embargo, creyó percibir suspiros...

De pronto oyó un leve paso hacia abajo donde terminaba

el jardín y empezaba el cafetal, y un hombre armado de una escopeta apareció cautelosamente de entre la cerca. Diego salió a la carretera y echó a andar con paso resuelto.

El hombre de la escopeta que no era otro que el mozo que hacía los mandados a San José y que le llevaba las cartas de Matilde, le saludó muy afablemente.

—Buenas noches le dé Dios, don Diego.

—Buenas noches, respondió éste, y siguió el camino sin importarle las conjeturas que el mozo hiciera al encontrarle allí a semejantes horas.

Cuando hubo perdido de vista a Diego, el mozo, que no había cesado de sonreír con mucha sorna, se dijo:

—Ajá... estos señores sí que la saben hacer... apostaría que éste es el bulto que he visto brincar otras veces del cuarto del jardín... ¡quien ve a la niña Matilde!... ¡qué *mamada*! por eso me gusta cuidar el beneficio todos los años... he visto tantos asuntos *destos* aquí en los veranos... y lo más *divertío* es que piensan que *naide* lo sabe...

Diego llegó al pueblecito y montó a caballo.

El fresco de la madrugada devolvió un tanto la tranquilidad a su espíritu, y empezó a reflexionar. Le parecía ser otro, creía nacer a una nueva vida, despertar en un mundo que no conocía, todo le admiraba, le sorprendía... ¿qué le había sucedido?, ¿no era un sueño, una pesadilla horrible? Y volvía a recordar la escena; veía a Matilde abandonada a Beltrán, dejarse besar sonriendo, darle una flor que primero había besado... le espantaba la deslealtad y la infame hipocresía de aquella muchacha que él había creído tan vehemente y tan amorosa, a pesar de sus coqueterías y extravíos; siempre la juzgó una magnífica pasta para modelar con paciencia y juicio una excelente esposa, una mujer de *su casa*.

Él necesitaba casarse, formar su hogar, procrear su familia;

no pasar por el mundo como un sonámbulo ajeno a los goces del amor, que brilla en medio de un hogar honrado y feliz; no quería extinguirse como uno de esos árboles neutros que no dan más que hojas que se van cayendo como pájaros con las alas rotas. Él quería tener el estímulo santo del trabajo que santifica la vida, y compartir el fruto de sus fatigas con una familia suya, propia, que fuera carne de su carne: soñaba llegar cansado de sus quehaceres y encontrar a una compañera amorosa, y unos cuantos ojitos vivos, como estrellas de un cielo infinitamente hermoso, y unas mejillas frescas que acariciar, y boquitas como capullos de rosas que besar, que le dijeran “papá”, y sentir sobre sus rodillas el peso de aquellos muñecos deliciosos que llevaban sangre de sus venas, y sobre tanta dicha, sobre tanta ventura, el escudo de un nombre honrado, y la consideración social. Todo eso soñaba; por todo eso trabajaba lleno de fe y de entusiasmo, a pesar de su exterior calmoso y tranquilo, ¿y ahora qué haría?, ¿qué haría de sus sueños, de sus ilusiones, norte y fin de su vida hacía tanto tiempo, si la única mujer que había cautivado su corazón era una infame coqueta de alma corrompida, que había olvidado sus juramentos, su amor, su deber, para entregarse al primer advenedizo que supo deslumbrarla?

—Oh, ahora que la pierdo para siempre, comprendo cuánto la amo, se decía Diego ya en su cuarto: ¡qué mujer más ingrata!

Sentía fiebre, comprendía que le sería imposible dormir, pero no obstante se acostó cuando en el reloj de la iglesia vecina sonaban las cuatro.

Ya tendido, siguió cavilando; entonces empezó a buscar paliativos a su dolor.

Bien, decía; el despeje de una incógnita es siempre un triunfo; el encuentro de la verdad debe ser una alegría, porque ella viene a demostrarnos alguna cosa, a sacarnos del error; a mí

me ha demostrado mi engaño, me ha abierto los ojos, ha hecho un poco de sol y he visto el abismo... si yo me hubiese casado con Matilde, con esa venda sobre los ojos, y sucedido esto cuando ella era mi esposa... ¿qué habría sido de mí?... ¡Qué horror!

Se revolvió en el lecho como si las sábanas le quemaran las carnes. A veces no se daba cuenta de lo que él mismo había visto... ¿me habré engañado? proseguía: ¿no es él su primo? Tal vez en otros países no tendrán los besos el significado que aquí les damos, donde todo nos espanta y nos llama la atención... pero no: distinguí bien el brillo de aquellos ojos... aquella sonrisa era apasionada, la misma que fingía cuando me miraba... No, no me cabe duda, ellos se aman... ¿ah?, ¡infame!...

¿Cómo no lo he notado antes?... Una vez llegué a pensar que existían celos... pero me pareció ridículo... aquellas visitas continuas, aquel modo de hablarse, de mirarse, los obsequios de ese libertino... el collar de diamantes... la emoción que noté aquella noche del baile cuando fui por ella, nunca me ha saludado con igual desdén... un desdén frío, que me entró en el alma como la hoja de un puñal.

¡Qué simple he sido! Y yo que creía vivir todo entero en aquel corazón podrido... porque así debe tenerlo cuando ha hecho eso... ¡pero cómo es posible, Dios mío!... ¿de suerte que no me quiere, que no me ha querido nunca?...

¿Y ese canalla qué se propone? Él sabe que estábamos comprometidos, ¡quería ser mi padrino de boda... el bandido! ¿si le insulto mañana y le obligo a que me mate?... ¿y si yo le mato, habré apagado con su sangre la hoguera que arde en mi alma?, ¿vengaré una infamia con un crimen?... ¿y bien, qué defiendo yo? Una ilusión... ¿pero, y si se burla de mí? Ya me parece oírle decir con aquel su talante “¡que yo quiero matarle porque no me quiere la novia!” y bien pensado, él no tiene la

culpa porque si Matilde me hubiese querido de veras, no se habría portado como una coqueta vulgar.

Nada, hay que olvidar; hay que arrancarse el dardo del corazón aunque éste sangre; el decoro, la dignidad de mi amor, me darán fuerzas para luchar, para olvidar esta horrible y sangrienta burla... el trabajo, el trabajo... de hoy en adelante dedicaré todos mis esfuerzos a trabajar por la justicia, por el débil, por el oprimido.

Diego se durmió cuando ya el alba entreabría sus cortinajes, para dar paso al sol que venía derramando luz sobre este granillo de tierra donde vegetamos como el infusorio en la gotita de agua.

Tres días después el mozo de la finca de don Agapito, que venía a desempeñar las comisiones que allá se le ordenaban, llegó a casa de don Clemente con unas frutas que Matilde le enviaba.

Julián acababa de llegar, y ojeaba un periódico mientras servían el almuerzo.

—Hola, Mateo, dijo al mozo; ¿qué tal, cómo están por allá?

—Bien, señor... yo creo que están *alentaos*... solo la niña Matilde parece que está un poco *emporradilla*... no es mucho, pero de veras que está *ojerudilla*, ayer la oí decir que todo le hacía daño y que le dolía la cabeza.

—¿De veras?, ¿qué malo... qué podrá ser? ¿se habrá resfriado?... lo mejor será que se venga: y cambiando de tono preguntó: ¿ha ido mucha gente estos días por allá?

—*Pus sí* señor; antier estuvieron unos señores y una niña alta, pálida, la *mentada* Teresita... y también anduvo por allí don Diego, agregó el mozo a quien parecía que le picaba la lengua.

—¿Cómo, Diego estuvo allá de visita? preguntó Julián admirado.

—*Pus* yo creo que de *vesita* no, porque no *dentró* a la

casa; yo lo *vide* ya tarde, como a eso de las dos de la mañana; primero lo *vide subir*; *después bajó* un poco, sin sombrero, y más después volvió por el sombrero, que tal vez se lo había *botao* el viento... hacía una luna muy bonita...

—¡A las dos de la mañana!, repitió Julián con extrañeza; ¿qué andaría haciendo a esas horas por allí? y pensó: ¿buscaría a Cartín? No, no puede ser... tal vez vendría de la finca de los Montes sus defendidos... está tan encalabrinado con el pleito... o quizá de hacer ronda a Matilde... ¡a semejantes horas! Es curioso: lo mejor será ir por ella mañana o pasado.

El mozo se fue, y cuando don Clemente llegó a almorzar, se resolvió que el próximo domingo traería a Matilde, caso de que ésta siguiese indisputada.

Julián no quiso contar nada a su padre del paseo de Diego a las dos de la mañana por la finca de don Agapito.

El mozo mandadero, después de salir de casa de don Clemente, fuese en busca de Diego a quien halló en su oficina, con el objeto de entregarle una carta que le enviaba Matilde.

—Hágame el favor, dijo Diego, trémulo al mirar aquel billete, —de llevarle esa carta a la niña Matilde, y de decirle que probablemente se ha equivocado, que no debe ser para mí.

El mozo algo sorprendido, cumplió con la recomendación.

Cuando Matilde tomó la carta que Diego le devolvía, le costó trabajo entender el recado; tuvo el mozo que repetirlo dos y tres veces; se quedó pálida, angustiada, con la cara de una muerta, y entró a su cuarto sollozando; se dejó caer en una silla y rompiendo a llorar, presa de la mayor aflicción exclamó:

—¡Ay Dios mío; Diego *lo sabe*! ¡qué va ser de mí...!

El sábado por la tarde, cuando Julián y don Clemente llegaron a la finca, no pudieron menos que alarmarse cuando vieron a Matilde; ¡semejante cambio en ocho días! era increíble.

—¡Pero qué tienes, hija, la preguntó el segundo asustado:

parece que acabaras de pasar una fiebre...!

¿Qué te molesta? ¿Tienes tos, acaso has cogido un fuerte resfrío?, agregaba Julián con solicitud.

—No, no es nada, contestó Matilde sonriendo de una manera que causaba lástima; creo que algo me ha hecho daño... sufro de palpitaciones, no tengo apetito... y cuanto como me cae mal... yo creo que esto me pasará quedándome unos días más aquí... ¡es tan agradable el campo!

—¿De suerte, replicó Julián con intención, ¿que nada te hace falta en San José...? Y en tono confidencial agregó, para alegrar a su hermana: sí ya sé que por aquí han venido a rondar tu sueño.

Matilde se quedó mirando a su hermano con expresión indescriptible, y sintió que una oleada de sangre le subió al rostro.

—*Adiós*, ¡qué ocurrencia la tuya! Yo no he visto a nadie...

A Julián llamó mucho la atención el rubor de su hermana, y pensó que era muy natural que a ella no le gustara el que se supiese que Diego rondaba su ventana alguna noche.

Por su parte, Valentina trataba a su amiga con mucho mimo, y la rogaba que no se fuera, porque el campo era muy saludable para esas enfermedades; y sonreía de una manera misteriosa. Estos ruegos y los de don Agapito, hicieron desistir a don Clemente y a Julián de su intento; ya les avisarían cómo siguiera Matilde... la cosa no era para tanto.

En la cena se habló de todo; don Clemente estaba inconsolable por no haber encontrado a Beltrán en casa de don Agapito: su sobrino se había venido a San José el sábado; ¡vaya un atarantado, decía, no ir a buscarnos! ...en fin, ya le veremos mañana.

Esa noche, Valentina al acostarse, recordando las indisposiciones de Matilde, estaba meditando. Esa loca, se decía,

es capaz de haberse perdido... le sobra corazón... ¡pobrecilla! se ha empeñado en ello... se figuraba sin duda que yo estaba enamorada de Beltrán... he visto sus luchas; no saben mujeres así gozar sin comprometerse, y se entregan *todas* por entero. Lo que es yo... daré mi cuerpo por satisfacer un capricho o un placer... ¿pero el corazón? Cuando se entrega a un hombre, la *mujer* desaparece para tornarse en *una cosa*. ¿Y ahora, qué hará *el otro*? ¡Bah!, lo que han hecho tantos... ¡pobrecillo! Y se desnudaba con movimientos de mujer joven que está orgullosa de sus carnes.

Por la mañana, cuando Matilde se despidió de su padre y de su hermano, les ofreció avisarles si le ocurría alguna novedad.

—Sí, sí, dijo don Clemente; pero siempre es bueno que te vea el Doctor Bermúdez; es mejor prevenir con tiempo.

Cuando don Clemente y Julián llegaron a su casa, Peregrina les contó que don Beltrán había ido a buscarlos el sábado en la noche, ya tarde, muy *precisao*, en la creencia, según había dicho, de que ellos no se irían a “Monte Azul” hasta el domingo por la mañana; que se había *quedao* muy pensativo cuando ella le había dicho que volverían el lunes; que entonces había *entrao* al cuarto de don Julián, y que se había puesto a *escribir*.

Don Clemente, profundamente admirado tomó una carta que Peregrina le daba, y entró a la sala acompañado de Julián.

—¿Qué raro, dijo; qué podrá ser?

El sobre contenía un cablegrama fechado en Méjico el día anterior, que decía: “A Urdaneta. Su padre muere:” un cheque contra el Banco Anglo Costarricense, a favor de don Clemente, por valor de tres mil seiscientos pesos, y una carta concebida en estos términos:

“Queridos míos: Por el telegrama adjunto, verán ustedes que mi padre se está muriendo, o que quizá haya muerto ya. Deseando ganar todo el tiempo que pueda, salgo mañana tem-

prano, con el profundo dolor de no haberme despedido de ustedes personalmente: anoche a las once estuve a punto de ir a verles a “Monte Azul”, pero el arreglo del viaje y de otros asuntos me arrebataron idea tan lisonjera.

Adiós, llevo en mi alma el agradable recuerdo de los días que pasé con ustedes, y me consuela la esperanza de que en no muy tardado tiempo quizá vuelva a abrazarles. Beltrán.”

P.D. —Ruégole aceptar esa pequeñez que le dejo. —Vale.

Cuando don Clemente terminó la lectura, corrían las lágrimas de sus ojos.

Se sentó muy afligido, y mientras Julián hacía esfuerzos para no enternecerse, le dijo:

—¿Has visto un muchacho como éste? ¡Ah!, Beltrán vale lo que pesa... ¡corazón de oro! Quiera Dios que encuentre vivo a don Esteban, y que la dicha le acompañe.

A don Clemente no había cosa que más le enterneciera, que una despedida, aún cuando fuese escrita, y sobre todo, acompañada de *una pequeñez* como esa a que se refería Beltrán.

Cuando Matilde supo la partida de su primo, cayó en profundo abatimiento.

El Doctor Bermúdez, quien sentía por ella una verdadera afección, aconsejó que permaneciera en el campo algún tiempo más.

Le había hecho un riguroso examen, de cuyo resultado quedó profundamente conmovido y caviloso. —“¡Esperemos, se dijo; sí esto es hecho...! ¡qué atrocidad! ...sólo Diego puede curarla; hay que trabajar en este sentido para prevenir el escándalo... y cualquiera otra desgracia... a su tiempo hablaré a Julián; no hay más remedio.

❁
XXIII
❁

Después que Beltrán hubo escrito en casa de don Clemente la carta de despedida que ya conocemos, salió presuroso hacia su cuarto. Debía conferenciar con una persona que allí le esperaba esa noche, y se proponía dar los últimos toques a un asunto grave que tenía entre manos hacía algunos días.

—¡Diablo! se decía; y pensar que esta noche debe quedar eso definitivamente arreglado... porque francamente, no tendría ninguna gracia quedar preso entre mis redes como si fuera un conquistador vulgar... Afortunadamente, *la cosa* permanece en el misterio, y cuando estalle, habrá ya un editor responsable, y yo me encontraré lejos... pero ese muchacho se muestra exigente... a fe que tiene razón... ¡Bah!, qué importa sacrificar una suma para encontrar marido joven... ¿un partido viable que se resuelva a encubrir el desliz?, ¡un negocio como cualquiera! Si es cierto como ha dicho un escritor español, que el matrimonio es el acto más trascendental de la vida, y por consiguiente el que menos se medita, no habrá mucha dificultad... ¿por qué ha de haberla? Y como cada cosa tiene su valor, *mi hombre* no valdrá arriba de diez mil pesos a todo tirar... y bien pagado... ya sé qué clase de tipo es... lo tengo bien clasificado...

En estas y otras reflexiones iba sumido cuando subía la escalera del hotel. Entró en su cuarto, y vio a *Trillito* con un buen cigarro en la boca, arrellanado en una butaca y distraído en la contemplación de algunas fotografías que tenía sobre la

mesa, bustos de mujeres y desnudos admirables de Bouguereau.

—Ya creía que no llegaría, dijo *Trillito* poniéndose de pie y saludando a Urdaneta con suma amabilidad. Sentía por éste tal admiración, que aun las infamias más grandes que cometiera, a sus ojos aparecían como hechos de buen tono, de gran agudeza, y de la más refinada elegancia. Comprendía la inmensa diferencia que existía entre él, oriundo del barrio de una pobre villa, y aquel elegante libertino que todo lo sabía vestir con ropaje deslumbrador, y que juzgaba las cosas de la vida con un criterio suyo especialísimo. No perdía ocasión de imitarle, y las doctrinas de Urdaneta eran para él un evangelio que acataba con verdadero fanatismo. Por esa afinidad de temperamentos, se producía entre ellos la nota más perfecta de todo cuanto el corazón humano abriga de inmoral y acomodaticio.

Urdaneta sabía con quién se entendía; comprendió desde un principio que *Trillito* era el hombre que necesitaba para los fines que se había propuesto.

—Algo tuve que demorarme, contestó a su amigo, resuelto a guardar absoluta reserva acerca del viaje que tenía listo para la mañana del siguiente día; —y bien, continuó después en un tono indiferente, como quien no da importancia al asunto de que trata: ¿está usted resuelto?...

—Pues casi, casi... no me disgusta del todo... comprendo que Matilde es una guapa hembra que no desdeñaría cualquiera... ¡vaya! Pero si he de serle franco, temo mucho correr el albur por varias razones... usted comprende, yo no tengo capital... ni profesión... y la responsabilidad que voy a contraer es grande... porque no se casa uno por dos ni tres años... Si yo tuviera seguridad de poder trabajar con holgura, y labrarme un porvenir para atender cumplidamente a mis deberes, digo, para dejar esta vida que llevo y sentar la cabeza... nuestra sociedad es complaciente, todo lo olvida, pero siempre que el asunto se rodee de cierto brillo... porque no me negará usted que algunas

faltas llegan a cubrirse bajo las sedas y las joyas, mientras que otras estarán presentes, siempre vivas, si no tienen en su disculpa más que las lágrimas del arrepentimiento por sinceras que sean... ¡qué quiere usted, así es el mundo!

—Ha hablado usted como un filósofo, repuso Beltrán dando palmaditas en el hombro de su amigo; y veo que conoce usted la sociedad; pero crea que el matrimonio con Matilde conviene a usted... acaso no me ha confesado que es una mujer que le *llena el ojo* como decimos vulgarmente. Es hermosa, de exquisitos sentimientos, apacible, capaz de amar como muy pocas aman ya, créalo usted... no la juzgue liviana por esa caída que lo único que prueba es lo apasionado de su temperamento... ¿He tenido la culpa de haberle inspirado ese amor que me llevó a cometer una acción que a los ojos de la más severa moral podrá ser considerada como una infamia, pero que mi conciencia juzga simplemente como un desenlace natural, lógico, dados los medios en que se desarrolló?

¿Quién puede luchar con el miasma que le rodea, y librarse de una fiebre que le lleva a la tumba? Nadie: el enfermo no quiere morir, pero se muere... yo luché... y no pude. Para sustraerse a los encantos de la tentación, que nos acaricia los sentidos con boca de rosa y besos de miel, se necesita tener el alma blanca, eucarística de un San Antonio... y yo confieso amigo mío, que soy de pasta muy diferente. Ahora deseo de todo corazón reparar en algo el daño...

—Pero es muy raro, interrumpió *Trillito*, animándose con la conversación de Urdaneta, —que siendo usted admirador de Matilde, y con suficientes medios para hacerla feliz, no haya querido usted casarse con ella.

—¡Casarme con ella!, replicó Beltrán lanzando un hondo suspiro. Dios sabe que lo haría, y le juro a usted por mi honor, que a ser ello posible, hoy mismo la haría mi esposa...

—¿Pues qué se opone?... ¿Es usted casado?

—Sí amigo, casado; hasta ahora nadie lo sabe aquí... excepto Matilde que lo adivinó, y a la cual no lo oculté jamás.

—¿Y sabiendo que usted es casado ella le amó?, preguntó *Trillito* profundamente extrañado.

Beltrán le miró entre compasivo y burlón.

—¿Qué niño es usted! ¿Acaso me habría amado con tanta vehemencia si yo no estuviera casado? ¿No sabe usted que los obstáculos son para el amor un acicate que nos hiere de continuo? ¿Se figura usted que el corazón se refrena con simples fórmulas sociales? ¿Sería usted capaz de sujetar al brioso corcel desbocado con un hilo de seda?

Cuando el corazón ama, ama *porque sí...* ¿quién sería el insensato que le dijera “no ames a esa mujer porque es rubia, porque es negra, alta o baja, casada o viuda? ¿”no ames a ese hombre porque es lampiño, soltero, casado o viudo”? En vano preguntaría usted a una mujer por qué ama; ella misma no podría decirlo. Ama porque tiene necesidad de amar; todo lo demás es tan secundario, que ni siquiera se toma el trabajo de examinarlo.

Después de una pausa, Beltrán, continuando sus recuerdos, prosiguió. Mi mismo padre lo ignora... tuve que casarme en Bruselas en secreto... esa es una historia triste que no viene al caso.

Y como si este recuerdo le hubiese excitado, se puso a medir a largos pasos la habitación; la alfombra amortiguaba un tanto el ruido de sus pisadas; durante esa pausa, *Trillito* le miraba distraído sonriente... admiraba aquel porte altivo, desenvuelto, aquel perfil irreprochable en que creía advertir confundidas las líneas de don Juan y de Mefistófeles. Estaba embobado, oyendo aquel que se le figuraba un héroe de novela, que tenía el secreto, el precioso talismán para hacerse amar de las mujeres hermosas hasta el punto de enloquecerlas... y ese hombre le mimaba, le rogaba que se casara con una mujer que había sido

suya, a la cual dotaría espléndidamente... y viéndolo bien, ¿qué más quería él?, ¿cuál era su vida hacía mucho tiempo? ¿no estaba ocosado de deudas y de necesidades, viviendo de la trampa y del *sable*? Entre llevar la vida de un mendigo, pegarse un tiro, y casarse con una mujer hermosa y pescar un capital, ¿qué era lo mejor?

—En cuanto al punto principal, continuó Urdaneta parándose frente a su amigo, con las manos a la espalda; —usted no debe temer nada... yo me iré muy pronto de Costa Rica para no volver, y usted quedará libre hasta de la preocupación más pequeña respecto de mí... Además, mi padre como usted sabe es inmensamente rico, soy único heredero, y ¿qué sabemos si su testamento alcance a Matilde como pariente cercana que es?, ¿a qué preocuparse del porvenir? Pues bien, si usted se resuelve, cuente con... diez mil pesos que le serán entregados al día siguiente de su boda con Matilde... condición precisa: no ha de haber en el asunto el más pequeño escándalo; si usted no tiene el talento para efectuar la boda antes que aquel estalle, no hay nada de lo dicho; todo ha concluido: mi más ardiente deseo es que esa falta no sea conocida de nadie antes de la boda... ¿acepta, sí o no...?

Trillito palideció: ante sus ojos pasó la imagen de Matilde, sonriente, voluptuosa como la tentación... y sin darse cuenta, como hipnotizado por los ojos negros de Urdaneta que le miraban con brillo casi fosforescente, alargó la mano y contestó:

—¡Pues bien, acepto!, compromiso formal... doy a usted mi palabra de honor... pero como si sus propias palabras le hubiesen asustado, medio confuso, y como para excusar su asentimiento, balbuceó, —aunque francamente, el papel que voy a hacer... una mujer que... lo que dirán de mí...

—Vamos, no sea niño, ¿cuántas mujeres, no digo como

Matilde, cuántas que han caído hondo, muy hondo; se han casado después y han sido un modelo de esposas? ¿Pues qué, un hombre no puede enamorarse locamente de una mujer que ha tenido un desliz, y hacerla su esposa y gozar toda una vida al lado de aquella que ha sido regenerada por el amor?, ¿cuántas veces es este sentimiento un Jordán que limpia y trasfigura? ¿y luego... quién le puede asegurar a usted que mañana, esa mujer a quien usted ampara con el escudo de su cariño y de su nombre no le adore con toda su alma, y deje de ser gusano para convertirse en crisálida de matices esplendentes?

—Sí, sí, comprendo... comprendo, murmuró *Trillito* ofuscado por la dialéctica de su interlocutor; —¿y... usted cree que ella me aceptará?

—Hombre, eso es cuestión de usted... yo no lo dudo... ella no se casará con Diego... es imposible... a estas horas esas relaciones deben haber concluido, pronto, antes que el escándalo cunda, tendrá ella que tomar una determinación... figúrese usted si quien se está ahogando sería capaz de rechazar el cable salvador que le viene a la mano... Pronto regresará del campo; y debe usted desplegar todo su ingenio, toda su diplomacia para hacerla creer que siempre la ha amado, y como es probable que ella le escuche, mediarán explicaciones, ...luego las dudas, ella se dejará convencer, usted le hace la proposición en toda regla, y se mostrará impaciente a efecto de que ella vea que la boda es cuestión de días... yo le respondo que si el asunto lo maneja usted bien, dentro de dos meses estarán ustedes casados como Dios manda... recuerde aquello de “la mujer no se busca, se encuentra”; yo creo que usted ha encontrado la suya. Y ahora, mi querido y afortunado amigo, vamos a beber una botella para sellar este compromiso.

Beltrán hizo subir champagne, y luego empezaron a beber en medio de una charla animadísima que pronto no fue más que un murmullo adornado con la mímica demasiado viva de

Urdaneta que hablaba con gran vehemencia.

Cerca de las cuatro de la mañana, Urdaneta, despidiéndose de su amigo, en el descansillo de la escalera, le dijo:

—No olvide usted mi condición: ahogar el escándalo, y que este secreto pertenezca exclusivamente a nosotros dos... mucha suerte amigo, mañana nos veremos, tengo que hacer... y por si acaso me muero o desaparezco, que es lo mismo... (todo hay que preverlo) el documento que lleva usted en el bolsillo firmado por mí le garantiza el cumplimiento de mi promesa.

Trillito salió, y mientras se encaminaba a su cuarto, figurándose ya marido en agraz, resuelto a poner sus cinco sentidos en la consecución de sus proyectos que ya eran para él cuestión de amor propio, sonriendo, y como presa de una alucinación, palpaba el pliego que Urdaneta le había entregado; una orden para su banquero, de pagar a don Mario Astorga *Ocón* y *Trillo*, diez mil pesos al día siguiente de efectuado su enlace con la señorita Matilde Ayala, hija de don Clemente Ayala y Aguirre; bastaba para ello presentar la respectiva inscripción del Registro Civil. Un regalo de boda que deseaba hacerse en firme.



XXIV



La catástrofe había ocurrido, como no podía menos que suceder; era la resultante de ciertas causas a que se llega muchas veces no por simple vicio o maldad, sino por consecuencia lógica a que nos arrastran nuestro temperamento, y los acontecimientos, casi inconscientemente.

Beltrán era un hombre arrebatado, vehemente, lleno de una fuerza pasional que estallaba en verdaderos incendios: probaba por costumbre, por vicio tal vez, *la densidad* de la honradez en las mujeres, y una vez hallado el punto vulnerable, empeñaba allí sus fuerzas de conquistador afortunado, y gozaba al ver cómo iba abriendo la brecha, y venciendo los obstáculos que se le oponían. Entonces, su orgullo se excitaba con los primeros triunfos conseguidos, y avivaba la lucha... proseguía, proseguía siempre: ¿quién es capaz de detener el curso del alud que rueda por la falda del monte? Nadie: llega hasta el fin.

Tal había ocurrido a Beltrán; llegó hasta abajo, destrozando en su caída como el alud, los hermosos lirios y los rosales que esmaltaban la pradera: conmiseración, respetos de familia, deberes de la amistad, gratitud, cariño, honradez, lealtad, todo fue arrollado, todo fue hollado por la bestia desbocada de la pasión.

Y no se dio cuenta hasta después de consumada la iniquidad, una noche en que llegó a la finca, cuando todo dormía:

Matilde estaba aún en la ventana, aspirando el perfume de las flores y viendo la luna que plateaba la campiña con su luz. Habló con ella largamente en aquel sitio tan lleno de encantos y rodeado de aquella dulce poesía que adormece los sentidos. En esas noches el alma de una mujer enamorada parece flotar en el éter, disuelta en la suave claridad, por sobre todas las miserias y convencionalismos sociales: es una cuerda en tensión lista a vibrar al menor soplo... es toda amor. Beltrán la besó desesperadamente, hasta hacerla sangre la boca, como quien no se satisface sino con el mordisco que es un espasmo de lujuria que enloquece, y que solo contiene su ímpetu ante el grito de dolor de la hembra. Cuando la tuvo en sus brazos, adormecida como el pajarillo hipnotizado por la serpiente, saltó dentro de la habitación y la hizo suya, sin oposición, sin lucha, porque el cerebro estaba ofuscado, ebrio de pasión y de deseos: hizo suya aquella mujer que estaba destinada a otro hombre, aquella mujer que no muy tardado había de llevar sobre su frente el velo de la desposada.

Sintió después vergüenza de aquel ultraje inferido a una mujer que era su prima; a su tío que le quería como a su hijo, y al amigo a quien tantas veces había estrechado la mano.

Pasó un mes: Matilde muy delicada había regresado del campo; estaba inconocible: el gracioso óvalo de su rostro habíase enflaquecido, y las grandes ojeras que sombreaban sus ojos antes tan vivos y expresivos, revelaban los grandes sufrimientos de su alma.

Durante ese tiempo, *Trillito* frecuentó la casa de don Clemente, quien no sabía a qué atribuir las continuas y largas visitas de aquel muchacho alegre y decididor que al fin y al cabo le divertía los ocios de las noches, unas veces conversando de minas, y otras jugando a las damas.

Julián, que estaba de un humor negro, se largaba a su cuarto fastidiado de aquel charlatán, y Matilde con su aire de *dolorosa* que tenía desde que regresó a San José, rehuía las ocasiones de encontrarse con *Trillito*, cuyas zalamerías y obsequios no soportaba. Le encontraba ahora un cierto descaro para decir las cosas, y se sentía en su presencia como humillada por la mirada de aquellos ojos que despedían reflejos lúbricos que la ofendían.

No obstante, aquel se daba tales mañas para retenerla en la sala, que lograba algunas veces iniciar conversaciones que en seguida languidecían, a pesar de los supremos esfuerzos que hacía para agrandar y distraer la inmensa pesadumbre que abatía a Matilde como una fiebre lenta. Solía suceder que cuando *Trillito* habla de generalidades, ella distraída parecía mirarle con ojos espantados, a veces suplicantes... y él se figuraba en su interior que ella empezaba a comprender y ganaba alientos para su empresa. Ah, si hubiesen estado solos, con cuánto gusto, echándose a los pies de ella, como hacen algunos galanes en los dramas, le habría dicho “lo sé todo... pero os amo tanto... ¿queréis ser mi esposa?”, mas a lo mejor, con un pretexto cualquiera, o con un *con permiso* seco, que dejaba traslucir el más profundo fastidio, Matilde se levantaba y se iba adentro, dejándole como en rescoldo. La veía cruzar la sala con andar majestuoso de reina doliente, y con ojos lascivos acariciaba aquellas caderas opulentas de hembra joven recién fecundada. No lo quedaba otro recurso que el de acercarse a don Clemente, que allá cerca del piano, fumando su cigarrito de iztepeque, leía “La Gaceta” que se traía de la oficina, con toda la pulcritud que se merece el órgano oficial, de *cuerito a cuerito*, como decían las antiguas maestras.

Trillito, aun cuando empezaba a descorazonarse, hacía todo empeño para dar cima a sus propósitos, y esperaba confiado en que algún acontecimiento imprevisto llegase en su ayuda.

Julián estaba ahora más enojado que nunca con Diego.

—Ese babieca, se decía: —¿no ve que esta pobre muchacha llora y se consume por su culpa?, ¿por qué no viene? Hace un mes que Matilde está aquí y ni siquiera ha pasado por la calle... el enojo que él tenga con papá y conmigo ¿por qué ha de alcanzarle a ella?

Esa tarde entró al cuarto de su hermana quien ya se había acostado.

—¿Cómo sigues?, le preguntó con acento de ternura.

—Bastante bien, contestó ella incorporándose para ver mejor a su hermano.

—Entonces podemos conversar un momento si no te fatiga y quieres...

Matilde sobresaltada miró a su hermano; ¿qué querría decirle?

—No te asustes, son cuatro palabras no más; oye: hace un mes que regresaste del campo y a pesar de haber venido tan enferma, Diego no ha tenido la atención de venir a verte... al fin y al cabo hay compromiso formal entre ustedes, y no es natural que tal vez por una bagatela estés sufriendo y echada a morir: eso pasa; los enamorados a veces se enojan, tienen sus disgustillos para gozar más con la reconciliación... Diego a pesar de todo será racional, y no querrá romper sus relaciones contigo, por el simple hecho de haberte ido al campo a un lugar que quizá no era del gusto de él... puesto que antes le pediste su parecer, y aun creo que se escribían... ¿a qué viene pues, ese enojo, ese capricho?

Matilde no contestó; había bajado la frente y Julián notó que lloraba silenciosamente: aquella actitud dolorida, aquel desborde del sufrimiento enternecieron a Julián.

—No te aflijas, prosiguió éste; eso no vale la pena... ya verás que cuando menos lo pienses, Diego vendrá a verte y te dará excusas por su conducta... ya sabes que soy poco amigo

de entrar en ciertas componendas, pero se trata de tu salud, de tu felicidad, y es necesario hacer lo que se pueda, decorosamente, por supuesto, para que esto cese... Entre un rato le mandaré un recado para que venga a verme... le hablaré con franqueza, le preguntaré el motivo de su disgusto para contigo... ¿entiendo que no ha habido rompimiento serio entre ustedes?

—¡Oh no, por Dios!, exclamó Matilde retorciéndose las manos con la mayor angustia; no, no hagas eso; te lo suplico por lo que más quieras... ¡ahora no! ¡después, más tarde, yo te diré cuándo...!

Había tal acento en aquella súplica, que Julián desistió lleno de extrañeza.

—Bueno, si no quieres lo dejaré para otro día... pero no te fatigues, tienes calentura, contestó poniendo una mano sobre la frente de Matilde.

—¡No, no por Dios! exclamó ésta como presa de una obsesión: ¡no, no que no venga, sería peor! y continuaba llorando con el mayor desconsuelo.

—Está bien, no vendrá, cálmate, tranquilízate, repuso Julián arreglando la colcha de la cama.

Salió del cuarto pensativo y cabizbajo: Matilde quedó llorando con desesperación, oculta la cara entre las almohadas.

Cerca de las once, hizo que Peregrina le preparase una taza de manzanilla porque sentía fuertes dolores.

A la una, Julián fue llamado por la criada quien dormía en el cuarto de la enferma. Se levantó precipitadamente y fue al cuarto de Matilde: la encontró en un estado alarmante; púsose un sobretodo y salió a la calle.

Un rato después entraba con el Doctor Bermúdez, quien traía en la mano un lío que trataba de ocultar y que dejó sobre una silla.

Al ver a la enferma que estaba sin conocimiento, lanzó una exclamación, y dirigiéndose a la criada pidióle agua caliente,

vinagre y otras cosas que creyó necesitar: volviéndose a Julián le dijo:

—Y usted corra a la botica traiga esto... y apresuradamente escribió una complicada receta.

—¿Pero qué es esto?, ¿qué tiene Matilde, replicó Julián mirando al Doctor lleno de susto por aquellos preparativos.

—Corra usted hombre, corra, una enfermedad muy común en ciertas jóvenes, contestóle aquel, y al ver que Julián iba a insistir, agregó; pronto lo sabrá usted.

El Doctor se puso a trabajar después de atrancar la puerta, para contener aquella hemorragia. Peregrina resultó excelente ayudante, y miraba con ojos atónitos las misteriosas manipulaciones del médico... ¡qué horror! ¡cuánta sangre! “Ah, pobre niña Matilde” decía a cada momento llorosa y acongojada.

Las medicinas que el Doctor había enviado a buscar, fueron un pretexto para alejar a Julián en el primer momento, y evitarse explicaciones que no tenía tiempo de dar; conocía la enfermedad de Matilde y había llevado consigo lo que era menester.

Cuando Julián volvió ahogándose de fatiga, la enferma estaba aletargada todavía.

—¡Qué calma de boticario!, dijo mirando a su hermana lleno de interés. ¿Cómo sigue?, ¿qué ha tenido?, ¿hábleme con franqueza; es grave esto? Necesito que me lo diga.

Al oír estas y otras exclamaciones y súplicas que le hacía Julián, el Doctor poniéndose muy serio le dijo:

—Vamos a su cuarto; que esta muchacha se quede aquí por si ocurre algo; tenemos que hablar. Pulsó a la enferma y agregó; está más tranquila.

Entraron al cuarto de Julián, y el Doctor cerró la puerta:

—Ante todo, dijo encarándose con aquel; quiero que usted me prometa bajo palabra de honor y de caballero, hacer todo lo que yo le diga; sólo así respondo de la vida de su hermana, que

en este momento está colgando de un hilo; la menor imprudencia puede romperlo...

—Se lo prometo, Doctor, interrumpió Julián gravemente.

—Bueno; nada de molestias a su hermana, cuidado con darle el menor disgusto ni causarle excitaciones; sobre todo, que no entre nadie a su cuarto, absolutamente nadie más que la criada.

—Oh, no tenga usted cuidado, se lo prometo, se lo ofrezco, solo deseo que se salve.

—Bien: usted es su hermano, y ahora le toca saber lo demás... mucha diplomacia, amigo, y sobre todo mucha prudencia... estos asuntos hay que manejarlos con guantes de seda...

Julián impaciente por tantos rodeos le interrumpió.

—Sí, ya lo sé Doctor, no disgustarla, cuidarla... ¿pero qué es por fin?

—Más calma, amigo, más calma... ah, que don Clemente no se entere de nada, no veo la urgencia desde luego que está usted de por medio.

—Entendido, Doctor, acabemos.

—Bueno, dentro de tres días hablará usted con Diego... es preciso, concluyó el Doctor resuelto a cumplir con su deber de amigo para con aquella familia que tanto estimaba.

—Con Diego, ¿y para qué?, preguntó admirado Julián.

—El Doctor le miró con extrañeza y repuso recalcando las palabras.

—Es que Diego es el *único* que puede *curar* a Matilde de su dolencia.

—¿Ah, cree usted que una reconciliación entre ellos haría buen efecto? Justamente esta tarde hablé con ella de ese asunto y se negó rotundamente a que hiciera algo en ese sentido.

—¿Cómo que se negó?... dijo perplejo el Doctor frunciendo el ceño; ¿luego están chocados?, ¿han roto acaso?

—No, no creo que hayan roto sus relaciones pero algo

existe entre ellos.

—Pues aunque así fuera; lo que es ahora tiene que venir el señor don Diego; usted sabrá traerle, vaya si vendrá... y en último caso se le obliga a reparar el daño...

—A reparar el daño... repitió Julián como quien no entiende lo que oye: ¿qué daño?

El Doctor tragó, se pasó la mano por la calva y sin hacer caso de la pregunta repuso.

—No es cosa de la otra vida lo que ocurre, amigo mío; esos noviazgos largos cuando hay mucha pasión de por medio y trato continuo... a veces suelen parar en esto; producen el incendio... eso es lo que ha pasado; no hay que culparlos, amigo, los acontecimientos que experimentamos, provocados por nosotros mismos, vienen a sorprendernos con una realidad que nos espanta... jóvenes, llenos de vida... enamorados...

—¿Qué significa eso, Doctor?, esas frases... replicó Julián palideciendo horriblemente y llevándose las manos a la cabeza: concluya, se lo suplico, lo exijo, ahora mismo va usted a decírmelo todo.

Había agarrado un brazo al Doctor, y le sacudía con toda su fuerza.

—Vamos, más calma, no alce la voz; recuerde que la vida de su hermana está en peligro, ¿así cumple usted su palabra? Si precisamente le he traído aquí para hablarle, pero si usted se porta así... además, ante un hecho consumado no cabe otra cosa que aceptarlo, ¡qué demonio! y procurar hacerlo menos doloroso... no dudo ni por un momento que Diego cumpla como un caballero. Él se casará con Matilde.

—De modo que mi hermana... ¿está deshonrada?, esa enfermedad.

—Es un... y el Doctor murmuró al oído de su amigo algunas palabras.

Julián sintió que el universo se le venía encima, se agarró

la cabeza con ambas manos hincando en ella las uñas con una crispación de rabia feroz que alarmó al Doctor: con ojos extraviados y centelleantes se le quedó mirando un momento y exclamó con gran precipitación, atropellando las palabras que le salían roncas y como verdaderos ruidos:

—¡Doctor Bermúdez, por Dios! ¡No me vuelva loco! Ahora mismo me va usted a probar la verdad de sus frases, o a decirme que miente o que se chancea...! La honra de mi hermana está por encima de todos los errores en que a diario incurre esa ciencia inútil, estúpida, que jamás encuentra el motivo de una dolencia... dígame usted que son las doce del día, que el sol es un disco de hielo, dígame que no hay en el mundo virtud, ni honor, que el engaño y la infamia es la religión de la sociedad, que todos los hombres son unos bandidos, y todas las mujeres, todas, son unas perdidas sin conciencia ni dignidad, dígame los despropósitos más grandes, pero no me diga ni en chanza que mi hermana está deshonrada porque no lo creeré... ¿oye usted? no lo creeré... ¡usted está chocheando! La prueba, la prueba! ¡Eso es lo que yo quiero!

Había asido al Doctor de los brazos y le sujetaba contra la pared con el ademán y la furia de un loco. Estaba imponente, el cabello descompuesto, los ojos saltados, las narices dilatadas.

El Doctor tuvo miedo; alzó como pudo una mano y con ademán paternal posó sobre la cabeza de Julián, y con voz llena de resignación que trató de hacer lo más dulce posible, le dijo:

—Pobre Julián, comprendo la justicia de su dolor y la magnitud de su indignación... pero lamento amigo que en un trance como éste, en vez de desesperarse como lo hace, no medite con un poco de filosofía... nada más fácil que convencer a usted de la triste verdad que se impone; venga conmigo.

Le siguió como un autómatas y entraron en el cuarto de la enferma. El Doctor tomó de sobre una silla un lío hecho de una

sábana, y acercándose a la luz mostró algo a Julián.

Era cerca de las cuatro de la mañana cuando el Doctor viendo a su amigo sumido en esa horrible tranquilidad del anadamiento, se preparaba a marchar.

—No olvide usted lo que me ha prometido, le dijo; —tres o cuatro días de espera; tratar el asunto con la mayor diplomacia... hágase el cargo de que es un padre que va a salvar a su hija del escándalo, y a asegurarle el porvenir; esta sola consideración vale la pena de que haga usted el sacrificio de no violentarse poniendo freno a su natural enojo.

El día encontró a Julián sentado en su cuarto; creía haber pasado la noche velando el cadáver de una persona querida; cuando vio los primeros destellos del alba, y se dio cuenta exacta de lo que le pasaba, sintió que la noche no se prolongara eternamente, para ocultar en el seno de sus sombras su gran vergüenza; pensó que el sol que aparecía repartiendo luz y alegrías era una burla, un sarcasmo.. ¡ah, si pudiera aniquilarlo!

Era domingo: Julián ni siquiera se asomó a la puerta de la calle. Estuvo casi todo el día en su cuarto, sin darse cuenta de nada, meditabundo, acongojado... tenía la tranquilidad precursora de las grandes tempestades.

A don Clemente se le había hecho creer que aquello no era nada; sencillamente una hemorragia ocurrida a consecuencia de ciertos desarreglos. El buen señor, aunque amaba a su hija entrañablemente, respetó el mandato del médico; nadie, absolutamente nadie más que la criada debía entrar en el cuarto de la enferma.

Después de haberse rasurado y acicalado, don Clemente tomó su sombrero y el bastón, echó una ojeada al interior del cuarto de su hija y preguntó a Peregrina.

—¿Qué tal?

—Está ya más quieta... ahora como que está durmiendo.

Don Clemente se fue a misa de doce, costumbre que no había dejado nunca.

Julián se había echado en la cama con un libro en la mano, pero tenía fija la vista en el techo con expresión de amargura y de dolor: en pocas horas se formaron en su frente dos profundas arrugas, y presentaba en el semblante las huellas del sufrimiento que no encontrando la válvula de escape, quemaba y corroía el alma.

❁
XXV
❁

Estaba sumido en hondas meditaciones cuando recibió la visita de don Eduardo Cartín que entró con cara compungida, y con un aire de misterio que no pudo menos que llamar la atención de Julián.

Después de saludar a éste con aquella su ceremonia llena de melosidad, se sentó, y en tono confidencial preguntó poniendo la cara más fúnebre que pudo.

—¿Y cómo sigue la niña Matilde? ¡Caramba, que desgracia! Una verdadera desgracia que lamento de todo corazón... no sé cómo ustedes no han podido prever esto; para algo debemos servir los amigos, y lo que soy yo, tengo la satisfacción de haber cumplido con mi deber advirtiéndoles a tiempo; qué infamia Julián, qué infamia, la vida de un hombre no bastaría a purgarla...

Julián, pálido como un muerto y con acento entrecortado exclamó:

—¡Ah, con que ya usted lo sabía, con que ya la deshonra de mi casa rueda por las calles como una inmundicia...!

En los labios de Cartín apareció una sonrisa mezcla de desdén y de lástima.

—Qué inocente es usted, Julián; se comprende que un hombre honrado se admire de que eso se sepa tan pronto... y si el propio seductor anda pregonando su triunfo y su aventura en los corrillos. Mañana no quedará en San José ni una rata que

ignore tal cosa... una infamia de esta naturaleza parece que mil voces la gritan al oído de las gentes.

—¿Y cree usted que Diego se vanagloríe, y divulgue su criminal acción?

—Quien hace lo más hace lo menos, amigo; para un seductor como ese, no existe el verdadero triunfo, si no se divulga entre los amigos, y se celebra festivamente y con toda la salsa del caso.

—¡Oh, canalla!, exclamó Julián como un rugido y rechinando los dientes: ¡qué hermosa cosa es la venganza...! Se me va la cabeza solo al imaginarme que voy a apurar ese placer hasta la saciedad... digo, si Diego no acepta la reparación que le voy a exigir.

—¿Cómo que no acepta?, ¿y qué recurso le queda? ¿Es decir, que impunemente y con careta de hombre honrado puede cualquier pillo entrar en el seno de una familia, burlando el amor, la amistad, mancillar las canas, y la buena fe de una muchacha que ha cometido el delito de creer en la lealtad de ese hombre? Jamás: a víboras semejantes se les aplasta la cabeza de un taconazo. Ella no tiene la culpa. El hombre, si quiere honradamente a una mujer, no abusa de su debilidad; debe respetarla... ir como un salteador de caminos a medianoche allá al campo, saltar por la ventana a un hogar ajeno para... ¡oh!, ¡qué horror!

—¿Y usted le vio?, interrogó Julián mirando fijamente a su interlocutor, lívida y descompuesta la faz.

—¡Ya lo creo que le vi... varias veces! Tenía que pasar frente a mi casa... por cierto que la última vez, yo que había advertido sus excursiones, me cansé de esperarle y dejé un peón escondido para que me dijera la hora a que regresaba, y supe después que lo hizo a la madrugada; sí señor, a la madrugada.

—¡Es cierto eso, dijo Julián con profunda tristeza: ya lo sabía! Un mozo de la finca de don Agapito me ha dicho lo mis-

mo... ¡sí, qué horrible realidad!

Cartín se despidió después de un largo rato, dejando a Julián en un estado de ánimo fácil de adivinar.

Cuando se vio en la calle, se dijo: —Si no sale en este momento como un loco en busca de Diego, es un milagro; —y luego frotándose las manos y sonriendo de una manera feroz, agregó: —¡Salud, afortunado Urdaneta, que te aproveche!... ¡No fue mía pero no fue de *él* tampoco, estoy vengado!

Cuando Julián quedó solo, resonaban en sus oídos la frases de Cartín... “ah sí, a víboras como esa se les aplasta la cabeza de un taconazo”; y se paseaba agitado por la habitación.

—No puedo más, murmuró después de una pausa: si esto se prolonga, estallo, me muero, y no quiero morir sin arreglar este asunto.

Escribió una carta que hizo mil pedazos después de leerla; dio otro paseo por la habitación y volvió a escribir: por fin terminó una que sin duda le dejó satisfecho, porque una leve sonrisa pareció brillar un momento en aquella faz, como el aletazo con que el relámpago ilumina por un segundo las tinieblas de la noche. —“Con guantes de seda!” repetía sollozando.

Diego se había entregado en cuerpo y alma a sus asuntos. El pleito marchaba a las mil maravillas, y todo el día lo pasaba en viajes al Registro Público, al Juzgado Civil, al Palacio de Justicia, para volver luego a su oficina donde formulaba un escrito, firmaba una notificación, y vuelta a salir. Quería olvidar el recuerdo de aquella mujer que tan vilmente le engañara; luchaba lleno de valor para no ver en su alma como recortada en un fondo luminoso, la imagen de Matilde, ahora más hermosa, más atrayente, más incrustada en su corazón. La sangrienta burla de que había sido objeto, enardeció aún más aquella pasión que se sublevaba como una fiera herida y sedienta. Esa pasión era un abismo a cuya contemplación no

podía sustraerse... ¡qué atracción tan siniestra! Llegó a pensar que el placer de su vida era precisamente su dolor; casi estaba satisfecho de sentir aquellas dentelladas que le hacían gemir dolorosamente.

Ese domingo había tomado un caballo e ídose de paseo a los Desamparados; no regresó hasta las cuatro de la tarde, muy cansado, y después de comer se fue a la oficina con el objeto de leer los periódicos, y de matar las horas: al abrir la puerta advirtió una carta en el buzoncillo, tomóla y palideció ligeramente. —Es de Julián, dijo; veamos: la leyó una, dos veces, y terminaba: —¿qué me querrá? explicaciones acaso, ¿para qué? Matilde enferma de cuidado...

Se quedó meditabundo, guardó la carta y —no, no iré— dijo. Que venga a buscarme si desea hablar conmigo de un asunto del *más alto interés para ambos, y de esas reparaciones que un caballero está obligado a atender en todo tiempo y circunstancia...*

¡Bah! este muchacho está bilioso de ver a su hermana afectada por mi ausencia, y quiere que vaya a consolarla... yo le daría de buena gana la receta, pero... no; hay que poner las cosas en su lugar.

Se puso a hojear algunos periódicos llenos de importantísimas noticias; por ejemplo: Un *concho* entró a beber un trago y cuando buscó las alforjas que puso a su lado, habían desaparecido: O bien, que mejor informados ahora, rectificaban que el individuo a quien mordió un can, en la cuesta de Moras, no se llamaba Pablo sino Pedro, y que el hecho ocurrió no a las cinco de la tarde como decía “El Torrente”, sino a las seis y media: Que el hogar de los esposos Barboza-Parajeles había sido *alegrado* con *el presente* de un *precioso querubín* que el cielo les envió, —aun cuando el tal querube fuese un sietemesino capaz de asustar al gato de la casa; y para concluir, una despedida que decía poco más o menos: “Nuestro querido ami-

go, el talentoso y cultísimo escritor don H.H. *siguió* en viaje de recreo a Limón: regresará el viernes próximo; va con el objeto de curarse un constipado.”

Por supuesto que el talentoso y culto escritor era un chico náufrago del primer año, y hacía dos que andaba ratonando en una imprenta donde solía enjaretar unas gacetillas que se paraba el sol a leerlas.

Diego tiró el periódico, y cambiando de resolución se puso de pie.

—Vamos a ver qué me quiere el señor don Julián... —y paseando por el cuarto, —pensaba: Nada, le diré la verdad, lo que he visto, lo que su hermana me ha hecho sufrir... ¡cómo se ha burlado de mí... sí señor! Le diré que su conducta es infame, que me engañaba, que se dejaba abrazar y besar por su primo Beltrán, y que rabie... ¿acaso yo no estoy agonizando hace un siglo?

Diego se quedó meditabundo; abrió una gaveta de su escritorio, sacó un revólver y miró que estaba cargado.

—¡Bah, no será cosa de andar a tiros: si así se pudieran arreglar las cosas de la vida... qué sabroso!

Dejó el revólver en la gaveta, tomó un mazo de las cartas de Matilde, su bastón y salió.

A medida que iba acercándose a la casa, el corazón le golpeaba el pecho con violencia. Creía que de pronto la iba a ver a ella, a la ingrata, asomada a la puerta, erguida y hermosa como siempre. A lo lejos oía los acordes de la banda militar que concluía de tocar el recreo. La calle estaba desierta: llamó al cuarto de Julián suavemente.

—Adelante, dijo una voz que Diego reconoció.

Entró, y se halló frente a Julián quien le lanzó una mirada de odio.

—¿Cómo estás?, preguntó Diego alargándole la mano: pero aquel, aparentando no ver el ademán, fue hacia la puerta

del interior y echó la llave, haciendo lo propio con la de la calle, mientras le contestaba.

—Entra, siéntate, tenemos que hablar.

Notó en Julián una sequedad brusca, y que estaba excitado; respiraba anhelosamente: sin embargo, se serenó un poco, y se sentó frente a Diego.

Hubo una pausa.

Por más que Diego se había dado cuenta de la mala voluntad que Julián le tenía de cierto tiempo acá, y cuya causa no acertaba a explicarse, no pudo menos que chocarle aquel recibimiento: no obstante, al notar en el semblante de su amigo las huellas del sufrimiento, le preguntó en tono un tanto afectuoso:

—¿Qué tienes, estás enfermo?

Julián sin hacer caso de esas preguntas y mirando a Diego fijamente, le habló así:

—Hace mucho tiempo visitas esta casa donde has gozado de la confianza que en ti teníamos depositada; fuiste mi amigo hasta hace poco tiempo en que nuestras relaciones se agriaron por... varias causas; sin embargo, aparentabas querer a Matilde con quien te liga un compromiso formal, y seguiste viniendo aquí donde siempre encontraste las puertas abiertas, lealtad y cariño, sentimientos que has arrastrado por el lado dejándote arrebatado por una pasión, por un vicio que siempre te dominó... no debes ignorar el estado de Matilde, y te he llamado para exigirte la reparación que estás obligado a dar de tu infamia y tu bajeza... para devolverle el honor que tan ruin y cobardemente le has arrebatado.

Diego había estado tranquilo. Su frente alta parecía estar protegida por las alas de la serenidad que sobre ella se abrían, pero al oír las últimas palabras de Julián, todo lo comprendió; una palidez mortal cubrió su rostro, jamás esperó semejante revelación que venía a herirle con horrible crueldad: su faz se

contrajo con un gesto de dolor, y sintiendo renacer en su alma todo el cariño que en otro tiempo había profesado a su amigo, se puso de pie convulso, agitado, y acercándose a Julián como si fuese un hermano que desea compartir aquella profunda pena, exclamó:

—¿Qué es lo que me dices, Julián, cómo es posible que haya ocurrido semejante infamia? ...¡Ah, Matilde, cómo has pagado mi amor! Y tú has sido capaz de suponerme autor de tamaña iniquidad, tú que me conoces, que me conoces, que sabías cuánto la amaba... oh, estás loco... Y fuera de sí como un torrente que se desborda, sin dar tiempo a Julián para que le interrumpiera, empezó a hacer reminiscencias de sus amores con Matilde; una pasión pura y tranquila encauzada por el deber a un fin noble y generoso. Era cierto que él, en otras épocas había tenido aventuras amorosas... eso pasó, fue otro tiempo: ahora era un hombre maduro que pensaba en el porvenir... Matilde llenaba sus ideales a pesar de ser ella algo romántica y soñadora, amiga de divagar con las cosas grandes de la vida, aficionada al lujo y al esplendor; pero él había contado con hacer de ella una esposa modelo, puliendo aquel carácter con una vida tranquila y de trabajo, eliminando así aquella corteza que cubría tan excelente madera... si no se había casado, era porque deseaba rodear a Matilde de las mayores comodidades, de asegurarle una vida risueña y libre de escaseces. Hizo luego alusión a Urdaneta, a las continuas atenciones de éste para con ella, y a la inclinación que Matilde había mostrado siempre por su primo; y por último, con voz acongojada que revelaba el hondo pesar que le atenaceaba el alma, le relató el único viaje que había hecho una noche a la finca de don Agapito y lo que allí vio... ¡una cosa horrible! ¡no supo cómo no enloqueció... cómo no le estalló el corazón! Él era un hombre de honor, y al verse burlado, escarnecido tan sangrientamente, tomó la resolución de romper aquellas relaciones, de acabar con aquella

pasión que le llenaba la vida...

Iba a continuar, pero Julián le interrumpió, lívido, convulso, sin poder ya contener la rabia que hervía en su pecho, y que se desbordaba por los labios con rugidos de fiera, con chasquidos de látigo.

—O eres un gran hipócrita o un gran cobarde... o las dos cosas juntas: ¡mientes y mientes!... ¿que no sabes cómo no enloqueciste? Y yo no sé cómo he tenido paciencia para oír tanta infamia y tanta impostura... no sé cómo no te he arrancado la lengua y escupido la cara... niegas tu acción cuando se te pide cuenta de tu bajeza, e intentas achacarla a un caballero que está ausente! ¡Nada menos que a uno de la familia! Bonita defensa... pero no, no creas que el miedo que te amilana como al falderillo que se arrastra en presencia del fuele levantado, te salvará de mi enojo.

—Por Dios Julián; gritó Diego, tú estás loco, solo demente puedes proferir semejantes palabras; ¡no me insultes que bastante destrozado tengo ya el corazón...! Hablas de venganza, qué ofensa vas a vengar en mí? No soy, no, el seductor de tu hermana; ¡qué horrible equivocación estás sufriendo!; quien eso afirme, miente... ¿por qué no la interrogas? Ella te lo dirá mejor.

Julián había avanzado amenazante hacia Diego: pero al oír la pregunta que éste le hizo; se contuvo un momento para contestarle:

—¿Preguntarlo a ella, para qué? ¿Es que pretendes que acuda en tu defensa? ...En fin, concluyamos; te estoy dispensando favores que no mereces, y no quiero discutir más este asunto; declara por última vez: ¿estás resuelto a salvar la honra de mi hermana casándote con ella?

—No, contestó Diego con firmeza: no soy el autor de esa deshonra; lo juro ante Dios, y por mi madre.

—¿Aún lo niegas, canalla? Yo me vengaré, pero antes

de aplastarte toma, recibe lo que mereces: —y fuera de sí, en un paroxismo de ira loca, dio un paso hacia Diego y le escupió a la cara.

Diego sintió que por sus ojos pasaba una oleada de sangre; le pareció que la lamparilla eléctrica que hacía un rato alumbraba la estancia, giraba en enormes círculos, y no oyó otra cosa que el golpe lleno de vigor y de rabia, que asestó a la cabeza de Julián con el bastón que había tenido sobre sus rodillas.

Julián vaciló un momento, dio un paso atrás, y en su diestra brilló una arma como relámpago precursor de tres o cuatro detonaciones que atronaron la estancia con estrépito infernal.

Diego alzó los brazos, agitó violentamente la cabeza y rodó por el suelo lanzando un gemido.

En el corredor se oyeron pasos y voces de personas que corrían precipitadamente; la puerta del interior saltó en momentos en que de la habitación de Matilde salía un grito agudo y espantoso.

En el cuarto de Julián entraron don Clemente y el Doctor Bermúdez, sobrecogidos de terror.

Julián permaneció en pie, con el rostro ensangrentado y el arma en la mano, contemplando con ojos extraviados el cuerpo de Diego, que estaba tendido de lado, en un charco de sangre, con la faz demudada.

—¿Qué has hecho, Julián, por Dios?, gritó don Clemente desolado, y mirando con ojos atónitos aquella escena.

—¡Aún vive!, dijo el Doctor que se había apresurado a reconocer a Diego: —esta herida es grave... esta otra parece que no ofrecerá complicaciones... Al alzar la vista, dio un grito de sorpresa enderezándose rápidamente.

Matilde, pálida, desencajada, cadavérica, acababa de entrar en la habitación, cubierta con una colcha y sostenida por Peregrina.

Al ver a Diego corrió a su lado lamentándose con las pala-

bras más tristes, y recriminándose a sí propia.

—Ingrato, gritó después a su hermano; ¿por qué le has matado?

—¡Y me lo preguntas...! Tú que has arrastrado por el fango el honor de la familia... extrañas... ¿quisieras todavía encubrir a tu seductor? ...ahí le tienes... ¡me he vengado! exclamó Julián con voz sorda.

Al oír aquello, Matilde dio un grito indescriptible de infinita angustia, y en el colmo de la desesperación, apostrofó a su hermano con gritos agudos en que vibraba todo el dolor de su alma.

—¡Cruel...! ¡Ingrato...! ¡Matar por matar! ¡Él es inocente... inocente... lo juro! ¡Ay, Dios mío, yo tengo la culpa! ¡Ah, Beltrán, Beltrán... mira lo que has hecho!

—¿Qué dices? ¿Beltrán tu seductor? gritó Julián como quien despierta de una pesadilla, estremeciéndose visiblemente, y mirando a su hermana con ojos espantados —¡Maldición!

—¡Sí, Beltrán...!, contestó Matilde, quien permanecía arrodillada al lado de Diego, y perdió el conocimiento. Al caer, se juntaron aquellas dos cabezas que quizá habrían llevado erguidas y satisfechas la guirnalda de la dicha, y sobre las cuales descargó la tormenta con furor implacable la centella de la desgracia.



Acerca del autor



Jenaro Cardona Valverde (San José, 1863 - 1930) fue un escritor y diplomático costarricense. Inició su carrera literaria como poeta pero la finalizó con dos de las más importantes novelas de su generación: *El primo* (1905) su primera novela y *La esfinge del sendero* (1906), su otra novela, obtuvo un segundo premio en un concurso latinoamericano convocado por la librería *El Ateneo* de Buenos Aires, donde se publicó la novela en 1916.

Sus producciones líricas fueron posteriormente premiadas en varios certámenes nacionales.

En 1929, poco antes de su muerte, Cardona reunió en un volumen, publicado con el título *Del calor hogareño*, una heterogénea recopilación de cuentos de muy variada orientación y temática, que había venido publicando en distintas revistas a lo largo de su vida.

La licencia de este libro se ha otorgado a su comprador legal.

Valoramos su opinion. Por favor
[comente esta obra](#)



Adquiera más de nuestros
libros digitales en la [Librería UCR virtual](#)

LIBRERÍA
UCR

VIRTUAL

“Jenaro Cardona cierra el ciclo del primer realismo costarricense y es el novelista de mayores capacidades en el género (...). **El primo** (1905) es ya una novela de la ciudad. El San José de principios del siglo aparece en todos sus aspectos costumbristas y en los vicios de una sociedad que ha abandonado el patriarcalismo y se inicia en la nueva era burguesa, en que la fortuna es el factor esencial.”

Abelardo Bonilla

Historia de la literatura costarricense

“Como novelista, Jenaro Cardona es, sin duda, el escritor costarricense de más valer y solidez en el lapso que va desde 1900 a 1940 (...). Sus novelas son de lo mejor que haya producido el realismo naturalista en Hispanoamérica y representan una valiosa contribución al desarrollo del género en el continente.”

Rodrigo Solera

Revista de Estudios Hispánicos.

Universidad de Alabama

“Por la amplitud de su cosmovisión, por el carácter de novela urbana, por la densidad y extensión de la obra y por su deliberado intento de proyección universal, **El primo** constituye un notable esfuerzo y señala un paso de avance en la narrativa centroamericana.”

Ramón Luis Acevedo

La novela centroamericana